

J. W. Goethe

Fausto

Dedicatoria

De nuevo os presentáis, formas aéreas, flotando a mi vista entre luz y oro. ¿Intentaré ahora como entonces detener vuestro vuelo? ¿Podrá mi corazón, helado por la edad y las penas, sentir las ilusiones de otros tiempos? ¡Ah! Venid, acercaos, llegad a mí, dulces imágenes, porque cuando del seno de las húmedas nubes os veo lanzaros hacia mí, ¡cosa extraña!, siento mi corazón conmovido estremecerse de juventud a la influencia del fresco ambiente que impulsa hacia mí falange.

Veo en vosotros la imagen de felices días y entre ellos más de una sombra querida, con animada por vos antigua y casi exánime, y recobro los dos primeros sentimientos de la primavera de la vida: el amor y la amistad.

También el dolor se reanima, la queja lamenta el laberinto humano y su curso tortuoso, y nombra a todos los buenos que, deslumbrados por el falso brillo de la dicha, se desvanecieron a mi vista en la flor de sus años.

Imposible os será, nobles almas, oír los cantos que he sido el primero en dirigiros, pues el eco de los primeros días se ha perdido eternamente por haber dejado de existir la cohorte amiga. Mis lamentos sólo hieren los oídos de multitud desconocida, cuyos aplausos contribuyen a oprimirme el corazón; todos los que lograban olvidar su dolor con los cantos que mi pecho exhalaba, los que en otro tiempo se dejaban fascinar por mi palabra, si viven en el mundo, ¡ay!, están ausentes.

Siento revivir en mi corazón los ardientes deseos que antes me animaban por

ese vago imperio, por ese mundo de los espíritus tan bello y sosegado; flota mi canto, cual carpa eólica, en sonidos misteriosos, y me causa el sereno vapor que contemplo un

estremecimiento de dicha. Corren mis lágrimas; tibio y suave ambiente desvanecer el aterismo de mi corazón y veo en lontananza cuanto poseo, y no tardaré en ser nuevamente dueño de todo lo que huyó de mí.

Prólogo en el teatro

El Director, el Poeta dramático y el Gracioso

El Director. Vosotros que tantas veces me habéis favorecido en la miseria y en las tribulaciones, decidme francamente lo que esperáis de mi empresa de Alemania. Deseo tanto más agradar a la multitud, cuando no hay más que ella para vivir y hacer vivir. Los bastidores levantados, las tablas dispuestas, todos se prometen una función; los espectadores sentados, inmóviles, sólo tienen impacientes a los ojos, porque no lo desean más que admirar. Conozco el modo de atraer al público y, sin embargo, nunca había experimentado semejante inquietud; si bien es cierto que acerca de las obras maestras, no está mal acostumbrado, no lo es menos que ha leído espantosamente. ¿Cómo hacer, pues, para que todo le parezca nuevo y le agrade y le interese? Porque en verdad, me gusta ver la multitud cuando a torrentes se arroja sobre nuestros tablados, y entre golpes y empujones, se engolfa por la pequeña puerta. En pleno ida, antes de las cuatro, están ya cercados todos los despachos de localidades, y así como en tiempo de carestía se apalean por un pan en la puerta de una panadería, se rompen ahora la crisma por una entrada. Sólo el poeta es capaz de obrar semejante milagro sobre multitud tan diversa. Querido mío, hacedlo hoy por compasión.

El Poeta. No me hables de ese público tumultuoso cuyo aspecto alarma a la inspiración; ocúltame la multitud turbulenta que a pesar nuestro nos empuja hacia el abismo. No, guíame o acompáñame al confín del cielo en que sólo para el poeta brilla un goce puro; donde el amor y la amistad, bendición del alma, crean y ejecutan con el auxilio de los dioses. ¡Ah!

Lo que brota entonces del fondo de nuestra alma, lo que tartamudean nuestros

trémulos labios, bueno o malo, desaparece sepultado en el transporte impetuoso del momento, y hasta muchas veces, después de pasados muchos siglos, se levanta de nuevo en toda la plenitud de su forma. Lo que brilla es obra de un momento: lo verdaderamente bello no es nunca perdido para la posteridad.

El gracioso. ¡Siempre el mismo empeño en hablar de la posteridad! Suponed que yo también me propusiese complacer a la posterioridad, ¿quién se encargaría de hacer divertir a mis contemporáneos? A más de que quieren divertirse, y es preciso que lo consigan. La presencia de un arrogante joven es, a mi ver, siempre algo; el que sabe comunicar dignamente sus ideas, nadie debe temer de las veleidades del público; cuanto más complicado es el conjunto, más convencido puede ser de conmoverle. Así, pues, buen ánimo, y presentaos con la cabeza erguida. Procurad que la imaginación obre con todo su séquito de razón, ingenio, sentimiento y pasión, sin hacer esfuerzo alguno por olvidar la locura.

El Director. Haced, empero, que la parte de la acción sea grande, puesto que se viene para ver y se quiere ver a toda costa. Si el argumento es complicado hasta el punto de hacer quedar a la multitud absorta y con los ojos abiertos, podéis estar seguro de haber logrado vuestro objeto, y seréis un hombre admirable. Únicamente, aglomerando una multitud de hechos, lograréis interesar a la multitud; porque es innegable que busca cada cual lo que más le conviene, donde hay mucho hay para todos, y sale todo el mundo satisfecho de la función que ha visto. Si dais una pieza, dadla en varios trozos, y ya veréis cuán apetecible será vuestro guisado, si puede ser tan fácilmente servido como preparado, ¿De qué sirve producir un tono amónico, si no ha de tardar el público en digerirle?

El Poeta. Pero. ¿No ves cuán triste es semejante oficio, y cuánto repugna el verdadero poeta? A lo que veo, también estas por el galimatías que tanto halaga a esos señores.

El Director. No me alcanza el reproche. El que quiera sobresalir en su trabajo ha de escoger el instrumento que más le convenga; pensad que habéis de hender leña floja, y no olvidéis para quién escribís. Si la ociosidad nos aporta

un espectador, otro saldrá de un opíparo banquete y, lo que es peor aún, no faltarán algunos que acabarán de leer los periódicos. Se viene aquí, como a un baile de máscaras, en alas de la oscuridad, las damas se ofrecen en espectáculos con sus más bellos adornos y desempeñan gratis su papel. ¿Por qué soñar con las cimas poéticas de lo alto? ¿Qué gloria puede haber mayor a la de tener un completo lleno? Mirad de cerca de vuestros favorecedores, y veréis que la mitad de ellos son indiferentes y los demás groseros; unos piensan en el juego en que irán a dedicarse terminada la función, y otros en la orgía en que pasarán la noche. ¿Por qué pobres insensatos, os proponéis por tan poca cosa cansar a las dulces musas? Os lo repito, ser pródigos, muy pródigos, si queréis lograr vuestro objeto; procurad interesar a los hombres, ya que es difícil contentarlos. Pero, ¿qué tenéis? ¿Es arrobamiento o pena?

El Poeta. ¡Apártate de mí y busca otro esclavo! Veo que, para complacerte, debe el poeta con toda la alegría de su corazón renunciar locamente a su primer derecho, al derecho de ser hombre que recibió de Dios. ¿Por qué poder conmueve a todos los corazones, por qué poder somete a los elementos? Por la armonía que llena su ser y que le hace reconstruir el mundo en su alma. Mientras la naturaleza va envolviendo el hilo eterno en torno de su

huso, mientras la multitud discordante de seres se confunde entre sí, ¿Quién separa la hilera siempre uniforme para vivificarla, para dar el movimiento y el número? ¿Quién llama al individuo a la consagración general, a la vida potente, armoniosa? ¿Quién hace rugir la tempestad de las pasiones? ¿Quién hace brillar el crepúsculo con toda su imponente majestad? ¿Quién siembra todas las hermosas flores de la primavera en la senda que ha de recorrer el ángel que amamos? ¿Quién trenza las hojas verdes, las hojas insignificantes, en coronas de gloria para recompensar el mérito? ¿Quién sostiene el Olimpo y reúne a los dioses? La fuerza del hombre, de la cual es el poeta la revelación.

El Gracioso. Pues bien, emplead todas esas bellas facultades y proceded en vuestros trabajos poéticos como se procede en una aventura amorosa. Se aproxima uno por casualidad, se entusiasma, permanece en su puesto y cae al fin rendido; la dicha aumenta y el ataque empieza; se siente extasiado, llega

el dolor en pos de su arrobamiento y su felicidad; he aquí, sin notarlo, toda una novela. Dadme un drama de esta especie, tomad por modelo toda la vida humana, la vida que lleva todo el mundo, aunque pocos la conozcan, y estad seguro de que no carecerá de interés vuestra tarea. Con un gran lujo de imágenes diversas, poca claridad, muchas faltas y una imperceptible chispa de ingenio, se logrará componer la obra más excelente que nunca halla seducido y edificado a un auditorio. Toda la flor de la juventud acudirá entonces a la representación de vuestra producción, atenta a cada novedad; no habrá sentimiento delicado que no encuentre en vuestra obra ideas melancólicas, siendo la emoción general por ver en ella todos los espectadores expresados los sentimientos de que están poseídos. Ya sabéis que hay hombres dispuestos a la risa y otros al llanto, y por eso todos honran los esfuerzos del poeta; cada cual sonríe a su propia ilusión. Para el hombre que conoce el mundo, nada hay de bueno; pero se puede contar siempre con el reconocimiento del neófito.

El Poeta. Haz, pues, de manera que vuelvan para mí aquellos tiempos en que yo también vivía en lo futuro, en que frotaban dentro de mi espíritu cantos no interrumpidos, en que nacaradas nubes me ocultaban la baja tierra, en que todos los cálices me ofrecían aún y me era dado escoger las mil flores que hermozeaban los más fecundos valles: nada tenía y, no obstante, tenía lo suficiente: el deseo de la verdad y la sed de las ilusiones. Devuélveme aquellas irresistibles tendencias, aquella dicha profunda y embriagadora, aquella fuerza en el odio, aquel poder en el amor. ¡Ah! ¡Devuélveme mi juventud!

El Gracioso. ¡Mi buen amigo! Podrías invocar la juventud si los enemigos te acometiesen en la pelea, si alegres y hermosas jóvenes viniesen a echarte los brazos al cuello, si vieses desde lejos columpiarse la corona olímpica hacia el objeto difícil de alcanzar, o si debieses al salir de la danza furiosa pasar tus noches en la orgía; pero modular con gracia y fuerza en la acostumbrada lira, aspirar al través de gratos desvaríos a un objeto voluntariamente propuesto, es en lo que, señores ancianos, debéis ocuparos, si queréis merecer nuestro aprecio. La vejez no nos hace caer en la infancia, como vulgarmente se dice, sino que nos encuentra todavía verdaderos niños.

El Director. Basta de charlatanería; presentadme al fin obras; mientras estáis rivalizando en cumplimientos, podríais a alguna cosa útil. ¿Por qué hablar tanto de la disposición en que uno debe encontrarse? ¿Creéis que la incertidumbre podrá procurárosela? Ya que os preciáis de poetas, dominad la poesía. Sabéis lo que nos conviene; queremos licores espirituosos; procuradnos algunos ahora mismo. Lo que no se haga hoy no se hará mañana; así que, no perdamos ni un solo día en la vacilación. Agárrese la resolución fuertemente por los cabellos en lo posible y no soltéis la presa; trabajad, ya que es indispensable. Bien lo sabéis; en nuestras comedias alemanas hace cada cual lo que puede; no me escaseéis, pues, ni las

decoraciones ni la maquinaria. Apelad a la grande y pequeña luz de los cielos; podéis a manos llenas sembrar las estrellas, agua, fuego, rocas escarpadas, animales y aves; nada nos falta; así, pues, amontonad decoraciones sobre decoraciones en este pequeño edificio, sin parar hasta que tengamos el círculo entero de la creación, y en vuestro vuelo rápido y calculado, idos desde el cielo por el mundo al infierno.

PROLOGO EN EL INFIERNO

El señor, las cohortes celestes, Mefistófeles

Los tres arcángeles se adelantan

Rafael. El sol, según su antiguo hábito, toma parte en el alternado canto de las esferas, y su trazada carrera termina con el estampido del trueno. Su mirada da fuerza a los ángeles, aun cuando ninguno pueda comprenderla; las obras sublimes inabarcables son bellas como en el primer día.

Gabriel. Y ved con que invencible velocidad la magnificencia de la tierra en torno suyo, y como el resplandor del paraíso se convierte noche profunda y tenebrosa. El espumoso mar se enfurece en toda su vasta extensión, y hasta en el profundo lecho de las rocas, y peñas, y mar son arrasados en la carrera rápida de las esferas.

Miguel. Y las tempestades rugen a cual más, del mar a la orilla, de la orilla al mar, y, en su furor, forman cadena impetuosa en todo aquel vasto círculo. La

desolación flamígera procede al vivo resplandor del rayo, y, sin embargo, tus mensajeros, Señor, adoran el curso tranquilo de tu día.

Los tres. Tu mirada da a los ángeles la fuerza, aun cuando ninguno de ellos pueda comprenderla, y todas las obras sublimes muéstranse esplendentes como en el primer día.

Mefistófeles. Maestro, ya que vuelves a acercarte una vez, y preguntas qué es lo que acontece entre nosotros, tal como acostumbrabas verme en otro tiempo, me ves aún en medio de los tuyos. Perdóname; no sé hilvanar grandes frases, aunque me exponga a la gritería del séquito, y por eso no dudo que excitaría mi jerigonza tu risa, si no hubieses perdido la costumbre de reírte. Nada puedo decir del sol ni de los mundos; no veo más que una cosa: la miseria de los hombres. El pequeño dios de mundo es siempre del mismo temple, y en verdad, tan curioso como en el primer día. Viviría un poco mejor, si no le hubieses dado tú el reflejo de la luz celeste, a la que da el nombre de Razón, sólo le sirve para ser más bestia que la bestia. Me parece, no se ofenda vuestra majestad, una de esas langostas de prolongadas patas, que siempre vuelan y saltan al volar, sin que por ello dejen de entonar del mismo modo su antigua canción en la hierba. ¡Si aun le fuese dado permanecer siempre en la hierba! ¡Pero no, le es preciso meter la nariz en todas partes!

El Señor. ¿Nada más tiene que decirme? ¿Por qué has de venir siempre a quejarte? ¿No habrá nunca para ti nada bueno sobre la tierra?

Mefistófeles. No, Maestro, francamente, todo allí abajo lo encuentro detestable. Los hombres causan mi piedad en sus días de miseria; pobres diablos, me apenan de tal mido que mi valor tengo para atormentarlos.

El Señor. ¿Conoces a Fausto?

Mefistófeles. ¿El doctor?

El Señor. Mi siervo.

Mefistófeles. ¡Ya! ¡Es preciso confesar que os sirve de modo extraño! ¡Pobre

loco! ¡No sabe alimentarse de cosas terrenas! La angustia que le devora le lanza hacia los espacios y conoce a medias su demencia; quiere las estrellas más hermosas del cielo, le halaga toda la sublime voluptuosidad de la tierra, y de lejos ni de cerca, nada podría satisfacer las insaciabiles aspiraciones de su corazón.

El Señor. Si me sirve hoy en el tumulto del mundo, quiero en breve conducirlo a la luz.

Bien sabe el jardinero cuándo verdea el arbusto que ha de producir más tarde flor y fruto.

Mefistófeles. Apostemos a que lo perdemos aún, si me permitís atraerle poco a poco a mi camino.

El Señor. Tendrás ese derecho sobre él mientras permanezca en la tierra. El hombre solo se extravía mientras está buscando su objeto.

Mefistófeles. Os lo agradezco; porque respecto de los muertos nunca he tenido mucho que hacer; siempre he preferido las rosadas mejillas; hago con los cadáveres lo que el gato con el ratón.

El Señor. Pues bien, te lo entrego. Aparta a aquel espíritu de su origen y arrástrale, si puedes apoderarte de él, por tu pendiente, pero confiésate vencido y humillado si has de reconocer que un hombre bueno, en medio de las tinieblas de su conciencia, se ha acordado del camino recto.

Mefistófeles. Muy bien. ¡Qué lastima que todo esto deba durar tan poco! No me da mi apuesta ningún cuidado. Si alcanzo mi objeto, me concederéis plena victoria. Quiero que llegue a morder el polvo con delicia, como mi tía la célebre serpiente.

El Señor. Puedes entregarte audazmente a todos tus proyectos; nunca he odiado a tus semejantes; cuanto más niegan menor es el cuidado que me dan los espíritus. La actividad del hombre fácilmente se calma, porque no tarda en entregarse al encanto de un reposo absoluto. Por eso quiero darle un compañero que lo agujonee y le impulse a obrar.

¡Vosotros, puros hijos de Dios, glorificaos en los resplandores de la inmortal belleza; que la sustancia eterna y activa os circunde con suaves lazos de amor; que vuestro pensamiento fijo y perseverante dé forma a las apariciones inabarcables que están flotando!

(Los cielos se cierran; los arcángeles se dispersan)

Mefistófeles. (a solas) Grande es el placer que experimento al ver de cuando en cuando a mi antiguo padre; por esto me guardo muy bien de reñir con él. ¡Tan gran señor habla tan bondadosamente con el diablo! ¡Qué hermoso cuadro!

PRIMERA PARTE DE LA TRAGEDIA

La Noche

En una habitación de bóveda elevada, estrecha y gótica, Fausto sentado delante de su pupitre.

Fausto. ¡Ah! Filosofía, jurisprudencia, medicina y hasta teología, todo lo he profundizado con entusiasmo creciente, y ¡heme aquí, pobre loco, tan sabio como antes! Es verdad que me titulo maestro, doctor, y que aquí, allá y en todas partes cuento con innumerables discípulos que puedo dirigir a mi capricho; pero no lo es menos que nada logramos saber.

Esto es lo que me hiere el alma. Sin embargo, sé más que todos cuanto necios doctores, maestros, clérigos y religiosos se conocen: ningún escrúpulo ni duda me atormentan; nada temo de todo aquello que causa a los demás espanto; pero, merced a esto mismo, no hay para mí esperanza ni placer alguno. Siento no saber nada bueno, ni poder enseñar a los hombres cosa alguna que logre convertirlos o hacerlos mejores. No tengo bienes, dinero, honra ni crédito en el mundo: ni un perro podría soportar la vida bajo tales condiciones: por eso no he tenido otro recurso que consagrarme a la magia. ¡Ah! ¡Si por la fuerza del espíritu y de la palabra me fuesen revelados algunos misterios! ¡Si no me viese por más tiempo obligado a sudar sangre y agua para decir lo que ignoro! ¡Si me fuese dado saber lo que contiene el mundo en sus entrañas y presenciar el misterio de la fecundidad, no me vería, como

hasta ahora, obligado a hacer un comercio de palabras huecas! ¡Reina de la noche, dignate dirigir tu última mirada sobre mi miseria, ya que tantas veces, después de la media noche, me has visto velar en este pupitre! Siempre me mostrabas entonces, pobre amiga, sobre un montón de libros y papeles. ¡Ah! ¡Si me fuera dado ahora trepar a tu dulce fulgor las altas montañas, flotar en las grutas profundas con los espíritus, danzar a la hora de tu crepúsculo en los prados, y, libre de todas las ansiedades de la ciencia, podré bañarme rejuvenecido en tu fresco rocío! Miserable agujero de pared tenebrosa, en el que sólo a duras penas penetra la grata luz del cielo, y en el que por todo horizonte descubro este montón de libros roído por los gusanos y legajos de papel empolvados que llegan hasta el techo. No veo en torno mío más que vidrios, cajas, instrumentos carcomidos, única herencia de mis antepasados. ¡Y eso es un mundo, y eso se llama un mundo! Y ¿aún preguntas por qué el corazón late con inquietud en tu pecho? Porque un dolor inexplicable detiene en ti toda pulsación vital, porque vives entre el humo y la carcoma, porque en lugar de la naturaleza viva en que Dios colocó al hombre, no tienes en tu derredor más que huesos de animales y esqueletos humanos. Huye y audaz lánzate al espacio. ¿Acaso no es un guía suficientemente seguro ese misterioso libro escrito por Nostradamus? Entonces conocerás la marcha de los astros, y si la naturaleza se digna instruirte, se desenvolverá en ti la energía del alma, y sabrás cómo un espíritu habla a otro espíritu. En vano por medio de un árido sentido intentas conocer ahora los signos divinos. ¡Espíritus que flotáis en torno mío, respondedme, caso de que llegue mi vos hasta vosotros! (Abre el libro y ve el signo del microcosmo.)

A esta vista se estremecen todos mis sentidos, y desde este instante siento brotar en mí nueva vida que agita con fuerza mis nervios y mis venas. ¿Si sería un ser sobrenatural el que trazó estos signos que calman el vértigo de mi alma, que llenan de alegría mi corazón, y que por un misterio incomprensible me descubren todo el poder de la naturaleza? ¿Soy yo mismo un destello de Dios? Todo es para mí tan claro, que veo en estos sencillos caracteres revelarse a mi alma la naturaleza activa. Sólo ahora por primera vez he llegado a conocer la exactitud de estas palabras del sabio: “El mundo de los espíritus no está cerrado.” Tu sentido está aletargado, tu corazón está muerto. Levántate, discípulo, y ve a bañar sin tardanza tu seno mortal en la púrpura de la aurora. (Contempla el signo.)

¡Cómo se mueve todo en la obra universal! ¡Cómo todas las actividades viven y obran de consuno! Todas las fuerzas celestes suben y bajan, pasándose de unas a otras los sellos de oro, y, con el rumor de sus alas, de las que la bendición se exhala dirigidas incesantemente

del cielo a la tierra, llevan el universo de inefable armonía. ¡Qué espectáculo! Pero, ¡ay!, no es más que un espectáculo. ¿Por donde asirme a ti, naturaleza infinita? Manantiales fecundos de toda vida, de los que están suspendidos el cielo y la tierra, hacia vosotros se vuelve el marchito seno; pero brotáis a torrentes, fecundáis el mundo y yo me consumo en vano. (Vuelve la hoja con desaliento, y apercibe el signo del Espíritu de la tierra.)

¡De cuán distinto modo obra este signo sobre mi alma! Próximo estás, sin duda, Espíritu de la tierra, pues mis fuerzas se aumentan y siento en mí algo como la embriaguez del nuevo vino. Ya no me falta valor para lanzarme al mundo, desafiar la miseria y la dicha terrenas, luchar con las tempestades y ver sin pestañear en el naufragio la desaparición de mi buque.

El cielo se entenebrece, la luna oculta su luz, la lámpara se apaga, sin despedir ya más que humo; cruzan por mi mente y entorno de mis sienes lívidos fulgores, y siento en mí un estremecimiento profundo. Bien lo veo; eres tu que te agitas en mi derredor, Espíritu que invoco; preséntate a mis ojos. ¡Ah! ¡Cómo se me desgarran el seno! ¡Todo mi ser se lanza en pos de nuevos sentimientos! - Todo mi corazón a ti se entrega. ¡Aparécete de una vez, aun cuando tu aparición haya de costarme la vida!

(Coge el libro y pronuncia misteriosamente el signo del Espíritu. Chisporrotea una llama rojiza y el Espíritu aparece en ella.)

El Espíritu. ¿Quién me llama?

Fausto, (volviendo el rostro.) ¡Visión terrible!

El Espíritu. Me has evocado con todo tu poderío, me has obligado con tu llamado incesante a salir de mi esfera, y ahora...

Fausto. ¡Ah! ¡Tu vista me aterra!

El Espíritu. Te esfuerzas en invocarme; quieres oír mi voz y mirar mi rostro; cedo a la invocación poderosa de tu alma, heme aquí, y ahora se apodera de tu naturaleza sobrehumana un terror miserable. ¿Dónde está pues, aquella invocación potente, dónde aquel seno que se creaba un mundo que a su antojo dirigía y fecundaba, y que en sus arrebatos de gozo se enorgullecía hasta el punto de ponerse al nivel de los espíritus? ¿Qué se ha hecho de aquel Fausto, cuya voz incesante llegaba a mis oídos, y que se lanzaba hacia mí con todas sus fuerzas? ¿Eres tú aquel Fausto, tú a quien mi soplo asusta hasta el extremo de sacarte la fuerza de la vida? Sólo eres un vil gusano que trémulo se arrastra.

Fausto. ¿Yo retroceder ante ti, espectro flamígero? Sí: soy Fausto, soy Fausto, tu igual.

El Espíritu. En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo, bajo y floto por doquiera, tan pronto en torno de la cuna como en torno del sepulcro, llevando siempre una vida agitada y ardiente en medio de un mar proceloso y sin fin. Tal es mi constante trabajo en el telar atronador del tiempo para urdir el espléndido ropaje de la divinidad.

Fausto. ¡Espíritu ardiente que ondulas en torno del extenso mundo, casi me considero tu igual!

El Espíritu. Puedes parecerte al espíritu que ideas, pero no a mí.

Fausto, (aterrado.) Si no es a ti, ¿a quién será? Yo, que soy la imagen de la divinidad, ¿ni aun a ti puedo parecerme?

(Llaman a la puerta.)

¡Oh muerte! No hay duda, es mi discípulo; he aquí toda mi dicha desvanecida. ¡Es posible que una visita tan sublime quede sin resultado por un importuno tan despreciable!

(Entra Wagner en traje de casa y gorro de dormir, con una luz en la mano. Fausto se vuelve de mal humor.)

Wagner. ¡Perdonad! Os he oído declamar. ¿Leíais acaso una tragedia griega? Desearía mucho conocer ese arte que puede hoy día ser tan útil. He oído decir con frecuencia que puede un cómico habérselas con cualquier predicador.

Fausto. Cuando el predicador es un cómico, como sucede muchas veces.

Wagner. ¡Ah! Cuando uno está siempre recluido en su gabinete, sin ver a la gente más que en los días de fiesta, y aun de lejos y a través de un cristal, ¿cómo podrá nunca arrastrarla por medio de la persuasión?

Fausto. Es inútil que penséis en ello si no estáis poseído de un verdadero sentimiento, si no hacéis brotar de fondo de vuestra alma el entusiasmo que ha de conmover y arrebatarse los corazones de todos los espectadores.

Reconcentraos eternamente en vos mismo, reunid cuanto podáis, haced un guiso de los restos de ajeno festín y, haced saltar una llama de vuestro montón de cenizas. Sólo de este modo podréis excitar el asombro de los niños y de los monos, si tal es vuestro deseo; pero nunca lograréis admirar a los hombres, si vuestra elocuencia no brota del corazón.

Wagner. Con todo, es indudable que el desembarazo da gran importancia al orador y que estoy muy lejos de tener semejante calidad.

Fausto. Aspirad tan sólo a un éxito mediano, sin imitar nunca a los locos que incesantemente agitan sus cascabeles, puesto que no se necesita tanto artificio para manifestar la razón y el buen sentido: además, si es importante lo que habéis de decir, no necesitáis ir a caza de palabras. Los brillantes discursos para decir cosas frívolas acerca de la humanidad son estériles, como el nebuloso viento de otoño que gime entre las hojas secas.

Wagner. ¡Ay Dios mío! El arte es largo y la vida corta. De mí sé decir que, en medio de mis lucubraciones críticas, siento con frecuencia turbárseme la cabeza y el corazón. ¡Que de dificultades para alcanzar los medios que han de conducirnos al conocimiento de las causas! Y eso que un pobre diablo puede muy bien morir antes de haber llegado a la mitad del camino.

Fausto. ¿Será lo que encierra el pergamino el manantial sagrado que siempre haya de pagarla sed del alma? Nunca alcanzarás la gracia del consuelo

mientras no te la procure tu mismo corazón.

Wagner. Dispensadme; pero siempre es un gran placer remontarse al espíritu de los tiempos antiguos, ver cómo pensó un sabio antes que nosotros y que desde tan lejos le hemos adelantado nosotros de mucho de su camino de investigación.

Fausto. ¡Ah, sí, hasta los astros! Querido mío, los siglos transcurridos son para nosotros un libro de siete sellos; lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en sí más que el espíritu de los grandes hombres en que los tiempos se reflejan. Y esto aun para contemplar a veces una miseria que nos obliga a apartar los ojos; cuando no es un montón de inmundos escombros, es a lo más uno de esos espectáculos de mercado llenos de hermosas máximas de moral que se ponen por lo regular en boca de los muñecos.

Wagner. ¡Pero el mundo, el corazón y el espíritu humano desean saber siempre algo de aquellas cosas!

Fausto. Sí desean eso que se llama saber. ¿Quién podrá gloriarse de dar al niño su verdadero nombre? Los pocos hombres que han sabido alguna cosa y han sido bastante locos para dejar desbordar sus almas y hacer patentes al pueblo sus sentimientos y sus

miras, han sido en todos los tiempos perseguidos y condenados a las llamas. Pero, dispensadme, amigo mío, es ya tarde, y dejaremos esto para otra ocasión.

Wagner. De buen grado hubiera continuado velando, para hablar de la ciencia con un hombre cual vos. Pero mañana, que es primer día de Pascua, espero os dignaréis permitirme una o dos preguntas. Me he entregado con ardor al estudio y, si bien es verdad que ya sé mucho, deseo, sin embargo, llegar a saber todo. (Vase.)

Fausto, (solo.) Nunca abandona la esperanza al hombre que piensa en miserias. Ávida su mano escarba la tierra para hallar tesoros, y se da por muy contento con encontrar un gusano. ¡Cómo es posible que semejante voz haya resonado en este sitio donde me rodeaba una legión de espíritus! Pero no

importa, te lo agradezco por esta vez, aunque sea el más miserable de los hijos de la tierra, ya que me libraste de la desesperación que me empezaba a trastornar mis sentimientos. ¡Ah! Era la aparición tan gigantesca, que a su lado debí sentirme enano. ¡Yo, la imagen de Dios, que creía haber alcanzado ya el espejo de la verdad eterna! ¡Yo, que, privado de la mortal cubierta, participaba de su propia vida en todo el resplandor de la luz celeste! ¡Yo, que, superior a los querubes, cuya fuerza libre empezaba a esparcirse por todas las arterias de la naturaleza, y que creando disfrutaba la dicha de un Dios, cuán caro pagaré ahora mi presuntuoso orgullo! Una sola palabra ha bastado para humillarme. Imposible me será igualarte; si he tenido fuerza para atraerte, en cambio me ha faltado la de conservarte. ¡En aquel dichoso instante me sentía a la vez tan pequeño y tan grande! ¿Por qué con tanta violencia me hundiste de nuevo en la

incertidumbre de la humanidad? ¿Quién podrá instruirme ahora? ¿Cómo saber lo que debo evitar? ¿Debo ceder al impulso que siento, cuando nuestras acciones, como nuestros sufrimientos, acaban por parar el curso de la vida? La materia se opone sin cesar a todo de cuanto más elevado concibe el espíritu; por poco que alcancemos la felicidad de este mundo, calificamos de sueño y de quimera todo lo que vale más que ello, y todos los sentimientos sublimes que nos daban antes la vida, mueren para siempre ante los intereses de la tierra. La imaginación pretende con vuelo audaz levantarse con un principio hasta la eternidad, pero pronto le basta un limitado espacio para dar cabida a sus esperanzas defraudadas. No tarda la ingratitud en apoderarse entonces de nuestro corazón, y en causarles secretos dolores que destruyen eternamente el placer y la calma que en él antes reinaban. Cada día se presenta el dolor bajo nueva forma: tan pronto en el hogar, como en la corte, como una mujer, un niño, el fuego, el agua, el puñal o el veneno. Tembláis, ¡oh, hombres!, ante todo lo que no puede causaros daño, y lloráis sin descanso como un bien perdido lo que conserváis todavía. Lejos de llevar mi loco orgullo hasta el punto de compararme con Dios, conozco que es cada vez mayor mi miseria; sólo me parezco al vil gusano que se alimenta del polvo, en el que le aplasta y sepulta la planta del que acierta a pasar. ¿No es también polvo todo lo que aquel alto muro me muestra allá arriba colocado sobre numerosos estantes, y todas esas mil bagatelas que me encadenan a este carcomido mundo en que existo? ¿Iré a recorrer esos millares de volúmenes

para leer que en todas partes los hombres se han afanado para labrar su suerte, y que sólo en algunos puntos del globo habrá habido un hombre dichoso? Y tú, cráneo vacío, que parece te estás burlando de mí, ¿quieres, decirme con esto que el espíritu que antes te habitaba se afanó también como el mío para buscar la luz, y que vagó siempre miserablemente entre tinieblas abrasado por la sed de verdad? También vosotros, instrumentos míos, parecéis reiros de mí con vuestras ruedas, dientes y cilindros y palancas; había llegado hasta la puerta y debíais vosotros servirme de llave. Misteriosa en pleno día, no permite la naturaleza que nadie rasgue sus velos, y todo cuanto ella quiera ocultar al espíritu, no hay esfuerzo humano que pueda

arrancarlo de su seno. Antiguo ajuar del que no sé qué hacer, sólo estás aquí porque serviste en otro tiempo a mi buen padre, y tú, vieja polea, estás también ennegrecida, como lo está el pupitre por el humo de mi lámpara. ¡Ah! Mejor hubiera hecho en dispar lo poco que tenía y no sucumbir aquí bajo el peso de la necesidad. Procura, empero, adquirir lo que eres de tu padre para poseerlo. Lo que no sirve es siempre una carga pesada; sólo es útil lo que puede servirnos en un momento dado. Pero ¿por qué siempre he de fijar mi vista en ese sitio?

¿Qué atracción tiene para mis ojos ese pequeño frasco? ¿Por qué a su sola vista he sentirme inundado de una luz benéfica, como la que derraman en el bosque sombrío los plateados rayos de la luna? Con respeto me apodero de ti, frasco querido, en el que honro al espíritu del hombre y su ciencia. Esencia de los jugos que procuran dulcemente el sueño, contienes también todas las fuerzas sutiles que pueden dar la muerte; sé propicia al que te posee. A tu sola vista mi dolor se calma: té cojo, y disminuye mi angustia y se adormece poco a poco la agitación de mi espíritu. Luego me siento arrastrado hacia el inmenso océano; tranquilo el mar se extiende a mis pies, como si fuese la luna de un espejo, y una fuerza superior me atrae hacia playas desconocidas. Veo de repente en el espacio un carro de fuego que se dirige hacia mí con rápidas alas, voy a subir a él para recorrer las esferas etéreas y abrirme nueva vía que deba conducirme a las regiones de la actividad pura. Pero, ¿Cómo es posible que piense merecer aquella vida sublime, aquellos transportes divinos, cuando no soy más que un gusano? No importa, bastará para lograrlo volver con resolución la espalda al dulce sol de la tierra; valor, pues, y derriba

las puertas por las que nadie pasa sin estremecerse. Ha llegado el momento de probar con obras que la dignidad humana no cede ni aun ante la grandeza de los mismos dioses. Dejad de temblar ante ese abismo donde la imaginación se condena a sus propios tormentos, y en el que las llamas del infierno parecen cerrar la entrada. Hora es ya de sondearle con faz serena, por más que debiese precipitarme en la nada. ¡Copa de purísimo cristal, por tanto tiempo olvidada, sal de tu viejo estuche, tú que en otro tiempo brillabas en los festines de nuestros padres y que, pasando de mano en mano, no parabas hasta desarrugar todas las frentes; con qué entusiasmo eras celebrada por tu riqueza y vaciada de un solo trago! ¡Nada hay que recuerde las pasadas noches de mi juventud! Ya no volveré a ofrecerte a ninguno de mis compañeros, ni aguzaré mi ingenio para ponderar al artista que supo embellecerte. Contienes un licor que produce una embriaguez súbita, que yo mismo he preparado y escogido; será mi última bebida, que consagro como una libación solemne a la aurora del nuevo día. (Lleva la copa a sus labios.

Sonido de campanas y coros.)

Coro de ángeles. ¡Jesucristo ha resucitado! Paz y dichas completas al mortal que llora aquí abajo en los lazos del vicio y la iniquidad.

Fausto. ¡Que rumor solemne! ¡Cuan puras y suaves son las voces que hacen caer la copa de mis labios! ¿Si anunciarán esas campanas con su tañido la primera hora de los días de Pascua? ¿Entonan por ventura esos coros celestiales los cantos de consuelo que en la noche del sepulcro exhalaban antiguamente los labios de los ángeles como prenda de una nueva alianza?

Coro de mujeres. Nosotras, sus fieles, habíamos bañado su precioso cuerpo con gratos aromas, le habíamos acostado en su tumba, cubriendo con bandeletas y finos lienzos sus desnudos miembros. Pero, ¡ay de nosotras!, Cristo ha desaparecido y no le hallamos en parte alguna.

Coro de ángeles. ¡El Cristo ha resucitado! ¡Dichosa el alma que en medio del dolor que la agita saber amar y sufrir sin quejarse de los tormentos e injurias que le sirven de prueba!

Fausto. Cantos celestiales, potentes y dulces, ¿por qué me buscáis en el

polvo? Dirigíos más bien a aquellos a quienes podéis aún consolar; oigo la nueva que me traéis, pero me falta la fe para creer en ella, y el milagro es el hijo querido de la fe. No puedo elevarme hacia esas esferas donde resuena tan fausta nueva y, sin embargo, esas voces a cuyo arrullo me dormí en la infancia, me vuelven nuevamente a la vida. En el recogimiento solemne del domingo descendía antes sobre mí el beso de amor divino; el grato clamoreo de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, y era la oración para mí un goce estático: un ardor tan puro como incomprendible me impulsaba hacia los bosques, praderas y campos, donde deshecho en deliciosas lagrimas sentía en mí un mundo nuevo. Esa campana era también la que anunciaba las alegres diversiones de la juventud y las fiestas inocentes de la primavera; ese grato recuerdo aviva en mi alma los sentimientos de la infancia y me retrae de la muerte. ¡Cantos del cielo, hacedme oír una vez más vuestra santa armonía! Corren mis lágrimas: la tierra me ha reconquistado.

Coro de los discípulos. Ya se levantó del fondo de su sepulcro la víctima inmaculada para volar a la región de la luz. Radiante se eleva al seno de los cielos, atravesando gozoso el océano inmenso del éter. ¿Y nosotros? ¡Ah! ¡Por nuestro dolor nos quedamos aún en este mundo de miseria y pena! Maestro, tú te vas a la gloriosa mansión de la dicha y nos dejas solos en esta árida llanura. ¡Cuán digna es tu suerte de envidia!

Coro de ángeles. El Cristo resucita del seno de los muertos. Romped, mortales, vuestras cadenas en la alegría de que estáis poseídos. Almas ardientes, generosas y tiernas, que edificáis con la acción, que sufrís por vuestros hermanos y que enjuagáis su llanto, sabed que no tardaréis en recibir vuestra recompensa eterna. ¡Ahí viene el Señor que ha de ofrecéroslo; ya se acerca, ya llega, ya está entre nosotros!

(Frente a la puerta de la ciudad. Sale de la ciudad gente de toda clase.)

Algunos obreros. ¿Por qué vamos por ahí?

Otros. Porque marchamos a caza.

Los primeros. Pues nosotros nos dirigimos al molino.

Un obrero. Más bien os aconsejo que vayáis al río.

Otro. Es el camino por aquella parte muy poco agradable.

Los dos, a un tiempo. ¿Qué haces tú?

Operario 3.o. Voy con los otros.

Operario 4.o. Subid a Burgdorf; allí encontraréis de seguro las muchachas más lindas, la cerveza mejor y contraeréis relaciones de otra clase.

Operario 5.o. ¡Me agrada la idea! ¿Acaso deseas una tercera paliza? Lo que es yo no me expongo a ello; con sólo pensar en aquel sitio tiemblo de miedo.

Una criada. No, no, yo me vuelvo a la población.

Otras. De seguro le hallaremos debajo de aquellos álamos.

La primera. ¿Y a mí que me importa? Vendrá enseguida a ponerse a tu lado, y como siempre sólo bailará contigo en el césped. ¿Qué interés pueden tener para mí tus placeres?

Otra. Casi puedo asegurarte que no estará solo; me ha dicho que iría con él aquel joven de pelo rizado.

Un estudiante. ¡Cáspita! ¡Mira que grabo tienen esas lindas jóvenes! Anda, chico, si quieres que las acompañemos. Buena cerveza, tabaco exquisito y una muchacha bien ataviada, en verdad, no sé qué pedir más, pues quedan satisfechos todos mis deseos.

Una joven de la clase media. ¡Mira esos muchachos! ¡Qué vergüenza! ¡Corren en pos de aquéllas, cuando podrían ir mejor acompañados!

El segundo estudiante (al primero.) No te apresures; he aquí que vienen detrás de nosotros dos muy bien puestas. Una de ellas es mi vecina, que no me es, por cierto, indiferente.

Aunque van despacio, no tardarán en darnos alcance.

El primero. No, chico; a mí no me gustan los cumplidos. Anda aprisa, no perdamos de vista la caza. La mano que el sábado maneja una escoba, es la mejor para acariciarte el domingo.

Un hombre de la clase media. De mí sé decir que no soy partidario del burgomaestre; ahora que está en el poder, será aún más intolerable. Y ¿qué hacer por la ciudad? ¿No va todo cada día de mal en peor? Todo consiste en obedecer más que antes y en pagar más que nunca.

Un mendigo (canta.) Buenos señores y hermosas damas, que alegres recorréis la campiña porque todo en el mundo os sonríe; no os mostréis indiferentes a mis males, y ya que es hoy para todos vosotros un día de gozo, haced que lo sea de cosecha para mí.

Otro hombre de la clase media. Nada me gusta tanto como hablar de guerras y batallas en los días festivos; mientras que allá muy lejos, en Turquía, se están destrozando los pueblos, está uno en la ventana, apura su copa y ve pasar por el río numerosos buques con banderas de diferentes naciones. Luego por la noche entra uno alegremente en su casa bendiciendo la paz y los dichosos y tranquilos tiempos que atravesamos.

Un tercero. También yo pienso como vos, querido vecino; poco me importa que los demás se rompan el alma y que todo se lo lleve el diablo, con tal que en mi casa siga todo en el mayor orden.

Una vieja (a unas señoritas.) ¡Qué lindos trajes! ¡Cuánto me admira esa juventud hermosa!

¿Quién no se volverá loca al veros? Pero, creedme, no seáis, tan altaneras: así me gusta; sabré procuraros todo cuanto deseáis.

Primera señorita. Ven, Agata, pues sentiría que nos vieses con semejante bruja. Sin embargo, en la noche de San Andrés me hizo ver a mi futuro esposo.

Otra. También a mí me lo enseñó a través de un cristal; iba vestido de militar y estaba con otros jóvenes calaveras. En vano miro en torno mío y le busco

en todas partes; nunca se presenta a mi vida.

Soldados. Cuanto más inexpugnables sean las ciudades que hayamos de acometer a la voz del deber y del honor, mayor será nuestra intrepidez, sobre todo si hay en ellas hermosas jóvenes que puedan admirar nuestro valor. Si es inminente el peligro, grande es también el premio. La tropa guerrera da la señal a la vez tan anhelada y temida; no hay corazón que no palpite de temor y de esperanza; no tardarán en ser patrimonio de muchos el triunfo y la muerte; pero no importa, los que sucumban ceñirán la corona de la inmortalidad y alcanzarán los demás la recompensa de la victoria.

Fausto y Wagner.

Fausto. He aquí el río y los torrentes que han roto su cárcel de hielo merced de la dulce sonrisa de la primavera; verdea la esperanza en el valle; el decrepito invierno, con paso lento en su debilidad creciente, se ha retirado hacia lo más áspero de los montes, desde donde en su fuga nos envía los últimos hielos, espantajo impotente que sólo contribuye a hermopear con sus franjas de plata la verde llanura. El sol, no obstante, se complace en derretir su obra y desaparece en breve toda mancha blanca; la actividad y la forma renacen

por doquier y empieza la naturaleza a ostentar su rico manto de nuevos colores. Sin duda, las flores no han aparecido aún en la pradera; pero no importa, tendrá por flores a esa multitud engalanada que cubre sus campos. Dirige desde estas alturas la vista a la ciudad y verás como se precipita una multitud compacta junto a la puerta sombría para poder tomar el sol libremente. Todos quieren hoy celebrar la resurrección del Señor, y hasta ellos mismos puede decirse que han resucitado desde el fondo de sus lóbregas moradas, en las que los sepultan sus ocupaciones diarias; libres, en fin, de los bajos techos que los cobijan, han recorrido sus angostas y fangosas calles, han pasado algunas horas recogidos en el fondo de sus iglesias, y helos ahora prontos a tomar el sol y a entregarse en el campo a sus sencillos placeres. ¡Mira con cuanta rapidez la multitud llena todos los jardines y los prados, mira cómo por todas partes cruzan el río alegres bajeles, y cuán cargado va aquel barquichuelo que se aleja de la ribera! Hasta los senderos más lejanos

del monte ostentan los variados colores de miles de trajes; escucho desde aquí la gritería y animación que reinan en aquel pueblo, que es el verdadero paraíso de los aldeanos; grandes y pequeños, todos saltan de alegría; aquí puedo decir que soy hombre, aquí me atrevo a serlo.

Wagner. Querido doctor, vuestros paseos me reportan honra y provecho; sin embargo, a estar yo solo, no me mezclaría con esa gente, porque soy enemigo de toda rusticidad y me es imposible resistir su algarabía su juego de bolos y su desentonada música. Aúllan como energúmenos, y llaman a esto divertirse y gozar.

(Varios aldeanos a la sombra de algunos tilos. Bailes y cantos.)

Ya se aproxima el pastor cargado de cintas y guirnaldas, y perfectamente ataviado para entregarse al placer del baile; no tardan en seguirles otros muchos, excitados por el mismo deseo, al oír que los tamborines y zampoñas hacen resonar el valle. No menos prontas acuden también las zagalas, y empieza desde luego el baile, en el que propone cada cual hacer aquel día nuevas travesuras. Pronto llega a su colmo el desorden por codear los pastores de intento a las zagalas más animadas, y los chistes, las risas y los gritos ahogan los acordes más o menos dulces de la campestre música. Pero lejos por ello de renunciar al baile, le continúan con ardor creciente, y zagalas y pastores, como arrastrados todos por un huracán, se arremeten y estrechan confundidos mientras dura la danza. Sólo después de terminada, va cada pastor a sentarse con su amada debajo de un sauce, para repetirle las tiernas palabras que la hacen, siempre que las oye, sonreír dulcemente, por más que finja no creerlas.

Un viejo aldeano. Señor doctor, ya que sois tan bueno hasta el punto de venir a participar de nuestra fiesta, dignaos perdonar a esos jóvenes turbulentos su locura; vos, que sois tan sabio, no ignoráis que son buenos en el fondo. Aceptad al mismo tiempo este jarro de bebida fresca, por ser lo mejor que podemos ofrecer: no sólo deseo que apague vuestra sed, sino que también que cada gota que contiene sea para vos un año más de vida.

Fausto. Gustoso acepto tu bebida saludable, y a todos os deseo, en cambio,

salud y alegría.

(El pueblo se reúne en torno de ellos.)

El viejo aldeano. Habéis hecho bien en asistir hoy a nuestra fiesta, ya que tantas veces nos habéis visitado en días de desgracia. Más de uno que está aquí gozando fue librado por vuestro padre de la ardiente fiebre cuando acabo con el contagio. Y vos también, entonces joven, asistíais a todos los enfermos sin que os hiciese retroceder nunca el peligro

inminente a que os exponíais durante aquella terrible enfermedad que dejó casi desiertas nuestras cabañas. En verdad, fue para vos aquella época de terrible prueba; pero el salvador velaba desde lo alto por nuestro salvador de aquí abajo.

Todos. ¡Viva el hombre esforzado! ¡Ojalá pueda visitarnos aún largos años!

Fausto. Postraos ante Aquel que está en el cielo; sólo él enseña socorrer y sólo él socorre.

(Se adelanta con Wagner.)

Wagner. ¡Qué alegría debe ser la tuya, oh grande hombre, al verte así honrado por toda esta muchedumbre! ¡Ah! ¡Feliz aquel a quien reporta su talento estas ventajas! El padre te presenta a su hijo; se preguntan, se agrupan, se estrechan, se interrumpe la música, para la danza; pasas tú, y todos acuden deseosos a verte, se descubren para saludarte y casi llegan a postrarse ante ti como ante el Altísimo.

Fausto. Lleguemos hasta aquella piedra, en la que descansaremos de nuestro paseo.

¡Cuántas veces pensando solo me he sentado en ella absorto en una meditación profunda y extenuado por la oración y las vigiliass! Rico de esperanzas y firme en mi fe, esperaba con mis lágrimas y suspiros lograr que el soberano de los cielos nos libertase de aquella terrible peste. Por esto las aclamaciones de la multitud resuenan ahora en mis oídos como una burla

sangrienta. ¡Ah! ¡Si pudieses leer en el fondo de mi alma, te convencerías de cuán poco merecen padre e hijo tan grande gloria! Era mi padre un buen hombre oscuro, que había dado en la manía de discurrir a su modo, y con la mayor buena fe, acerca de la naturaleza y sus sagrados misterios; así es que, rodeado de sus discípulos, se encerraba en un laboratorio ennegrecido, donde por medio de innumerables recetas obraba la transfusión de los contrarios. Cogía un león rojo, novio silvestre que unía con la azucena en un baño tibio, y, poniendo después aquella mezcla de fuego, la pasaba de uno a otro alambique. Aparecía entonces en un vaso la joven reina de varios colores; se daba aquella pócima, y los enfermos morían, sin que nadie preguntase quién se había encargado de su curación. Es innegable que con nuestras diabólicas mixturas causamos en estos valles y montañas muchos más estragos que la misma peste. Yo mismo he presentado a miles de personas el veneno funesto que debía causarles la muerte, mientras que yo vivo aún para oír alabar a sus osados matadores.

Wagner. ¿Por qué os turbáis por eso? ¿Por ventura el hombre honrado no ha cumplido su misión, después de haber ejercido puntualmente el arte que se le ha enseñado? El hijo, honrando como debe a su padre, debía complacerse al recibir su enseñanza; el hombre, al creer que hacía dar un paso a la ciencia, pensaba que su hijo podría alcanzar gloria mayor.

Fausto. ¡Feliz el que espera aún sobrenadar en este océano de errores! Siempre se necesita aquello que uno ignora, y nunca podemos hacer uso de lo sabemos. Pero ¿por qué turbar con tristes recuerdos la grata alegría de esta hora? Mira como lucen a rayo de sol poniente aquellas cabañas medio sumergidas por un mar de verdor: el sol va declinando y se extingue, el día expira, pero se va a llevar a otras regiones una nueva vida. ¡Ah! ¡Que no tenga yo alas para elevarme en los aires, y poder incesantemente lanzarme en pos de él!

Vería entonces en eterna claridad bajo mis plantas a un mundo silencioso: vería inflamarse la altura, oscurecerse los valles e inclinarse el plateado arroyo hacia los ríos de oro, sin que el áspero monte, con sus hondos abismos, pudiese oponerse a mi vuelo divino. Ya el mar presenta sus encendidos golfos a mis asombrados ojos; sin embargo, desaparece el día y

siento en mí un nuevo encanto que me reina y obliga a bañarme en sus eternos rayos; así es que hay ante mí el día, tras de mí la noche, el cielo sobre mi cabeza y bajo mis pies las olas.

Sueño sublime, que va disipándose, por no tener el cuerpo alas que puedan seguir el vuelo sublime del espíritu. Y sin embargo, nadie hay que en alas de su sentimiento no se eleve

hasta las nubes cada vez que oye el himno matutino de la alondra en el azul de los cielos, cada vez que más allá de los picachos cubiertos de pinos, ve levantarse el águila, y cada vez que sobre las llanuras o los mares ve a la grulla en camino hacia su patria.

Wagner. Yo tengo también algunas veces ideas fantásticas, si bien no me he visto nunca animado de semejante deseo. Como no nos faltan bosques y praderas, no pienso envidiar a las aves sus alas; para mí los placeres del espíritu consisten en un libro, en una hoja, en una página; sólo los libros pueden hacernos soportable y hasta dichosa una larga noche de invierno, y hacernos llevar una alegre vida que reanime todos nuestros miembros. ¡Ah! ¡Y

cuando puede uno desenvolver un respetable pergamino, siente en el corazón las infabables delicias del cielo!

Fausto. Tú no tienes más que aspiración. ¡Quiera Dios que no sientas nunca otra! Hay en mí dos almas, y la una tiende siempre a separarse de la otra; la una apasionada y viva, está apegada al mundo por medio de los órganos del cuerpo; la otra, por el contrario, lucha siempre por disipar las tinieblas que la cercan y abrirse un camino para la mansión etérea.

¡Ah! ¡Si hay en las regiones aéreas espíritus soberanos que se ciernan sobre la tierra y el cielo, dignense descender de sus nubes de oro y llevarme hacia una nueva y luminosa vida!

Si poseyera una túnica mágica que pudiese conducirme a aquellas regiones lejanas, no la daría por los más preciosos vestidos ni por el manto de un rey.

Wagner. No llaméis a esta turba de espíritus malignos que se reúnen en los vapores de la atmósfera, para tender al hombre continuos lazos. Los espíritus que vienen del Norte aguzan contra vos sus afilados dientes y sus lenguas de triple aguijón; los que proceden del Este llegan en alas de un viento abrasador y le sirven de alimento vuestros pulmones. Si nos los envían los desiertos de Mediodía, amontonan torrentes de llamas sobre nuestra cabeza; el Oeste a su vez vomita una multitud de ellos, que, si bien al principio os reaniman, acaban después por devoraros junto con vuestros campos y cosechas. Poseído del instinto del mal, atienden a vuestras invocaciones, y hasta llegan a realizar en parte vuestros propósitos para que tengáis fe en ellos y puedan engañaros más fácilmente; se titulan enviados del cielo y mienten con una voz angelical. Pero ya es hora de retirarnos; el horizonte se oscurece, el aire es cada vez más frío y empieza a levantarse la niebla. Nunca como al anochecer conoce el hombre lo que vale su morada. ¿Por qué os quedáis inmóvil? ¿Cómo es que os admira tanto el crepúsculo?

Fausto. ¿Ves aquel perro negro que vaga por entre los sembrados y el rastrojo?

Wagner. Tiempo hace que le veo, pero apenas he reparado en él, porque nada ofrece de extraordinario.

Fausto. Obsérvale bien; ¿qué es lo que piensas de, él?

Wagner. Pienso que es un perro de aguas que busca el rastro de su amo.

Fausto. ¿O notas que está trazando un espiral y que se acerca cada vez más a nosotros? Y, o yo me engaño, o deja por donde pasa un rastro de fuego.

Wagner. No veo más que un perro de aguas negro; puede que la vista os extravíe.

Fausto. Se me figura verle tender en torno nuestro mágicos lazos para encerrarnos.

Wagner. Yo le veo brincar con timidez en nuestro alrededor, porque en lugar de su dueño encuentra a dos desconocidos.

Fausto. El círculo se estrecha y helo aquí cerca de nosotros.

Wagner. Bien lo veis. Es un perro y no un fantasma. Gruñe y no se atreve a acercarse, y, como todos los de su raza, se arrastra y agita la cola.

Fausto. Acompáñanos, ven aquí.

Wagner. Son esos perros de una rara especie. Si os paráis, os espera; si le habláis, acude a vos; si perdéis algo, no para hasta encontrarlo, y se arrojaría al agua para ir en busca de vuestro bastón.

Fausto. Tienes razón; nada veo en él que me indique sea un espíritu; todo cuanto hace es debido a su raza y a lo que se le ha enseñado.

Wagner. El perro, cuando está amaestrado, es hasta digno del afecto de un sabio; así es que puede merecer éste vuestras bondades y ser el más aprovechado de vuestros discípulos.

(Llegan a la puerta de la ciudad.)

Gabinete de estudio

Fausto. (Entrando seguido por el perro de agua.) He dejado la campiña envuelta en noche profunda; el alma superior despierta en mí en medio de presentimientos que me infunden un terror sagrado. Los groseros instintos se duermen, y con ellos toda actividad borrascosa, y el amor a los hombres y también el amor a Dios se agitan actualmente en mi pecho. Perro, estate quieto, no corras de una a otra parte. ¿Qué es lo que estás olfateando en el umbral de la puerta? Échate detrás de la estufa y te daré mi mejor abrigo. Ya que en el camino de la montaña me has divertido con tus vueltas y tus saltos, justo es ahora te trate como a huésped querido y pacífico. ¡Ah! ¡Desde que alumbra una lámpara amiga nuestra estrecha celda, penetra en nuestro seno una luz grata y dulce, alegrando asimismo al alma que tiene conciencia de sí misma! La razón empieza a hablar, la esperanza a florecer, y se baña uno en los raudales de la vida, en el puro manantial de donde surgió. ¡No gruñas, perro! Mal podrían avenirse tus aullidos con los acentos sagrados que inundan mi alma. No es raro ver a los hombres despreciar las cosas que no

pueden comprender, y murmurar ante lo bueno y lo bello que les importunan. ¿Si el perro gruñirá también como ellos? ¡Ah! Noto que a pesar de mis deseos, no puede salir de mi pecho satisfacción alguna. ¿Por qué se ha de apagar tan pronto el río sin apagar nuestra sed? ¡Cuántas veces he sufrido el mismo desengaño! Sin embargo, tiene esta miseria sus compensaciones; así aprendemos a conocer el precio de lo que se levanta sobre las cosas de la tierra; así aspiramos a la revelación que en ninguna parte brilla con luz tan pura como en el Nuevo testamento. Su texto me atrae; quiero leerlo, entrégame por completo a los sentimientos que me inspire, y hasta traducir su original sagrado a mi querida lengua alemana.

(Abre un libro y se dispone a leerlo.)

Está escrito: En un principio existía el Verbo. Ya, aquí, tengo que pararme. ¿Quién me ayudará para ir más lejos? Es esta traducción tan difícil, que tendré que darle otro sentido si el espíritu no me ilumina. Escribo: En el principio existía el espíritu. Reflexionemos bien sobre esta primera línea, y no permitamos que la pluma se deslice. Es indudable que el espíritu lo hace y lo dispone todo; por tanto, debiera decir: En un principio existía la fuerza.

Y, sin embargo, al escribir esto, siento en mí algo que me dice no ser este el verdadero sentido. Por fin, parece venir el espíritu en mi auxilio; ya empiezo a ver con más claridad y escribo con mayor confianza. En un principio existía la acción. No me opongo a compartir

contigo mi cuarto, con tal que ceses, perro, en tus gritos y en tus ladridos, porque me es imposible tolerar por más tiempo a mi lado un compañero tan turbulento. Con dolor mío me veré obligado a violar los derechos de la hospitalidad: la puerta está abierta y tienes libre el paso. Pero... ¿qué es lo que veo? ¡Esto raya en prodigio! ¿Será ilusión o realidad?

¡Cómo se hincha mi perro! Se levanta con fuerza y hasta ha perdido su primitiva forma. ¿Si habré abierto mi puerta a un fantasma? Parece un hipopótamo con sus ojos de fuego y su terrible boca. Desde ahora vas a pertenecerme, porque la llave de Salomón para semejante aborto infernal.

Espíritu en corredor. Hay uno de nuestros compañeros que está detenido ahí

dentro; espíritus ardientes, quedaos en la parte de afuera, ya que como un zorro ha caído en la trampa un viejo diablo. Volemos en su alrededor y no tardará en verse libre; no abandonemos a un amigo que tanto ha hecho siempre en defensa nuestra.

Fausto. Para acercarme al monstruo, empezaré por usar el conjuro de los Cuatro: “La salamandra se inflame, la ondina se enrosque, el silfo se desvanezca, el gnomo trabaje.” El que no conozca los elementos, su fuerza y sus propiedades, nunca podrá hacerse dueño de los espíritus. Salamandra, conviértete en llama; Ondina, húndete murmurando en la onda azul; brilla, Silfo, en el esplendor del meteoro, y tú, Incubo, ven a cerrar la marcha y a ofrecerme tu poderoso socorro. Ninguno, sin embargo, de los cuatro existe en el interior del monstruo. Queda inmóvil y rechina los dientes, sin que yo le haya causado aún algún daño.

Pero aguarda, que ya sabré combatirte con más poderosos conjuros. Compadre, ¿eres por acaso un desertor del infierno? Si lo eres, abre los ojos y completa este signo, al que en verano intentaría resistir la infernal cohorte. Ya empieza a hincharse y ya se le erizan las crines. Ente maldito, ¿puedes leerle? ¿Puedes descifrar el nombre del incomprensible, del increado, de Aquel o quien los cielos adoran, y al que intentó derrocar al crimen en su delirio? Se hincha detrás de la estufa como un elefante, llenando el espacio; al verle hincharse así diría cualquiera que va a convertirse en una nube. Guárdate de subir hasta el techo: mejor será que vengas a arrojarte a los pies de tu amo. Vamos, obedece sin vacilar, pues ya sabes que no amenazo en vano y que soy capaz de abrasarte en un mar de llamas; no esperes la luz tres veces; no aguardes al más temible de todos mis conjuros.

Mefistófeles. (En tanto se extiende la nube, aparece detrás de la estufa y se adelanta en traje de estudiante.) ¿Por qué tanto alboroto? Caballero, ¿en qué puedo servirlos?

Fausto. ¡El perro de aguas transformado en estudiante viajero, no deja de ser divertido!

Mefistófeles. Salud al sabio doctor, que tanto me ha hecho sudar.

Fausto. ¿Cómo te llamas?

Mefistófeles. Muy inocente me parece la pregunta, sobre todo para quien desprecia tanto las palabras y que, en su retraimiento de las apariencias, sólo desea conocer el fondo de los seres.

Fausto. Entre vosotros, señores, todo ser podrá conocerse fácilmente por el nombre que lleva, puesto que se os llama blasfemos, corruptores, mentirosos. Con todo, dime quién eres.

Mefistófeles. Una parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal y siempre obra el bien.

Fausto. ¿Que significa ese enigma?

Mefistófeles. Soy el espíritu que lo niega todo, y no sin motivo, porque todo cuanto exista en el mundo debería arruinarse, y sería aún mejor que no existiese nada. Para mí no hay más elemento que el que vosotros conocéis con los nombres del mal, destrucción y pecado.

Fausto. Te nombras en parte, y te veo, sin embargo, entero en mi presencia.

Mefistófeles. Te digo la pura verdad: si el hombre, ese pequeño mundo de orgullo y de locura, se cree, por lo regular, ser un todo, de mí sé decirte que sólo soy una parte de la parte que en un principio era todo; una parte de las tinieblas de que surgió la luz, la luz soberbia, que ahora disputa a su madre la noche su antiguo rango y el espacio en que imperaba; si bien con poco resultado, porque, a pesar de todos sus esfuerzos, se ve rechazada por doquiera, logrando tan sólo arrastrarse por la superficie de los cuerpos. Brota de la materia y la embellece, y basta, sin embargo, un solo cuerpo para detenerla en su carrera. Por eso espero que no será de larga duración y que acabará por quedar anonadada por la materia.

Fausto. Ahora conozca las dignas funciones que ejerces, y que si no puedes destruir el todo, procuras aniquilar la parte.

Mefistófeles. Y a la verdad, no he adelantado mucho en mi tarea. Lo que se

opone a la nada, ese algo, este mundo material, no he podido destruirlo hasta aquí, a pesar de todos mis esfuerzos: las olas, las tempestades, los terremotos, los incendios, nada puede desquitarle por completo: siempre el mar y la tierra acaban por ponerse otra vez en equilibrio; nada puede esperarse de esa maldita semilla, principio de los animales y de los hombres. He sepultado a muchos, y veo, sin embargo, circular siempre nueva sangre. Hay para volverse loco del modo con que van las cosas: en el aire, en las aguas, en la tierra, en todas partes, en fin, es cada vez más potente la fuerza creadora, y siempre abortan por doquier nuevos seres. Nada tendría para mí a no haberme reservado la llama.

Fausto. Así, pues, a la eterna actividad y a la fuerza felizmente creadora, opones tú la mano helada del diablo, que en vano se crispa delirante. ¡Preciso te será cambiar de rumbo, hijo raro del caos!

Mefistófeles. Ya hablaremos de esto extensamente en nuestra próxima entrevista. ¿Me permitirás por esta vez alejarme?

Fausto. No sé por qué me lo preguntas. Ahora que te conozco, podrás visitarme como es tu deseo; aquí tienes la ventana, la puerta y hasta la chimenea: puedes escoger para salir.

Mefistófeles. ¿Lo confesaré? Hay un pequeño obstáculo que impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral.

Fausto. ¿Tanto te inquieta el pentágamo? Dime, hijo del infierno, ¿si tanto te incomoda, por qué has entrado aquí? ¿Es imposible que un espíritu como tu se halla dejado prender de este modo?

Mefistófeles. Luego lo comprenderás porque está mal colocado: el ángulo vuelto hacia la calle se presenta, como vez, algo abierto.

Fausto. Por una rara casualidad eres mi prisionero y casi había logrado mi objetivo.

Mefistófeles. Nada notó el perro al entrar de un brinco en la habitación, pero ahora es la cosa eternamente distinta, y el diablo no puede salir de la casa.

Fausto. Pero ¿por qué no sales por la ventana?

Mefistófeles. Es una ley para diablos y fantasmas el salir por donde han entrado. El primero de estos dos actos depende de nosotros, pero somos esclavos del segundo.

Fausto. ¿Luego el infierno tiene también sus leyes? Me complazco en saberlo. De este modo un pacto hecho con vosotros será fielmente cumplido.

Mefistófeles. Puedes gozar enteramente de lo que se te promete sin que nadie te prive de la más mínima parte; pero como es cosa de mucho interés, ya volveremos a hablar de ello en nuestra próxima entrevista. Ahora te ruego y te suplico que me dejes partir.

Fausto. Quédate un instante más para decirme la buena ventura.

Mefistófeles. Pues bien, suéltame; yo no tardaré en volver y podrás preguntarme todo cuanto gustes.

Fausto. No te he puesto celada, y sólo por tu culpa caíste en la trampa. Dicen que el que tenga el diablo no le deje escapar, porque no volverá a cogerle tan pronto.

Mefistófeles. Si tanto lo deseas, me quedaré para hacerte compañía, pero con la condición que he de emplear todos los recursos de mi ciencia para que pases el tiempo dignamente.

Fausto. Con alegría me pongo a tu disposición, con tal que tu arte sea divertido.

Mefistófeles. Querido amigo, van a ganar más tus sentidos en una sola hora, de lo que ganarían en la monotonía de un año entero. Lo que te canten los tiernos espíritus y las bellas imágenes que les rodean no serán vanas ilusiones de la magia. Se deleitarán tu paladar y tu olfato, y experimentará tu corazón un dulce éxtasis. Fuera preparativos inútiles y ya que estamos reunidos principiad.

Espíritus. Desapareced, arcos sombríos, para que la luz del cielo penetre hasta nosotros y alegre nuestros ojos. Disípanse las nubes que entenebrecen el éter y enciéndanse las blancas estrellas y los hermosos soles. Ángeles de níveas alas, salid del seno de vuestras nubes purpúreas para recorrer el espacio y seguir la huellas de nuestros ardientes deseos. Dulces céfiros brisas puras, templad el ardor que abrasa a las plantas de nuestros valles y haced que tiemblen de tierna emoción sus hojas al recibir de vosotros el beso de amor que debe fecundarles. Agrúpanse en la viña los racimos, ya que no cave más zumo en los lagares, y salta vino en espumosas olas hasta que crucen las verdes paredes arroyos de púrpura. Ved cómo se reflejan en el mar las verdes colinas al par del ganado que se apacienta en ellas.

También se descubren en lontananza islas afortunadas que parecen deslizarse sobre las tranquilas ondas, y ofrecen al navegante delicioso oasis que le hace olvidar todas las tormentas pasadas. Sólo reinan en aquel mundo ideal la alegría y los placeres. Así en el fondo de los mares como en los espacios del aire, todo tiende a la vida, todo sigue su curso incesante, todos los seres se sienten vivificados ante el astro que el cielo encendió para alumbrarles.

Mefistófeles. Muy bien ya está dormido. Hijos hermosos de aire le habéis encantado fácilmente y os agradezco vuestro coro. No, no eres aún hombre capaz de sujetar al diablo.

Fascinadle con dulces emociones, sumergidle en un mar de delicias. En cuanto a mí, para vencer el encanto de esta puerta, necesito el diente de un ratón; paréceme que no tendré que conjurar mucho: he aquí que roe cerca y que no tardará en oírme. El señor de las retas y ratones, de las moscas, de las ranas, de las chinches y de los piojos, te ordena sacar el hocico y venir a morder el umbral de esta puerta, como si estuviese untado con aceite. Muy bien; veo que obedeces con presteza la orden recibida; ya que estas aquí, sólo falta dar comienzo a la obra. La punta que me ha rechazado se halla en el borde: una dentellada más y todo está concluido. Ahora, Fausto ya puede soñar libremente; hasta la vista.

Fausto. (Despertándose.) ¿Si también esta vez saldré burlado? ¿Cómo ha podido aquella multitud de espíritus desaparecer de este modo? He visto en

sueños al diablo, y se me ha escapado un perro... A esto queda reducido todo.

El mismo gabinete de estudio

Fausto. Lllaman ¡Entrad! ¿Quién vendrá de nuevo a importunarme?

Mefistófeles. Soy yo.

Fausto. Entra.

Mefistófeles. Deber decirlo tres veces.

Fausto. ¡Entra, pues!

Mefistófeles. Así me gustas, espero que nos entenderemos. Sólo por disipar tu mal humor me presento cual joven noble en traje de púrpura bordado de oro, con la esclavina de raso al hombro, la pluma en el sombrero y una larga espada afilada al lado, aconsejándote que ahora te vistas del propio modo, para que eternamente libre vengas a gustar lo que es la vida.

Fausto. Cualquiera que sea el vestido que use, no por ello sentiré menos la miseria de la existencia. Soy demasiado viejo para no pensar más que en divertirme, y sobrado joven como para no tener deseo. Por tanto, ¿qué es lo que puede el mundo ofrecerme? ¡Debes privarte, te es la privación indispensable! He ahí la canción eterna que zumba en todos los oídos, y que durante la existencia nos repite cada hora con su voz bronca. Cada mañana me despierto azorado, y de buena gana derramaría amargas lágrimas al ver que el nuevo día no ha de colmar ni uno solo de mis ardientes deseos, sino que, al contrario, ha de desvanecer en un curso todos los presentimientos de toda alegría y hacer abortar las creaciones de mí turbado espíritu. Y luego, cuando viene la noche me tiendo en el lecho poseído de la mayor inquietud por saber que me aguarda en él, no el reposo, sino espantosos sueños. El espíritu que reside en mí puede agitar profundamente mi alma y disponer de mis fuerzas todas; pero es al parecer impotente en el exterior; por eso me es la existencia insoportable, por eso deseo la muerte y detesto la vida.

Mefistófeles. Y, sin embargo, nunca es la muerte un huésped bien recibido.

Fausto. ¡Dichoso aquel a quien la muerte corona de sangrientos laureles en el fragor del combate, o aquel a quien, después de la embriaguez del baile, sorprende en los brazos de su amada! ¡Ah! ¡ Que no pueda yo contemplar al grande Espíritu y morir en mi éxtasis sublime!

Mefistófeles. Y no obstante, hay quien no ha osado tomar esta noche cierto licor oscuro.

Fausto. Parece que el espionaje te complace.

Mefistófeles. No poseo la ciencia universal, pero sé bastantes cosas.

Fausto. Pues bien, ya que un sonido grato y dulce me ha librado de mi terrible angustia, despertando en mí los sentimientos de la infancia con el recuerdo de mejores tiempos, maldigo todo lo que con sus ilusiones impulsa al espíritu hacia lamentables abismos

¡Maldita sea el orgullo humano; maldito el falso brillo que deslumbra nuestros sentidos; maldito todo lo que engendra sueños de gloria y grandeza; maldito sea todo cuanto nos hace desear la posesión de una mujer, de un niño, de un criado o de un coche; malditos sean Marimón y sus tesoros, que nos hace acometer empresas temerarias y que nos embriagan después ofreciéndonos la copa de ilícitos placeres; malditos sean el amor y sus ardientes transportes; maldita sean, en fin, la esperanza y, sobre todo, la paciencia!

Coro de espíritus. (Invisible.) Ya has destruido todas las bellezas del mundo con tu poderosa mano; sólo nos quedan algunas ruinas que irán rondando hasta el fondo del caos.

A un semidiós se debe esta destrucción general. ¡Séanos, al menos, lícito llorar sobre la basta tumba que encierra tanta belleza! ¡Oh, tú, el más bello y poderoso de los hijos de la tierra, reconstrúyete, infúndale tu corazón nueva vida, para que podamos cantar nosotros tu inmortal obra!

Mefistófeles. Escucha, escucha, son los más pequeños de todos mis espíritus. Mira cómo te muestran la senda razonable que debes seguir. ¡Con cuánta

razón y profundo saber te impulsan hacia el mundo, arrancándote de este tenebroso recinto donde se hielan los jugos de que debe alimentarse el alma! Cesa de complacerte en esa melancolía que, cual buitre

carnívoro, devora tu vida. Por mal que sea la compañía en que estés, podrás sentir al menos que eres hombre entre los hombres; sin embargo, no creas que se piense en hacerte vivir entre la chusma. Aunque no soy yo de los primeros, si quieres unirme a mí y que emprendamos juntos el camino de la vida, consiento gustoso en pertenecerte ahora mismo, en ser tu amigo, tu criado, y hasta tu esclavo.

Fausto. Y ¿Cuál sería mi obligación en cambio?

Mefistófeles. Tiempo tiene de pensar en ello.

Fausto. No, no; porque el diablo es un egoísta y no acostumbra sernos útil por amor de Dios; así, pues, dime tus condiciones y habla claro, no deja de ser peligroso el tener en casa semejante servidor.

Mefistófeles. Quiero desde ahora a obligarme a servirte y acudir sin tregua ni descanso aquí arriba a la menor señal de tu voluntad y tu deseo, con tal de que al volver a vernos allá abajo hagas tú otro tanto conmigo.

Fausto. Poco cuidado, en verdad, me da lo de allá abajo; empiezo por destruir ese viejo mundo, ya que proceden de la tierra mis goces, y ya que es ése el sol que alumbrá mis penas; una vez libre de él, suceda lo que quiera. Poco me importa que en la vida futura se ame o se odie, ni que tengan esas esferas encima ni debajo.

Mefistófeles. Si tal es tu disposición, puedes muy bien aceptar lo propuesto; decídete y sabrás desde luego cuales son las delicias que puede proporcionar mi arte, y te daré lo que ningún hombre ha llegado siquiera a entrever.

Fausto. Pobre demonio, ¿qué es lo que tú puedes darme? ¿Ha habido, por acaso, ninguno de tus semejantes que haya podido comprender al hombre en sus sublimes aspiraciones? ¿Qué es lo que puedes ofrecerme? Alimentos que no sacian; oro miserable que, como el azogue, se desliza de las manos; un

juego en el que nunca se gana; una joven que en medio de sus protestas de amor hará guiños al que esté a mi lado; o el honor, falsa divinidad que desaparecerá como un relámpago. Muéstrame un futuro que no se pudra antes de estar maduro, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

Mefistófeles. No me arredra semejante empresa, porque puedo ofrecerte todos esos bienes.

Mi buen amigo, desde este momento podemos lanzarnos al despilfarro y a la orgía.

Fausto. El día en que tendido en un lecho de pluma pueda gozar la plenitud del reposo, no responderé de mí. Si puedes seducirme hasta el extremo de que quede contento con mí mismo, si puedes adormecerme en el seno de los placeres, sea aquél para mí el último día y para ti el de mayor triunfo.

Mefistófeles. Aceptado.

Fausto. ¡Aceptado! Si una sola vez llego a decirte: ¡qué hermoso eres, no te asustes, permanece siempre a mi lado! Entonces podrás maniatarme; entonces consentiré en que se abra la tierra bajo mis pies; entonces podrá resonar la campana de agonías; entonces quedarás libre y recogerás el precio de tus servicios, porque habrá sonado para mí la última hora.

Mefistófeles. Pensadlo bien, que no lo olvidaremos.

Fausto. En cuanto a esto, estarás en tu derecho. No creas que al aceptar haya obrado con ligereza. ¿Acaso ahora no soy también esclavo? ¿Qué me importa que tú u otro sea mi amo?

Mefistófeles. Desde hoy, pues, me constituiré en criado del doctor; sólo me falta advertiros una cosa, a saber: que en nombre de la vida o de la muerte exijo de vos algunas líneas.

Fausto. ¡Cómo! ¡Nunca hubiera creído que llegase tu pedantería hasta el punto de pedirme un escrito! ¿Es posible que conozcas tan poco al hombre y que no sepas lo que vale su

palabra? ¿No basta el que yo haya pronunciado aquella que para siempre dispone de mi vida? ¿Crees que, en medio de la tempestad que agita y hace retremblar al mundo sobre sus cimientos, pueda nunca olvidarme una palabra escrita? ¡Qué quimera tan arraigada en nuestros corazones! ¿Quién intentaría siquiera evadir su cumplimiento? Dichoso aquel que conserva pura la fe en su seno por no serle costoso ningún sacrificio. Pero un pergamino escrito y sellado es un fantasma para todo el mundo, y sin embargo, la palabra expira al transmitirla la pluma, no quedando más autoridad que la del pergamino. ¿Qué quieres de mí, maligno espíritu, bronce, mármol, pergamino o papel? También dejo a tu elección si debo escribirlo con un estilo, con un buril o una pluma.

Mefistófeles. ¡Cuánta palabrería! ¿Porqué te has de exaltar de este modo? Basta un pedazo de papel cualquiera, con tal de que escribas en él con una gota de sangre.

Fausto. Si así lo quieres...

Mefistófeles. Es la sangre un jugo muy particular.

Fausto. No temas que falte a este pacto; es la colaboración de mi actividad lo que te ofrezco; me he engreído tanto que sólo puedo pertenecer a tu clase. El espíritu creador me ha desechado: la naturaleza se cierra ante mí, el hilo de mi pensamiento está roto, y estoy hastiado de toda ciencia. Haz, pues, que queden satisfechas mis ardientes pasiones, que cada día se preparen para mí nuevos encantos bajo el impenetrable velo de la magia; que me sea dado sumergirme en el torbellino del tiempo y en los pliegues más secretos de lo porvenir, para que el dolor y el goce, la gloria y la pena se sucedan en mí confundidos.

Preciso le es al hombre vivir en una actividad eterna.

Mefistófeles. No, éste no ha señalado ningún límite ni objeto; así pues, si es tu deseo gozar de todo un poco y aprovechar tu rápida carrera, podrás tener cuantos tesoros apetezcas, con tal que te unas a mí y no seas timorato.

Fausto. Bien ves que no se trata aquí de pasajera dicha; al contrario, quiero

consagrarme todo entero al vértigo, a los goces más terribles, al amor que confina con el odio, al desaliento que eleva. Mi corazón, curado de la fiebre del saber, no estará en adelante cerrado para ningún dolor; en cambio quiero sentir en lo más profundo de mi ser todos los goces concedidos a la humanidad, saber lo que hay de más sublime y de profundo en ellos, acumular en mi seno todo el bien y todo el mal, que es su patrimonio exclusivo, hacer extensivo mi propio mal hasta el suyo y acabar por morir como el género humano.

Mefistófeles. Puedes creerme: yo, que desde hace miles de años estoy masticando este duro alimento, te aseguro que desde la cuna del sepulcro ningún hombre puede digerir la antigua levadura. Cree a uno de los nuestros que dice: ese gran todo está creado por un solo Dios; a él se deben esas eternas estrellas; a nosotros nos ha creado para las tinieblas, y sólo vosotros tenéis el día y la noche.

Fausto. Pero yo deseo...

Mefistófeles. Te comprendo, pero sólo una cosa me inquieta: el tiempo es corto y el arte largo. Creo que deberías instruirlos; úalos con un poeta; dejadle dar rienda suelta a su imaginación y haced que os infundan todas las más nobles cualidades, esto es: el valor del león, la agilidad del ciervo, el ardor del italiano, la constancia del habitante del Norte.

Haced que halle el medio de unir la magnanimidad a la astucia, y que en virtud de cierta combinación os dote de las ardientes pasiones de la juventud. De mí sé deciros que me gustaría en gran manera ver a un hombre de esta clase, para darle el título de maestro Microcosmo.

Fausto. ¿Quién soy, pues, si no me es dado llegar a esa corona de humanidad a que aspiran todos mis sentidos?

Mefistófeles. Tu eres, el último resultado, lo que debes ser: coloca sobre tu cabeza una peluca de miles de bucles, calza tus pies con coturnos de una vara de alto, que no por ello dejarás de ser lo que eres.

Fausto. ¡Bien lo veo! En vano he reunido todos los tesoros del espíritu

humano, puesto que en el recogimiento no siento surgir en mí ninguna fuerza nueva, ni se ha aumentado ni grandeza el espesor de un cabello, ni en lo más mínimo me he acercado a lo infinito.

Mefistófeles. Mi buen señor, eso consiste en que todo lo veis como se ve vulgarmente; es preciso aprovecharnos antes de que se nos escapen eternamente los placeres de la vida.

Veamos: tus manos, tus pies, tu cabeza y tu espalda te pertenecen sin duda alguna, y no porque utilice audazmente una cosa puede decirse que me pertenezca menos. Si poseo seis caballos, ¿no será su fuerza también mía? Pues he aquí que si lo monto, podré contar con sus veinticuatro piernas. Déjate, pues, de reflexiones y lánzate al mundo con migo. Te lo aseguro: el hombre pusilánime es como el animal a quien hace un duende girar en derredor de un páramo, mientras que se extienden en torno suyo verdes y hermosos pastos.

Fausto. ¿Cuándo empezamos?

Mefistófeles. Vamos a partir enseguida, ya que no es este gabinete más que un lugar de tortura, ya que no merece el nombre de vida el perpetuo fastidio que uno siente y causa.

Deja ese triste estado para tu vecino el gordo. ¿A qué atormentarte inútilmente por más tiempo? Lo mejor de lo que sabes no te atreves siquiera a decirlo a tu discípulo. ¡Ah! Oigo pasos en el corredor.

Fausto. Sea quien fuere, me es imposible recibirle.

Mefistófeles. Después de haberse esperado tanto tiempo, no puede dejársele al pobre muchacho desalentado. Vamos, dame tu vestido y tu gorra; mucho me engaño o ha de irme el disfraz a las mil maravillas. (Se viste.) Ahora, confía en mí: apenas necesito un cuarto de hora y entre tanto prepárate para nuestro hermoso viaje. (Fausto sale. Mefistófeles con el largo vestido de Fausto.) Sí, sí, desprecia la razón y la ciencia, suprema fuerza del hombre; deja que el espíritu infernal te ciegue con sus ilusiones y sus encantamientos, y te me entregaras sin exigirme condición alguna. El destino le dotó de un

espíritu incapaz de contenerse en su desenfrenada carrera; en alas de su aspiración ardiente ha pasado ya por todos los placeres de la tierra; séame ahora dado a mí arrastrarle por los desiertos de la vida a través de una medianía insignificante, donde forcejeará agitado en su lucha incesante, sin ver nunca satisfecho su deseo insaciable por retroceder siempre la copa ante sus abrasados labios. En vano demandará gracia; aun cuando no se hubiese dado al diablo, no sería menos inevitable su pérdida.

(Entra un estudiante)

El estudiante. Acabo de llegar y me presento humilde para conocer y hablar con un hombre que excita el respeto y la admiración general.

Mefistófeles. Me complace en gran manera vuestra cortesía; sólo veréis en mí a un hombre como cualquier otro. ¿Son muchos vuestros estudios?

El estudiante. Vengo a pedirlos que os encarguéis de mí; estoy animado de la mejor voluntad, y tengo algún dinero y mucha salud, y sólo a duras penas ha consentido mi madre en que me ausentase de ella; pero mi deseo de aprender aquí algo útil ha vencido todos los obstáculos.

Mefistófeles. No podíais elegir mejor sitio.

El estudiante. Pues en verdad quisiera ya retirarme, porque no tienen para mí estos muros y estas salas atractivo alguno; hay, además, un espacio muy pequeño, y no se descubre desde él ni un solo árbol, y puedo afirmar que en esta sala y en estos bancos perdería el oído, la vista y el pensamiento.

Mefistófeles. Todo depende del hábito. Tampoco el niño toma en un principio de buena gana el pecho materno, y luego se le ve beber en él con placer su alimento. Lo propio os sucederá a vos con el seno de la sabiduría.

El estudiante. Mucho deseo colgarme de su cuello, pero enseñadme el medio de lograrlo.

Mefistófeles. Esplicaos antes de continuar: ¿cuál es la facultad que elegís?

El estudiante. Mi deseo de saber es tal, que quisiera abarcar todo cuanto existe en el cielo y en la tierra, en la ciencia y en la naturaleza.

Mefistófeles. Estáis en buen camino, pero es necesario no dejaros distraer.

El estudiante. En él estoy en cuerpo y alma; con todo, procurareme la libertad posible y algunas horas de ocio en esos hermosos días de fiesta del verano.

Mefistófeles. Aprovechad el tiempo. ¡Pasa tan pronto! Pero el método os enseñará a ganarlo. Así, pues, mi buen amigo, ante todo os aconsejo un curso de lógica, que es la que ha de dirigir vuestro espíritu; la lógica le calzará estrechos borceguíes, para que ande derecho y con circunspección por el camino del pensamiento y no se extravíe como un fuego fatuo en el espacio. Luego se os enseñará durante muchos días, que aun para las cosas más sencillas, y que haríais en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar con método y por tiempos. Y en efecto, sucede con el pensamiento lo que con un telar, en el que basta un solo esfuerzo para poner en juego millares de hilos, donde la lanzadera corre sin cesar y al deslizarse se escurren los hilos invisibles y a la vez se forman mil nudos. Viene también el filósofo y os demuestra que debe ser de aquel modo: lo primero es esto y lo segundo es aquello; luego lo tercero y lo cuarto debe ser lo otro, y sin lo primero y lo segundo, nunca hubiera existido lo tercero y lo cuarto. Los estudiantes de todos los países, a pesar de comprenderlo así, nunca llegan a ser tejedores. Si se quiere conocer y comprender algo importante, se empieza desde luego por hacer abstracción de la inteligencia: se dispone de todos los elementos, pero ¿cómo lograr el anhelado objeto si falta el lazo intelectual? La química llama a eso *Encheiresin naturae*, y sin pensarlo se burla de sí propia.

El estudiante. No os comprendo bien.

Mefistófeles. Lo comprenderéis mucho mejor cuando hayáis aprendido a deducirlo y calificarlo todo convenientemente.

El estudiante. De tal modo me atolondra todo esto, que creo tener una rueda de molino en la cabeza.

Mefistófeles. Y luego debéis, ante todo, dedicaros a la metafísica; en ella podréis profundizar todo lo que no es dado comprender a la inteligencia humana, y por todo lo que pertenezca o deje de pertenecer a ella recurriréis a una palabra científica. Para este primer curso disponed vuestro tiempo lo más regularmente posible; tendréis cinco clases diarias, acudid a ellas a la primera campanada, debidamente preparado, sin dejar de saber todos los párrafos de vuestra lección, a fin de que nada dejéis que no se encuentre en el libro; con todo, podréis escribir como si el Espíritu Santo os dictase.

El estudiante. No será necesario que me lo repitáis dos veces, por estar muy convencido de lo útil que debe serme; además, nada iguala el placer que uno siente cuando ha pintado lo blanco de negro.

Mefistófeles. Así, pues, elegid una carrera.

El estudiante. No puedo acostumbrarme al estudio del derecho.

Mefistófeles. Lejos de mí la idea de reпреnderos por ello, pues demasiado sé lo que es aquella ciencia. Las leyes y los derechos se suceden como una eterna enfermedad y se les ve pasar de generación en generación y arrastrarse sordamente de un punto a otro: la razón se convierte en locura, y el beneficio en tormento. ¡Desdichado de ti, de tus padres, por no tratarse nunca del derecho que nació con nosotros!

El estudiante. Aumentáis aún la repugnancia que sentía por aquella ciencia. ¡Ah! ¡Dichoso a que sea instruido por vos! Casi estoy por estudiar teología.

Mefistófeles. No quisiera que os atrevieseis, por que es en esta ciencia muy fácil extraviar la senda que se debe seguir, en cuyo caso no habría para vuestro mal remedio alguno. Lo mejor que debe hacerse en materia tan delicada es no escuchar más que a uno solo, y afirmar por la palabra del maestro. En suma... ateneos a las palabras si deseáis llegar con pie firme y seguro al templo de la verdad.

El estudiante. Sin embargo, toda palabra debe contener siempre una idea.

Mefistófeles. Según, pero no debe uno inquietarse mucho por esto, porque

cuando faltan ideas, hay palabras que pueden sustituirlas; con ellas puede discutirse enérgicamente, y hasta con ellas erigirse un sistema. Como son las palabras tan fácilmente creídas, no se borraría de ella ni una coma.

El estudiante. Dispensadme el que os interrumpa con mis preguntas, pues tengo aún que molestaros. ¿No podríais decirme algo acerca de la medicina? ¡Tres años pronto se pasan, y es, por otra parte, tan vasto el campo que ofrece! Aun cuando no sea más que un dedo el que nos señala el camino, se siente uno animado para seguir adelante.

Mefistófeles (parte.) Este tono magistral ya empieza a fastidiarme: adoptemos nuevamente el papel del diablo. (En voz alta.) El espíritu de la medicina puede comprenderse fácilmente; estudiad bien el grande y pequeño mundo, para dejarlos ir al fin donde Dios mejor quiera. En vano intentaríais profundizar la ciencia, puesto que sólo aprende cada cual lo que logra aprender; sólo las circunstancias, o mejor dicho, el saber aprovechar la ocasión, puede haceros grande hombre. Vos tenéis buena traza, y me parecéis además bastante aventurero; así que, basta que tengáis confianza en vos mismo, para que no os falte de los demás. Sobre todo, dedicaos a la curación de las mujeres; esos eternos dolores mil veces repetidos se curan todos por un mismo tratamiento, y con tal que seáis con ellas respetuoso a medias, las dominaréis por completo. Basta un título para atraer su confianza y convencerlas de que nuestra ciencia excede con mucho a todas las demás; podréis entonces permitir os ciertas cosas que apenas lograrían otros después de años enteros de adulación y de lisonja: tomadlas luego el pulso, dirigiéndolas al propio tiempo una ardiente mirada, y pasad luego el brazo en derredor de su esbelto talle, como por ver si el corsé les aprieta demasiado.

El estudiante. Eso me parece ya mucho más claro, pues al menos se ve aquí el fin y el medio.

Mefistófeles. Mi querido amigo, toda teoría es tan seca como verde y lozano es el árbol de la vida.

El estudiante. Os juro que todo esto se me antoja un sueño. ¿Me atreveré a importunaros de nuevo sólo por oíros y aprovecharme de vuestra ciencia?

Mefistófeles. Podéis contar siempre con todo lo que de mí dependa.

El estudiante. No puedo ausentarme sin presentaros antes mi álbum: dignaos concederme una línea.

Mefistófeles. Con mucho gusto. (Escribe y le devuelve el álbum.)

El estudiante (lee.) Eristis sicut Deus, Scientes bonum et malum.

(Cierra el álbum con respeto, saluda y se retira.)

Mefistófeles. Sólo falta que practiques la vieja sentencia de mi prima la serpiente, para que tu semejanza con Dios te atormente algún día.

(Entra Fausto.)

Fausto. ¿Adónde debemos dirigirnos?

Mefistófeles. A donde tu desees. Podemos ver el grande y el pequeño mundo. ¡Con cuánto gusto y provecho vas a seguir su animado curso!

Fausto. Sí; pero, a pesar de mi larga barba, puedo asegurarte que no sé vivir; así que dudo mucho del éxito de mi empresa; nunca he sabido comportarme en el mundo: me siento tan pequeño en presencia de los demás, que a cada paso me veré turbado.

Mefistófeles. Mi buen amigo, todo esto se adquiere fácilmente, sólo te falta tener confianza en ti propio para saber vivir.

Fausto. ¿Cómo vamos a salir de aquí? ¿Dónde tienes caballos, criados y coche?

Mefistófeles. No tenemos más que extender esta capa para emprender un viaje aéreo, pero te encargo que no lles grandes líos, porque no deja de ser nuestra ascensión bastante atrevida. Voy a preparar un poco de aire inflamable que no tardará en levantarnos del suelo y ya verás, si no pensamos demasiado, cuán rápido va a ser nuestro viaje. Te felicito por tu nueva carrera al través de la vida.

Taberna de Auerbach De Leipzig

Reunión de alegres compañeros.

Frosch. ¿No hay ya quien quiera beber y reír? Yo procuraré que hagáis algún viaje. Heos aquí hoy como paja mojada, vosotros que por lo regular sois todo fuego.

Brander. Tú tienes la culpa, puesto que no pones sobre el tapete ni una tontería, ni una piedra de escándalo.

Frosch. (Arrojándole un vaso de vino a la cabeza.) Ahí tienes las dos cosas a un tiempo.

Brander. ¡Marrano!

Frosch. Puesto que lo deseabais, preciso era serlo.

Siebel. Afuera los alborotadores, cantad con toda la fuerza de vuestros pulmones, bebed cuanto queráis y gritad como energúmenos: ¡Ah! ¡Eh! ¡Hola! ¡Oh!

Altmayer. ¡Ay de mí! ¡Estoy sordo! Traedme algodón, porque ese maldito me desgarró el tímpano.

Siebel. Sólo cuando retumba la bóveda se puede juzgar del eco del bajo.

Frosch. Es cierto: a la calle el que empiece a amostazarse. ¡Ah! ¡Tara-rá lara-rá!

Altmayer. ¡Ah! ¡Tara, tara, rarí!

Frosch. Afinadas están las gargantas. (Canta.)

“¿Cómo existe todavía

El santo imperio romano?”

Brander. ¡Vaya una canción tonta! Deja esa canción política, esa canción tan fastidiosa. Da gracias a Dios por no tener que pensar todos los días en el imperio romano. En cuanto a mí, considero como un gran bien el no ser emperador ni canciller. Como todo, nos es preciso un jefe; nombremos pues un papa; ya sabéis que calidad da la elección, y de que modo eleva ésta al hombre.

Frosch. (Canta.)

“Cantor de los bosques, ruiseñor querido,

Ve a saludar mil veces a mi amor.”

Siebel. Nada de saludos a nuestras amadas, si no queréis fastidiarme.

Frosch. ¡A mi querida, saludos y besos! No serás tú quien me lo impida.
(Canta.)

“Descorre tus cerrojos

Sin hacer ruido,

Que tu amante te espera

Muerto de frío.”

Siebel. Pondera y canta sus atractivos cuanto quieras, que no por ello dejará de engañarte; cuando te deje como me dejó a mi no podré menos de reírme. Désele por cortejo un gnomo que la requiebre en una encrucijada, o un viejo chivo que al volver del Blocksberg le dé al pasar las buenas noches, pero de ningún modo un joven de carne y hueso, por no merecerlo semejante tunanta. Mi saludo con ella consistiría en romperle todos los cristales.

Brander. (Dando un golpe sobre la mesa.) ¡Silencio, silencio! Prestadme atento oído y os convenceréis todos de que soy hombre que sé vivir y que conozco el mundo. Hay aquí enamorados y, siguiendo la costumbre establecida, debo darles por buenas noches algo que les alegre. Atención,

pues, y aquí va una canción de las que están hoy más de moda; únicamente os encargo que repitáis el estribillo con todo el vigor de vuestros pulmones.

(Canta.)

“Una rata se alojó en una buena repostería y de tal suerte se llenó de harina y de manteca, que en menos de una semana tuvo la panza como el hermano Martín. Pero un día la cocinera puso a la rata un veneno y entonces esta saltaba y corría como si tuviese el amor en el cuerpo.”

Todos. (Haciendo el coro.) “Cual si tuviera el amor en el cuerpo.”

Brander. “Corre, trota, bebe en todos los cachorros; come, roe y araña ventanas y cortinas.

Nada le quita la sed. Pero cansada de tantos esfuerzos modera su furor como si la comadre tuviese el amor en el cuerpo.”

Coro. “Como si tuviese el amor en el cuerpo.”

Brander. “Devorada por el fuego del veneno, baja la escalera hasta la cocina, cae en el fogón, y allí hace una mueca que os inspiraría compasión, y viendo alegre a la conciencia, levanta la moribunda mirada como si tuviese el amor en el cuerpo.”

Coro. “Como si tuviese el amor en el cuerpo.”

Siebel. ¡Cuán poca cosa divierte a esos imbéciles! ¡Qué gracia la de envenenar a una pobre rata!

Brander. ¿Luego las tienes en mucha estima?

Altmayer. No es extraño que con su panza y su calva se conmueva tanto, porque ve en aquella rata hinchada su propio retrato.

(Entran Fausto y Mefistófeles.)

Mefistófeles. Debo, ante todo, introducirte en una alegre sociedad, para que

veas cuán festivamente puede pasarse la vida. Con poca inteligencia y con mucho buen humor, cada cual va girando aquí en su estrecho círculo, como los gatos jóvenes que juegan con su cola.

Con tal que tengan la cabeza libre y que el huésped les preste, viven alegres y sin ningún cuidado.

Brander. He aquí dos viajeros, según lo indica claramente su aspecto; apostaría que no hace una hora que han desembarcado.

Frosch. Soy de tu propio parecer. ¡Honor a nuestro Leipzig, que es un segundo París!

Siebel. ¿Quiénes son, en tu concepto, estos extranjeros?

Frosch. Déjame hacer y ya verás cómo logro con un sólo brindis desenmascararlos. A juzgar por su porte y su altivez, deben ser de elevada alcurnia.

Brander. De seguro son charlatanes; apostaría algo.

Altmayer. Puede ser muy bien.

Frosch. Ya veréis cómo voy a chasquearles.

Mefistófeles (a Fausto.) Nunca esa pobre gente recela del diablo, ni aun cuando le tenga pegado a su cuerpo.

Fausto. Muy buenos días, señores.

Siebel. Os damos gracias por vuestra figura. (En voz baja mirando de soslayo a Mefistófeles.) ¿Qué querrá ese pícaro?

Mefistófeles. ¿Nos permitiréis sentarnos junto a vosotros? Ya que nos falta buen vino, gocemos al menos de una buena compañía.

Altmayer. Me parece que debéis hallaros contrariado.

Frosch. Habéis salido muy tarde de Ripach. ¿Habéis senado esta noche en la hostería del señor Juan?

Mefistófeles. Hemos pasado por delante de ella, pero sin detenernos siquiera. La última vez que le hablamos, qué sé yo cuánto nos dijo de sus primos, dándonos mil y mil expresiones para cada uno de ellos. (Se inclina hacia Frosch.)

Altmayer, en voz baja. ¡Condenado! ¿Ya sabes a quién te diriges?

Siebel. Es un compadre astuto.

Frosch. No importa; aguarda y verás cómo le cojo.

Mefistófeles. A no engañarme, hemos oído al entrar un coro de hermosas voces. Es verdad que el canto debe resonar admirablemente debajo de esta bóveda.

Frosch. ¿Sois por acaso artista?

Mefistófeles. ¡Oh! No; mi mérito no es mucho, pero mi afición es grande.

Altmayer. Cantadnos algo.

Mefistófeles. Cantaré todo cuánto deseéis.

Siebel. No exigimos más que una canción, pero deseamos que sea eternamente nueva.

Mefistófeles. Casualmente llegamos de España, hermoso país del buen vino y las canciones. (Canta.) “Un rey en su palacio tenía una linda pulga...”

Frosch. Silencio, silencio. ¡Una pulga! ¿Lo habéis oído? ¡Una pulga! ¡Qué huésped tan raro!

Mefistófeles. (Canta.) “Un rey en un palacio tenía una linda pulga, a la que amaba tan tiernamente como si fuera parte de su familia; así que llamo cierto día a un sastre para que le hiciese un gran traje de corte.”

Brander. Sobre todo, no olvidaría encargarse al sastre que le tomase con exactitud la medida, a fin de que no se notase en sus calzones la más pequeña arruga.

Mefistófeles. “De paño, seda y armiño se viste a la beldad, que no tarda en ver adornar su pecho todas las órdenes conocidas; cualquiera la hubiese creído ministro al ver ostentar el cordón azul y la orden de la jerarquía. Tan pronto como supo su familia la recepción que le había sido hecha en la corte, resolvió ir a instalarse en ella. Pero como, luego de su llegada, la reina, sus damas y todos los cortesanos tuviesen que rascar continuamente, sin poder descansar de día ni de noche, se sublevaron contra aquella tiranía insufrible, resolviendo dar muerte a cuantas pulgas le picaran.”

Frosch. ¡Bravo, bravo! Eso es lo que deberían haber hecho ya desde el primer día.

Siebel. Otro tanto suceda a las demás pulgas.

Brander. Apretad los dedos y no paréis hasta aplastarlas.

Altmayer. ¡Viva la libertad! ¡Viva el buen vino!

Mefistófeles. Con placer echaría un trago en honor de la libertad, a ser un poco mejor vuestro vino.

Siebel. No os atreváis a repetirlo.

Mefistófeles. A no temer que el dueño lo tomase a mal, ofrecería a esos dignos convidados algo de nuestra bodega.

Siebel. Podéis hacerlo sin ningún cuidado; yo respondo de ello.

Frosch. Dadnos de él un buen vaso, si queréis que os elogie; lo que es yo sólo soy buen conocedor cuando puedo echar buenos tragos.

Altmayer (en voz baja.) Debe ser del Rhin; estoy seguro de ello.

Mefistófeles. Procuradme un barreno.

Brander. ¿De qué os servirá si no tenéis aquí una ninguna cuba?

Altmayer. Allí ha dejado el huésped una cesta de herramientas.

Mefistófeles (tomando el barreno de manos de Frosch.) Decidme ahora cuál queréis probar.

Frosch. ¿Qué queréis decir? ¿Tenéis por ventura un gran depósito?

Mefistófeles. Elija cada cual el que le parezca mejor.

Altmayer (a Frosch.) ¡Ah! ¡Ah! Veo que empiezas ya a relamerte.

Frosch. Y ¿porqué no? Ya que puedo elegir, yo pido vino del Rhin; la patria es lo que produce siempre lo más selecto.

Mefistófeles (abriendo un agujero al borde de la mesa, junto al asiento de Frosch.) Dame pronto un poco de cera para que haga las veces de tapón.

Altmayer. ¡Ah! ¡Ah! Esto es un juego de manos.

Mefistófeles (a Brander.) ¿Y vos?

Brander. Yo quiero Champaña, que sea muy espumoso.

(Mefistófeles sigue barrenando, mientras está otro haciendo tapones para los agujeros.) Brander. No nos es siempre dado renunciar a los productos del extranjero, y no es extraño, si se atiende a quien siempre está lo mejor lejos de nosotros. Un verdadero alemán no puede sufrir a los franceses, y sin embargo bebe con mucho gusto su vino.

Siebel (mientras que Mefistófeles se le va acercando.) Debo confesar que no me gusta el vino seco; dadme una copa del dulce.

Mefistófeles (barrenando.) Brote, pues, para vos el Tokai.

Altmayer. No, señores: miradme cara. Bien lo veo, os burláis de nosotros.

Mefistófeles. Confesad que con hombres como vosotros no dejaría de ser esto algo peligroso. Vamos, decidme, ¿cuál es el vino que preferís?

Altmayer. Me gustan todos, os digo francamente.

(Después de estar hechos y tapados los agujeros)

Mefistófeles (haciendo extraños gestos.) La viña produce uvas y cuernos el macho cabrío; es el vino un agradable rocío, y tiene la cepa una madera dura como el bronce. ¿Por qué la madera de esta cepa no ha de proporcionarnos, pues, el mosto necesario? Os juro que basta dirigir a la naturaleza una mirada investigadora para obrar semejante milagro. Ahora quitad los tapones y bebed a vuestro antojo.

(Todos quitando los tapones y recibiendo en sus vasos el vino apetecido.)

Mefistófeles. Sólo os encargo que no vertáis ni una gota. (Se ponen a beber.)

Todos (cantando.) “Bebamos, bebamos, bebamos como quinientos cochinos.”

Mefistófeles. ¡He aquí a esos tontos enteramente emancipados! ¡Mira qué dichosos son!

Fausto. Quisiera retirarme ahora.

Mefistófeles. Aguarda unos instantes más y verás llegar la bestialidad a su máximo esplendor.

Siebel (bebe sin precaución, por lo que se le derrama el vino y se convierte en llama.)

¡Socorro! ¡Fuego! ¡Socorro! ¡El infierno se abre!

Mefistófeles (dirigiéndose hacia la llama.) ¡Cálmate, mi elemento querido! (Volviéndose hacia los compañeros.) No ha sido por esta vez más que una chispa del purgatorio.

Siebel. ¿Qué es esto? Aguardad, que la habéis de pagar cara. ¿Ignorabais sin

duda con quiénes os la habíais?

Frosch. Volved a hacerlo.

Altmayer. Pues yo opino por que se le ruegue despeje el campo.

Siebel. ¡Cómo! ¿Después de haber tenido la audacia de hacer aquí su hocuspocus?

Mefistófeles. ¡Silencio viejo tonel!

Siebel. ¡Si aún se atreverá a hacer aquí el guapo, ese palo de escoba!

Brander. Aguardad un poco, si queréis que caiga una lluvia de palos.

Altmayer (arranca un tapón de la mesa y brota del agujero una llama que le alcanza.) ¡Me quemo! ¡Me quemo!

Siebel. ¡Brujería!... Arrojaros sobre él y haced que ese malvado no se burle de nosotros impunemente. (Sacan sus puñales y se arrojan sobre Mefistófeles)

Mefistófeles (con impasible gravedad.) Encantos e ilusiones, turbad su razón y su vista, haciéndola vagar de una a otra parte.

(Se paran asombrados mirándose unos a otros.)

Altmayer. ¿Dónde estoy? ¡Cuán bello es el país que se extiende a mi vista!

Frosch. Una colina cubierta de viñedos. ¿No me engañan mis ojos?

Siebel. ¡Qué de racimos tengo a la mano!

Brander. ¡Cuántos racimos y copas hay entre los verdes pámpanos! (Coge a Siebel por la nariz, hacen los demás otro tanto unos a otros y levantan los puñales.)

Mefistófeles (con la mirada impasible.) Caiga la venda de sus ojos para que

vean como sabe el diablo burlarse de ellos. (Desaparece con Fausto y suelta cada cual su presa.) Siebel. ¿Qué es esto?

Altmayer. ¿Que?

Frosch. ¿Era, pues, tu nariz?

Brander (a Siebel.) ¡También yo tengo la tuya en la mano!

Altmayer. ¿Qué golpe ha sido eso? Tengo todos los miembros dislocados: pronto una silla porque desfallezco.

Frosch. Nada temas; sólo quiero que me digas lo que ha sucedido.

Siebel. ¿Dónde está el tunante? Si alguna vez llego a cogerlo, no saldrá vivo de entre mis uñas.

Altmayer. Yo lo he visto salir por la puerta de la bodega montado en una cuba. Tengo los pies pesados como el plomo. (Volviéndose hacia la mesa.) ¡Si al menos continuara el mosto manando! Todo es mentira.

Siebel. ¡Todo era ilusión y encantamiento!

Frosch. Y, sin embargo, yo habría jurado que estaba tomando buen vino.

Brander. Y, ¿qué ha sido de aquellos racimos?

Altmayer. ¡Luego se dirá después de esto que no debe creerse en milagros!

Cocina de una hechicera

Hay una gran marmita hirviendo en un hogar muy bajo, en medio del vapor que exhala se ven revoloteando raras figuras. Una mona, sentada junto a la marmita, la espuma y cuida que no rebase. El mono, con sus pequeñuelos, se calienta a su lado. Las paredes y el techo están llenos de extrañas herramientas que usa la hechicera.

Fausto y Mefistófeles.

Fausto. Mucho me repugna este fantástico aparato. ¿Puedes prometerme que recobraré la vida en medio de tantas extravagancias? ¿Qué consejos podrá darme una bruja? ¿Puede haber aquí mixtura alguna que me quite treinta años de encima? ¡Ay de mí! Si no puedes procurarme otra cosa, he perdido ya toda esperanza. ¿Es posible que ni la naturaleza ni un doble espíritu no hayan descubierto un bálsamo en parte alguna?

Mefistófeles. Hete aquí, amigo mío, filosofando como siempre. Para rejuvenecerte hay, sin embargo, un medio muy natural; pero está en otro libro y forma un capítulo muy curioso.

Fausto. Quiero saber enseguida cual es ese medio.

Mefistófeles. Muy bien; es un medio que no exige dinero, medicina ni sortilegio. Dirígete ahora mismo al campo, toma la azada, ponte a trabajar, sepúltate con tu pensamiento en un estrecho círculo, conténtate con alimentos sencillos, vive como animal entre los animales y no te niegues a estercolar los campos que cultives. He aquí el medio más seguro para llegar joven a los ochenta años.

Fausto. No estoy habituado a ello, y no podré por tanto decidirme a tomar nunca el azadón.

Además, de ningún modo puede seducirme una vida tan austera.

Mefistófeles. Por esto debe la hechicera intervenir en este negocio.

Fausto. Pero, ¿por qué ha de ser justamente esa vieja? ¿Por ventura no puedes tú mismo preparar el brebaje?

Mefistófeles. ¡En verdad que sería un grato pasatiempo! Antes preferiría construir mil puentes. El arte y la ciencia no bastan, sino que es además indispensable la paciencia; necesitaría un espíritu tranquilo muchos años para confeccionarlo; sólo con el tiempo adquiere su fermentación la virtud necesaria, y son todos los ingredientes de que se compone sumamente raros. Ni aun el mismo diablo que se lo ha enseñado a ella podría ahora hacerlo. (Divisando a algunos animales.) ¡Mira qué agradable y pequeña especie! He

aquí la criada, allí está el criado. (A los animales.) Me parece que la vieja no debe encontrarse en casa.

Los animales. Se fue a comer fuera saliendo por la chimenea.

Mefistófeles. ¿Puedes decirme, familia abandonada, si tardará mucho en volver?

Los animales. Lo que nosotros tardemos en calentarnos las patas.

Mefistófeles. ¿Qué te parece de esos hermosos animales?

Fausto. Que son los más repugnantes que he visto nunca.

Mefistófeles. No deja de ser cierto lo que dices, por más que sea contrario a los que mejor me sirven y más amo. (A los animales.) Decidme, raza maldita, ¿qué es lo que ahí estáis revolviendo?

Los animales. Estamos preparando la sopa para los pobres.

Mefistófeles. Que por lo visto deben ser muy numerosos.

El Macho (acercándose y acariciando a Mefistófeles.) Viejo diablo, disponed los dados y empecemos desde luego el juego infernal que ha de proporcionarme lo que necesito; venga el oro, sin el cual no hay en el mundo mérito posible, para los que hoy me desdeñan, se me presenten después de rodillas.

Mefistófeles. Con sólo jugar a lotería, creería ver el mico satisfechos sus deseos.

(Entre tanto juegan, los demás animales hacen rodar una gran bola.)

El Macho. Tal es el mundo; sube, desciende y, como esta bola, va rodando sin descanso; es bello, sonoro y hueco como el cristal puro, y también, como él, a lo mejor se rompe, sin notarse a su choque más que un rastro de luz que pronto se desvanece. Huye, pues, de él, hijo mío; no te dejes deslumbrar por sus vivísimos colores, porque es su interior de polvo que el menor viento

disipa.

Mefistófeles. ¿Para qué sirve esa criba?

El Macho (cogiéndola.) Para conocer al que ha robado, cualquiera que sean su aspecto y su astucia.

(Se dirige corriendo hacia la hembra y le obliga que mire al través de la criba.) Mira por ella quién es aquel ladrón y procura decirnos su nombre.

Mefistófeles (acercándose hacia la lumbre.) ¿Qué comida es esa?

El Macho y la Mona. ¿Habrás visto topo igual? Ni sabe lo que es la marmita, ni lo que ésta contiene.

Mefistófeles. ¡Descarada y maldita raza!

El Macho. Toma esta escoba y siéntate en este escabel. (Obliga a Mefistófeles a sentarse) Fausto (que había estado hasta entonces contemplando un espejo tan pronto acercándose como alejándose de él.) ¿Qué es lo que veo? ¿Qué celestial imagen se me aparece en este mágico espejo? ¡Oh, amor! ¡Llévame en tus rápidas alas a la región que habita! Si me muevo de este sitio, aunque sea acercándome a ella, sólo la veo como al través de una nube.

¡Es la imagen más hermosa de la mujer! ¿Puede tener una mujer tanta belleza? ¿Será ese cuerpo tendido ante mí el conjunto de todas las maravillas de los cielos? ¿Puede haber cosa igual en el mundo?

Mefistófeles. Es claro que de la obra que costó a un Dios seis días, y que después él mismo se complació en ella, ha de resultar algo que sea extraordinariamente admirable. Continúa por esta vez saciando tu vista y deja a mi cuidado el seguir la pista a semejante tesoro; feliz el que pueda conducirla a su casa como esposa.

(Continúa Fausto con la vista fija en el espejo, mientras que Mefistófeles se tiende en el sillón jugando con una escoba y sigue hablando. Los animales,

que habían hecho hasta entonces mil raros movimientos, van en confusa gritería a presentar una corona a Mefistófeles.)

Los animales. Dignaos, señor, admitir esta corona que, aunque hecha trizas, podréis reparar a fuerza de sudor y de sangre.

(Y empiezan a saltar de modo grotesco hasta que queda la corona hecha pedazos, con lo que bailan en torno a Mefistófeles, a quien la ofrecen.)

Ya está hecho; sólo nos falta ahora hablar, ver, oír y reinar.

Fausto, vuelto hacia el espejo. ¡Infeliz de mí! ¡Casi me vuelvo loco!

Mefistófeles (señalando con el dedo a los animales.) ¡Poco falta para que también mi razón se extravíe!

Los animales. Salgamos airosos de la empresa e inmensa será nuestra gloria.

Fausto (como antes.) Siento que el corazón se me inflama; alejémonos de aquí lo más pronto posible.

Mefistófeles (en la misma posición.) Al menos debemos convenir que son verdaderos poetas.

(La marmita abandonada por la mona, empieza a desbordarse y se levanta una llama con violencia que se extiende por la chimenea. Al propio tiempo desciende la bruja al través de la llama, lanzando espantosos gritos.)

La bruja. ¿No veis, canalla indigna, que me estoy achicharrando por vuestra torpeza y culpable abandono? (Viendo a Fausto y a Mefistófeles.) ¿Qué es esto? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis de mí? Cara, muy cara vais a pagar vuestra audacia, pues no tardará el fuego en consumir vuestros huesos.

(Mete la espumadera en la marmita y empieza a echar llamas a Fausto y Mefistófeles, dando los animales terribles alaridos. Mefistófeles, volviendo la escoba que tiene en la mano, empieza a romper con su palo todos los vasos y ollas.)

Mefistófeles. Todos los muebles y utensilios de esta vieja bruja han de quedar hechos añicos, y luego le arreglaré la cuenta con este mismo palo por la zambra que ha armado.

(Retrocede la hechicera llena de espanto y de ira.) ¿Por ventura me has desconocido, esqueleto horrible? ¿No conoces ya a tu señor y tu amo? No sé cómo me contengo en no azotarte y hasta hacerte trizas junto con tus espíritus y tus gatos, al ver que no te causa ya ningún respeto el justillo rojo y que desconoces la pluma del gallo. ¿Acaso te he ocultado este rostro? ¿Por ventura estaré siempre obligado a nombrarme a mí mismo?

La Hechicera. Perdonadme, señor, el indigno recibimiento que os he dado; sin embargo, no veo la mano de caballo, así como tampoco vuestros dos cuernos.

Mefistófeles. Por esta vez consiento en perdonarte, aunque no sea sino por el tiempo que hace que no nos hemos visto. La civilización que regenera al mundo entero se extiende hasta el mismo diablo. Ya no se trata hoy día del fantasma del Norte, ni se ven en parte alguna cuernos, colas ni garras. En cuanto a la mano de caballo, de que no podría deshacerme, me sería perjudicial en el mundo; así que he adoptado, tiempo hace, como otros muchos jóvenes, la moda de llevar las pantorrillas postizas.

La Hechicera (bailando.) Loca estoy de alegría al verme visitada por el noble Satán.

Mefistófeles. Desde ahora te prohíbo que vuelvas a darme semejante nombre.

La Hechicera. ¿Por qué? ¿Qué os ha hecho?

Mefistófeles. Por que tiempo hace que está escrito en el número de las fábulas, sin que por esto los hombres hayan mejorado; se han librado del espíritu del mal, pero ellos han continuado siendo igualmente malos. Llámame más bien señor barón, ya que soy caballero como los demás, y que no puedes dudar de la nobleza de mi sangre. Toma, he aquí el escudo que traigo. (Hace un gesto indecente.)

La Hechicera. ¡Ah! ¡Ah! Sois en efecto vos; veo que continuáis siendo lo que habéis sido siempre, un gran pícaro.

Mefistófeles (a Fausto.) Amigo mío, sírvate de ejemplo; ese es el modo con que debe tratarse a las brujas.

La Hechicera. Ahora decidme, señores, ¿en qué puedo complaceros?

Mefistófeles. Danos un vaso del elixir que sabes, y que sea el más viejo, ya que los años aumentan su fuerza.

La Hechicera. Con mucho gusto. Tengo allí un frasco del que yo por golosina acostumbro a beber algunas veces, que no tiene ningún olor, y voy a ofreceros de él una copa. (En voz baja a Mefistófeles.) Pero si ese hombre la bebe sin estar antes preparado, como lo sabéis muy bien, no vivirá una hora.

Mefistófeles. Es un amigo, a quien hará esto un gran bien; te pido por él lo mejor que tienes en tu cocina. Vamos, pues, traza tu círculo, pronuncia tus palabras y dale una taza llena.

(La bruja traza un círculo, haciendo gestos extraños, y coloca luego en él mil cosas extravagantes, mientras que los vasos y las ollas empiezan a chocar entre sí; formando una rara música. Por fin trae un gran libro, coloca a los animales en círculo para que le sirvan de pupitre y le tengan los candelabros, e indica a Fausto que se acerque a ella.) Fausto (a Mefistófeles.) Pero dime, ¿a qué viene todo esto? Sé lo que son esa farsa y esa insípida parodia, por lo que me inspiran horror.

Mefistófeles. ¡Qué tontería! Más bien debería causarte risa; vamos, no te muestres tan grave. Como conocedora en medicina, debe hacer antes su hocuspocus, para que el elixir o filtro te pruebe bien. (Obliga a Fausto a entrar en el círculo. La hechicera se pone a leer en el libro y a declamar con énfasis.) Has de saber que con uno se pueden hacer diez, y por tanto tu riqueza es segura; de cinco y seis haz siete y ocho, y verás cumplidos tus deseos, por más que nueve sea uno y diez ninguno. Tal es el gran sentido comprendido en el libro de toda la hechicera.

Fausto. Sin duda esta vieja delira.

Mefistófeles. Y aún verás otras muchas extravagancias que acabarán por convencerte de ello, antes de que termine ese libraco enteramente lleno de simplezas. No puedes figurarte el tiempo que me ha hecho perder; por que una contradicción completa es tan

incomprensible para el sabio como para el ignorante, para el cuerdo como para el loco.

Querido mío, es el arte a la vez antiguo y nuevo, y se ha procurado en todos los tiempos propagar el error en lugar de la verdad; por esto se charla tanto sobre cosas que no se comprenden; por esto hay locos que se obstinan en romperse los cascos para comprender lo incomprensible. Y, ¿sabes, por lo regular, de qué procede ese error tan funesto? De que el hombre no oye más que palabras, cree que éstas deben inducir necesariamente a la reflexión.

La Hechicera, (continua.) Sí, creedlo; el poder de la ciencia, al que el mundo todo tiende los brazos, toca en suerte al hombre prudente que menos piensa en él.

Fausto. ¡Que extravagancia! Se me parte la cabeza; se me figura estar oyendo un coro de cien mil locos.

Mefistófeles. ¡Basta! ¡Basta! Sibila consumada; danos tu bebida procurando llenar las tazas hasta el borde, pues no temo cause a mi amigo daño alguno, porque es hombre

acostumbrado a los tragos, en lo que ha alcanzado señalados triunfos.

(La bruja llena el vaso con mucho aparato, y en el acto que Fausto lleva el brebaje a sus labios brota del vaso una ligera llama.)

Mefistófeles. Vamos, ánimo, apúralo de un sorbo, y verás como se te alegra el corazón. ¿Es posible que, unido como estás con el diablo, te asuste tanto la llama?

(La hechicera rompe el círculo y Fausto sale de él.)

Partamos desde luego; porque sólo necesitas ahora agitación y movimiento.

La Hechicera. ¡Buen provecho os haga el traguito!

Mefistófeles (a la hechicera.) Sin necesitar de mí, no tienes más que decírmelo en el Walpurgis.

La Hechicera. He ahí una canción que con sólo repetirla experimentaréis singulares efectos.

Mefistófeles. Ven pronto y déjate guiar, la transpiración es indispensable para que la fuerza te penetre interior y exteriormente. Luego te haré gustar las delicias de una digna ociosidad, y pronto sabrás en la embriaguez de todo tu ser cuáles son los placeres de Cupido.

Fausto. ¡Ah! ¡Permíteme dirigir al espejo una postrer mirada! ¡Era tan hermoso aquel fantasma de mujer!

Mefistófeles. No, no; pronto tendrás ante ti, lleno de vida, el modelo de todas las mujeres.

(Aparte.) Con esa bebida en el cuerpo, verás una Elena en cada mujer.

Una calle

Fausto y Margarita paseando.

Fausto. Hermosa señorita, ¿me atreveré a ofreceros mi compañía y mi brazo?

Margarita. Yo no soy ni señorita ni hermosa, y no necesito que nadie me acompañe para volverme a mi casa. (Se separa y huye.)

Fausto. En verdad es una hermosa joven; no había visto en mi vida algo igual: es a la vez modesta, graciosa y tiene algo de fascinador que me arrebata. ¡Nunca me será dado olvidar ni la tersura de sus mejillas, ni el carmín de sus labios! Inclínaba la vista de un modo que no se borrará ya más

del corazón. (Entra Mefistófeles) Escucha, preciso es que me proporciones esa joven.

Mefistófeles. ¿Cuál?

Fausto. La que acaba de pasar ahora mismo.

Mefistófeles. Aquélla, muy bien; venía de ver a su confesor, que la ha absuelto de todas sus culpas. Me he situado tras ella, y puedo asegurarte que es la misma inocencia; ha ido a echarse a los pies a los pies del confesor, sin tener pecado de qué arrepentirse; ningún poder tengo sobre ella.

Fausto. Y con todo, tiene más de catorce años.

Mefistófeles. Hablas como Hans Liederlich, que quiere para sí las más hermosas flores, y que cree no haber honor ni gracia de que no sea digno, sin haber hecho cosa alguna para merecerlo, pero no es así siempre.

Fausto. Basta, señor maestro, dejadme en paz y obrad en consecuencia de lo que voy a deciros: si esta noche no tengo en mis brazos aquella joven encantadora, nos separaremos hoy mismo para siempre.

Mefistófeles. Piensa ante todo en lo mucho que antes se debe hacer; pues necesito al menos quince días sólo para buscar la ocasión.

Fausto. Y si yo pudiera tan sólo disponer de siete horas, no necesitaría de tu auxilio para seducir a semejante criatura.

Mefistófeles. Ya casi habláis como un francés, pero os suplico que no lo toméis con tanto afán. ¿De qué sirve anticipar tanto goce? Su encanto es mucho menor cuando de antemano no habéis dispuesto vos mismo todos los medios posibles para coger en la red vuestra niña, conforme nos lo enseñan ciertos cuentos italianos.

Fausto. ¿Qué me importa a mí todo eso si no necesito ninguno de aquellos alicientes?

Mefistófeles. Pues ahora con formalidad os digo, de una vez para siempre, que no podéis ir tan deprisa con aquella hermosa niña. Ya que nos sería la fuerza eternamente inútil, empleemos la astucia.

Fausto. Es tanto el dominio que sobre mí ejerce aquel ángel, que te pido me acompañes al sitio en que vive para que pueda ver al menos un pañuelo que haya cubierto su seno, una cinta con que haya intentado en valor realzar su belleza.

Mefistófeles. Para que os convenzáis de que si quiero o no calmar vuestra pena os diré que no perdamos tiempo; porque quiero conducirlos hoy mismo a su cuarto.

Fausto. Y, ¿me será dado verla y estrecharla sobre mi pecho?

Mefistófeles. No, porque estará en casa de una vecina. Con todo podréis embriagaros libremente con la atmósfera que ella ha respirado y meceros en las halagüeñas esperanzas de una próxima dicha.

Fausto. ¿Podemos ya partir?

Mefistófeles. Aún es temprano.

Fausto. Ve a buscarme entre tanto un obsequio para ella. (Se va.)

Mefistófeles. ¿Presentes ya? ¡Bueno! He aquí el mejor. Ya que sé yo parajes a propósito y antiguas joyas enterradas, voy a limpiar el polvo que las cubre.

La noche. Un cuarto pequeño y aseado.

Margarita, (trenzándose el cabello.) Daría cualquier cosa por saber quién era aquel caballero de esta mañana: su rostro y su porte indicaban claramente la nobleza de su estirpe.

¿Cómo, a no ser así, habría podido tener tanto desembarazo?

Mefistófeles y Fausto.

Mefistófeles. Entrad, pero despacio, entrad.

Fausto, (después de un momento de pausa.) Te suplico que me dejes solo.

Mefistófeles, (registrándolo todo.) No todas las jóvenes tienen su cuarto tan perfectamente limpio. (Sale.)

Fausto, (mirando en torno suyo.) Salud, dulce crepúsculo que reinas en este santuario; embarga mi corazón, grata melancolía de amor que el perfume de la esperanza anima.

¡Cómo todo respira aquí paz, orden y contento! ¡Cuánta abundancia en esta pobreza, cuánta dicha en este calabozo! (Se sienta en un sillón de cuero que hay junto a la cama.)

¡Recíbeme, oh tú, que has tenido los brazos siempre abiertos para acoger a las pasadas generaciones, tanto en su dolor como en su alegría! ¡Cuántas veces los niños en tropel se habrán suspendido en torno a este trono patriarcal! Acaso también mi amada habrá venido aquí más de una vez cuando niña de frescas y rosadas mejillas a besar la descarnada mano del abuelo, no sin dirigir antes una mirada de inocencia y de candor a ese Cristo divino.

Siento vagar en derredor, ¡oh, hermosa niña!, ese espíritu de economía y de orden que se intuye cada día como una tierna madre que te inspira el modo como debe tenderse el tapete sobre la mesa, y te indica hasta los átomos de polvo que en tu habitación se agita. ¡Oh, dulce mano tan parecida a la mano de los dioses! Tú conviertes este humilde recinto en celestial morada, y allí... (Alza una colgadura del lecho.) ¡Qué delirio se apodera de mí!

Allí pasara yo una eternidad sin notar la duración del tiempo; allí fue, ¡oh, naturaleza!, donde en dulces sueños completaste a aquel ángel, allí donde reposa aquella niña, cuyo tierno seno palpita de calor y de vida; allí donde en una pura y santa actividad se desenvolvió la imagen de los dioses. Y a ti, ¿quién te ha conducido aquí? ¡Cuán profunda es la emoción que siento! ¿Por que de tal modo se oprime mi corazón? ¡Miserable Fausto,

ya no te conozco! Me hallo envuelto en una encantadora atmósfera. ¡Ávido

buscaba los deleites, y ahora me pierdo en amorosos sueños! ¿Si seremos juguete de cada ráfaga que sople? Y si llegase ella a entrar en este instante, ¡cuán cara pagarías tu audacia! ¡Cuán pequeño sería y cómo desaparecería ante ella el grande hombre!

Mefistófeles. Date prisa porque ya la veo llegar.

Fausto. Alejémonos, pues no quiero volver de nuevo aquí.

Mefistófeles. He ahí una cajita que pesa regularmente y que he recogido en cierto punto: metedla en el armario y os juro que la hará perder el juicio. He puesto en ella varias frioleras para alcanzar una sola cosa. Bien lo sabéis: el niño siempre es niño, y un juego siempre es juego.

Fausto. No sé si debo...

Mefistófeles. ¿A qué esa pregunta? ¿Por ventura deseáis quedaros con ese tesoro? En este caso aconsejo a vuestra avaricia que no me haga perder el tiempo. Espero que no seréis avaro; pero caso de que no sea así; me rasco la cabeza y me lavo las manos. (Pone la cajita en el armario y la cierra.) Alerta y marchémonos rápidamente, a fin de que la tierna niña se vuelva hacia vos siguiendo los impulsos de su corazón. Heos ahí plantado como si se tratase de dar una lección, como si tuvieseis ante vos en carne y hueso a la física y metafísica encanecidas. Partamos. (Salen.)

Margarita, (con una lámpara.) ¡Cuán sofocado está aquí e ambiente! Y sin embargo, no es mucho el calor que hace fuera. Estoy no sé cómo; quisiera que hubiera llegado ya mi madre. Todo mi ser se estremece...!Qué loca soy en asustarme en este modo sin el menor motivo! (Empieza a desnudarse cantando.) “Había un rey en Thule que fue fiel hasta la muerte y al que legó su querida una cincelada copa de oro. Nada había para él de tanto valor como aquel vaso querido que no podía nunca vaciar sin que se le llenasen los ojos de lágrimas. Cuando vio su muerte próxima llamó a su hijo para entregarle todo cuando poesía excepto aquella copa que por tanto tiempo había sido su consuelo y su tristeza. Poco después invitó a comer a todos los nobles mandando que fuese dispuesta la mesa en una antigua sala que daba al mar, y después de brindar por el dichoso reinado de su sucesor, arrojó la copa, que

no tardó en desaparecer entre las olas como desapareció él aquel mismo día de entre los hombres” (Abre el armario para encerrar en él sus vestidos y ve la cajita que contiene las alhajas.) ¿Cómo puede estar aquí esta preciosa caja, cuando había cerrado perfectamente el armario? En verdad es esto sorprendente, pero ¿qué contendrá? Quizá la habrá dejado alguien como prenda por lo que le haya prestado mi madre. He aquí la llavecita que cuelga de una cinta. ¡Si me atreviese a abrirla! ¿Qué es esto, Dios mío? No he visto en mi vida cosa igual: un adorno capaz de satisfacer el deseo de la señora más exigente. Desearía saber qué tal me va este collar de perlas. ¿De quién será tanta riqueza?

(Se pone las joyas y se acerca al espejo.) ¡Ya me contentaría yo con estos anillos! ¡Así está una desconocida! ¿De qué te sirven, juventud, tu belleza y tus encantos? Todos convienen en que son estos dones los más preciosos, pero nadie piensa en la joven que no es rica y sólo por piedad nos dirigen una mirada o un piropo. Todo va en pos del oro. ¡Ah! ¡Qué desgraciadas somos!

Un paseo

Fausto paseándose pensativo y Mefistófeles dirigiéndose hacia él.

Mefistófeles. Maldito sea el amor desdeñado, malditos los elementos infernales y quisiera saber algo peor que poder maldecir.

Fausto. ¿Qué es lo que así te exalta y te agita? No he visto en mi vida una cara tan horrible.

Mefistófeles. Gustoso me daría ahora mismo a todos los diablos a no ser yo uno de ellos.

Fausto. ¿Qué es lo que de tal suerte te ha trastornado el juicio? ¡Si vieras cuán te sienta el jurar de este modo!

Mefistófeles. Sabe que el adorno que me había procurado para Margarita ha ido a parar a manos de un clérigo. Cuando la madre vio el aderezo, se quedó asombrada; y como la buena mujer tiene excelente olfato por estar siempre con la nariz pegada a los muebles a fin de saber si es cada uno de ellos santo

o profano, de aquí el que no le hayan parecido ser de la mejor procedencia nuestras joyas. Por eso ha exclamado: Hija mía, los bienes mal adquiridos turban el alma y consumen la sangre; consagremos esto a la Madre de Dios y descenderá sobre nosotros la bendición del cielo. La joven Margarita no quedó al parecer muy satisfecha, ni menos convencida de lo que acababa de decirle su madre; es un regalo, se decía, y veo que puede muy bien admitirse sin ningún recelo, y, francamente, no puede ser un impío el que con tanta galantería ha traído aquí éstas. La madre, sin embargo, hizo llamar a un clérigo que, enterado del caso, opinó como la anciana: esto es, que debía renunciarse a aquel tesoro de procedencia oscura, añadiendo que sólo él podía encargarse de un bien injustamente adquirido.

Fausto. Ésa es la costumbre, pues también algunos reyes obran de este modo.

Mefistófeles. Así es que se apodero de todas las alhajas sin darles si quiera las gracias, como si se tratara de la cosa más insignificante, y les prometio en cambio todas las dichas del cielo, dejando a una y a otra muy convencidas.

Fausto. ¿Y Margarita?

Mefistófeles. Está agitada e inquieta, no sabe lo que quiere ni lo que debe hacer, únicamente piensa en las alhajas y, sobre todo, en el que se las ha llevado.

Fausto. El dolor de mi amada me inquieta vivamente; procura de nuevo otro cofrecito, ya que con tanta facilidad adquiriste el primero, además, no me pareció ser muy suntuoso.

Mefistófeles. ¡Ah! ¡Sí: para este caballero todo es niñería!

Fausto. Sigue un consejo que voy a darte, únete con la vecina, obra como un verdadero diablo y tráeme otro aderezo.

Mefistófeles. Sí, todo lo haré con gusto por mi gracioso dueño. (Sale Fausto.) Este loco enamorado sería capaz de pedir el sol, la luna y las estrellas por satisfacer un capricho de su amada. (Sale.)

Casa de la vecina Marta.

Marta, después Margarita, luego Mefistófeles.

Marta, (sola.) Mi querido esposo (Dios le perdone) no se portó muy bien conmigo; él se fue a viajar y a mí me dejó sola en la desgracia. Y, sin embargo, Dios sabe que lejos de darle ningún disgusto le amaba tiernamente. (Llora.) Tal vez habrá muerto. ¡Si al menos tuviese su partida de defunción!

(Entra Margarita)

Margarita. ¿Señora Marta?

Marta. ¿Qué quieres, querida mía?

Margarita. Apenas puedo tenerme en pie, pues acabo de encontrar en mi armario un nuevo cofrecito, es de ébano y contiene joyas mucho más ricas y primorosas que las de la primera vez.

Marta. No vayas ahora a decírselo a tu madre, si no quieres que también se la entregue a su confesor.

Margarita. ¡Ah! ¡Mirad qué hermoso es esto!

Marta, (poniéndose las joyas.) ¡Dichosa criatura!

Margarita. ¡Qué lastima no poder presentarme así ni en la calle ni en la iglesia!

Marta. Ven a verme con frecuencia, y podrás aquí adornarte en secreto y pasar una hora delante del espejo, lo que no deja de ser siempre una satisfacción, luego se prestará una ocasión o alguna fiesta, en las que podrás poco a poco presentarte en público. Empezarás por una cadena, luego por los pendientes, y sin que tu madre lo note, hasta que se lo hagan observar los demás.

Margarita. ¿Quién ha podido traer aquí las dos cajitas? En verdad parece esto un sueño, un cuento de hadas. (Llaman a la puerta.) ¡Dios mío! ¡Si fuese mi

madre!

Marta, (mirando al través de la cortina.) Es un desconocido. ¡Adelante!

(Entra Mefistófeles)

Mefistófeles. Espero, señoras, me perdonaréis la libertad que me tomo de presentarme aquí.

(Saluda respetuosamente a margarita.) Desearía hablar a la señora Marta Schwedrtlein.

Marta. Soy yo. ¿Qué tenéis que decirme?

Mefistófeles, (en voz baja a Marta.) Ahora ya os conozco y me basta. Veo que tenéis una visita; perdonadme la libertad que me he tomado; volveré a la tarde.

Marta, (en voz alta.) Figúrate, hija mía, que el señor te toma por una señorita de gran tono.

Margarita. Pues soy una pobre; ese caballero me hace demasiado favor; sabed que estos adornos no son míos.

Mefistófeles. No consiste todo en los adornos, pues tenéis unos modales y una mirada tan penetrantes, que no me dejan duda alguna. ¡Cuánto me alegro de poder quedarme y hablaros!

Marta. ¿Qué noticia me traéis? Creed que deseo...

Mefistófeles. Quisiera ser portador de más agradables noticias, pero espero no tomaréis a mal lo que voy a deciros. Vuestro esposo ha muerto y os envía un saludo.

Marta. ¡Ha muerto! ¡Dios mío! ¡Mi pobre esposo ha muerto! ¡Ah! ¡Yo también muero!

Margarita. Mi querida señora, no os desesperéis de ese modo.

Mefistófeles. Escuchad el triste suceso.

Margarita. Por esto sentiría amar en la vida, porque semejante pérdida sería para mí un golpe mortal.

Mefistófeles. Preciso es que el placer tenga sus penas y el dolor sus placeres.

Marta. Contadme su fin.

Mefistófeles. Yace en Padua, junto a San Antonio, siendo sagrada la tierra en que duerme su sueño de muerte.

Marta. ¿No me traéis de su parte cosa alguna?

Mefistófeles. Sí, por cierto, una súplica importante y grave que consiste en que hagáis celebrar por él trescientas misas. En cuanto a mis bolsillos puedo aseguraros que están vacíos.

Marta. ¡Cómo ni una medalla, ni una prenda cualquiera! ¿Ni lo que un artesano, por miserable que viva, ahorra y guarda cuidadosamente como un recuerdo, aun cuando muera de hambre o tenga que mendigar?

Mefistófeles. Aún tengo, señora, el corazón desgarrado, y en verdad que no tiraba su dinero, pero ha sido muy desgraciado; sin embargo, podéis tener el consuelo de que ha muerto arrepentido.

Margarita. ¡Ah! ¡Que sean los hombres tan desgraciados! No me olvidaré de hacer rezar por él más de un Requiem.

Mefistófeles. Sois una joven bondadosa y encantadora, y por lo tanto digna de contraer muy pronto matrimonio.

Margarita. De ningún modo lo deseo por ahora.

Mefistófeles. Si no un esposo, debierais al menos tener un amante, pues nada hay tan dulce como las horas que se pasan junto al objeto de nuestro cariño.

Margarita. Eso no se acostumbra en esta ciudad.

Mefistófeles. Sea o no costumbre, puede hacerse.

Marta. Contadme, pues...

Mefistófeles. Estaba junto a su lecho de muerte, que era poco menos que de estiércol, porque estaba la paja de su jergón enteramente podrida; pero de tal modo murió como cristiano, que no cesaba de repetir que estaba mucho mejor de lo que merecía. “¡Ah!, exclamaba; ¡cuánto debe reprenderme el haber abandonado mi oficio y mi esposa! ¡Ah!

¡Este recuerdo me mata! ¿Si se dignara aún a perdonarme?”

Marta, (llorando.) ¡Pobre y digno esposo mío! ¡Hace ya tiempo que te he perdonado!

Mefistófeles. “Pero, añadía, Dios lo sabe, pues ella tuvo más culpa que yo”

Marta. En eso mintió a pesar de verse al borde del sepulcro.

Mefistófeles. No es extraño, si se atiende a que si mal no lo recuerdo chocheaba en sus últimos momentos. “Nunca tuve a su lado, decía, ni un momento de calma, porque no sólo me era preciso cargar con todo el peso del matrimonio y procurar a mis hijos el pan necesario, sino que ni aún podía comer en paz la escasa parte que de él me correspondía”

Marta. ¡Cómo! ¿Es posible que llegase así a olvidar mis afanes y mi solicitud tierna y constante?

Mefistófeles. Al contrario, creo que los tenía grabados en el fondo de su alma. “Cuando partí de Malta, decía, oré con fervor por mi esposa y por mis hijos, y debo confesar que el cielo se me mostró piadoso, pues nuestro buque apresó una nave turca cargada de tesoros del sultán. Tuvo el valor su recompensa; y a mí como era natural me tocó una buena parte”

Marta. ¿Cómo? ¿Dónde fue esto? ¿Si habrá enterrado tal vez su tesoro?

Mefistófeles. ¿Quién sabe adónde lo habrán llevado los cuatro vientos? Una

hermosa joven se enamoró de él mientras estaba recorriendo la ciudad de Nápoles y llegó a amarle de tal modo que ni en su última hora llegó a olvidarla.

Marta. ¡Pícaro! ¡Ladrón de sus hijos! ¡Luego ni la desgracia ni la miseria pudieron hacerle renunciar a su vida infame y depravada!

Mefistófeles. Ya veis cómo ha muerto. A ser yo vos me limitaría al año de riguroso luto, establecido por la costumbre, y luego buscaría un nuevo esposo.

Marta. ¡Dios mío! Difícilmente podría hallar otro en el mundo que reuniese las cualidades del primero, que sí era un loco, pero un loco de corazón; no tenía más defectos que los de

una afición excesiva a los viajes, a las mujeres, al vino extranjero y a ese maldito juego de los dados.

Mefistófeles. Así podéis soportarlo más fácilmente, caso de que os volviese a suceder lo mismo. Os aseguro que bajo esta condición, de buena gana cambiaría con vos el anillo.

Marta. ¡Ah! ¡Qué aficionado sois a bromear!

Mefistófeles, (aparte.) Debo retirarme, porque es mujer y podría coger al diablo por la palabra. (A Margarita.) ¿Cómo está el corazón?

Margarita. ¿Qué queréis decir con eso?

Mefistófeles, (aparte.) ¡Buena e inocente criatura! (En voz alta.) Señora, tengo el honor de saludaros.

Margarita. Adiós.

Marta. Por piedad, decidme antes de marcharos cómo, cuándo y dónde cayó enfermo, murió y fue enterrado mi buen esposo; porque siempre en todo me ha gustado el orden.

Quisiera, además, que fuese su muerte anunciada públicamente.

Mefistófeles. Nada más fácil, señora, porque en todos los países basta la declaración de dos testigos para probar la verdad y viene con migo un apuesto joven, íntimo amigo mío, que haré comparezca ante el juez, por lo que voy a buscarle.

Marta. Os lo agradezco mucho.

Mefistófeles. Haced que esa joven esté aquí presente. Es un excelente muchacho que ha viajado mucho, y que es, sobre todo, muy galante y cortés con las señoritas.

Margarita. Voy a avergonzarme delante de ese caballero.

Mefistófeles. No, ni aún ante ningún monarca de la tierra.

Marta. Allí en mi jardín aguardaremos esta noche a esos caballeros.

Una calle.

Fausto y Mefistófeles.

Fausto. ¿Qué hay de nuevo? ¿Cómo está el asunto? ¿Se adelanta mucho?

Mefistófeles. Bien, bien: así os quiero siempre, tan animado. Dentro de poco será Margarita eternamente vuestra. Esta noche la veréis en casa de Marta, su vecina, la mujer más a propósito para desempeñar el papel de tercera.

Fausto. ¡Cuánto me alegro!

Mefistófeles. En cambio se nos va a pedir una cosa.

Fausto. Un favor merece otro.

Mefistófeles. Hemos de declarar ante el juez que los restos mortales del esposo de Marta yacen en Padua y que fueron sepultados en tierra santa.

Fausto. Esto sí que es gracioso, pues ahora tendremos que hacer un viaje a Padua.

Mefistófeles. ¡Sacta simplicitas! No se trata de eso y sí tan sólo de justificar aquel hecho sin tener más datos.

Fausto. Si en eso consiste todo, desde ahora te digo que nuestro proyecto va a fracasar.

Mefistófeles. Seríais en verdad un santo varón si obraseis en este asunto como habéis dicho antes. ¿Es, por ventura, ésta la primera vez que afirmáis en vuestra vida una cosa que ignoráis por completo? ¿No os habéis atrevido por imperturbable calma a definir a Dios, al mundo, a todo cuanto en él ocurre y hasta los plantes todos que pueden concebir la mente y el corazón del hombre? Y, sin embargo, si descendéis al fondo de vuestra conciencia, me

confesaréis que no sabéis de todo aquello más de lo que conocéis hasta ahora acerca de la muerte de Schwedrtlein.

Fausto. Eres y serás siempre un trapacero y un sofista.

Mefistófeles. Podré serlo, pero en cambio habrá otros que lo son mucho más. Vos mismo, que sois hombre de honor, ¿no iréis mañana a seducir a esa pobre Margarita jurándola un amor puro y sincero?

Fausto. Sí, es verdad, y lejos de ser falsas mis palabras, saldrán del fondo de mi alma.

Mefistófeles. ¡Magnífico! Y luego la hablaréis de constancia eterna, de amor inextinguible, de inclinación irresistible y única, y ¿acaso todas estas palabras os saldrán también del fondo del alma?

Fausto. Dejemos eso. Cuando impulsado por mis sentimientos y por mi delirio busco en vano palabras que expresan mis ideas, y cansado me precipito en el torbellino empleando las palabras más sublimes hasta el punto de dar al fuego en que me abraso los nombres de infinito y eterno, no te

negaré que cometo tal vez una acción diabólica.

Mefistófeles. Ya ves que digo bien.

Fausto. Préstame atento oído y no olvides lo que voy a decirte. El que quiere tener razón y habla solo, de seguro logrará el fin que se propone; así es que, como yo estoy ya fatigado de tanto charlar, la tendrás de sobra por poco que sigas hablando.

Un jardín.

Margarita del brazo de Fausto, Marta y Mefistófeles paseando.

Margarita. No se me oculta, caballero, que sólo para aturdirme descendéis hasta mí, obrando en esto como acostumbran hacerlos todos los viajeros. Porque imposible que mi conversación pueda interesar a un hombre tan sabio como vos.

Fausto. Una mirada, una palabra tuya dice más que toda la ciencia de este mundo. (Le besa la mano.)

Margarita. ¿Qué hacéis? ¿Cómo podéis besar tan rústica mano? Es mi madre tan exigente, que me obliga a hacer todos los trabajos de casa. (Pasan.)

Marta. ¿De suerte que viajáis continuamente?

Mefistófeles. ¡Cómo ha de ser! El deber, los negocios, todo nos impulsa a ello. ¡Si vieseis con cuánto dolor abandonamos ciertos países! Y, no obstante, sabemos muy bien que no podemos establecernos en ellos.

Marta. Comprendo que en la juventud ha de tener muchos encantos esa vida errante y variada; pero llega una edad en que el tener que marchar solo hacia el sepulcro en el celibato ha de ser muy triste.

Mefistófeles. Ya empiezo a verla con espanto.

Marta. Por esto debéis pensarlo con tiempo. (Pasan.)

Margarita. Y una vez ausente no os acodaréis más de mí. Sois muy cortes y yo muy sencilla, y además tenéis numerosos amigos que pronto os harán olvidar todas vuestras promesas.

Fausto. Creedme, alma mía; todo eso que el mundo llama cortesanía y ciencia, no es más que vanidad y orgullo.

Margarita. ¿Cómo?

Fausto. ¡No conocerán nunca la modestia y la inocencia lo mucho que valen! La humildad y la modestia, que son los más hermosos dones que en su amor ha dispensado el cielo a los seres privilegiados, quedan siempre sin recompensa en la tierra.

Margarita. Pensad en mí un instante, ya que no me ha de faltar a mí tiempo para pensar en vos.

Fausto. ¿Acostumbráis estar sola?

Margarita. Sí; nuestro hogar, aunque pequeño, es preciso cuidarle. No tenemos criada y tengo que cocinar, hacer calceta, cocer y salir mañana y tarde. ¡Es mi madre tan cuidadosa y puntual en todo! Y no es que su posición la obligue a obrar de este modo, pues, al contrario, podría muy bien prescindir de ello por habernos dejado mi padre un haber regular, una casita y una pequeña huerta fuera de la población. Con todo, paso ahora días muy tranquilos; mi hermano es soldado y mi hermanita murió, después de haberme dado,

¡pobre niña!, muy malos ratos, y ¡ojalá pudiese aún dármelos!

Fausto. Por poco que se te pareciese había de ser un ángel.

Margarita. Ya la hacía las veces de madre y ella me amaba tiernamente: nació después de la muerte de mi padre. Mi madre estaba a la sazón tan enferma, que temía también perderla; pero al fin fue mejorando lenta y penosamente. En tal estado, imposible le fue criar a mi hermanita, por lo que me encargué yo de alimentarla con leche y agua; viéndola desde entonces sonreír y crecer

en mis brazos y sobre mis rodillas.

Fausto. ¿No experimentáis ahora la dicha más pura?

Margarita. Sí, en efecto; pero también pasé horas de tristeza a cada movimiento que mi ángel hacía; preciso era entonces darla de beber, acostarla a mi lado y, si no callaba, pasearla hasta el amanecer, tiritando de frío, y, sin embargo, tenía al día siguiente que ir al lavadero, a la compra y cuidar la casa, sin que ni un solo día pudiese prescindir de hacerlo.

Bien veis que no era la vida más a propósito para estar siempre alegre, pero, al menos, comía bien y dormía mejor. (Pasan.)

Marta. Las pobres mujeres pierden con eso la cabeza. ¡Es tan difícil convertir a un solterón!

Mefistófeles. Sólo me falta una persona como vos para entrar en el buen camino.

Marta. Decídmelo francamente. ¿Nada habéis encontrado aún? ¿No suspira vuestro corazón por ningún objeto querido?

Mefistófeles. El proverbio dice: “La posesión de una casa y de una mujer buena es preferible al oro y las perlas.”

Marta. Quiero decir si habéis sido mirado alguna vez con buenos ojos.

Mefistófeles. En todas partes se me ha recibido muy bien.

Marta. Pero, ¿no ha tenido vuestro corazón hasta ahora algún ser preferido?

Mefistófeles. Nunca debe uno bromear con las mujeres.

Marta. Veo que no me entendéis.

Mefistófeles. Lo siento en el alma. (Pasan.)

Fausto. ¿Luego me has conocido ya al entrar al jardín, ángel mío?

Margarita. ¿No habéis notado cómo inclinaba los ojos?

Fausto. Y, ¿me dispensas la libertad que tomé el otro día al salir de la iglesia?

Margarita. Mi turbación fue tanta, que en mi vida había experimentado cosa igual, a pesar de no haber cometido ninguna falta. ¡Ah!, pensé, justamente ha de haber notado en ti maneras poco finas, cuando se ha atrevido a obrar de aquel modo. Sin embargo, os lo confieso: sentí en mí algo que no me permitió odiaros como yo quería.

Fausto. ¡Niña adorada!

Margarita. Dejadme. (Coge una margarita y la deshoja.)

Fausto. ¿Qué es lo que estás haciendo? ¿Un ramillete?

Margarita. No, un juego.

Fausto. ¿Cómo?

Margarita. Vamos, ¿os reiréis de mí? (Deshoja la flor y murmura en voz baja.)

Fausto. ¿Qué murmuras?

Margarita, (a media voz.) Me ama y no me ama.

Fausto. ¡Querido ángel del cielo!

Margarita, (continuando.) Me ama; no me ama, no. (Arrancando la última hoja con dulce calma.)

Fausto. Sí, hija mía: deja que la voz de esa flor sea el oráculo de los dioses. ¡Te ama!

¿Comprendes lo que indica? ¡Te amo! (Toma sus dos manos.)

Margarita. ¡Tiemblo!

Fausto. ¡Ah! no tiembles; que sólo te indiquen esta mirada y este apretón de manos lo que no puede decirse. Entreguémonos sin reserva al deleite de una dicha eterna, pues su fin sería la desesperación; que no tenga, pues, fin.

(Margarita le estrecha la mano, se despide y huye; Fausto se queda un momento pensativo y luego se lanza en pos de ella.)

Marta, (al volver.) Tenemos la noche encima.

Mefistófeles. Sí, debemos marcharnos.

Marta. De buena gana os rogaría que os quedaseis; pero es la vecindad tan mala, que luego seríamos objeto de su maledicencia. ¿Y nuestra joven pareja?

Mefistófeles. Están corriendo por esas calles de árboles como alegres mariposas.

Marta. Parece que la ama.

Mefistófeles. Y ella a él también; así va el mundo.

(Un pequeño pabellón del jardín. Margarita entra en él, se esconde detrás de la puerta y con el dedo puesto en los labios, mira por una rendija.)

Margarita. Hele aquí.

Fausto, (al llegar.) ¡Ah! Bribona, ¿así te burlas de mí? Ya te cogí. (La besa.)

Margarita, (agarrándole a su vez y devolviéndole el beso.) Querido mío, ¡te amo con toda mi vida! (Mefistófeles empujando la puerta.)

Fausto, (furioso.) ¿Quién llama?

Mefistófeles. Un amigo.

Fausto. ¡Un animal!

Mefistófeles. Hora es ya de separarse.

Marta, (acudiendo.) Sí, caballero, porque ya es tarde.

Fausto. ¿Me permitiréis qué os acompañe?

Margarita. Mi madre me espera. Adiós.

Fausto. Luego, ¿es preciso separarnos? ¡Adiós!

Marta. Buenas noches.

Margarita. Hasta nuestra próxima entrevista. (Salen Fausto y Mefistófeles.)

Margarita. ¡Dios mío! ¿Qué ha de pensar ese hombre? Estoy siempre aturdida en su presencia, y a todo le contesto sí. Siendo como soy una joven inocente y pobre no sé lo que puede encontrar en mí que le sea agradable.

Selva y caberna

Fausto, después Mefistófeles.

Fausto, (solo.) Espíritu sublime, que me has dado cuanto te pedía; no en vano volviste hasta mí tu rostro en la loma. Me has hecho soberano de esta naturaleza poderosa y sublime, dándome al propio tiempo la fuerza de sentir y de gozar. No te has limitado a concederme una admiración fría y estúpida, sino que me has dado a conocer sus secretos más íntimos leyendo en ella como en el seno de un amigo. Tú has puesto ante mis ojos todos los seres vivientes y enseñándome a conocer mis hermanos en la callada selva, en el aire y en las aguas, y cuando la tempestad ruge en el monte arrancando de raíz los pinos gigantescos, cuyos troncos al chocar entre sí hacen temblar la comarca, me proporcionas un asilo seguro en las cavernas y me revelas todas las maravillas y profundos misterios de mi ser. Luego remonta a mi vista la luna silenciosa y pura atemperándolo todo y del seno de las peñas y de las plantas húmedas veo deslizarse las blancas sombras del pasado, suavizando la áspera voluptuosidad de la contemplación. ¡Ah! ¡Cuán penetrado estoy ahora de que no puede haber cosa perfecta para el hombre! Me has procurado un mar de delicias que cada vez más me acerca a los dioses, pero en cambio me diste ese amigo del que soy ya inseparable por más que altivo y frío me

humille a mis propios ojos y de un soplo reduzca a nada tus mercedes. Se complace en inflamar mi pecho para impulsarme para ir en pos de aquel hermoso ángel, sólo por verme ir ebrio del deseo al goce, y en el goce, suspirar por el deseo.

(Se presenta Mefistófeles.)

Mefistófeles. ¿Aún no os fatiga esa vida? ¿No acabaréis al fin por abandonarla? Bueno es probarlo todo una vez, pero luego debe ir el hombre en pos de nuevas sensaciones.

Fausto. Quisiera que empleases el tiempo de un modo más útil que el de atormentarme en mis más hermosos días.

Mefistófeles. ¡Ah! ¡Ah! Quieres que no turbe tu reposo; de seguro no hablas con seriedad.

En verdad no sería una gran desgracia tener que separarse de un amigo tan descontentadizo, mal humorado y loco como tú. Después de afanarse uno todo el día por complacerle, acaba siempre por fastidiarse como si llevase escrito en la frente lo que desea y lo que quiere.

Fausto. He aquí su eterna canción: me fastidia y quiere que le esté reconocido.

Mefistófeles. ¿Cuál sería tu vida sin mí, mísero hijo del polvo? Yo te curé de los delirios de tu imaginación y es innegable que a no ser yo estarías ya muy lejos de este mundo. ¿Por qué te escondes como un búho en las grietas de las grietas, sin más alimento que el musgo y la humedad de las piedras? Gracioso pasatiempo es ése y veo que continuas teniendo al doctor en el cuerpo.

Fausto. ¿No comprendes la nueva fuerza vital que ha de darme mi residencia en estos montes? Caso de que llegases a saberlo serías bastante diablo para arrebatarme mi dicha.

Mefistófeles. ¡Una dicha! Cómo no ha de serlo el acostarme de noche en la montaña, abrazar con éxtasis el cielo y la tierra, envanecerse hasta el punto de

creerse una divinidad, penetrar con la inquietud del presentimiento en los abismos de la tierra, sentir en su alma la obra entera de los seis días; gozar de algo desconocido con ardor indecible; lanzarse con

fervor en pos de todo; permitir al hijo del polvo que se hunda, y terminar luego aquel éxtasis sublime (haciendo un gesto.) no me atrevo a decir como...

Fausto. Calla.

Mefistófeles. Ya sé que no puede esto complaceros, y que queréis por lo mismo que enmudezca; bien habéis hecho, pues, en pronunciar el calla. No se atreve uno nombrar a castos oídos aquello a que no pueden renunciar castos corazones. En una palabra, os dejo con la satisfacción de engañaros a vos mismo, seguro de que no ha de durar mucho tiempo.

Heos aquí nuevamente turbado y por poco que esto siga del mismo modo, hundido de nuevo en los mismos delirios, terrores y angustias. Pero basta; tu amada está en la ciudad, y todo le pesa y mortifica; nunca se borra de su mente tu rostro y es su pasión mucho mayor que su fuerza. El raudal de tu amor desbordado cual arroyuelo cuya corriente aumenta la nieve derretida, ha ido a inundar su corazón dejando el tuyo eternamente seco. Más bien que reinar en selvas debería a mi ver el grande hombre corresponder a la pasión que ha inspirado a una pobre y sencilla joven. El tiempo le parece horriblemente largo y la veras asomada siempre a la ventana, contemplando las nubes que pasan por encima de los antiguos muros de la ciudad. ¡Que no tenga yo alas! He aquí lo que canta todo el día y una gran parte de la noche; por cada vez que alegre, está cien veces triste, y tan pronto se deshace en lágrimas, como parece estar tranquila, pero en cambio se la ve siempre apasionada.

Fausto. ¡Serpiente tentadora!

Mefistófeles, (aparte.) Con tal que pueda enlazarte.

Fausto. Aparta, quítate de ahí y no vuelvas a pronunciar el nombre de aquella inocente criatura; deja de ofrecer a mis sentidos ya casi extraviados la posesión de aquel cuerpo adorable.

Mefistófeles. ¿Qué puede suceder? Cree que has huido de ella y a fe mía casi tiene razón.

Fausto. No, estoy a su lado; pero aún cuando estuviese lejos, no podría nunca olvidarla; no podría nunca perderla. Nunca deseo el cuerpo del Señor como cuando sus labios le tocan.

Mefistófeles. También a mí más de una vez me habéis causado envidia, hermosa pareja reclinada entre rosas.

Fausto. Calla, corazón perverso.

Mefistófeles. Vale más que me ría de vuestras injurias. El empleo que ejerzo fue reconocido por el mismo Dios al crear al hombre y a la mujer. Veamos, seguidme, que no es mi intención llevaros a la muerte, y sí tan sólo a la casa de vuestra amada.

Fausto. ¿Qué me importa sentir en sus brazos los goces del cielo? ¿Qué el embriagarme de amor en su seno, si mis goces han de causar su infortunio? ¿Acaso no seré después un miserable, un proscrito y un monstruo sin objeto ni reposo, que cual torrente despeñado irá rodando hacia el abismo en su violenta corriente? Ella, en cambio, joven modesta y de puros ensueños, habría vivido dichosa con su cabaña y su pequeño huerto de los Alpes, y reducido todos sus afanes y deberes domésticos en el limitado mundo que la rodeaba. Pero

¡ah! ¡Cómo pesa sobre mí el anatema de un Dios justamente enojado!
¡Preciso es que después de amontonar ruinas sobre ruinas acabase por sepultar también a ella y sus puros goces! ¡Negro averno, deseabas aquella infeliz víctima! ¡Luzbel, date prisa; abrevia el tiempo de mi agonía; que lo que ha de cumplirse se cumpla lo más pronto posible, que su destino se desplome sobre mí y vaya conmigo rodando al abismo!

Mefistófeles. ¡Siempre el mismo ardor y siempre el mismo fuego! Pobre loco, ven conmigo y consuélala. Te figuras que todo termina allí donde tu cabeza no encuentra salida. Y sin

embargo, te he visto siempre dotado de una actividad diabólica. Nada hay para mí tan absurdo en el mundo como ver a un diablo que pierde la paciencia.

La habitación de Gretchen.

Margarita sola sentada al torno.

Margarita. ¡Cuán pronto han pasado para mí los días tranquilos; ya no volveré a disfrutar nunca más la dulce paz del alma! Do quiera no esté él, está mi sepulcro; sólo donde él asoma está la vida. Tengo la cabeza trastornada y el corazón hecho pedazos y cada vez me siento más débil. Ni aun me atrevo a evocar la memoria de mis días de calma. Si asomo a la ventana es para verle, si paso el umbral de mi puerta es para salirle al encuentro. Todo en él me seduce y fascina: su porte noble y majestuoso, su amable sonrisa, la expresión de sus ojos, la elocuencia de su palabra, su mano acariciadora siempre dispuesta a abrazarme, y sobre todo sus ardientes besos. ¡Adiós por siempre, paz dulcísima que perdí desde el primer instante de verle! Fatigado de quejarse en vano sólo por él mi corazón suspira. ¡Ah! ¡Que no pueda yo estrecharle en mis brazos y morir repitiéndole te adoro!

Jardín de mata.

Margarita y Fausto.

Margarita. Prométeme, Enrique...

Fausto. Todo cuanto quieras.

Margarita. Dime, pues ¿cuál es tu religión? Eres muy bueno y estás dotado de un corazón excelente, pero me parece que no eres muy religioso.

Fausto. Dejemos eso, hija mía; bien sabes que te amo y que daría por ti mi sangre y mi vida; pero no quiero perturbar a nadie en sus sentimientos y ni en su fe.

Margarita. No es eso bastante, sino que es preciso creer en Dios y en su

Iglesia.

Fausto. ¿Es preciso?

Margarita. ¡Ah! ¡Si tuviese algún dominio sobre ti! Tampoco respetas mucho los santos sacramentos.

Fausto. Puedes creer que los venero.

Margarita. Pero sin desearlos, pues hace mucho tiempo que no has ido a misa ni a confesarte. ¿Crees en Dios?

Fausto. Mi buena amiga, difícil me es contestar a tu pregunta puesto que no quiero contestarte sonriendo, como lo harían algunos pretendidos sabios y lo que tú no podrías menos de considerar como burla.

Margarita. Luego ¿tú no crees en Dios?

Fausto. NO interpretes mal mis palabras, ángel mío. ¿Quién se atrevería a nombrarlo y a hacer este acto de fe: creo en él? ¿Quién se atreverá nunca a exclamar: no creo en él? Él que todo lo posee, que todo lo contiene, ¿no te sostiene a ti y a mí y a él mismo? ¿No ves redondearse en los cielos la bóveda del firmamento, extenderse aquí abajo la tierra y levantarse los astros eternos contemplándonos con amor? ¿No ven mis ojos los tuyos y no afluye entonces toda nuestra vida al cerebro y al corazón? ¿Acaso no está envuelto todo en

un perpetuo misterio, visible en tu derredor? Llena tu alma de él por profunda que sea, y cuando sobrenades en la plenitud del éxtasis, da a tu sentimiento el nombre que quieras, llámame dicha, corazón, amor, Dios. Lo que es yo, no sé cómo debe llamársele. El sentimiento lo es todo, el nombre es sólo humo que nos vela la celeste hoguera.

Margarita. Todo eso es hermoso y bueno, y casi lo mismo nos dice el sacerdote, pero en otros términos.

Fausto. Y por doquiera repiten lo mismo en su lengua los corazones que contemplan el resplandor de los cielos. ¿Podría yo obrar de distinto modo?

Margarita. Por más que me parezca razonable todo cuanto dices, veo en ti algo de oscuro que me atormenta mucho, porque no crees en el cristianismo.

Fausto. ¡Hija mía!

Margarita. No puedes figurarte el horror que me causa el verte en compañía de...

Fausto. ¿De quién?

Margarita. Odio a ese hombre que está siempre contigo; en mi vida había visto cara tan repugnante.

Fausto. Nada temas, alma mía.

Margarita. Su presencia me irrita y eso que soy benévola para con los hombres. El deseo que siempre tengo de verte es igual al horror que me causa su aspecto, y he aquí por qué le temo y por qué es en mi concepto un malvado. Perdóneme Dios si lo calumnio.

Fausto. Es indispensable que haya de esa especie de hombres.

Margarita. Imposible me sería vivir con un ser semejante. Siempre le he visto del mismo modo; no conoce más que dos sentimientos, la burla y la ira, todo lo demás le es indiferente y lleva escrito en su rostro que no puede amar. Por feliz que sea estar a tu lado, se me oprime el corazón cuando lo veo.

Fausto. Eres un ángel, pero no estás libre de presentimientos.

Margarita. Es tanto el horror que me produce, que, cuando se nos acerca, casi llego a sentir que no te amo. Cuando está con nosotros me es imposible rezar y siento un mal interior que me desgarrar el alma: ¿te sucede lo mismo a ti, Enrique mío?

Fausto. Todo es efecto de la antipatía.

Margarita. Tengo que ausentarme.

Fausto. ¡Ah! ¡Que nunca pueda pasar tranquilamente una hora reposando en tu seno, estrechar mi corazón contra él y confundir mi alma con tu alma!

Margarita. Si al menos durmiese sola, dejaría esta noche descorridos los cerrojos; pero mi madre apenas duerme y, si llegase a sorprenderlos, me quedaría muerta en el acto.

Fausto. ¡Ángel querido, no te dé eso ningún cuidado! Toma este pomito, y bastarán tres gotas del líquido que contiene para hacer dormir profundamente a tu madre.

Margarita. ¿Qué no he de hacer yo por ti? Espero no contendrá nada que pueda serle nocivo.

Fausto. ¿Puedes pensar, amor mío, que a no ser así yo te lo hubiese aconsejado?

Margarita. Querido mío, no sé que fuerza superior me obliga, cuando te veo, a querer todo cuanto tú deseas; he hecho tanto por ti, que casi no me queda ya que hacer cosa alguna.

(Sale.)

(Entra Mefistófeles.)

Mefistófeles. ¿Se ha ido ya la mansa ovejita?

Fausto. ¿Si nos has espiado como acostumbras?

Mefistófeles. No, pero lo he oído todo. Espero, doctor, que os aprovecharéis de la lección que se os ha dado. Todas las jóvenes tienen intención de que uno sea devoto, sencillo y que practique las antiguas costumbres. “Si cede en esto, piensan, no tardará en acceder a todos nuestros caprichos”

Fausto. Monstruo, ¿no ves cuánto sufre esa alma fiel y sincera, poseída de las creencias que labran su dicha, al solo temor de que se pierda el hombre a quien ama?

Mefistófeles. Loco, enamorado sensible, ¿cómo puedes consentir de este modo en ser juguete de una débil niña?

Fausto. ¡Vil compuesto de lodo y de fuego!

Mefistófeles. Conoces perfectamente las fisonomías: en mi presencia se turba, por revelar sin duda mi máscara un espíritu misterioso; de seguro, conoce que soy yo un genio, y hasta quizá el mismo diablo. ¡Ah! ¡Ah! Esta noche...

Fausto. ¿Qué te importa?

Mefistófeles. También tendré en ello mi parte de placer.

Los pozos

Margarita y Lieschen, con sus cántaros.

Lieschen. ¿Has sabido algo acerca de la pobre Bárbara?

Margarita. Ni una palabra, pues como apenas salgo de casa, no veo a nadie.

Lieschen. Pues según me ha dicho hoy Sibila, también se ha dejado seducir. ¡Y eso que se daba tanta importancia!

Margarita. ¿Es posible?

Lieschen. Y tan cierto como es.

Margarita. ¡Ah!

Lieschen. Ya ves en qué ha venido a parar después de haber dado oídos por tanto tiempo a aquel seductor infame. Casi puede decirse que ha llevado lo que merece, porque en el paseo, en la aldea, en el baile, sólo pensaba siempre en eclipsar a las demás; podrá envanecerse ahora de los regalos que él le hacía, creyendo que sólo a su belleza iban dirigidos. La coquetería y el orgullo han causado su desgracia.

Margarita. ¡Pobrecilla!

Lieschen. ¡Y aún la compadeces! Sin duda no recuerdas que mientras estábamos nosotras hilando, sin bajar nunca a la puerta por no permitirnoslo nuestras madres, pasaba ella las horas sentada junto a su amante o acompañándole en los puntos más retirados, sin quejarse de la lentitud del tiempo. Justo es, por tanto, que se humille y que haga ahora penitencia en expiación de su falta.

Margarita. Se casará con ella tal vez.

Lieschen. ¡Muy tonto sería! Un joven como él puede aspirar a mucho más. Además, se sabe ya que la ha abandonado.

Margarita. Ha procedido indignamente.

Lieschen. Aunque volviese a cautivarlo, sería en perjuicio suyo, porque los jóvenes le arrancarían su corona y nosotras echaríamos paja picada a su puerta. (Se va.)

Margarita, (volviendo a su casa.) ¿Cómo es posible que antes hablase yo tanto contra la pobre joven que tenía la desgracia de cometer esa falta? ¿Por qué cuando se trataba de la debilidad de los demás me mostraba siempre tan implacable? Nunca eran bastante negros

los colores con que me los representaba, y me persignaba haciendo una cruz lo más largo posible y, sin embargo, soy ahora el mismo pecado, ¡Dios mío! ¡Cómo resistirle cuando era tan bueno y tan amable!

Las murallas

Una Imagen de la Mater Dolorosa en un nicho de la tapia y varias macetas de flores.

Margarita, (colocando en las macetas nuevos ramos de flores.) ¡Dígnate, oh Madre Dolorosa, compadecerte del dolor que me abrumba! Tu con el corazón traspasado viste expirar en la cruz al hijo que adorabas, sin quedarte más

amparo que el cielo al que elevaste tu mirada, pobre madre, pidiéndole auxilio. ¿Quién es capaz de experimentar el dolor que me desgarrar el alma? Sólo tu, madre mía, puedes saber lo que sufro, lo que deseo y lo que temo. Por doquiera dirija mis pasos, siento siempre el mismo dolor agudo y penetrante; no puedo estar sola ni anegarme en un mar de lágrimas que me despedaza el corazón. Cuando al amanecer cogía por ti esas flores, he regado con mi llanto todas las de mi ventana sin que bastasen a secarlas los rayos del sol que no ha tardado en inundar mi alcoba. ¡Ah! ¡Madre mía! ¡Sálvame de la muerte y de la deshonra, y dignate inclinar sobre mi dolor tu frente divina!

La noche

Una calle frente a la puerta de Margarita, Valentín, soldado, hermano de Margarita.

Valentín. Cada vez que concurro a una de esas comidas en que cada uno de mis

compañeros cuenta sus amores, y saca de su vaso los elogios de sus bellas, escuchaba indiferente sus fanfarronadas, y sonriendo levantaba mi vaso exclamando: “De seguro no hay ninguna entre todas ellas que valga lo que mi querida Margarita, ni que sea digna de atarle las cintas de los zapatos.” Por más que mis palabras no halagasen todos los oídos, los más de mis compañeros siempre decían: “Tiene razón, porque es en verdad su hermana la gloria de su sexo”, y los orgullosos enmudecían. Al paso que ahora tengo motivos para desesperarme y romperme la cabeza. El primer mal criado puede hacerme objeto de sangrientas burlas sin que siquiera pueda tener el derecho que tiene el criminal sentado en su banco, y aun cuando logre matar a cuantos me insulten, nunca podré decir que han mentado. ¿Quién va? ¿Quién se desliza por ahí? A no engañarme hay dos; si es él me echo encima y no saldrá con vida de este sitio.

Fausto y Mefistófeles.

Fausto. ¿Ves en el cielo aquella lámpara eterna que aunque siempre oscila es cada vez más densa la oscuridad que la cerca? Pues del mismo modo reina siempre la noche en mi espíritu.

Mefistófeles. En cuanto a mí, soy como el gato flaco que se rasca al escurrirse por la pared, sin faltarle nunca su fuerza instintiva. Siento aun estremecerme los miembros todos al sólo

recuerdo de la hermosa noche de Walpurgis: pasado mañana se repetirá, y allí al menos se sabe por qué se veía.

Fausto. ¿Tardará mucho en aparecer la luz del día aquel tesoro que vi brillar debajo de la tierra?

Mefistófeles. Tendrás en breve el placer de hacerte con el cofrecito a que últimamente he echado el ojo y que contiene tan hermosos escudos.

Fausto. Y ¿no hay ninguna joya, ni una sortija siquiera para adornar a mi amada?

Mefistófeles. Sí, me ha parecido ver en él una especie de collar de perlas.

Fausto. Perfectamente, pues sentiría mucho ir a verla sin poder hacerle ningún obsequio.

Mefistófeles. Creo que no os disgustará pasar un buen rato sin que os cueste ni un maravedí. Ahora que el cielo brilla con todas sus estrellas vais a oír una verdadera obra maestra: es una canción moral que va a volverla loca. (Canta acompañándose con la bandolina.) “¿Por qué así pasas la noche aguardando al ser que sólo se finge enamorado para lograr tu deshonor? No des por más tiempo oído a sus falsas promesas, si no quieres perder un bien precioso que no te devolverán el arrepentimiento y el llanto. Pobres débiles criaturas, ¡cuán cobarde y traidoramente se os seduce! Si deseáis evitar los lazos que la traición os tiende, desconfiad de los hombres todos y no otorguéis a ninguno de ellos vuestros favores hasta que os haya jurado eterna fe al pie del altar.”

Valentín, (se adelanta.) ¿A quién estás acechando aquí, maldito cazador de ratones?

Empieza por arrojar tu instrumento que ya enviaré enseguida al músico a

todos los diablos.

Mefistófeles. La guitarra está hecha pedazos y no puede ya contarse con ella.

Valentín. Pues sólo falta ya rompernos el alma.

Mefistófeles, (a Fausto.) Doctor, no os precipitéis: poneos a mi lado y esperad a que os dirija. ¡Espada en mano y avanzad, que yo pararé el golpe!

Valentín. ¡Para, pues, ésta!

Mefistófeles. ¿Por qué no?

Valentín. ¿Y ésta?

Mefistófeles. De igual suerte.

Valentín. Creo habérmelas con el mismo diablo. ¿Qué es esto? ¡Se paraliza mi mano!

Mefistófeles. Avanza.

Valentín, (cae.) ¡Ay de mí!

Mefistófeles. Ya está domesticado mi fiero campesino. Ahora marchemos lo más pronto posible, porque oigo gritar: “Al asesino.” Yo me las compongo muy bien con la policía, pero no sé arreglarme bien con los jueces.

Marta, (a la ventana.) ¡Socorro! ¡Socorro!

Margarita, (también a la ventana.) ¡Una luz aquí!

Marta, (gritando.) Disputan, gritan, llaman y se baten.

El pueblo. Hay un muerto.

Marta, (saliendo.) ¿Habrán huido ya los asesinos?

Margarita, (saliendo.) ¿Quién es el muerto?

El pueblo. El hijo de tu madre.

Margarita. ¡Dios poderoso, qué desgracia!

Valentín. ¡Me muero, y creed que será muy pronto! ¿Por qué estáis aquí, ¡oh mujeres!

dando esos gritos y lamentos? Venid y escuchadme.

(Todos le rodean.)

Margarita, bien lo ves, eres joven y te falta práctica para arreglar tus asuntos: te lo digo en confianza, ya que eres una mujer perdida, sólo del todo.

Margarita. ¡Dios mío! Hermano, ¿qué es lo que dices?

Valentín. No mezcles a Dios Nuestro Señor en todo esto. Lo hecho hecho está, y lo que ha de suceder sucederá. Empezaste por amar ocultamente a un hombre, luego amarás a otro y acabarás, en fin, por amarles a todos. La vergüenza, al nacer, se ocultó y con cierto misterio, se cubrió con el velo de la noche, y hasta hubiera querido ahogarse a sí propia; pero a medida que fue creciendo, empezó a presentarse en público, y sin embargo, a pesar de ser su rostro cada vez más feo y repugnante, sólo desea ya ostentar sus tristes galas a la luz del sol. En breve toda la gente honrada huirá de ti como de un cadáver, y

experimentaras cada vez que te miren cara a cara una confusión terrible que te hará estremecer hasta la médula de los huesos. No habrá ya entonces para ti ni cadena de oro, ni banco en la iglesia, ni traje que atraiga en el baile todas las miradas; tendrás tan sólo un pobre jergón en que tenderte en alguna enfermedad. Aunque en su misericordia infinita Dios te perdone, continuarás siendo en el mundo objeto de escarnio y de maldición.

Marta. Encomendad vuestra alma a Dios, lejos de mancharos la conciencia con nuevas blasfemias.

Valentín. Creería perdonados todos mis pecados con sólo poder caer sobre ti, infame medianera.

Margarita. ¡Hermano mío, apiádate de mi horrible suplicio!

Valentín. Cesa de llorar inútilmente: tu falta ha sido para mí un golpe terrible... Cierra ya mis párpados el sueño de la muerte. ¡Quiera Dios apiadarse del soldado que procuró en todo lo posible cumplir como honrado! (Muere.)

La catedral

Misa, órgano y canto.

Gretchen entre la muchedumbre, teniendo atrás al Espíritu maligno.

El Espíritu maligno. ¡Qué tiempos aquellos, Margarita, en que con el corazón inocente y puro te aproximabas a esos altares para elevar al cielo una plegaria que apenas podían murmurar tus labios! ¡Qué tiempos aquellos en sólo pensabas en Dios y en los jueces de la infancia! Bien lo ves, Margarita, todo cambia: tu cabeza y tu corazón están llenos ahora de remordimientos, de miseria y de pena. ¿Acaso vienes a rezar por el alma de tu infeliz madre que no pudo resistir el peso de tu falta? Y ¿no sientes agitarse algo en tu seno que te parece de fatal agüero?

Gretchen. ¡Cuándo podré verme libre de las tristes ideas que me dominan y causan mi martirio!

Coro, (canta al órgano.)

“Dias irae, Dies illa,

Solvat saeclum in favilla.”

El Espíritu maligno. Ya ruge sobre tu frente la cólera del cielo; tiemblan los sepulcros al sonido de la trompeta del último juicio; estremecido tu cuerpo se agita entre el polvo en que descansa, y en vano se estremece ante el castigo

horrendo que para siempre va a sufrir en el infierno.

Gretchen. ¡Cuánto daría por estar lejos de este sitio, porque este órgano me oprime y me ahoga! ¡Tampoco puedo resistir por más tiempo esos cantos que me desgarran el alma!

Coro.

“Judex ergo cum sedebit,

Quidquid latet apparebit,

Nihil inultum remanebit.”

Gretchen. Estoy en un círculo de hierro y todo me oprime; la bóveda que tengo sobre mi cabeza se baja y me aplasta. ¡Me falta aire que respirar!

El espíritu maligno. ¡Ocúltate! El pecado, la vergüenza y el vicio deben envolverse en negro velo. ¡Ay de ti, se buscas el aire y la luz!

Coro.

“Quid sum miser tunc dicturus?

Quem patronum rogaturus?

Cum vix justus sit securus.”

El Espíritu maligno. Los bienaventurados apartan de ti los ojos y el justo que pasa no tiene ya la mano. ¡Estás condenada!

Coro.

“Quid sum miser tunc dicturus?, etc.”

Gretchen. Vecina, dadme vuestro pomo.

(Cae desmayada.)

La noche de Walpurgis

El Harz. Montes de Schirke y Elend.

Fausto y Mefistófeles.

Mefistófeles. ¿Quisieras ahora un palo de escoba? De mí sé decirte que desearía tener aquí el macho cabrío más vigoroso, porque aún tenemos que andar gran espacio.

Fausto. Tengo aún fuerza en las piernas y me basta por ahora este bastón nudoso. ¿Por qué acortar el camino? Errar por el laberinto de los valles, trepar por esas peñas, de cuyas cimas se precipitan bulliciosas cascadas, no es lo que menos pueda amerizar nuestro viaje. Todo se anima al arribo de la primavera; hasta los pinos experimentan su influencia benéfica, y ya que en efecto es así, ¿por qué no obra del mismo modo sobre nuestros miembros?

Mefistófeles. En cuanto a mí no experimento nada en lo más mínimo; tengo el invierno en el cuerpo, y quisiera siempre que estuviese mi camino cubierto de nieve y de escarcha.

¡Cuán tristemente sube el disco de la luna, con un resplandor tardío! ¡Qué luz tan melancólica! Vese uno expuesto a cada paso a dar contra un árbol o contra una roca.

Aguarda a que llame un fuego fatuo, ya que veo uno allí abajo oscilando a su capricho.

¡Hola, amigo! ¿Me atreveré a pedirte que vengas hacia nosotros?

El Fuego Fatuo. Espero en vuestro obsequio poder dominar mi naturaleza ligera, pues ya sabéis que nuestro movimiento es por lo regular ondulante.

Mefistófeles. ¡Ah! ¡Ah! ¡Ved como quiere el pícaro imitar a los hombres! Ve recto en nombre del diablo, o apago tu chispa vital.

El Fuego Fatuo. Puesto que sois aquí el jefe, me someto gustoso a vuestros

deseos. Pero pensándolo bien, el monte está hoy lleno de encantos; de modo que a ser un fuego fatuo el que ha de servirnos de guía, no podéis mostraros muy exigentes.

(Fausto, Mefistófeles y el Fuego, cantando a coro.)

“Ya hemos entrado, al parecer, en un país de quimeras; guíanos, pues, por entre los mil prodigios que nos rodean, fuego fatuo, hasta allí donde veamos colmados nuestros deseos.

Confúndense de noche los árboles gigantes, la pena se estremece sobre su base y sus bocas de granito repiten los bramidos del huracán. Veo brotar las corrientes al través de huecas rocas y oigo algo más un murmullo que parece un grato canto de amor. Voces de amor y de pena, voces de festivos días, ¡cuán agradable resuena en mi oído el eco que repite las armonías de tiempos ya pasados! Discordes y hasta horribles son los nuevos gritos que escucho; no hay búho, mochuelo ni ave alguna de rapiña que no lance al viento su triste grito; salen del hueco de las peñas y de cada ruina, raíces desformes y extrañas que, cual brazos descarnados, se tienden para coger al que acierte al pasar cerca de ellas. A cada paso se tropieza con mil ratones y repugnantes insectos que huyen despavoridos aumentando el horror de este espantoso sitio en el que se ven brillar a la salamandra, el lagarto y la culebra, gracias a la repugnante brillantez que despiden sus pieles escamosas y no nos es posible continuar nuestra marcha por ser cada vez más insuperables los obstáculos con que tropezamos: además empiezan a temblar los montes vecinos desde su base hasta su cima, y sólo se ven brillar a lo lejos fuegos fatuos que en su rápido curso amenazan abrazarlo todo.

¡Quedémonos, pues, en este oscuro charco!”

Mefistófeles. ¡Agárrate bien de mi traje! He aquí una cumbre desde la que se distinguen admirablemente los resplandores de Manmon en la montaña.

Fausto. ¡De qué modo tan singular brilla en el fondo de los abismos el resplandor del crepúsculo! Sube allí un vapor denso y se desprende de aquella nube más lejana exaltaciones mefíticas mientras se ve brillar en el lado opuesto una llama que se extiende a lo largo del valle para ir a

concentrarse repentinamente en un estrecho desfiladero. También cae a nuestros pies una lluvia de chispas que por todas partes dejan una gran capa de polvo de oro. Pero mira cómo en toda su altura se encienden esas inmensas montañas.

Mefistófeles. ¿Qué tal te parece el modo como el señor Manmon ha iluminado su palacio para esta gran fiesta? Ha sido una fortuna para ti el poder verlo. Ya presiento la llegada de huéspedes turbulentos.

Fausto. ¡Nunca había oído mugir el huracán con tanto estruendo! ¡Me azota con tanta fuerza que acabará por derribarme!

Mefistófeles. Aférrate a los picos de las rocas, si no quieres que te haga rodar hasta el fondo del abismo. Aumenta negra nube la oscuridad de la noche, crujen los árboles en el bosque y huyen espantados los búhos. ¿Oyes cómo se derrumban las siempre verdes columnas de este palacio? ¿Oyes el triste crujido de las ramas que se rompen, el rumor de los troncos de los árboles fuertemente sacudidos y su espantoso ruido al chocar entre sí para caer unos sobre otros, mientras continua bramando el huracán en las cuevas? ¿Oyes un cumulo de voces en todas las alturas próximas y lejanas? Sí, resuena en la montaña un furioso himno mágico.

Las brujas a coro. Ya que es verde el grano y amarillo el rastrojo, trepemos todas el Brocken, y allí reunidas, circuiremos el trono de Urian situado en la más alta de sus cimas.

Voz. Ved cómo la vieja Baudo se dirige hacia nosotros velozmente desde el llano, montada en su marrana.

Coro. Honor al que sea digno de veneración y de respeto, así por sus merecimientos como por su edad: inclinémonos, pues, todos ante ella, ya que está al frente de todas las hechicerías conocidas.

Una voz. ¿Cuál es el camino que tú quieres seguir?

Otra. El de Insentein, en el que distingo un nido con un hermoso mochuelo que me mira de un modo singular.

Otra. Vete a todos los diablos. ¿Por qué corres de este modo?

Otra. Me ha mordido despiadadamente. ¡Mira que herida!

Hechiceras, (coro.) Marchemos adelante por más que ruja la tempestad y que sea áspero el camino; a cada palo que rompamos cojamos otro nuevo; mientras el niño llora, hace su madre jorobas.

Hechiceras, (medio coro.) Vamos a paso de tortuga, ved cuánto nos adelanta aquel grupo de mujeres; mas no debe esto admirarnos, porque sabido es que la mujer para el mal tiene alas.

Otro, (medio coro.) No debe esto sorprendernos, porque cualquiera que sea el punto al que la mujer se dirige, ha de dar mil pasos para hacer lo que el hombre hace de un salto.

Voz de lo alto. ¡Adelante, adelante, salid de ese mar de rosas!

Voz de abajo. De buena gana os seguíamos ahora mismo a las cumbres y a la luz; pero estamos condenadas a gemir en el fondo de esta cantera y a ser siempre estériles.

Los dos coros. Ya cesó de bramar la tormenta, la estrella huye, la luna se vela y continua el tumultuoso coro de hechiceras cabalgando o agitándose en la noche umbría; no se ve más resplandor que el de las innumerables chispas que lanzan.

Voz de abajo. ¡Deteneos!

Voz de lo alto. ¿Quién me llama desde las grietas de las rocas?

Voz de abajo. ¡Por compasión, llevadme con vosotros! Hace tres siglos que me arrastro en vano; sed, pues, compasivas y permitidme llegar a la altura; no podéis figuraros cuánto deseo hallarme entre mis semejantes.

Los dos coros. Apodérese cada una de su palo, escoba u horquilla, puesto que la hechicera o diablo que no suba hoy está irremediabilmente perdido.

La hechicera de abajo. Muy lejos están ya todos los demás desde que yo me arrastro en vano sin omitir trabajo, cuidados, penas y tormentos para salir de esta caverna que será mi eterno calabozo.

Canto de hechicera. Hay un unguento que reanima a las hechiceras; así que con una artesilla por nave y un trapo por vela, marcharemos como el viento. La que hoy no vuele, no volará ya nunca.

Los dos coros. Disponeos todos a tocar en tierra, porque ya llegamos a la más alta cumbre y desde ahora podéis ya formar los grupos que han de ocupar estas comarcas.

Mefistófeles. Contemplad cómo se agrupan, estrechan y rechazan entre sí, y cómo todo resplandece, brilla, arde y se inflama: esto sí que es un verdadero elemento de brujas. No me sueltes si no quieres que en breve nos encontremos separados. ¿Dónde estas?

Fausto. Aquí.

Mefistófeles. ¡Cómo! ¿Ya está allá abajo? Preciso me será usar de mi derecho de amo.

Despejad, que viene el señor Voland; despejad, amable canalla, despejad. Aquí, doctor, no me sueltes ya, y salgamos de entre esta multitud, pues ya es esto hartamente grotesco hasta para mis semejantes. Hay aquí cerca algo que brilla de un modo extraño y que me atrae hacia aquellos zarzales. Ven, ven, y penetraremos en ellos.

Fausto. Espíritu de contradicción, condúceme a donde mejor te plazca. Al pensar en ello, no puedo menos que admirar el orden que reina aquí en todo. Subimos al Brocken en la noche de Walpurgis, y podemos muy bien aislarnos a nuestro capricho.

Mefistófeles. Mira que llamas tan diversas: es un alegre club que se reúne, ya ves que ni aún en este pequeño mundo está uno sólo.

Fausto. Yo preferiría hallarme allá arriba; ya veo la llama y los torbellinos de

humo; allí toda la multitud se agrupa en torno del espíritu del mal; allí es donde debe descifrarse más de un misterio.

Mefistófeles. En cambio, también se forman allí muchos. Deja que la muchedumbre allí se agite y zumbe, mientras nosotros descansaremos aquí tranquilos; es cosa ya sabida desde mucho tiempo, que en el gran mundo se hacen pequeños mundos. Veo allí algunas

hechiceras jóvenes enteramente desnudas y a otras viejas que se cubren con mucho recato.

Sed amables con mi amor, ya que cuesta tan poco y que contribuye tanto a aumentar el placer y la barahúnda. Oigo algunos instrumentos; maldita cencerrada a la que debe uno habituarse. Ven conmigo, ven, puesto que no hay otra senda; deseoso de prestarte un nuevo servicio, voy a introducirte y presentarte a la alegre comitiva. ¿Qué tal te parece todo esto, amigo mío? El sitio no es muy escaso, pues ya ves que por aquella parte no tienes límites.

Hay más de cien fuegos en torno de lo que se canta, se habla, se guisa, se bebe y se ama: dime, ¿puede haber cosa mejor?

Fausto. ¿Quieres obrar como mágico o como diablo para introducirnos?

Mefistófeles. Por más que estoy acostumbrado a ir de incógnito, como es hoy día de gala, preciso será lucir todas las distinciones; aunque me falta aquí la orden de la jarretiera no me apuro, por ser tenido en gran respeto el pie del caballo. ¿Ves ese caracol que se arrastra hacia nosotros? Viene para explorar el terreno; verá sin duda algo en mí que inutilizaría todos los disfraces. Sígueme, pues; iremos de fuego en fuego y yo seré el preguntón y tu el galán.

(A algunos sentados alrededor de una lumbre.)

Mis queridos amigos, ¿qué hacéis en ese rincón? En verdad o me admiraría tanto el hallarnos en medio del tumulto entre aquella juventud ardiente. Siempre puede uno retirarse cuanto le place.

Un general. Los pueblos son como las mujeres: por más que uno haga por

ellos, la juventud es siempre preferida.

Un ministro. Todo va ahora de mal en peor, así es que yo estoy por lo antiguo; entonces, francamente, había crédito y era el verdadero siglo de oro.

Un magnate improvisado. A pesar de no ser nada tontos, hemos visto destruir todo aquello que más procurábamos conservar.

Un autor. ¿Quién puede leer ahora una obra que esté medianamente escrita? Y sin embargo, nunca había visto a la juventud tan orgullosa.

Mefistófeles, (apareciendo de repente en extremo viejo.) Cuento que por última vez subo al Brocken; veo en la prudencia del pueblo que está ya dispuesto para el último juicio y apostaría a que toca el mundo a su fin.

Hechicera revendedora. Señores, no paséis así y aprovechad la ocasión; mirad cuán hermosos y variados son los géneros que os ofrezco. Y sin embargo, nada hay en mi tienda sin igual en el mundo, nada hay que no haya servido en perjuicio de los hombres y del mundo. Ni un puñal que no haya goteado sangre, ni una copa que no haya contenido un

veneno de fuego para dar muerte a un cuerpo robusto y sano, ni una alhaja que no haya seducido a alguna mujer honrada, ni espada que no haya herido traidoramente al enemigo.

Mefistófeles. Señora mía, veo que no entendéis los tiempos presentes: lo hecho hecho está y procuradnos novedades, porque sólo nos llama la atención lo nuevo.

Fausto. Presentadme cosas nuevas que casi me hagan olvidar de mí propio, si queréis que llame a esto una feria.

Mefistófeles. Todo el remolino tiende hacia arriba; tú crees empujar y eres empujado.

Fausto. ¿Quién es aquella?

Mefistófeles. Mírala bien, es Lilith.

Fausto. ¿Quién?

Mefistófeles. La primera mujer de Adán. No te enamores de sus hermosos cabellos, por más que sea un rico adorno que contribuye tanto a su belleza, porque cuando con ellos llega a alcanzar a un joven no lo suelta jamás.

Fausto. Veo allá dos que están sentadas, una vieja y otra joven, que tiene trazas de haber hecho hoy de las tuyas.

Mefistófeles. Y a quien es preciso no dejar descansar, y ya que se anuncia otra danza iremos a sacarla nosotros.

Fausto, (bailando con la joven.) En grato sueño vi anoche un manzano cargado de hermosa fruta que ufano se alzaba entre la hierba; subíme a él, y galán me ofreció las dos mejores manzanas de su fecundo seno.

La hermosa. Aquellas dos manzanas coloradas que en el paraíso terrenal brotaron, y que a vos tanto la atención os llaman, también las tengo en mi jardín.

Mefistófeles, (con la vieja.) Vi ayer en un sueño un árbol viejo, hendido y seco que llegó a enamorarse.

La vieja. Y yo, reconocida, saludo al paticojo que me procura momentos de placer y de verdadera dicha.

El profantasmista. ¡Maldita raza! ¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Acaso no se os ha enseñado tiempo ha que nunca debía un espíritu tenerse sobre sus pies? Y, sin embargo, estáis bailando como nosotros los hombres.

La hermosa, (bailando.) ¿Qué tiene que ver ese en nuestro baile?

Fausto. Siempre se le ve en todas partes para criticar a los que bailan, y si no puede dar su opinión sobre cada paso, es éste considerado como nulo o no hecho, y lo que más le incomoda es vernos adelantar. Si quisieseis siempre

girar sobre un mismo círculo como lo hace él en su viejo molino, os aplaudiría frenéticamente, sobre todo si procurabais ganarle con una recompensa cualquiera.

El profantasmista. ¿Aún continuáis aquí? Esto es inaudito. Desapareced desde luego, puesto que así lo hemos decretado; nunca sabrá esa raza diabólica respetar nuestras leyes.

¡Somos tan sabios! y sin embargo, hay siempre trasgos y duendes en la tierra. ¡Cuánto tiempo ha que me tortura esta idea y nunca esto se esclarece: es verdaderamente una cosa inaudita!

La hermosa. Cesad, pues, de fastidiarnos aquí.

El profantasmista. Espíritus, lo digo y lo repito en vuestra presencia: el despotismo del espíritu me es intolerable y el mío no puede ejercerle. (Continúan bailando.) Lo veo hoy claramente: no sacaré de ello ningún partido y, sin embargo, estoy resuelto a seguirles, seguro que antes de dar mi último paso lograré triunfar de diablos y poetas.

Mefistófeles. Ahora va a zambullirse en el agua, porque sólo en ella encuentra alivio; cuando las sanguijuelas se han cebado bien en su trasero, queda curado de las

fantasmagorías y de su pobre espíritu.

(A Fausto, que ha dejado de bailar.)

¿Por qué has dejado a la hermosa joven que con tanta gracia te excitaba al baile?

Fausto. Porque mientras cantaba le salió de la boca un ratón colorado.

Mefistófeles. ¡He aquí en verdad una cosa terrible! Pero no debes hacer gran caso, pues peor sería que el ratón hubiese sido pardo. ¿Qué importa esto a la hora del pastor?

Fausto. Luego he visto...

Mefistófeles. ¿Qué?

Fausto. ¿Ves allí una hermosa joven pálida que está apartada de todas las demás? Se retira a paso lento; parece que anda a pies juntillas: en verdad que se parece mucho a la pobre margarita.

Mefistófeles. Deja ese recuerdo si no quieres entristecerte. Es una figura fantástica, una figura sin vida, un espectro. Haríamos muy mal en seguirla, pues su mirada fija hiela la sangre, y casi convertiría al hombre en piedra. Ya has oído hablar de Meduza.

Fausto. Como tú dices, son sus ojos los de una muerta, ojos que no han cerrado ninguna mano amiga; pero aquél es también el seno que me entregó Margarita, aquél el cuerpo que fue para mí una delicia.

Mefistófeles. ¡La magia! ¿Por qué tan fácilmente te dejas engañar por la magia? Todos los que piensan como tu creerían ver en ella a su querida.

Fausto. ¡Oh, tormento voluptuoso! No puedo sustraerme a su mirada. ¡Qué extraño adorno lleva en derredor de su hermoso cuello! ¡Es una pequeña cinta encarnada que no es más ancha que el filo de un cuchillo!

Mefistófeles. Es cierto, también yo la veo; podría llevar asimismo su cabeza debajo del brazo por habérsela cortado Perseo. ¡Siempre entregado a las mismas ilusiones! Ven a esta colina, tan agradable como el mismo Prater. ¡Ah! No me han engañado, pues hay un verdadero teatro: veamos lo que representan.

Servibilis. Va a empezarse de nuevo, y ésta será la última de las piezas que se han dado, cuyo número es el que acostumbramos a ofrecer siempre al público. Un aficionado la ha escrito y está confiado su desempeño a otros aficionados. Dispensadme, señores, si yo me eclipso, porque mi afición consiste en levantar el telón.

Mefistófeles. Mucho me agrada verlos en Blocksberg, porque estáis en

vuestro puesto.

Sueño de la noche de Walpurgis, o bodas de Oberon y de Titania.

Intermedio.

Director de escena. Hijos esforzados de Mieding, hora es ya de que tomemos aliento y reposemos contemplando la escena que ofrecen a nuestros ojos este antiguo monte y sus frescos valles. He ahí toda la escena.

Un heraldo. Para que sea de otro nuestra boda, no debemos contraerla hasta los cincuenta años, en cuya edad quedan terminadas todas las querellas, y es aún mayor el encanto que para nosotros tiene aquel precioso metal.

Oberon. Espíritus, acudid presurosos a mi lado, ya que el rey y la reina van en esta hora solemne a casarse de nuevo. Que ninguno de vosotros se olvide de tributarles los honores que le son debidos.

Puck. Ya Puck en espiral atraviesa el espacio, sin contar los cien otros que le acompañan, agitándose en el aire para acudir al punto a que el deber le llama a todos.

Ariel. Comienza su canto el fantástico Ariel y como no hay ser humano que no se enterezca al oír su voz melodiosa, pronto logra atraer a todas las bellezas.

Oberon. Que los que quieran vivir sigan nuestro ejemplo. Nunca se aman tanto dos esposos, como después de haber estado por mucho tiempo separados. Es innegable que la saciedad de muerte al deseo.

Titania. Para evitar que el capricho y el mal humor turben la dulce paz que ha de reinar en un matrimonio, debe vivir el hombre en el Mediodía y la mujer en el Norte.

Orquesta, (tutti fortissimo.) Moscas, moscardones, ranas, grillos, cigarras y todas cuantas razas de animales se vieron de más horrible canto dotados por la naturaleza, serán hoy nuestros concertantes. ¡Qué dulce armonía nos está

reservada!

Solo. La zampoña es el primero de los instrumentos para alegrar los campos. ¡Cómo se hincha de placer el corazón de los aldeanos al oír el primero de sus tiernos sonos!

Espíritu que acaba de formarse. Mirad a ese pequeño ser que apenas puede arrastrarse por el polvo y que se aparece en lo repugnante de una araña, cómo, a pesar de su fealdad y horror que inspira, es un verdadero poema.

Una tierna pareja. ¿Por qué altivo te diriges a la feliz colina, de la que brotan en abundancia la miel y los aromas, si estas segura de no llegar nunca a su dichosa cima?

Un viajero curioso. No había visto en mi vida una mascarada como ésta y sólo me falta ver ya al dios Oberon ostentando sus brillantes colores para animar aún más esta fiesta verdaderamente regia.

Un ortodoxo. Aunque le falta las garras y los cuernos, no me queda duda alguna de que es tan diablo como lo eran todos los dioses de la antigua Grecia.

Un artista del Norte. Sencillos bosquejos han sido hasta ahora mis obras; pero desde hoy me preparo para mi viaje a esa hermosa Italia, constante objeto de todas mis ilusiones.

Un purista. El infortunio me conduce aquí. ¡Cómo no aniquilan, oh dioses, vuestros rayos a ese cúmulo de hechiceras!

Joven hechicera. Ostente su vano adorno la vejez arrugada y flaca, que yo prefiero en mucho lucir mis gracias naturales en pleno día, y hasta si es posible en toda su desnudez, para mayor encanto.

Una matrona. Esas gracias de que tanto os envanecéis, pronto se desvanecerán como el humo; también nosotras, cual vosotras, fuimos hermosas, y está hoy nuestro cuerpo arrugado y próximo a pudrirse, como se pudrirá el vuestro algún día.

Un maestro de capilla. Moscas y demás avechuchos que formáis la orquesta, no olvidéis ni una sola nota a fin de que admiren a la vez vuestra destreza y vuestra armonía.

Veleta vuelta de un lado. Todo en este baile atronador me admira; así el profundo saber de los profesores y cantantes, como la gracia y la inocencia de los danzantes, personas todas de muy buenas prendas.

Veleta vuelta del lado opuesto. Si no se abre ahora mismo la tierra para tragarse a toda esa infernal canalla, voy a precipitarme a los profundos abismos.

Xenies. Aunque verdaderos insectos con dientes de culebra, nada omitimos para hacer más esplendentes la gloria y las obras de nuestro bueno y querido abuelo Satán.

Hennings. Al verles así reunirse y embromar sencillamente, cualquiera que no les conociese se convencería de que están dotados de un corazón noble y generoso.

Musagette. Tienen para mí tales encantos esas hechiceras jóvenes y hermosas, que preferiría vivir entre ellas a dirigir el tan celebrado coro de musas del Pindo.

Ex genio del tiempo. Agárrate a mí si quieres ser pronto un oráculo y que se te abran de par en par las puertas del Parnaso alemán. De lo contrario, difícilmente escribirás tu nombre a aquel templo inmortal de la gloria.

Viajero curioso. ¿Qué nombre dais a ese pedante que va tan prendado de su propio mérito?

¿A quién persigue? “A los jesuitas cuya pista sigue con el más grande empeño.”

Una grulla. Para pescar no me importa que sea el agua clara o turbia y por eso no hay pez alguno que esté libre de mi pico. ¡Cuánto pudiera deciros de los que hacen otro tanto!

Un mundano. ¡A cuántos una piedad fingida sirve de máscara! Muchos sé yo que con frecuencia se reúnen en el sobre el Blocksberg, con un fin muy diverso del que aparentan.

Un bailarín. Veo llegar nuevos coros y tambores y oigo que resuena nuevamente la trompa; pero no, me engaño: es una voz áspera que canta en los cañaverales.

Un maestro de danza. Baile es éste, por cierto, muy raro: todos desempeñan perfectamente su papel; lo mismo salta y da vueltas el cojo que el del abultado vientre.

Un tocador de gaita. ¡Cómo se odia esa maldita raza! ¡Ay de ellos a no haberles puesto la gaita conformes, como lo hacía en otro tiempo la dorada lira con los tigres y leones en los montes de la Tracia!

Un dogmático. Por más razón que tenga, no siempre me es dado alcanzar la victoria; preciso es, pues, confesar, que bien debe el diablo entremeterse en algo y que ha de tener más importancia de la que le concedemos.

Un idealista. La imaginación empieza a perturbarme la inteligencia. Si lo soy todo, debo también ser necesariamente estúpido.

Un realista. El ser me ocupa y me atormenta, de suerte que me veo en los más grandes apuros y apenas pueden mis piernas sostenerme.

Un supernaturalista. Mucho me complace el verme entre esta juguetona, en la que hasta los mismos diablos parecen convertirse en genios benéficos.

Un escéptico. Engañados por esos fuegos fatuos creen haber llegado al colmo de todos sus deseos. Ya que el diablo y la duda son inseparables, aquí voy a plantar mis tiendas.

El director de orquesta. Grillo adulador de la violeta, y vosotros, moscas, moscardones y demás bichos de eterno zumbido, sois unos malos dilettanti y aún peores concertistas.

Los hábiles. Nada nos preocupa; dotados de miembros ágiles y sutiles, si no podemos andar con los pies, andaremos con la cabeza.

Los glotones. Al solo recuerdo de los hermosos tiempos en que comíamos tan suculentos bocados, aún descalzos por haberlo gastado todo en francachelas, no hemos podido menos de asistir a esta espléndida fiesta.

Fuegos fatuos. Aunque salidos del lodo inmundo de que somos hijos, se nos considera aquí como de regia familia, sólo porque con el fugaz resplandor de nuestros colores deslumbramos a los tontos.

Una estrella caída. Después de haber brillado en la celeste altura, me veo aquí en la hierba confundida entre gusanos. ¿Quién podrá hacerme recobrar mi alto destino?

Los macizos. Que todo cuanto haya en torno nuestro se incline, humille y doblegue; somos espíritus fuerte y nuestra planta es de hierro.

Puck. Más bien que espíritus parecen una manada de elefantes; casi me atrevería a suplicarles que no pasasen tanto como el pesado Puck.

Ariel. Ya que la naturaleza os dio en su bondad alas divinas, seguidme a los montes vecinos donde brotan para mí las campestres rozas.

La orquesta (pianissimo.) El viento susurra entre las cañas, la niebla desaparece ante una luz pura y blanquecina, y los sueños se desvanecen sin que quede de ello más que un recuerdo vago.

Una llanura.

Día nebuloso.

Fausto y Mefistófeles.

Fausto. Verse encerrada en una triste prisión, víctima de la miseria y de la desesperación.

¡Quién lo creyera! ¡Pobre angelical criatura! ¡Yo soy la causa de cómo vil

criminal te veas sumida en un oscuro calabozo donde te aguardan terribles suplicios! Cobarde impostor, infame espíritu, ¿Por qué me lo ocultabas? Habla y no muevas con rabia tus ojos diabólicos, pues ya sabes cuanto me repugna tu presencia. Estaba sola en la cárcel expuesta a una miseria irreparable, sin más apoyo que el del espíritu del mal que juzga sin tener el mal, y, entre tanto, tú procurabas distraerme con estúpidas fiestas, ocultándome su mortal angustia, para que careciese de todo auxilio.

Mefistófeles. No es la primera vez que se ha visto en semejantes apuros.

Fausto. ¡Maldito animal, detestable monstruo! ¡Espíritu infinito y eterno, dale otra vez su primera forma de perro, bajo la cual tanto se complacía en acompañarme de noche, sólo por atropellar al viajero y arrojarlo sobre él después de haberle derribado! Vuelve a darle su forma favorita para que cuando ante mí salte sobre la arena pueda yo aplastarlo. ¡No es la primera! Horror me causa imaginar que hayan caído tantas almas en ese abismo de miseria.

¿Por qué la primera en su agonía lenta y terrible no borró la falta de todas las demás a lo ojos de la eterna misericordia? La miseria de aquella sola hace estremecer la medula de mis huesos, y tú sonríes con indiferencia ante la desgracia de tantas otras.

Mefistófeles. Aún no has dado un paso en mi camino, y como a todo hombre, se te trastorna ya el juicio. ¿Por qué formáis pues causa común con nosotros si no podéis soportar después las consecuencias de nuestra unión? ¡Quieres volar y no te ves aún libre de vértigo! ¿No eres tú el que me llamaste?

Fausto. Me horroriza cada vez que te veo rechinar de este modo. Grande y sublime espíritu que te me apareciste, tú que conoces mi corazón y mi alma, ¿por qué me encadenaste con este miserable que sólo se complace con los desastres y la muerte?

Mefistófeles. ¿Has terminado?

Fausto. Sálvala si no quieres que caiga sobre ti por miles de años la más espantosa de las maldiciones.

Mefistófeles. No puedo romper los lazos de la justicia ni tampoco derribar sus cerrojos.

¡Sálvala!, dices. ¿Quién la arrastró al abismo? ¿Tú o yo?

(Fausto lanza en torno suyo terribles miradas.)

¡Quisieras ahora disponer del trueno! Pero felizmente no es esto permitido, débiles mortales. Aplastar al inocente que opone enérgica resistencia; he aquí el modo con que usan de él los tiranos en sus vacilaciones para salir de apuros.

Fausto. Condúceme a su lado, es preciso que sea libre.

Mefistófeles. Piensa en el peligro a que vas a exponerte y en que está aún humeando la sangre derramada por tu mano. Sobre el cadáver se ciernen aún los espíritus vengadores que están acechando al asesino.

Fausto. Aún te atreves... ¡Pese sobre ti un mundo de muerte y de ruinas, monstruo horrible!

Te digo que me lles a su lado, para que pueda liberarla.

Mefistófeles. Te acompañaré allí, que es todo cuanto puedo hacer, pues bien sabe que ni en el cielo ni en la tierra soy omnipotente. Turbaré la razón del carcelero para que te apoderes de las llaves; pero debo decirte que sólo una mano humana puede liberarla. Por mi parte sólo podré vigilar, disponer los caballos encantados y ponerlos en salvo.

Fausto. Prudencia y marchemos.

La noche.

Fausto, Mefistófeles, galopando rápidamente sobre yeguas negras.

Fausto. ¿Qué objetos serán aquellos que se mueven en el lugar de ese cadalso?

Mefistófeles. No sé en lo que pueden ocuparse, ni lo cocinan.

Fausto. Se están agitando de una a otra parte, y tan pronto se inclinan y encorvan.

Mefistófeles. Un conciliábulo de brujas.

Fausto. En efecto, rocían y exorcizan.

Mefistófeles. Adelante, adelante.

Un calabozo.

Fausto con un manojo de llaves y una lámpara delante de una pequeña puerta de hierro.

Fausto. Siento que se apodera de mí un estremecimiento inesperado, al sólo aspecto de todas las calamidades humanas. Aquí es donde ella se halla, sin que nos separe ya más que esa pared húmeda. ¡Y no consistió su crimen más que en una grata ilusión! ¡Temes volver a verla! Pero entra, porque en tu irresolución transcurre el tiempo que la separa aún del cadalso.

(Coge la calle. Cantan dentro.)

“Después de haberme dado muerte y comídome mis bárbaros padres, arrojé mi pobre hermanita mis mondados huesos al pie de un viejo sauce, junto al cual corría un manso arroyo, en un sitio húmedo. Apenas había transcurrido un mes, cuando me vi convertida en ave hermosa de los bosques. Vuela, vuela.”

Fausto, (abriendo la puerta.) ¡Cuán lejos está de creer que su amante la busca, que oye el rumor de sus cadenas y hasta el crujir de la paja sobre que está acostada! (Entra.)

Margarita, (recostada en su lecho, procurase ocultarse.) ¡Ah! Ya vienen por mí... ¡Muerte espantosa!

Fausto, (en voz baja.) ¡Silencio! Vengo a salvarte.

Margarita, (arrastrándose hacia él.) Si eres hombre, compadécete de mi infortunada suerte.

Fausto. Vas a despertar con tus voces a llaveros que están dormidos. (Procura quitarle las cadenas.)

Margarita, (arrodillada.) Verdugo, ¿quién te ha dado tanto poder sobre mí? ¡No es más que media noche y vienes ya a buscarme! Apiádate de mí y déjame vivir hasta que rompa el día.

¿Acaso no es un plazo demasiado corto? ¡Soy aún tan joven para morir! También fui hermosa por mi desdicha. Mi amado estaba cerca de mí y ahora está muy lejos; no queda de mí corona ni una sola de sus flores... No me cojas

tan bruscamente; ante bien, trátame con dulzura, ya que ningún mal te he hecho. No seas insensible a mi dolor, puesto que ni siquiera te he visto en mi vida.

Fausto. ¡Cómo resistir a tanta pena!

Margarita. Estoy eternamente en tu poder; permíteme dar el pecho a mi hijo; toda esta noche le he estado meciendo en mi seno, y luego me lo han quitado para atormentarme, diciendo ahora que soy yo quien lo ha muerto.

Fausto, (arrojándose a sus pies.) A tus plantas tienes al hombre que te ama, que viene a abrir la puerta de tu triste cautiverio.

Margarita, (arrodillándose también.) Sí, sí, arrodillémonos en el altar para implorar la protección del cielo, ya que debajo de esas gradas y de ese umbral está hirviendo el infierno. ¡Si oyese el espantoso rumor que hace con sus rugidos el maligno espíritu!

Fausto, (en alta voz.) ¡Margarita! ¡Margarita!

Margarita, (prestando atención.) Es la voz de mi amante. (Se levanta y caen las cadenas.)

¿Dónde está? Él era quien me llamaba, y desde ahora estoy libre, ya no hay quien pueda detenerme. Quiero correr a sus brazos y descansar en su pecho. Margarita ha dicho, desde el umbral de la puerta, y en medio de los aullidos y estruendo del infierno, y de las terribles risotadas de los condenados, he reconocido su voz dulce y querida.

Fausto. ¡Si soy yo!

Margarita. ¡Eres tú! ¡Ah! ¡Torna a decírmelo! (Le abraza.) ¡Él! ¡Él! ¿Qué se han hecho todos los tormentos, todas las angustias y la agonía de los calabozos, y el peso de mis cadenas? ¡Eres tú que vienes a salvarme; estoy ya salvada! Sí, he aquí la calle en que te vi por vez primera, y allí el hermoso jardín que estábamos con Marta.

Fausto, (atrayéndola sobre su seno.) ¡Sígueme! Ven, no perdamos tiempo.

Margarita. ¡Ah! ¡Quédate! ¡Me gusta tanto estar a tu lado!

(Le prodiga las más tiernas caricias.)

Fausto. Date prisa, porque no hay un momento que perder si no queremos pagarlo muy caro.

Margarita. ¡Qué es eso! ¿No puedes ya abrazarme? ¿Es posible, amor mío, que en tan poco tiempo hayas perdido ya la costumbre de abrazarme? ¿De qué procede esta inquietud que ahora siento en tus brazos, cuando en otro tiempo bastaba la menor de tus palabras o una sola de tus miradas para transformar mi alma en un cielo? ¡Abázame o te abrazo! (Le echa los brazos al cuello.) ¡Cielos! Tu labio está mudo y frío. ¿Qué ha sido de tu amor? ¿Quién me lo ha arrebatado? (Se separa de él.)

Fausto. Ven, sígueme, buena amiga, anímate la idea de que es infinito el ardor con que te amo. Sólo te pido que me sigas.

Margarita, (fijando su vista en él.) ¿Luego eres tú? ¿Estás segura de ello?

Fausto. Sí, yo soy: sígueme en seguida.

Margarita. Tú rompes mis cadenas y vuelves a admitirme en tu seno. ¿Cómo es que mi vista te causa horror? ¿Sabes, querido mío, a quién das la libertad?

Fausto. Ven, ven, porque es la noche cada vez más oscura.

Margarita. Maté a mi madre y he ahogado a mi hijo, que lo era también tuyo. ¡Y eres tú!

Apenas lo creo. Dame tu mano para que me convenza de que no es esto un sueño; dame tu mano querida. ¡Ah! ¡Pero está húmeda y enjúgala! Me parece que está ensangrentada.

¡Dios mío! ¿Qué has hecho? Te suplico que envaines esa espada.

Fausto. No tiene remedio lo pasado; deja de pensar en ello. ¿Quieres, pues, que yo muera?

Margarita. No. Necesario es que tú vivas. Quiero nombrarte los sepulcros que te has de cuidar desde mañana mismo: harás que sea el mejor para mi pobre madre; colocarás a mi hermano cerca de ella y estará el mío algo apartado, pero no a mucha distancia, poniendo nuestro hijo sobre mi costado derecho. Nadie más querrá descansar cerca de mí. Estar siempre a tu lado era para mí la mayor ventura; pero no sólo no ha dejado de desearla, sino que hasta creo que me violento para acercarme a ti, por temer que me rechaces. Y sin embargo eres tú ¡y me miras con tan dulce ternura!

Fausto. Ya ves que soy yo; ven desde luego conmigo.

Margarita. ¿Adónde quieres que vaya?

Fausto. Fuera de aquí para alcanzar la libertad.

Margarita. Fuera están el sepulcro y la muerte que me acechan; vamos, ven a mi lado por vez postrera, ya que he de ir desde aquí al lecho del reposo eterno. ¿Partes, Enrique? ¡Ah!

¡Si yo pudiese partir contigo!

Fausto. Puedes hacerlo si quieres: la puerta está franca.

Margarita. No me atrevo a salir, porque ya nada espero. Además, ¿de qué nos serviría huir, si lograrían al fin darnos alcance? ¡Es tan triste tener que mendigar con la conciencia manchada, arrastrando una existencia miserable en país extranjero! Por otra parte, como te he dicho yo, tampoco lograría fugarme.

Fausto. Pues yo también me quedaré a tu lado.

Margarita. ¡Pronto, pronto, salva a tu pobre hijo! Ve por la senda que hay a lo largo del arroyo, y no te detengas hasta el estanque que se encuentra más allá del pequeño puente de madera, donde le encontrarás luchando aún para salir

del agua. Sobre todo, procura salvarle de la muerte.

Fausto. Vuelve en ti, pues eres libre con sólo dar un paso.

Margarita. ¡Si hubiésemos podido cruzar la montaña, habríamos hallado a mi madre sentada en una piedra! ¡Qué frío siento en mí!... Allí está mi madre sentada en una piedra, moviendo la cabeza, pero sin hacerme ninguna seña, ni mirarme, después de haber dormido tanto tiempo. ¡También dormía durante nuestros deleites! ¡Cuán pronto pasaron aquellas horas de placer!

Fausto. Ya que nada pueden ni mis palabras ni mis súplicas, preciso me será arrancarte de aquí a viva fuerza.

Margarita. Déjame, un uses la violencia y deja de asirme tan rudamente. ¿No sabes que por amor todo lo hice?

Fausto. Empieza a romper el alba, ángel mío...

Margarita. ¡El día! Sí, el postrero que penetra para mí en este sitio. ¡Ése había de ser mi día de boda! No digas a nadie que has estado junto a Margarita. ¡Ah! ¡Mi corona! ¡Ya está hecha ceniza! Nos volveremos a ver pero no en el baile. La multitud se agrupa sin que basten ya a contenerla la plaza y las calles. La campana me llama y la vara de justicia se ha roto, cuando de este modo me sujetan y encadenan; he aquí en el camino del patíbulo.

Todos tiemblan a la vista de la fatal cuchilla que pende sobre mi cuello. He aquí un pueblo mudo como un sepulcro.

Fausto. ¡Ah! ¿Por qué he nacido?

Mefistófeles, (presentándose en el dintel de la puerta.) Salid o estáis perdidos. Dejaos de vanas palabras y de una desesperación estéril. Mis caballos se impacientan y va a romper el alba.

Margarita. ¿Quién es el que así sale de debajo de la tierra? ¡Él! ¡Siempre él! Arrójale de aquí. ¿Por qué viene a esta santa mansión? ¡Si querrá llevarme!

Fausto. ¡Es preciso que vivas!

Margarita. ¡Justicia del cielo, a ti me entrego!

Mefistófeles, (a Fausto.) Ven, ven, o te abandono con ella.

Margarita. Tuya soy padre mío. ¡Sálvame! Ángeles, santas legiones, protejedme! Enrique

¡me causas dolor! (Muere.)

Mefistófeles. ¡Ya está juzgada!

Voz de lo alto. ¡Está salvada!

Mefistófeles, (a Fausto.) Sígueme.

(Desaparece con Fausto.)

Voz lejana, (que se va debilitando.) ¡Enrique! ¡Enrique!

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE DE FAUSTO.

Terminada durante el verano de 1831.

ACTO I

Un sitio agradable

Fausto, tendido sobre césped florecido, cansado, inquieto, procurando dormir.

Crepúsculo.

Coro de espíritus flotando en la atmósfera y de graciosas formas.

Ariel, (canta con acompañamiento de melodiosas arpas.) “Si el manto primaveral al descender del cielo se tiende por los valles y colinas; si brillan

las doradas mieses a los ojos del labrador complacido; si, en fin, parecen renacer en todas las partes la animación y la

vida, marchan por enjambres los pequeños elfos a donde el dolor les llama, para llevar un consuelo a cada corazón que sufre. Nada les importa que sea este inocente o culpable porque todos tienen igual derecho a su piedad. Vosotros, cuantos formáis en torno suyo un círculo aéreo, elfos queridos, dejad en esta ocasión bien sentado el honor de vuestro nombre. Procurad calmar el ardor de su alma inquieta, desviad de su corazón el dardo cruel del remordimiento y apartad de su espíritu los terrores de la existencia humana. La noche, la tranquila noche que se desliza en su carro de cuatro estaciones, tiene que hacer cuatro pausas y debéis procurar que no sufra en ellas retardo ni olvido. Colocad en su cabeza en cojinetes de rosas y bañadla en las olas del Leteo para que su cuerpo recobre la salud en el tranquilo sueño que la impulsa hacia la aurora. Luego daréis cumplimiento a la más grata de todas vuestras obras al abrir sus párpados a la luz celeste.”

Coro. “A la manera que el prado ondula al fresco ambiente que inclina las flores, descendad en el crepúsculo, dulces aromas y tibios vapores, y murmuradle en su oído dulces palabras, meced su triste corazón y sus sentidos en el blando reposo de los niños y, poniendo vuestros dedos rosados amorosamente en sus párpados, cerradle las puertas del día. Mas llega ya la noche y la estrella de fuego está en las nubes con su hermana santamente enlazada. Luces resplandecientes, fosfóricas, se deslizan y brillan en el cenit, y rielan en las aguas transparentes del lago que las refleja, o tiemblan en el seno de la noche; mientras que la luna tranquila y serena se levanta y reina como soberana sobre el lago y el valle sin pararse hasta sellar con su disco en el cielo a nombre del mundo la calma, la paz, el reposo y la felicidad. También pasa aquella hora misteriosa y con ella el nombre del placer y del pesar. Presiente el momento de tornar a la vida y de aguardar en paz el nuevo día. El sol vuelve a dorar las altas cumbres sobre que se apiñaban poco antes las nubes para gozar mejor del reposo en que estaba la creación sumida y como por encanto se disipan todos los vapores que cubrían la tierra. Para hacer que vuelva a revelársele la vida con toda sus magnificencia torna la vista hacia el sol, y despréndete al despertar de entre las alas de tu débil sueño. Valor, ocupa pronto tu puesto, mientras que el vulgo piensa en

decidirse fluctúa y espera y muere sin atreverse a imitar el corazón magnánimo que le traza la senda que ha de seguir.”

(Un grande estruendo anuncia la salida del sol.)

Ariel. “Escuchad todos la hora sonora y no perderéis ni uno solo de los gratos rumores con que la naturaleza acoge a la naciente aurora; regocijaos, espíritus aéreos, con el nuevo sol que asoma. Las puertas de las peñas y de los montes se abren rechinando sobre sus goznes y Febo se lanza al espacio abriendo en él con su carro de luz deslumbrantes surcos y todo en el mundo se agita al primer resplandor de sus rayos. Elfos, marchad a ocultaros en el fondo de las tinieblas, entre las húmedas rosas, y mirad que si llega a alcanzaros el menor de sus rayos, ensordecereis para siempre.”

Fausto. Mis venas baten con fuerza vital nuevamente adquirida para saludar al crepúsculo etéreo. Tierra, tú también has sido constante esta noche, y respiras a mis pies constantemente reanimada. Ya empiezas a arrullarme con mil voluptuosidades, y despiertas en mí la resolución de aspirar sin cesar a más noble existencia. El mundo, envuelto aún en los vapores del crepúsculo, empieza a despertar; alegre el bosque repite los ecos sonoros de una vida múltiple; se exhala la niebla después de haberse tendido en el valle y la celeste claridad desciende a las profundidades en tanto que las flores y las ramas dobladas por el rocío se alzan del vaporoso seno del abismo en que dormían sepultadas. Los colores se

destacan del fondo en que la flor y la hoja desprenden trémulas perlas y el mundo en torno mío se convierte en un edén. Las cumbres gigantescas de los montes anuncian ya la hora solemne, gozando de la luz eterna que sólo más tarde desciende hasta nosotros; nueva claridad inunda las verdes laderas de los Alpes, y va por grados penetrando hasta la más profunda cañada para derramar a torrentes su luz. ¡Ah! ¡Deslumbrado ya, oblígame el dolor a apartar los ojos! Así la esperanza inefable a fuerza de perseverancia se eleva al nivel de un deseo sublime, y ve ensanchársele de repente la senda que ha de conducirla a su cumplimiento. Mira como se agita ahora un mar de llamas en eternos abismos. Grande es nuestro asombro, pues veníamos para encender la antorcha de la vida y de todas partes nos envuelve un torrente de

fuego. ¿Es el amor el odio que nos oprime con los lazos del dolor y del placer hasta el punto de hacernos inclinar la vista a la tierra para ocultarnos con el velo de nuestra primera inocencia? Siempre contemplo con placer creciente la cascada que muge en la roca formando sus aguas al rodar nubes de espuma en el aire, que al primer rayo del sol se convierten en hermoso arco iris. Al ver que tan pronto aquel arco se destaca puro, como desaparece eternamente en los aires formando en torno suyo un vaporoso

estremecimiento, ¿no es verdad que parece la imagen de la vida humana?

El palacio imperial. La sala del trono.

El consejo de Estado esperando al emperador. Suenan clarines. Los cortesanos vistiendo magníficos trajes. El Emperador ocupa el trono con el Astrólogo a su derecha.

El Emperador. Salud mis leales amigos. Veo que el sabio está a mi lado, pero, ¿dónde está el bufón?

Un gentilhombre. Estaba hace poco detrás de tu manto cuando ha empezado a dar

volteretas por la escalera. Luego se han llevado la masa enorme sin saber si había muerto o si era tan sólo difunto de taberna.

Segundo gentilhombre. Con rapidez que raya en prodigio, se ha presentado otro a ocupar su puesto y viste ricos trajes que por lo fantásticos excitan la admiración de todos. Los guardias han querido impedirle la entrada. He aquí el bufón temerario.

Mefistófeles, (arrodillándose al pie del trono.) ¿Quién es el que es siempre maldito y siempre bien recibido? ¿Quién es lo que se desea con ardor y se rechaza sin embargo? ¿Qué es lo que siempre se critica y acusa cruelmente? ¿Quién es el que no debe ser nunca invocado y aquel cuyo nombre se oye siempre con placer? ¿Quién es el que se acerca a las gradas de tu trono? ¿Quién es el que se desterró a sí mismo?

El Emperador. Los enigmas no están aquí en boga. Explícate si quieres complacerme.

Temo que mi viejo bufón haya emprendido el gran viaje; ven, pues, a ocupar su puesto a mi lado.

(Mefistófeles sube las gradas del trono y se coloca a la izquierda del Emperador.) Murmullos entre la multitud. ¡Un nuevo bufón, un nuevo tormento! ¿De dónde habrá salido? ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí? ¿Ha caído el antiguo? Era un tonel. Ahora este es una espátula.

El Emperador. Sed bien venidos; una estrella propicia os reúne; los astros nos prometen felicidad y salud. Pero, ¿por qué estos días libres de todo cuidado consagrados al carnaval,

estos días en los que sólo pensamos en gozar, hemos de pasarlos en consejo? Ya que vosotros lo creéis conveniente cúmplase vuestro deseo.

El Canciller. La virtud circunda la frente del emperador y sólo él puede practicarla dignamente; la justicia, sólo él puede concederla al pueblo. Pero ¿de qué sirven la inteligencia del espíritu humano, la bondad del corazón y el vigor del brazo, si una fiebre abrasadora mina al Estado hasta en sus cimientos y si el mal engendra mal? Cualquiera que desde esos altos picachos tienda la vista sobre este reino, creará ver cruzar por él espantosos monstruos; uno se apodera de un rebaño, otro de una mujer, aquél roba el cáliz, la cruz o los candelabros del altar, y le vemos complacerse y gozar del fruto de sus rapiñas años y más años. Cuando llegan las quejas hasta el tribunal y el juez se decide a sentenciar, empieza el torrente revolucionario a rugir cada vez con más espanto; porque quien se apoya en sus cómplices puede gloriarse de sus crímenes y sólo veréis pronunciarse la palabra culpable contra el inocente que queda indefenso. ¿Cómo queréis que se generalice el único instinto que nos encamina hacia el bien? El hombre de rectas intenciones se deja tentar por la adulación o por un interés mezquino, y cuando el juez no puede castigar, acaba por aliarse con el culpable. Negro es, en verdad, el cuadro que he pintado, y siento no haber encontrado colores más sombríos.

El Gran Maestro o Jefe del Ejército. ¡Hay en estos días de desorden un

tumulto terrible!

Tan pronto uno mata como le matan; todos permanecen sordos a la voz de mando. El paisano detrás de sus murallas y el noble en su nido de rocas parecen conjurarse contra nosotros sin debilitar nunca sus fuerzas. El mercenario se impacienta, pide bruscamente su paga y de seguro que, a no debérsele, pronto habría levantado el campo, y sin embargo, negarse a lo que todos piden es remover un avispero. Está devastado el reino que debían sostener, se les deja gritar como energúmenos y apelar cada paso a la rebelión. Aún quedan allá abajo algunos reyes, pero ninguno quiere convencerse de que van a dirigirse contra ellos los ataques.

El Tesorero. ¡Confíad en vuestros aliados! ¡Los subsidios que nos había ofrecido empiezan ya a faltar! ¡A qué manos, señor, ha ido a parar la propiedad en tus vastos Estados!

Además, no puede ya contarse con ningún partido, porque aliados y hostiles su simpatía o su odio son indiferentes: los güelfos como los gibelinos se ocultan para descansar. ¿Quién piensa hoy en ayudar a su vecino? Bastante trabajo tiene cada cual para sí. Las minas de oro se exploran, se escarba la tierra, se economiza, se atesora y nuestras arcas permanecen vacías.

El Mariscal. ¡Ah! ¡También a mí me abate el malestar general! Siempre queremos economizar y gastamos más cada día, y entre tanto mi inquietud va en aumento: el cocinero aún no se ha resentido en lo más mínimo, porque los jabalíes, los ciervos, las liebres, los gamos, los pavos, los patos y las rentas fijas no escasean; empieza a faltarnos el vino. Si antes en nuestras bodegas se amontonaban los toneles unos sobre otros llenos todos del mejor vino, la sed implacable de los grandes ha agotado hasta la última gota. El municipio ha tenido también que abrir su casa; ni el copón, ni el jarro de estaño, nada han olvidado los convidados al sentarse a la mesa y luego es a mí a quien toca satisfacerlo todo. El judío es intratable, pues inventa anticipos de toda clase que nos obligan a gastar de antemano las anualidades que deben aún transcurrir; los cerdos no engordan, los colchones de nuestras camas están empeñados, y hasta el pan de nuestra mesa lo hemos comido ya por

adelantado.

El Emperador, (después de un momento de reflexión, dirigiéndose a Mefistófeles.) Y tú loco, ¿no sufres también alguna miseria?

Mefistófeles. ¿Yo? Ninguna al ver la gloria que a ti y a todos los tuyos os rodea. Nunca la confianza faltará allí donde es un rey absoluto el que gobierna, allí donde hay un poder siempre pronto a dispersar al enemigo, allí donde reina la buena voluntad robustecida por la inteligencia y la actividad múltiple. ¿Cómo unirse para el mal y las tinieblas, allí donde brillan semejantes astros?

Murmullos. Es un pícaro que sabe muy bien el papel que ha de desempeñar y empieza a insinuarse por medio de la mentira. Tiene algún proyecto oculto.

Mefistófeles. ¿Dónde no falta algo en el mundo? A uno le falta esto, a otro aquello, al de más allá dinero; pero con prudencia y saber, se puede sacar dinero hasta del fondo de los abismos. En las entrañas de la tierra y en los cimientos de las casas hay oro virgen y hasta acuñado, y si me preguntáis quién podrá hacerlo lucir a la luz del día, os diré que la fuerza de la Naturaleza y del Espíritu de un hombre de talento.

El Canciller. ¡Naturaleza! ¡Espíritu! No es éste el lenguaje propio de cristianos. A los ateos se les condena a la hoguera porque no hay nada tan peligroso como sus palabras. La Naturaleza es el pecado y el Espíritu el diablo: ambos engendran la duda, su hermafrodita monstruoso. ¡No vuelva a proferirse aquí semejantes herejías! De todos los antiguos estados del emperador, sólo han salido dos razas que sostengan dignamente el trono: los santos y los caballeros. Ellos son los que hacen frente al peligro a cada borrasca política, y en recompensa de sus servicios se reparten la Iglesia y el Estado. La resistencia que se les opone sólo es debida a los sentimientos plebeyos de cuatro cabezas trastornadas: tales son los herejes y los brujos que corrompen las ciudades y el campo. He aquí lo que quieres tú introducir en este noble círculo con tus sarcasmos. Buscas los corazones corrompidos por la relación en que están todos los bufones.

El Emperador. Nada de esto puede sacarnos del apuro en que nos hallamos.

¿Qué es lo que pretendes tú ahora con tus homilias de cuaresma? Aburrido estoy de vuestro sí y pero. Falta dinero: lo que importa es tenerlo.

Mefistófeles. Yo hallaré todo cuanto pedís porque es esto muy fácil, pero lo fácil es difícil.

Todo duerme en la tierra, y es posible alcanzarlo: en ello consiste el talento. ¿Cómo hacerlo? Pensad en que cuando la época en que las olas humanas inundaban el país, el pueblo, en su espanto, oculto debajo del suelo sus más preciosos tesoros. Lo mismo sucedía en los tiempos de la poderosa Roma. Todos esos inmensos tesoros están ocultos en las entrañas de la tierra y como la tierra es del emperador a él pertenece el botín.

El Tesorero. No se expresa mal. Tal era el derecho del antiguo emperador.

El Canciller. Satán acaba de tendernos un lazo de oro.

El Mariscal. Mientras procure a la corte tesoros, me siento inclinado a prescindir de todo.

El Gran Maestro del Ejército. El bufón no es tonto.

Mefistófeles. Y si creéis que os engaño, consultad al astrólogo: él lee en los círculos la fortuna. Díganos lo que el cielo anuncia.

Murmullos. Son dos solemnes pícaros y se han puesto de acuerdo. ¡Un bufón y un visionario cerca del trono! Recordemos el antiguo proverbio: el loco sopla y habla el sabio.

El Astrólogo, (habla y Mefistófeles sopla.) Hasta el sol es de oro puro. Mercurio, el mensajero, le sirve como un mercenario, la señora Venus os engaña a todos a pesar de sus continuas y dulces miradas. La púdica Febe tiene sus caprichos; Marte os amenaza a todos y Júpiter será siempre el más espléndido. Saturno es grande pero tiene los ojos pequeños.

Pero cuando la Luna se casa con el Sol, y el oro con la plata, el mundo todo se embellece.

Palacios, jardines, blancas gargantas, mejillas sonrosadas, he aquí lo que nos procura el sabio.

El Emperador. No me he convencido más de lo que lo estaba antes.

Murmullos. ¿Qué importa? Si todo es farsa, charlatanismo, alquimia. Y aun cuando por semejantes medios se nos procurase algo, sería en perjuicio nuestro.

Mefistófeles. ¡Así son todos! Se asombran y se niegan a creer en el nuevo descubrimiento.

Apostemos ahora a que pronto van a empezar a gritar contra el brujo desde que sientan comecón en los pies o empiecen los tropiezos. Todos vosotros sentís la ebullición secreta de la naturaleza eternamente activa, y que la vida serpentea hacia el sol desde el fondo de las profundidades subterráneas; así que, cuando experimentéis cierta inquietud en todos vuestros miembros, cuando no podáis teneros en pie sin tambalearos, cavad resueltamente y hallaréis oculto mi tesoro.

Murmullos. Tengo los pies de plomo. Siento calambres en los brazos. Sufro un ataque de gota. Mi pulgar se crispa. A tales señales, debemos cavar la tierra que pisamos, sin duda riquísima en tesoros.

El Emperador. ¡Manos a la obra!... No te queda ya subterfugio alguno, pruébanos tus vanas palabras y enséñanos esas ricas minas. Estoy pronto a deponer mi cetro y mi espada y a ser el primero en empezar la obra por mis reales manos o a mandarte al infierno caso de que nos engañes.

Mefistófeles. No creo que nadie tuviese que indicarme el camino, pero no puedo menos que repetiros que hay tesoros ocultos en todas partes. El labrador que abre un surco, remueve con el terrón un jarro lleno de oro y ve llenas de oro aquellas manos que la necesidad había endurecido. No hay cueva, abismo ni cantera, aunque confinen con los mundos

subterráneos, donde no penetre el que siente el instinto del oro. En grandes cuevas perfectamente guardadas ve dispuesta una vajilla en el mayor orden,

sin que falten antiguas copas guarnecidas de rubíes.

El Emperador. Vamos, pues; empuja tu arado y haz de suerte que brille a la luz ese oro oculto en las tinieblas.

Mefistófeles. Toma el azadón y la pala y empieza tú mismo a cavar, pues el trabajo del labrador te ennoblecerá y veras salir del seno de la tierra una manada de becerros de oro.

Entonces podréis sin vacilar adornaros, tú y la mujer que adoras, porque una brillante diadema da realce a la belleza.

El Emperador. ¡Comencemos a trabajar! ¿Cuánto va a durar?

El Astrólogo. Señor, modera tus ardientes deseos. Es mejor que deliberemos antes con calma. Hagámonos dignos de una parte por alcanzar el todo.

El Emperador. Pues bien, pasemos en la alegría el tiempo que nos queda hasta que llegue el miércoles de ceniza. Entre tanto, celebraremos aún más alegremente que hasta aquí el fogoso carnaval.

(Suenan clarines.)

Jardín. Sol de la mañana.

El Emperador y su Corte, hombres y mujeres, Fausto,

Mefistófeles vestido decentemente según el gusto

de la época; ambos se arrodillan.

Fausto. ¿Perdonas, señor, el incendio de carnaval?

El Emperador, (indicándoles que se levanten.) Mucho me gustan las bromas de este genero.

Por un momento me vi en medio de una esfera ardiente y casi me creí ser Plutón. Un abismo de tinieblas y carbón se inflamó de pronto y sólo vi ya

desde entonces en los abismos millares de raras llamas que se unían formando una bóveda, y cuyas puntas destruían una sublime cúpula siempre en pie y siempre desmoronándose. A través de las columnas de fuego veía agitarse a lo lejos numerosos pueblos, que daban vuelta rindiéndome el homenaje que me han impuesto siempre. Conocí a más de uno de mi corte y me parecía rey de las salamandras.

Mefistófeles. Y en efecto lo eres, señor, puesto que cada elemento reconoce tu omnipotencia. Acabas de experimentar que la llama es tu esclava; arrójate ahora al mar donde bramen sus olas con más furor, y apenas habrás puesto el pie en su suelo sembrado de perlas, verás formarse en torno tuyo un círculo espléndido. Verás hincharse olas verdes, ágiles y cubiertas de rojiza espuma que con vistosos juegos embellecerán tu morada. A cada uno de tus pasos brotará un palacio. Los monstruos marinos se agrupan para presenciar aquel espectáculo tan nuevo como hermoso; ya empiezan a aparecer dragones de escamas de oro, y muge el tiburón, mientras tú te ríes de él en sus hocicos. Cualquiera que sea el espectáculo que ofrezca tu corte, nunca habrás contemplado una multitud igual.

Tampoco faltarán en cambio rostros agradables; las Nereidas curiosas se acercarán al magnífico palacio situado en el seno de la eterna frescura; las más jóvenes de entre ellas son tímidas y lascivas como los peces.

El Emperador. ¿Qué feliz fortuna la que trae aquí sin transición de las Mil y una Noches? Si te pareces en la abundancia a Scheherazada te prometo que el mundo uniforme me sea insoportable, como sucede muchas veces.

El Mariscal, (se adelanta precipitadamente.) Gracioso soberano, nunca habría creído poder darte en mi vida tan fausta noticia como la que me transporta de alegría en tu presencia: la deuda está liquidada, hemos dejado de ser víctimas de los usureros y heme aquí libre de los tormentos del infierno.

El Gran Maestre del Ejército, (se presenta a su vez.) Todos los soldados han sido pagados puntualmente; se reengancha el ejército entero.

El Emperador. ¡Cómo desaparece el ceño que surcaba vuestra frente! ¿De qué procede la precipitación con que obráis?

El Tesorero. Preguntad a los que han dado cumplimiento a la empresa.

Fausto. Es el canciller quien debe explicar este asunto.

El Canciller, (adelantándose a paso lento.) ¡Qué dicha en mis últimos años! Al menos podré morir satisfecho. Prestadme atento oído y mirad la gran página del destino que acaba de convertir en mal el bien. (Lee). “Se participa al que desee saberlo, que vale ese papel mil coronas; se ha dado en garantía un gran número de bienes que habían desaparecido del imperio. Han sido adoptadas todas las medidas para que el rico tesoro, una vez reconquistado, sirva para la extinción del crédito.”

El Emperador. Adivino hay aquí algún delito, algún monstruoso engaño. ¿Quién ha falsificado mi firma imperial? ¿Ha podido quedar impune tan grande crimen?

El Tesorero. Tú mismo lo has firmado esta noche; el canciller y yo te hemos hablado en estos términos: “Consagra en el placer de esta fiesta al bienestar del pueblo algún rasgo de tu pluma”, y lo has hecho claramente. Luego miles de operarios los han reproducido instantáneamente a millares, a fin de que el beneficio fuese desde luego provechoso a todos, hemos timbrado en seguida documentos de toda clase de diez, de treinta, de cincuenta y de

ciento. No podéis figuraros lo beneficioso que es para el pueblo; ved si no vuestra ciudad, poco ha desolada y en brazos de la muerte, cómo recobra la vida y se estremece de placer.

Hace mucho tiempo labra tu nombre la dicha del mundo, pero nunca había pronunciado con tanto amor como ahora.

El Emperador. ¿Reconocen mis súbditos en ello el valor del oro puro? ¿El ejército y la corte aceptan que se dé por paga? En este caso permitiré su circulación.

El Mariscal. Imposible sería detener el papel en su vuelo, pues tiene la velocidad del rayo.

La tienda de los cambistas está abierta de par en par y se cambia el documento en oro o en plata mediante alguna rebaja, encaminándose todos desde allí al mercado, a las panaderías y a las fondas. La gente no piensa más que en festines, se pavonea con vestidos nuevos, y el tendadero corta y el sastre cose. El vino corre a torrentes en las tabernas a los gritos de:

¡Viva el emperador! Y las ollas humean, y los asadores dan vueltas, y los platos resuenan.

Mefistófeles. No habrá ya necesidad de cargarse de bolsas y de sacos, porque una pequeña hoja de papel se lleva fácilmente en el pecho y hasta puede juntarse con las cartas de amor.

El sacerdote la lleva piadosamente en su breviario y el soldado, para que sean sus movimientos más rápidos, procura aligerar su cintura. Su majestad me perdone si al parecer amenguo su grande obra apreciándola en sus menores ventajas.

Fausto. La magnitud de los tesoros que dormida yace profundamente en la tierra de tus estados, no da provecho alguno; la imaginación más galana no podría concebir tanta riqueza, ni la fantasía en su vuelo más sublime llegar a imaginársele.

Mefistófeles. ¡Es tan cómodo el que pueda semejante papel suplir el oro y la perla! Siempre se sabe todo cuanto uno tiene y además no hay necesidad de pasarlo ni cambiar, y puede cada uno entregarse libremente al amor y al vino. ¿Quiere uno moneda? Lo cambia y se la procura, y si falta metal se cava por algún tiempo la tierra: se empeñan las alhajas y he aquí el papel amortizado con vergüenza de los incrédulos que de un modo tan insolente se burlaban de nosotros.

El Emperador. Merecéis bien de nuestro reino y que en lo posible sea la recompensa proporcionada a vuestro servicio. Os confiamos el interior de la tierra de nuestros estados, por ser vosotros los más dignos custodios de los tesoros que guardan. Vosotros sabéis el secreto profundo que encierran, y sólo en virtud de vuestras órdenes se harán las excavaciones precisas. Podéis ahora ponerlos de acuerdo puesto que sois los dueños de nuestros tesoros:

cumplid con ardor los deberes de vuestra misión y haced que los mundos superior e inferior se unan en feliz maridaje.

El Tesorero. No debe ya entre nosotros ni sombra de discordia y desde ahora me complazco de tener por colega al divino. (Sale con Fausto.)

El Emperador. A cualquiera que en mi corte colme de dones, quiero que antes me diga cuál es el uso que piensa hacer de ellos.

Un Paje, (al recibirlos.) Con ellos viviré alegre, contento y de buen humor.

Otro. Quiero enjorar inmediatamente a mi amada.

Un Camarero, (embolsando.) Desde ahora voy a beber doble cantidad de vino de la mejor calidad.

Otro, (haciendo lo propio.) Ya se agitan los dados en mi bolsillo.

Un señor abanderado, (con circunspección.) Yo voy a pagar las deudas que agravian sobre mi castillo y mis tierras.

El Emperador. Confiaba hallar en vosotros ardor para emprender nuevas acciones. Bien lo veo; en el esplendor de la riqueza sois los mismos que habéis sido antes.

El Bufón, (al llegar.) Ya que dispensáis gracias, permitidme participar de ellas.

El Emperador. ¡Cómo! ¿Vives todavía? Ahora mismo irías a invertir las en vino.

El Bufón. Casi nada he comprendido acerca de vuestros billetes mágicos.

El Emperador. Lo creo, porque los empleas mal. Tómalos, son tu lote. (Se va.)

El bufón. ¡Cinco mil coronas en mi poder!

Mefistófeles. Echa a correr.

El Bufón. Decidme, ¿tiene esto el valor del oro?

Mefistófeles. Con ello puedes procurarte todo cuanto tu boca y tu vientre apetezca.

El Bufón. Y, ¿podré comprar una casa, ganados y terrenos?

Mefistófeles. Por supuesto, con tal que lo pagues bien.

El Bufón. Y, ¿un palacio con bosques, caza y estanques?

Mefistófeles. ¡Desearía verte un gran señor!

El Bufón. Desde esta misma noche voy a pavonearme en mis dominios.
(Sale.)

Mefistófeles, (solo.) ¿Quién puede dudar ya del talento de nuestro bufón?

Una galería oscura.

Fausto y Mefistófeles.

Mefistófeles. ¿Por qué me traes a estos oscuros corredores? ¿No reina allá abajo la alegría, y no hay entre aquella turba cortesana sobrados motivos para la burla y la impostura?

Fausto. No hables de este modo, porque ese lenguaje, sobre ser ya antiguo, me es sumamente pesado. Ese vaivén continuo es sólo para evitar contestarme; el mariscal y el chambelán no me dejan ni un momento de reposo. El emperador quiere, y es preciso complacerle; quiere contemplar a Elena y Paris, a la obra maestra del hombre y de la mujer, y verlos sobre todo dotados de formas encantadoras. Porque no puedo faltar a mi promesa.

Mefistófeles. Locura ha sido prometer tal cosa.

Fausto. Amigo mío, tú has sido el primero en no prever lo que había de

sucedernos; hemos empezado por hacerle rico y preciso es ahora divertirlo.

Mefistófeles. ¿Piensas tú que puede hacerse esto tan fácilmente? Hemos aquí metidos en un camino mucho más áspero; figúrate que te entregan las llaves de un tesoro inaudito, y que tú, como un insensato, acabas por contraer después nuevas deudas. ¿Piensas que es tan fácil evocar a Elena como a esos simulacros de papel moneda? En cuanto a brujas, espectros, fantasmas y enanos, estoy pronto a servirte con toda mi banda; pero las comadres del barrio no pueden pasar como heroínas.

Fausto. ¡He aquí tu cantinela eterna! Siempre se va contigo a parar a lo incierto, pues eres el padre de todos los obstáculos y por cada servicio exiges una nueva recompensa. Ya sé que con sólo murmurar entre dientes estará hecho; sé que en un santiamén lograré lo que deseo.

Mefistófeles. Nada tengo que ver con el pueblo pagano, porque habita su infierno particular... Sin embargo, entreveo un medio.

Fausto. Habla pronto.

Mefistófeles. Muy pesar mío voy a revelarte el misterio sublime. Hay diosas augustas que no reinan en la soledad, sin que haya en su derredor ni espacio ni tiempo y no puede hablarse de ellas sin experimentar una turbación indecible. ¡Tales son las Madres!

Fausto, (asombrado.) ¡Las Madres!

Mefistófeles. ¿Tiemblas?

Fausto. ¡Las Madres! ¡Las Madres! ¡Me parece esto tan extraño!

Mefistófeles. Y en efecto lo es, pues son diosas desconocidas a vosotros los mortales, que nunca nombramos nosotros de buen grado. Irás a buscar su morada en los abismos, puesto que tú eres causa de que las necesitemos.

Fausto. ¿Dónde está el camino?

Mefistófeles. No hay al través de senderos que no han sido ni serán hollados; no hay camino hacia lo inaccesible y lo impenetrable. ¿Estás dispuesto? No se han de esforzar cerraduras ni rejas. ¿Te has formado idea del vacío y de la soledad?

Fausto. Podrías ahorrarte muy bien esos preámbulos, más propios para hacerse en la cueva de una bruja y en otros tiempos muy distintos de los nuestros. ¿No he tenido que estar en relación con la sociedad, saber el vacío y a su vez enseñar a los demás? Al hablar según la razón me dictaba, incurría en las mayores contradicciones, y por esto me vi forzado a buscar un asilo en la soledad y en el desierto, y por último entregarme al diablo por no vivir completamente relegado.

Mefistófeles. Lánzate al océano, sepúltate en la contemplación de lo infinito y al menos verás dirigirse hacia ti las encrespadas olas, al sobrecogerte al espanto ante el abismo entreabierto. Allí al menos podrás ver alguna cosa en las verdes profundidades del mar en calma y verás deslizarse los delfines, las nubes, el sol, la luna y las estrellas; mientras que en el apartado y eterno vacío no verás cosa alguna, ni oirás el rumor de tus pasos, ni hallaras un punto sólido en que apoyarte.

Fausto. Hablas como pudiera hacerlo el maestro a un fiel neófito. Me envías a la región de la nada para que mi arte y mi fuerza aumenten, y veo que en ella me tratas como al gato, para que te saque las castañas de la lumbre. Pero no importa, porque quiero profundizar esto a todo trance y además pienso en la nada encontrar el todo.

Mefistófeles. Debo felicitarte antes de separarnos, porque veo que conoces a tu diablo.

Toma esta llave.

Fausto. ¿Y para qué eso?

Mefistófeles. Tómala y guárdate de despreciar su influjo.

Fausto. ¡Oh prodigio! ¡Crece en mis manos, se inflama y veo brotar de ella

numerosas chispas!

Mefistófeles. ¿Empiezas a comprender para lo que puede servirte? Esta llave te indicará el camino que debes seguir, ella te guiará hasta llegar al punto en que estén las Madres.

Fausto, (estremeciéndose.) ¡Las Madres! Me produce esta palabra el efecto de un rayo.

¿Qué nombre es ése que yo no puedo oír?

Mefistófeles. ¿Tan cobarde eres que un nuevo nombre te turba? ¿Por ventura no quieres oír nada más que lo que oíste hasta ahora? Cualquiera que sea el sonido de una palabra, no creo pueda conmoverte después de haber visto tantas maravillas.

Fausto. No busco dicha en la indiferencia y lo que más hace estremecer al hombre es casi siempre lo que más le conviene. Por muy caro que el mundo haga pagar al hombre el sentimiento, se compadece en su inmensidad.

Mefistófeles. ¡Decidme, pues! Si bien podría también decir: sube, porque lo mismo sería.

Apártate de lo que vive, lánzate al vacío de las sombras y ve a gozar del espectáculo de lo que tiempo hace no existe. Agita tu llave en el aire y procura tenerla a cierta distancia.

Fausto, (con transporte.) A medida que la aprieto, siento nacer en mi nueva fuerza y animárseme el corazón para dar cima a la grande empresa.

Mefistófeles. Un trípode incandescente te dará a conocer que has llegado al abismo de los abismos, y verás a su resplandor a las Madres, unas sentadas y otras de pie o andando,

según estén a tu llegada. Rodeadas de toda clase de criaturas, no repararán en ti porque sólo ven las ideas. ¡Que no te falte entonces valor, porque será grande el peligro! Ve recto al trípode y no te olvides de agitar la llave.

(Fausto levanta su llave de oro en actitud resuelta y solemne.)

Mefistófeles. ¡Muy bien! El trípode se te adhiere y sigue como un fiel satélite. Sube con calma, la dicha te eleva, y antes de que puedan echarte estarás ya de regreso con tu conquista. Cundo hayas depuesto aquí el trípode, evocarás desde el seno de las tinieblas al héroe y la heroína. Nadie hasta aquí había pensado en esa acción... La acción estará hecha, y tú serás el que le habrás dado cima.

Fausto. ¿Y ahora?

Mefistófeles. Sólo debes atender ahora a tu objeto subterráneo. (Fausto desaparece.) ¡Ojalá que la llave dé buen resultado! Deseo ver si volverá.

Salas espléndidamente iluminadas.

El Emperador y los Príncipes. La corte con la mayor ansiedad.

El Chambelán, (a Mefistófeles.) Aún falta lo de la fantasmagoría; vamos, que el rey mi amo está impaciente.

El Mariscal. Eso era lo que pedía ahora mismo nuestro gracioso soberano. Sería fatal a lo que al rey se debe el aplazarlo por más tiempo.

Mefistófeles. Mi compañero se ha ido: ya sabe él cómo debe arreglarse y está trabajando silenciosamente en el retiro. Es preciso que se dedique a ello con ardor porque cualquiera que busque los tesoros y la belleza, debe apelar al auxilio de la magia de los sabios.

El Mariscal. Cualquiera que sean las artes que debáis emplear, poco importa; lo que quiere el emperador es que todo esté dispuesto.

Mefistófeles. Ya empiezan las luces a oscurecerse en la sala y se conmueve la corte toda.

Les veo desfilan por las lejanas galerías; ya se reúnen en el vasto espacio de la antigua sala de los Caballeros. Las anchas paredes están cubiertas de tapices,

y hay en los nichos y los ángulos brillantes armaduras. Creo que podríamos abstenernos de toda evocación, seguro que los espíritus acudirán voluntariamente a ella.

La sala de los caballeros.

Luz dudosa.

El Emperador y la corte.

El Herald. Los asientos y sillones están dispuestos y se hace sentar al emperador en frente de la pared, para que contemple a su placer las batallas de los pasados siglos. Todos están colocados: el emperador y la corte a la redonda, las damas están en el fondo. Y ahora que todos ocupan sus respectivos puestos, ¡Salgan los espectros!

(Tocan los clarines.)

El Astrólogo. Manda el maestro que el drama empiece inmediatamente; ábranse los muros, ya que nadie lo impide, por haber llegado la hora de la magia. Flotan los tapices cual si fueran presa del incendio; la pared se estremece y se hiende, y parece brotar del abismo un gran teatro; nos ilumina a todos una claridad inmensa, y yo subo al proscenio.

Mefistófeles, (sacando la cabeza por la concha del apuntador.) Desde aquí espero captarme el favor del público. (Al astrólogo.) Tú que sabes el círculo que recorren las estrellas, comprenderás el sentido de las palabras que te dicte.

El Astrólogo. Mira cuán milagrosamente se va levantando a nuestra vista un templo antiguo semejante al Atlas que sostenía en otro tiempo al cielo. Hay gran numero de columnas a su alrededor, número más que suficiente para aquella mas de granito, pues dos solas de ellas podrían sostener un monumento inmenso.

El Arquitecto. No comprendo por qué decís que es eso antiguo cuando es tan tosco y pesado. Se llama noble a lo vulgar. Yo estoy por la columnita esbelta;

el cenit ojival nos eleva el espíritu.

El Astrólogo. Salud con respeto la hora que las estrellas os conceden; que la razón valla unida a la palabra mágica, y que la fantasía soberbia levante su vuelo; mirad lo que habéis deseado tan ardientemente; es un imposible y por lo mismo tanto más digno de fe. (Fausto se levanta de la otra parte de la escena.) Os anuncio a un hombre maravilloso en traje talar y coronada la frente, que acaba de dar cumplimiento a una obra valerosa. Sube con él un trípode del fondo del abismo. Desde aquí percibo los aromas que se exhalan del incensario y ya se dispone a bendecir la grande obra.

Fausto, (en tono solemne.) Os conjuro, oh Madres que imperáis en lo infinito, eternamente solitarias con la cabeza ceñida de imágenes de la vida. Lo que fue en otro tiempo allí se mueve en su apariencia porque quiere ser eterno, y vosotros sabéis repartirlo todo entre el día y la noche. La vida arrastra en su curso a alguna, el mágico audaz se apodera de las demás, y en su prodiga generosidad deja ver a cada cual los misterios que desea contemplar.

El Astrólogo. Apenas la llave incandescente ha tocado círculo del trípode, se ha tendido una baga niebla que, flotando como las nubes, se dilata, dispersa y agrupa. Fijad ahora la atención en el intermedio de los espíritus que precede a una obra maestra. Ya se mueven en medio de una música, cuyos sonidos aéreos se convierten en melodía al perderse en el espacio. La columnata y el triglifo tiemblan y diríase que todo el templo canta. La niebla descende, y del seno del vapor transparente se adelanta un hermoso joven

acompañadamente. ¿Por qué nombrarle? ¿Quién no reconoce en él al gracioso Paris?

Primera Dama. ¡Qué hermosa flor de juventud!

Segunda Dama. ¡Está rosado y jugoso como un melocotón!

Tercera Dama. ¡Con qué voluptuosidad se abren sus hermosos labios!

Cuarta Dama. ¡De buena gana beberías de esa copa!

Un Caballero. Por más que le contemplo, sólo veo en él al pastor y nada que recuerde el príncipe ni los modales de la corte

Otro. Medio desnudo convengo que es un hermoso joven, pero sería preciso verle en traje de etiqueta.

Una Dama. ¡Con qué molicie se sienta!

Un Caballero. ¿Estarías bien sobre sus rodillas?

Otra Dama. ¡Con cuánta gracia se pone su hermoso brazo sobre la cabeza!

Un Chambelán. Me parece su actitud muy impropia.

La Dama. Vosotros, los hombres, estáis siempre dispuestos a criticarlo todo.

El Chambelán. ¿Cómo queréis que no repruebe el que se tienda de este modo en presencia del emperador?

La Dama. Guarda esa actitud porque cree estar solo.

El Chambelán. Y aunque así fuera todo aquí debe guardar la etiqueta.

La Dama. ¡Cómo ha rendido el dulce sueño aquel conjunto de gracias!

El Chambelán. Sólo falta ahora que empiece a roncar para convencernos que tiene la postura más natural del mundo.

Una Dama Joven. ¡Qué aroma de incienso y rosa penetra hasta el fondo de mi alma!

Otra de más edad. Verdaderamente se respira un aire balsámico y es él quien le exhala.

Una vieja. Es la flor de la ambrosía que se abre en su seno juvenil y embalsama la atmósfera.

(Aparece Elena.)

Mefistófeles. ¿Con que es ella? Nada debo temer por mi reposo, pues es hermosa, pero no me inspira amor alguno.

El Astrólogo. En cuanto a mí nada tengo que hacer, y, como hombre de honor, lo declaro y confieso. La diosa se adelanta, y aun cuando tuviese lenguas... de fuego. En todos tiempos ha sido la belleza muy apreciada: a quien ella se aparece queda deslumbrado, y aquel a quien perteneció fue dichoso.

Fausto. ¿No es el manantial de la pura belleza el que a torrentes se desborda en el interior de mi alma? ¡Dichoso premio de mi terrible viaje! ¡Por primera vez me parece el mundo apetecible, sólido y duradero; que el soplo de la vida se extinga en mí, si puedo vivir nunca lejos de tu presencia! El dulce rostro cuyo mágico reflejo excitó antes en mí tanto entusiasmo, no era más que la sombra de semejante belleza. A ti consagro toda fuerza activa, toda pasión, a ti consagro toda adoración y delirio.

Mefistófeles, (desde el fondo de su agujero.) Conteneos y limitaos a desempeñar vuestro papel.

Una Dama, (de bastante edad.) Es alta, bien formada, pero tiene la cabeza algo pequeña.

Otra Dama, (más joven.) Miradle el pie y veréis que es disforme.

Un Diplomático. Es hermosa de pies a cabeza.

Un Cortesano. Se acerca al joven dormido con aire a un tiempo dulce y maligno.

La Dama. ¡Qué hermosa es ante junto a esa imagen tan pura de juventud!

Un Poeta. Ella es quien le comunica su belleza.

La Dama. ¡He aquí un verdadero cuadro de Endimión y la Luna!

El Poeta. En efecto; la diosa parece descender e inclinarse hacia él para

respirar su aliento.

¡Un beso! La medida está colmada.

Una Dueña. ¡En presencia de todo el mundo!

Fausto. ¡Ha recibido el adolescente un favor señalado!

Mefistófeles. ¡Silencio! Deja que haga el espectro lo que más le agrade.

El Cortesano. Ella se aleja de puntillas y él se despierta.

La Dama. Ya me había presumido que miraría ella en torno suyo.

El Cortesano. El joven se asombra, pues es un prodigio lo que le sucede.

La Dama. Pues os aseguro que a ella nada de cuanto ve la sombra.

El Cortesano. Ella se vuelve a él con candorosa gracia.

La Dama. Ella se ha encargado de instruirle, pues todos los hombres son tontos en tales casos. Cree ser el primero.

Un Caballero. ¡Oh! ¡Por piedad! Permitidme mirarla. ¡Qué elegancia tan majestuosa!

La Dama. Falta a todas las conveniencias.

Un Paje. Yo quisiera estar en el lugar del joven.

El Cortesano. ¿Quién no desearía caer en semejantes redes?

La Dama. Ha pasado la alhaja por tantas manos, que ya el otro está algo gastado.

Un Caballero. Cada cual toma lo que más le gusta y por mi parte ya me contentaría con esos hermosos restos.

El Astrólogo. Ya no es un adulto, puesto que la abraza como hombre atrevido y apenas ella puede defenderse. La levanta con brazo vigoroso, ¿si querrá robarla?

Fausto. ¡Temerario que tanto te atreves, desoyendo mi voz; detente, esto es demasiado!

Mefistófeles. Y, sin embargo, tu mismo eres el autor de la fantasmagoría.

El Astrólogo. Una palabra: después de lo ocurrido doy al entremés el nombre de Rapto de Elena.

Fausto. ¿Qué es eso de rapto? ¿Acaso yo no soy nada? ¿No tengo en mi mano esta llave que me ha conducido hasta aquí al través del caos, el mar y el desierto? Aquí he sentado el pie, aquí está la realidad; aquí el espíritu puede combatir a los espíritus y disponerse a la conquista del doble reino. ¿Cómo habría podido ella venir del punto lejano en que se encontraba? Yo la salvo y es ahora dos veces mía Valor, pues, oh Madres. El que la conoce no puede vivir sin ella.

El Astrólogo. ¡Fausto! ¡Fausto! ¿Qué es lo que haces? ¡La abraza con ardor, se dirige con su llave hacia el joven, ya llega a él, ya le toca! ¡Ay de nosotros! ¡Qué desgracia!

(Explosión; Fausto cae al suelo y los espíritus desaparecen.)

Mefistófeles, (cargándose a Fausto en hombros.) ¡He aquí lo que es encargarse de un loco!

No puede salir bien, aunque seáis el mismo diablo.

(Tinieblas y tumulto.)

ACTO II

Un cuarto de arquitectura gótica de alto techo, que fue antes de Fausto, y tal como cuando él le habitaba.

Mefistófeles, (tras la cortina. Mientras que él la levanta, vese a Fausto tendido en una cama.) Descansa, infeliz, cogido en los brazos del amor: no es fácil que aquel a quien deslumbró Elena recobre pronto la razón.

(Examinándolo todo en torno.) En vano miro; no noto ningún cambio, sólo me parece son menos vivos los colores de los cristales y haber aumentado las redes que tiende la araña; también la tinta se ha secado y el papel se ha ennegrecido, todos los demás están en su puesto. He aquí la pluma con que firmó Fausto su pacto con el diablo. Seca está ya en el fondo del tintero la pequeña gota de sangre que le saqué; es un tesoro que deseo de todo corazón vaya a parar en manos de un anticuario que sepa bien su oficio. El viejo ropón de pieles continúa colgado en el mismo clavo; ¡cuánto me recuerda mi alegre aventura de otro tiempo y las teorías que explicaba entonces a aquel

muchacho que, joven ahora, se consume tal vez aún pensando en ellas! Deseos tengo de ponerme ese ropón caliente para convertirme nuevamente en doctor y pavonearme en la idea de mi infalibilidad. Sólo los sabios saben darse aquella importancia, de la que tiempo ha el diablo perdió el hábito.

(Sacude el ropón y saltan del mismo langostas y escarabajos de toda especie.)

Coro de insectos. ¡Salud, viejo dueño! Revoloteamos zumbando en torno tuyo porque te conocemos: tú por unidades nos sembraste en silencio, y a millares venimos a danzar ahora ante ti. De tal modo se oculta la perfidia en el corazón, que es más difícil descubrirla que contar los piojos de esta vieja túnica.

Mefistófeles. ¡Cuán agradablemente me sorprende la joven raza! Sembrad y recogeréis; por más que sacuda esta vieja alhaja, saltan siempre algunos. Volad, hijos míos, id a anidar en los rincones, allí entre antiguas cajas, allá entre amarillentos pergaminos, en cascos polvorientos o en los ojos sin pupila de las calaveras. En mundo de confusión y de inmundicia, debe vivir el grillo eternamente. (Se envuelve en el ropón de pieles.) Ven a cubrir otra vez mis hombros, puesto que soy aún doctor. Pero no todo consiste en darme este nombre, y preciso es saber dónde están los que deben reconocerme como tal.

(Agita la campanilla, y a su sonido agudo y vibrante retiemblan las paredes y

se abren con estruendo las puertas.)

El Criado, (llega por un corredor oscuro tambaleándose.) ¡Qué espantoso ruido! La escalera se estremece, las paredes tiemblan y al través de los mil colores de los cristales veo brillar los rayos que rasgan las nubes en medio de una tempestad deshecha. El techo se derrumba, la cal se derrite y la puerta, sólidamente cerrada, cae hacha astillas impulsada por fuerza sobrenatural. ¡Qué horror! ¡Veo a un gigante envuelto en la vieja túnica de Fausto, y a su aspecto mis piernas se doblan! ¿Debo huir o quedarme? ¡Ah! ¿Qué será de mí?

Mefistófeles, (haciéndole una señal.) Acércate, amigo mío. ¿Te llamas Nicodemus?

El Criado. Alto y noble señor, he aquí mi nombre. Oremus.

Mefistófeles. Dejemos eso.

El Criado. ¡Cuánto celebro que me conozcáis!

Mefistófeles. Bien lo sé, viejo escolar. Un sabio continúa siempre el estudio porque es incapaz de hacer otra cosa ¡En verdad es tu amo un hombre prodigioso! ¿Quién no conoce al doctor Wagner hoy el primero en el mundo? Él solo lo sostiene todo, él es quien aumenta los tesoros de la ciencia; todos los ávidos de saber se agrupan en torno suyo: sólo él brilla en la cátedra; él es quien dispone de las llaves de la ciencia, y él quien abre los mundos superior e inferior. No hay gloria digna de su gloria y su esplendor; ha eclipsado hasta el mismo nombre de Fausto. Todo lo ha resuelto.

El Criado. Perdonadme, digno señor, que os contradiga, sabed que la modestia le tocó en patrimonio. No puede soportar la increíble desaparición del grande hombre, en cuyo regreso pone su esperanza y su consuelo. Este cuarto, tal como estaba en tiempo del doctor Fausto, aguarda aún a su antiguo dueño. Apenas me atrevo a entrar en él. ¿Qué podrá haber en esta hora? Las paredes tiemblan y las puertas se han abierto y sin esto ni aún vos mismo hubieras podido entrar aquí.

Mefistófeles. ¿Dónde habrá podido meterse vuestro hombre? Conducidme a su presencia o haced que venga aquí.

El Criado. ¡Ah! Su prohibición es severa, y no me atreveré a faltar a ella. Ocupado en la grande obra ha vivido por espacio de muchos meses en el retiro más profundo: a ese hombre, el más limpio de todos los sabios, le tomarías ahora por un carbonero, de tal suerte su rostro está ennegrecido y están sus ojos encendidos por el fuego del hornillo, al pie del cual se consume incesantemente.

Mefistófeles. No se negará a recibirme, pues soy hombre capaz de asegurar su empresa.

(Sale el criado y Mefistófeles se sienta con gravedad.)

Apenas en mi puesto, veo ya un huésped que no me es desconocido; pero por esta vez pertenece a los más furiosos.

Un Bachiller, (entra impetuosamente por el corredor.) ¡Abierta hallo las puertas! Hace esto esperar que el viviente no permite se le entierre como un muerto en el polvo, ni que consienta en consumirse y morir en plena vida. Estas paredes tiemblan y se inclinan hacia la ruina: estemos atentos porque no nos aplasten en su caída. Soy tan audaz como pueda serlo otro hombre en el mundo, pero no me atrevería a dar un paso más. ¿Qué puedo aprender más? ¿No fue aquí donde hace tantos años, cándido barbilampiño, vine a oír con la mayor confianza las lucubraciones de aquel viejo para ilustrarme con sus fábulas? A su antojo podíase hacer un tráfico con la ciencia de sus antiguos librotos desperdiciando su vida y la nuestra. Es posible que aún vea sentado en el sofá del fondo a uno de aquellos hombres engañosos. A medida que voy acercándome su aspecto me asombra; él es, sentado y envuelto en su ropón de pieles, como cuando le vi la última vez. En verdad me parecía entonces mucho más robusto; no podía aún comprenderle pero hoy ya no me cogerá; alerta pues. Antiguo dueño, si las turbias ondas del Leteo no han sumergido enteramente vuestra cabeza calva, reconoced en mí al discípulo de otro tiempo, al escolar que ha pasado de la disciplina académica. Os encuentro como os vi, mientras que yo soy otro hombre.

Mefistófeles. Celebro que os haya traído aquí mi campanillazo. Había formado de vos un gran juicio, que no creo haya sido desmentido; la oruga y la crisálida dejan entrever la brillante mariposa que está por nacer. Entonces fijabais vuestra gloria infantil en el pelo rizado y en la gorguera. A no engañarme, nunca os vi llevar el pelo largo. El gorro sueco con que hoy os veo, os da un aire resuelto que no os permite hablarme con el respeto de otro tiempo.

El Bachiller. Mi antiguo maestro, es verdad que estamos en el mismo sitio, pero no debéis olvidar que los tiempos han cambiado; así que evitad las palabras de doble sentido, porque somos mucho más corteses que antes. ¡Cuánto os complacíais entonces en burlar la credulidad de aquellos jóvenes francos y leales! Pero lo que no tenía entonces gran mérito, nadie se atrevería a intentarlo ahora.

Mefistófeles. Siempre que se dice a los jóvenes la verdad pura, se indispone con ellos: luego, pasados algunos años, cuando la han aprendido duramente a sus espensas, creen haberla inventado y deciden que era el maestro un estúpido.

El Bachiller. Quizá un taimado, porque ¿dónde encontraras un maestro que os diga la verdad desnuda? Cada cual la aumenta o disminuye.

Mefistófeles. En verdad no hay para aprender más que una edad; al paso que para enseñar, hasta vos mismo me parecís estar dispuesto a ello; os han bastado algunas lunas y varios soles para daros la plenitud del saber.

El Bachiller. ¡La hora de la experiencia sólo es espuma y humo! Y ¿quién no nace como nace el genio? Confesad que todo cuanto se ha llegado a saber hasta aquí no vale la pena que ha costado aprenderlo.

Mefistófeles. Tiempo ha que soy de la misma opinión; antes era un loco y ahora me considero ser imbécil y tonto.

El Bachiller. Mucho me alegra oír hablar tan acertadamente, pues sois el primer viejo ingenuo que veo dotado de sentido común.

Mefistófeles. Iba en busca de un montón de oro oculto, y no he recogido más que escombros.

El Bachiller. Confesad que vuestra cabeza calva no vale mucho más que los cráneos vacíos que veo allí.

Mefistófeles, (con aire franco y cordial.) En verdad, amigo mío, que eres rudo.

El Bachiller. La cortesía es considerada en Alemania como una mentira. Es para mí una presunción ridícula el que después de haberse llegado a la edad miserable en que el hombre no vale nada, se quiera aún ser algo. La vida está en la sangre, y ¿puede ésta circular ahora como en la juventud? Entonces está en toda su fuerza y hace de la vida misma brotar nueva vida; todo en aquella edad se agita, y sólo entonces se puede hacer algo. La debilidad sucumbe y la fuerza adelanta; mientras nosotros hemos conquistado medio mundo, ¿Qué es lo que habéis hecho vosotros? Concebir planes que habían de quedar siempre en proyecto por irrealizables. Es la vejez una calentura lenta y fría. Pasados los treinta años, más le valdría al hombre morir.

Mefistófeles. Nada puede el diablo replicar a esto.

El Bachiller. No hay otro diablo que el que yo admito.

Mefistófeles, (aparte.) ¡Procura que no te dé en breve una zancadilla!

El Bachiller. ¡Invocación santa de la juventud! El mundo no existía antes de que yo le formase; soy yo el que hice brotar el sol del seno de las ondas, y comenzaron conmigo su curso las revoluciones de la tierra. El día empezó a brillar en mi camino, a mi llegada se cubrió la tierra de flores, y a una señal mía apareció en la primer noche el cielo tachonado de estrellas. ¿Quién, sino yo, os libró de las tristes preocupaciones en que vivíais? Libre sigo los impulsos de mi fantasía, recorro alegre el camino que me traza una luz interior, viendo la claridad ante mí, y detrás las tinieblas. (Vase.)

Mefistófeles. ¡Hombre único en tu orgullo! Cuál sería tu desencanto si pudieses hacerte esta sencilla pregunta: ¿Quién puede tener una idea, sabia o

necia, que no haya sido concebida en lo pasado?

Un laboratorio

Al estilo de la Edad Media; aparatos confusos

y deformes para experimentos fantásticos.

Wagner, (junto al hornillo.) Un fuerte campanillazo hace temblar las paredes ennegrecidas por el hollín; no podía durar la certidumbre acerca de un resultado tan solemne. Empiezan a

dispersarse las sombras; comienza a brillar algo en el fondo de la redoma, que parece un cabrón viviente o un carbúnculo magnífico del que brotan mil brillantes colores en medio de la oscuridad. Aparece una luz pura y blanquecina, ¡ojalá que esta vez no se extinga! Dios mío ¡qué estruendo en la puerta!

Mefistófeles, (entrando.) Salud; vengo como amigo.

Wagner, (con ansiedad.) Salud al que se presenta tan oportunamente. (En voz baja.) Procurad retener hasta el aliento porque próxima está a cumplirse la grande obra.

Mefistófeles, (en voz más baja.) ¿De qué se trata?

Wagner, (en el mismo tono.) Va a formarse un hombre...

Mefistófeles. ¿Un hombre? ¿Luego tenéis una tierna pareja encerrada en vuestra chimenea?

Wagner. ¡Dios me libre de ello! El antiguo modo de engendrar es reconocido por nosotros como una broma. El punto de donde brotaba la vida, la fuerza que se exhalaba de su interior que recibía y transmitía, destinada a alimentarse primero de sustancias próximas, y luego de sustancias extrañas, ha perdido ya desde ahora toda su importancia y toda su dignidad. Si el animal encuentra aún en ello el parecer, el hombre dotado de nobles cualidades debe tener un

origen más noble y más puro. (Volviéndose hacia el hornillo.) ¡Ved cómo ya brilla!

Preciso es convenir en que si, con la mezcla de cien materias distintas, logramos componer fácilmente la materia humana, encerrarla en un alambique, destilarla debidamente, es innegable que podrá la obra consumarse en secreto. (Volviéndose de nuevo hacia la lumbre.) Tratamos de hacer un experimento acerca de los hasta aquí llamados misterios de la naturaleza y de operar por medio de la cristalización lo que ella antes realizaba.

Mefistófeles. La experiencia es debida a la edad y nada hay nuevo en la tierra para el que ha vivido largos años; de mí sé decir que encontrado en mis viajes hombres cristalizados.

Wagner, (sin perder de vista a su redoma.) Esto sube y brilla y en breve quedará la obra consumada. No hay gran proyecto que en un principio no parezca insensato; obrando de este modo, es imposible que el hombre pensador no pueda formar en lo sucesivo un cerebro bien organizado. (Contemplando la redoma con amor.) El cristal ya vibra agitado por fuerza admirable; el conjunto se enturbia. Ya veo en forma elegante un hombrecillo que empieza a gesticular. ¿Qué más podemos desear? ¿Qué es lo que podrá ahora el mundo exigirnos? He aquí revelado el misterio a la luz del día: prestad oídos, la vibración se convierte en voz y ya habla.

Homunculus, (a Wagner desde el fondo de la redoma.) Buenos días, papá. Ven a

estrecharme con amor contra tu seno, pero no con fuerza a fin de que el cristal no se rompa.

Tal es la propiedad de las cosas; para lo natural apenas basta el universo; lo artificial exige reducido espacio. (A Mefistófeles.) ¿Tú también aquí, buena pieza? Primo mío, el momento es propicio y te doy las gracias, pues una buena estrella te guía hacia nosotros. Ya que vine al mundo voy a obrar y a prepararme desde luego para la grande obra; a tu destreza apelo para que me abrevies la senda que he de emprender.

Wagner. Mi confusión era grande todas las veces que jóvenes y ancianos venían a asediarme con sus problemas. Nadie había podido aún comprender cómo el alma y el cuerpo, que cualquiera creería inseparables podían estar en continua lucha hasta el punto de hacer imposible su existencia y luego...

Mefistófeles. ¡Basta! Preferiría preguntar por qué el hombre y la mujer están tan en desacuerdo: he aquí, amigo mío, una pregunta a la que nunca podrás contestar

satisfactoriamente.

Homunculus. ¿Qué exigís de mí?

Mefistófeles, (indicando una puerta lateral.) Aquí has de manifestar tu talento.

Wagner, (sin perder de vista la redoma.) Eres en verdad un admirable pilluelo.

(Se abre la puerta lateral y se ve a Fausto tendido en su lecho.)

Homunculus, (con asombro.) ¡Ah! (La redoma se desliza de las manos de Wagner, va flotando sobre Fausto y le ilumina.) Contemplo aguas límpidas y espejos zarzales, junto a los que hay mujeres adorables que se quitan sus gasas. Una hay sobre todo entre ellas que descubre su origen heroico y hasta divino. Sienta su planta en el espejo transparente, y la grata llama que da aliento a su noble cuerpo se calma en el cristal de las ondas. Pero, ¡qué repentino rumor de alas azoradas se oye debajo de la límpida superficie! Las jóvenes huyen asustadas, la reina se queda sola, y con el placer y la altivez de mujer pintados en los ojos contempla al príncipe de los cisnes que, tímido y emprendedor a un tiempo, se le acerca de rodillas. De repente se levanta una nube que tiende su velo sobre la más tierna de las escenas.

Mefistófeles. Aunque pequeño, eres un gran visionario; pero yo nada veo.

Homunculus. No me admira que nada veas tú, hijo del Norte, tú que naciste en la época de las tinieblas, en los oscuros tiempos de la caballería y del

monaquismo. ¿Cómo puedes ver claro en parte alguna? Sólo debes estar en las tinieblas. (Mirando en torno suyo) ¡Una masa de piedra negra, enmohecida, repugnante, baja y abovedada en forma de arco!... Hay en los bosques arroyos cristalinos, cisnes y beldades desnudas. ¿Cómo podría uno acostumbrarse aquí? Yo, el más fácil de los seres, no puedo contenerme. ¡Hora es de seguir adelante!

Mefistófeles. Todo en esta expedición me sonrío.

Homunculus. Guía al guerrero al combate y a la joven al baile. He aquí, justamente, la clásica noche de Walpurgis y esto es lo mejor que podía hallarse para ponerle otra vez en su elemento.

Mefistófeles. En mi vida había oído hablar de tal cosa.

Homunculus. ¿Cómo podía haber llegado a vuestros oídos, cuando sólo tenéis noticias de los espectros románicos?

Mefistófeles. Y, ¿hacia qué lado está el camino? Ya empiezan a serme repugnantes mis antiguos colegas.

Homunculus. Satán, tu país predilecto está en el Noroeste; pero esta vez nos dirigimos hacia el Sur. En vasta llanura por donde libremente el Peneios, rodeado de árboles y zarzales, formando húmedas bahías, se extiende la antigua y moderna Farsalia coronando la cumbre de la montaña.

Mefistófeles. Retrocedemos porque no quiero presenciar la lucha entre la tiranía y la esclavitud, lucha que me aterra, porque, apenas terminada, vuelve a empezar más encarnizada que antes, sin que ninguno de los contendientes conozca ser víctima de Asmodeo, que le contempla de pie colocado tras él. Dicen batirse por la libertad, y es una lucha de esclavos contra esclavos.

Homunculus. Deja a los hombres su carácter rebelde, y que cada cual se defienda como mejor pueda, que el niño acabará por convertirse en hombre. Sólo se trata ahora de saber cómo puede lograrlo, y si tú tienes un medio para ello, ponlo aquí mismo en práctica; si no lo tienes, deja que yo me encargue de procurárselo.

Mefistófeles. Podría echarse mano del ensayo de Brocken, si no estuvieran recorridos los cerrojos del paganismo. Nunca valió gran cosa el pueblo griego; sólo logró deslumbrar por medio de la libertad de los goces sensuales y atraer el corazón del hombre a pecados alegres, mientras que los nuestros son como tenebrosos.

Homunculus. Tu franqueza me admira y al hablarte de las hechiceras de Tesalia me parece haberte dicho algo importante.

Mefistófeles, (con codicia.) Tiempo ha que me informé acerca de las hechiceras de Tesalia y no creo pudiese convenirme el pasar algunas noches con ellas; sin embargo, resuelvo visitarlas.

Homunculus. Tened aquí la capa en torno del caballero, y veréis cómo hasta aquí os conduce a uno y otro, mientras que yo voy a precederos y ser vuestro guía.

Wagner, (con angustia.) ¿Y yo?

Homunculus. Tú te quedarás en casa para emprender otra obra mucho más importante.

Revisa los viejos pergaminos, reúne los elementos de la vida, clasificalos en debida forma, sin olvidarte de meditar la causa y aún mucho más el medio. Mientras tanto yo recorro una pequeña parte del mundo, y quedará asegurado el éxito de nuestra gran espera. Todo debe darse en justa recompensa: oro, honor, gloria y hasta quizá también la ciencia y la virtud.

Adiós.

Wagner, (vivamente afligido.) Adiós, tu patria me desgarró el corazón: mucho temo no volver a verte.

Mefistófeles. Dirijámonos ahora mismo al Peneios. Siempre acabamos por depender de nuestras propias obras.

ACTO III

Frente al palacio de Menelao en Esparta.

Elena se levanta, rodeada de un coro de esclavas

troyanas. Pantalis, colifeo.

Elena. Yo soy la famosa Elena, y me levanto desde la orilla en que acabamos de desembarcar, mareada aún por el activo balanceo de las olas, que, por la gracia de Poseidón y por la fuerza de Euro, nos han conducido desde los campos frigios al golfo patrio. A estas horas está el rey celebrando el regreso en medio de sus guerreros. Acógeme tú, como una huésped querida, casa sublime que Tíndaro, mi padre, levantó al volver, en la vertiente de la colina de Palas, adornándola con una magnificencia no vista en Esparta, mientras yo crecía viviendo como hermana con Clytemnestra, con Cástor y Pólux, en medio de bulliciosos juegos. ¡Oh, férrea puerta, que te abrías para mí hospitalaria; te saludo con toda la afusión de mi alma! Ábrete de nuevo ante mí; para que como esposa pueda dar cumplimiento a un mensaje del rey; permitidme la entrada para dejar todo lo que hasta hoy me ha agobiado con el peso de la fatalidad. Desde que sin temor dejé este sitio para visitar el templo de Citerea en cumplimiento de un deber y que en él el raptor Frígido llevó las manos sobre mí, han ocurrido cosas, que el mundo refiere a su antojo.

El coro. No desdeñes, oh noble mujer, la posesión gloriosa del mayor de los bienes, ya que a ti sola fue acordada la gloria de una belleza superior a todas. Alza el héroe la orgullosa cabeza al oír pronunciar su nombre, y hasta el hombre más inflexible sede ante la belleza que todo lo domina.

Elena. Desembarco con mi esposo y sólo por complacerle le precedo en su ciudad y no puedo adivinar el pensamiento de que está animado. ¿Vengo como esposa, como reina o

como víctima destinada a expiar el dolor del príncipe y la adversidad de los griegos tan noblemente soportada? ¿Soy aquí soberana o esclava? Lo ignoro, por haberme reservado los dioses una fama y un destino, satélites fatales de la belleza, que me persiguen sin cesar hasta en los umbrales de este palacio. Ya en el buque no me miraba mi esposo, sin que nunca brotase de sus labios una palabra tierna. Sentado estaba frente a mí, como si pensase en la desgracia, y

luego al llegar a la bahía profunda del Eurotas, antes de que el primer buque saludase la deseada rivera, dijo, como inspirado por la divinidad:

“Desciendan aquí mis guerreros, pues quiero revistarlos en la costa marítima. Tú debes ir más lejos; continúa la orilla en que tanto abundan los frutos del Eurotas sagrado, dirigiendo los corceles hacia la húmeda pradera hasta llegar a la rica llanura, vasto campo circuido antes por ásperas montañas, donde se edificó Lacedemonia. Penetra luego en el regio y fortificado alcázar, inspecciona las sirvientas que dejé en él, así como también a la prudente y anciana ama de gobierno, y haz que te muestre los ricos tesoros que dejó tu padre, y que por mi parte procuré aumentar, así en tiempo de paz como de guerra. Todo lo hallaras en mayor orden, porque es prerrogativa del monarca hallarlo todo a su regreso como lo dejó al partir, que no hay súbdito que no pueda cambiar cosa alguna.”

El coro. Regocija ahora tu vista en la contemplación de aquel tesoro aumentado; altivos están aquí el oro y la corona; entra, provócales y verás cuán pronto aceptan el reto. Mucho nos place el ver a la belleza entrar en franca lid con el oro, las perlas y las piedras preciosas.

Elena. Mi soberano continuó de esta suerte: “Cuando lo hallas visitado todo, tomarás cuantos trípodés creas necesarios, y los vasos que el sacrificador necesita al cumplir el rito sagrado, así como también las copas y el cilindro. El agua más pura de las fuentes sagradas llene grandes cántaros que colocarás junto a un montón de leña seca; debes también procurar que no falte un cuchillo afilado.” Dijo, empujándome para que me fuera; su orden no me induce a creer que sea su intento inmolarme en honor de los dioses del Olimpo. Que nos cuadre o no lo dispuesto en lo alto, no tenemos los mortales más recursos que conformarnos. Más de una vez he visto al sacrificador en el momento de la consagración levantar el hacha sobre la cerviz del animal encorvado hacia el suelo, sin que pudiese aquél consumir el acto por impedirselo o la intervención del enemigo o de la divinidad.

El coro. Lo que sucederá no puedes imaginarlo. Reina, dirígete allí con ánimo firme. El bien y el mal acontecen siempre al hombre cuando menos lo piensa. Ha sido Troya reducida a escombros, y, sin embargo, ¿no somos aquí tus compañeras que con placer te servimos, y no contemplamos el sol

resplandeciente del cielo, gozando tú y nosotras de una dicha sin límites?

Elena. Estoy resignada; cualquiera que sea mi destino debo subir sin tardanza al regio alcázar que, por mí tanto tiempo perdido y suspirado, se levanta aún a mi vista no sé cómo.

Mis pies no me llevan ya a lo alto de sus gradas con la agilidad de mi ardor infantil.

El coro. Hermanas mías cautivas, no deis por más tiempo cabida al ardor que os oprime, compartid la dicha de la soberana, la dicha de Elena, que con paso lento y seguro se adelanta hacia el hogar. Alabad a los dioses que reparan nuestros males, a los dioses protectores del regreso. Un dios apiadado de la desterrada la ha conducido desde las ruinas de Ilión a su casa paterna, para que, después de tan indecibles goces y tormentos, recordase los dichosos tiempos de su primera edad.

Pantalis. Interrumpid ahora vuestros alegres cantos y fijad la vista en la puerta. ¿Qué veo, hermanas mías? La reina no vuelve poseída de aquella emoción que le hacía antes adelantar el paso. ¿Qué es esto, gran reina? ¿Qué es lo que has podido hallar de aterrador en los

vastos salones de tu casa? En vano intentarías ocultarlo, pues veo pintados en tu rostro el descontento y la cólera.

Elena, (conmovida, dejando abierta las hojas de la puerta.) No debe la hija de Júpiter ceder ante un temor vulgar, ni hacer caso de un pasajero asombro; no sucede así con el espanto que salió del seno de la antigua noche, y que brota bajo mil formas distintas. Tal ha sido el terror con que las horribles deidades de la Estigia me han recibido al penetrar en la casa paterna, a fin de que me alejara del umbral querido que tantos suspiros me costaba. Huí de las tinieblas, me presenté a la luz, y cualquiera que sea vuestro poder, terribles deidades, no lograréis arrojarme de aquí. Voy a hacer un sacrificio, a fin de que, después de la purificación, la llama salude a la esposa lo mismo que el soberano esposo.

El coro. Refiere lo que te ha sucedido, a las cautivas que te sirven con tanto

respeto.

Elena. Cuánto yo he visto lo veréis también vosotras, a menos que la antigua noche haya sepultado su obra en el fondo de los abismos de que brotan todos los prodigios; cuando con paso solemne soportaba el vestíbulo del regio alcázar, me asombró el silencio que reinaba en aquel piadoso desierto. No llegó a mi oído ni el rumor de los que van y vienen, ni tampoco se ofreció a mi vista trabajo alguno reciente; ninguna sirvienta se me presentó de aquellas que con tanta benevolencia saludaban en otro tiempo a los forasteros; a medida que me iba acercando al hogar, fui descubriendo una mujer muy alta, cubierta por un velo, que sentada junto al hogar, parecía estar más bien pensativa que dormida. Mándele dedicarse al trabajo con tono imperativo porque creí fuera alguna sirvienta, pero ella se quedó impassible, envuelta en los pliegues de su túnica. Sólo levantó el brazo derecho al oír mi amenaza, como para arrojarme de la casa; irritada subí las gradas que conducen a la cámara en que se levanta el tálamo nupcial, y también allí se me presentó amenazadora la misma visión con los ojos hundidos e inyectados de sangre, cual espectro horrible, cerrándome el paso con aire imperioso. Intenté hablar en vano, por no poder la palabra disponer de la forma que no ha creado.

Forkyas, (adelantándose por entre las columnas del pórtico.) Mucho he vivido aunque continúe mi cabellera flotando rubia en derredor de mis sienes; muchas son las horribles escenas que he admirado, he visto los estragos de la guerra y cubrirlo todo con su negro manto la espantosa noche de Troya. En medio de las nubes de polvo donde los guerreros combatían, he oído la voz terrible de los dioses, así como también he visto temblar los muros al grito de la discordia. ¡Ah! En pie estaban aún los muros de Ilión, a pesar de acercarse cada vez más la llama, impulsada por el viento de su furor a la ciudad sombría.

He visto al huir, a través de las llamas, adelantarse los dioses irritados, cruzar formas extrañas, gigantescas, en medio de los densos vapores. No sé decir si aquella confusión fue real o creada por mi fantasía, pero sí afirmar que ahora estoy viendo a aquel monstruo, a no contenerme el temor del peligro. ¿Cuál eres de las hijas de Forkyas?, pues te creo de su raza. ¿Eres de una de aquellas que nacieron descrépitias, y que no tienen entre las tres más que un

diente y un ojo que se pasan de una a otra por turno? Nosotros, los mortales, estamos condenados por una triste fatalidad a sufrir el tormento que causa el aspecto de lo feo en los amantes de lo bello. Oye pues, tú, que nos retas con insolencia, oye la maldición, la amenaza que van a proferir contra ti los labios de las bienaventuradas, obra de los dioses.

Desde los tiempos más remotos nunca el pudor y la belleza han podido ir de la mano por la senda de la vida. Está profundamente arraigado el odio que los divide, y cualquiera que sea el punto en que se encuentren cara a cara, se vuelven la espalda y prosigue cada cual su camino, el pudor afligido, la belleza arrogante hasta que al fin circunda a uno y a otro la tenebrosa noche del Orco. A vosotras os diré que con vuestro descaro, y el orgullo propio

del extranjero, os parecéis a una bulliciosa bandada de grullas que se presenta en los aires como negra nube, y cuyos graznidos obligan al viajero a levantar la cabeza, aunque siguiendo una y otras su camino: lo mismo haremos nosotros. ¿Quiénes sois, que, cual Ménades furiosas o mujeres ebrias, os atrevéis a turbar el silencio que reina en el sublime palacio del soberano? ¿Pensáis que ignoro a qué raza pertenecéis? Fue vuestra prole engendrada en la guerra; por esto es lujuriosa, al propio tiempo seductora, y enerva la fuerza del guerrero y del ciudadano. Al veros, cualquiera os creería una nube de langostas lanzadas sobre tiernas espigas. Golosas, plaga de la prosperidad naciente, vosotras sois las que disipáis el trabajo; vosotras, la vil mercancía robada.

Elena. Reprender a las sirvientas en presencia del ama es usurpar los derechos de la casa; porque sólo a la soberana corresponde distribuir el elogio y el castigo. Agradezco los servicios que me prestaron cuando la soberbia fortaleza de Ilión fue cercada y acabó por sucumbir, y su adhesión cuando en la desgracia nos vimos obligadas a llevar una vida errante: he aquí por qué te mando que calles. Lo único que puede contribuir a tu honra es el haber guardado fielmente el regio alcázar en ausencia de la soberana; pero ya que ahora vuelve, es tu deber cederle el paso, a fin de no ser castigado, en vez de recibir la recompensa.

Forkyas. Amenazar a los huéspedes es un derecho ilustre que la noble esposa

del soberano ha sabido conquistarse por medio de largos años de un gobierno sabio y prudente. Ya que ahora te reconozco, y vienes de nuevo a apoderarte de tu rango de reina y señora, toma las flojas riendas del mando, y la posesión del tesoro y de todos nosotros; protégeme, ya que soy la más anciana, contra esas jóvenes.

El Corifeo. ¡Cuán fea se muestra cerca de la belleza!

Forkyas. ¡Cuán necia es la necedad al lado de la razón!

Primera Corétida. Háblanos del Erebo, tu padre: háblanos de la Noche, tu madre.

Forkyas. Y tú, habla de Scyla, tu primo hermano.

Segunda Corétida. Forman los monstruos tu árbol genealógico.

Forkyas. Ve a buscar tus padres en el Orco.

Tercera Corétida. Son para ti demasiados jóvenes los que le habitan.

Forkyas. Ve a ofrecer tus galanteos al viejo Tiresias.

Cuarta Corétida. Es la nodriza de Orión, tu prima.

Forkyas. Y a ti te educaron las Harpías en la bajeza.

Quinta Corétida. ¿Con qué alimentas esa flaqueza tan bien conservada?

Forkyas. No es en verdad con la carne que tú tanto deseas.

Sexta Corétida. Sólo puedes apetecer cadáveres.

Forkyas. Brillan en tu desdeñosa boca dientes de vampiro.

El Corifeo. De seguro cerraré yo la tuya si digo quién eres.

Forkyas. Nómbrate tu antes y quedará descubierto el enigma.

Elena. Sin ira, pero sí con aflicción, os prohibo la violencia de semejante debate. Nada daña tanto al soberano como la cólera entre sus fieles súbditos; en vuestra cólera habéis evocado imágenes que me cercan de tal modo que, a pesar de las rientes llanuras de mi patria, parece me arrastran hacia el Orco. ¿Es un recuerdo o una ilusión el que yo haya sido, sea, o que he de ser un día el sueño y el fantasma de aquellos destructores de ciudades? Las jóvenes se estremecen; pero tú, que como más anciana conservas tu serenidad, respóndeme y haz que sean tus palabras inteligibles.

Forkyas. Quien se acuerda de haber gozado por tantos años de la dicha, acaba por creer que el favor de los dioses no es más que un sueño, pero tú, favorecida en todo, sólo hallaste en

el curso de tu vida amantes a quienes impulsó el deseo de acometer aventuras temerarias.

¡Ya Teseo, en su irresistible ardor, empezó a codiciarte en la edad más temprana; Teseo, poderoso como Hércules, noble, hermoso y joven!

Elena. Robóme cuando tenía yo diez años, recibíndome en su seno la villa de Afídme, situada en el Ática.

Forkyas. Libertada en breve por Cástor y Pólux, fuiste cortejada por la flor de los héroes.

Elena. Ninguno como Patroclo, imagen fiel de Peleo, supo atraerse mi afecto.

Forkyas. La voluntad de tu madre te unió con Menelao, a la vez intrépido marino y fiel guarda del hogar.

Elena. Le confió su hija junto con la administración de su reino, siendo Hermiona fruto de la unión.

Forkyas. Pero mientras tu esposo iba a conquistar la herencia de Creta se presentó un huésped en tu soledad, huésped de sin igual hermosura.

Elena. ¿Por qué recordarme aquellos tiempos de semiviudez, que tantos

males causaron?

Forkyas. Fue aquella empresa causa de mi cautiverio y de prolongados años de esclavitud.

Elena. También te valió el verte constituida aquí en ama de gobierno, y el que te confiaran la silla y los tesoros tan heroicamente conquistados.

Forkyas. Tesoros que tú abandonaste por no salir de los muros de Ilión y por continuar entregada a los dulces transportes del amor...

Elena. No recuerdes aquellos goces, que por ir unida a ellos la inmensidad de un sufrimiento atroz inundó mi corazón y mi alma.

Forkyas. Dícese que te apareciste entonces cual duplicado fantasma, puesto que se te vio a la vez en Ilión y en Egipto.

Elena. No aumentes la turbación de mis sentidos, que aun ahora mismo ignoro quién soy.

Forkyas. Se dice que, al verse libre del imperio de las sombras, fue Aquiles a unirse contigo por haberte amado siempre.

Elena. Siendo yo un fantasma, me uní con él, que también lo era; era aquello un sueño, me desmayé, sin que a mi ver sea desde entonces más que un fantasma. (Cae en brazos de sus cautivas.)

El Coro. ¡Basta, envidiosa calumniadora de repugnante boca poblada de un solo diente! El malo que parece bueno y la rabia de un lobo encubierto con la piel de la oveja, nos causan más horror que el perro de las tres cabezas. Lejos de consolarnos y de derramar a torrentes sobre nosotros el Leteo de dulces palabras, se complace en investigar lo pasado, buscando el mal más que el bien para que se oscurezca el presente y se apague la grata luz de la esperanza que aún brilla en el porvenir.

(Elena recobra sus sentidos y se levanta.)

Forkyas. ¡Sal de entre los vapores, espléndido sol de este día que nos deslumbra y brilla en toda tu gloria resplandeciente! Por más que me llamen fealdad, comprendo también la belleza.

Elena. Vacilante salgo del caos en que estaba envuelta durante mi vértigo; quisiera entregarme al descanso, porque tengo los miembros dislocados; pero es preciso que las reinas y los hombres todos sepan alentarse y resistir los golpes del destino.

Forkyas. Conserva ante nosotros tu grandeza y tu hermosura; di, ¿qué es lo que te ordenas?

Elena. Que se repare el tiempo perdido en cuestión de amor propio y que se cumpla el sacrificio mandado por el rey.

Forkyas. Todo está dispuesto en el palacio, el trípode y el hacha afilada, así como también el agua lustral y el incienso, y sólo falta que designes la víctima.

Elena. El rey no la ha indicado.

Forkyas. ¿No la ha indicado? ¡Qué pena!

Elena. ¿Por qué tanto te afliges?

Forkyas. Reina, porque la víctima eres tú.

Elena. ¿Yo?

Forkyas. Y también tus esclavas.

El Coro. ¡Qué desgracia!

Forkyas. Caerás bajo el hacha.

Elena. Es esto horrible, pero ya lo esperaba.

Forkyas. Es inevitable.

El Coro. ¡Ah! ¿Qué muerte nos está reservada?

Forkyas. Ella morirá como noble, mientras que vosotras moriréis ahorcadas en las vigas que sostienen el techo: como los tordos que caen en el lazo agitaréis a la vez todos vuestros miembros.

(Elena y el coro, en actitud de espanto, forman un grupo armoniosamente dispuesto.)

Forkyas. Fantasmas parecéis en vuestra inmovilidad, porque tenéis que separaros de la luz.

Los hombres, espectro que tanto se os parecen, renuncian a la luz augusta del sol, sin que ninguna voz interceda por ellos, sin que ningún poder les libere del destino; todos lo saben y, sin embargo, no hacen caso de ello. Ya que están irremediabilmente perdidas, cúmplase las órdenes recibidas. (Da algunas palmadas, a cuya señal acuden varios enanos enmascarados que se disponen a ponerlas en ejecución.) Tú, ven aquí, monstruo tenebroso y esférico; vosotros allí, y que no os falte valor para ejecutar el mal que dudo os sacie, atendido vuestro feroz instinto. Que sea el hacha brillante puesta sobre el borde de plata, mientras llenáis de agua los antiguos vasos para lavar la horrible mancha de la negra sangre, y tendéis sobre el polvo la alfombra en que ha de arrodillarse y morir dignamente la víctima, cuando se le separe la cabeza del tronco.

El Corifeo. La reina está pensativa y las jóvenes se inclinan como el césped segado. Dinos lo que hemos de hacer para salvarnos.

Forkyas. Una cosa muy fácil y de la reina depende salvarse y salvaros; pero se ha de decidir enseguida.

El Coro. ¡Oh tú, la más venerada de las Parcas, la más sabia de las Sibilas! Anúncianos la vida y la dicha, pues sentimos ya estremecerse y como flotar a los cuatro vientos nuestros miembros delicados, que más quisieran gozar en el baile para descansar en el seno de su amado.

Elena. Déjalas que tiemblen. Estoy afligida, pero no aterrada; sabes que hay un medio de salvación, y lo acepto reconocida: habla, dinos cuál es el medio.

El Coro. ¡Ah! Sí, dinos pronto, ¿cómo podremos librarnos del lazo que ciñe nuestro cuello como funesta joya? Habremos sucumbido al dolor que nos ahoga, si tú, oh Rhea, madre augusta de todos los dioses, no te apiadas.

Forkyas. ¿Tendréis calma para escuchar en silencio mi discurso?

El Coro. Sí. ¿Cómo no oír con calma dependiendo de ello nuestra vida?

Forkyas. Para el que permanece en su casa, conserva el tesoro, cimenta los muros de su morada y asegura el techo contra la tempestad, correrán tranquilos los años de su larga vida; pero el que pasa fácilmente el umbral sagrado de su habitación todo lo ve cambiado al regresar a ella.

Elena. ¿A qué todos esos refranes? Refiérenos cuanto quieras, pero no despiertes en mí recuerdos penosos.

Forkyas. Los repito porque forman parte de la historia que voy a referiros, y no por haber reconvención alguna. Menelao, como pirata, navegó de golfo en golfo y, después de haber invadido todas las orillas e islas que encontró a su paso, volvió con el inmenso botín contenido en este palacio. Permaneció diez años frente a Ilión, y no sé lo que empleó en su regreso. Pero, ¿qué es lo que acontece ahora en el palacio de Tíndaro? ¿Qué ha sido de su reino? Por diez años quedó abandonado el monstruoso valle que se extendía al norte de Esparta, y en el cuál, como plateado arroyo, sigue el Eurotas su curso para dirigirse al través de los cañaverales a alimentar nuestros cisnes. Sin embargo, allí tras el valle monstruoso, se ha instalado una raza aventurera, procedente de la noche cimeriana y también se ha levantado allí una plaza fuerte desde la cual oprimen al país y a sus habitantes.

Elena. ¿Es posible que haya podido dar cima a esa empresa? ¡Parece increíble!

Forkyas. No les ha faltado tiempo; han podido disponer de veinte años.

Elena. ¿Tienen jefe? ¿Son salteadores?

Forkyas. No son salteadores, y uno de ellos su jefe. No quiero criticarlo, por más que me haya hecho sufrir, porque podía tomarlo todo y se contentó con algunos regalos, sin darles el nombre de tributo.

Elena. ¿Qué tal es?

Forkyas. Es un hombre activo, audaz, bien formado, prudente, como pocos entre los griegos. Se trata a ese pueblo de bárbaro, pero no hay en él un hombre tan cruel como lo han sido algunos héroes, que se han portado como antropófagos frente a Ilión. Es un alma elevada que merece toda mi confianza. ¡Y su palacio! ¡Ah! ¡Cuán hermoso es! Cuán distinto de esas pesadas y enormes paredes, que como cíclopes levantaron vuestros padres con sólo poner piedra sobre piedra. Todo es allí arte y simetría, se levanta hacia el cielo recto y sólidamente construido, brillando como el acero. La idea de llegar hasta él da vértigo; en su interior hay vastos patios, ostentando toda clase de arquitecturas. Tampoco faltan allí en profusión columnas, columnitas, arcos, ojivas, balcones y galerías, que dan vistas al interior y al exterior, así como también riquísimos blasones.

El Coro. ¿Qué significa la palabra blasón?

Forkyas. Ajax llevaba ya serpientes entrelazadas en su broquel. Los Siete, enfrente de Tebas, llevaban en sus escudos figuras ricas en símbolos; veíanse en ellos la luna y las estrellas en el firmamento, así como también diosas, héroes, espadas, llamas, y todo cuanto amenaza y puede ser azote de una ciudad. Desde los tiempos de sus progenitores llevan nuestros héroes en sus armas signos iguales; consistiendo los más de ellos en leones, águilas, sierras, picos, cuernos, alas, rosas, colas de pavo real y bandas de oro, plata y de diferentes colores que adornan las paredes de las vastas salas. Allí podréis bailar con toda holgura.

El Coro. ¿Habrá también danzantes?

Forkyas. Los más ágiles y hermosos que podáis desear. ¡Cómo siente el grupo alegre de dorados bucles retozar la juventud en su pecho! Sólo Paris

puede comparársele en su grato perfume cuando se acercó tanto a la reina.

Elena. Dime la última palabra.

Forkyas. Tú eres quien debe decirla; pronuncia solemnemente un sí inteligible, y haré que enseguida te veas en el interior del regio alcázar.

El Coro. ¡Ah! ¡Pronuncia esa palabra que ha de salvarte y salvarnos a todos!

Elena. ¡Cómo! ¿Debo temer que el rey Menelao sea cruel hasta el punto de hacerme morir?

Forkyas. ¿Olvidaste ya cómo mutiló a Deifobo, hermano de Paris, que murió en la batalla?

¿A Deifobo que logró hechizarte después de tantos esfuerzos? Le cortó la nariz y las orejas y le mutiló después de tal modo que daba horror.

Elena. ¡Y sólo por mí le trato de este modo!

Forkyas. Lo mismo te tratará a ti. La belleza es indivisible: el que ha llegado a poseerla, antes que compartirla, prefiere anonadarla.

(Lejano rumor de clarines: el coro se estremece.)

El Coro. ¿Oyes resonar los clarines? ¿Ves cómo brillan las armas?

Forkyas. ¡Bien venidos seáis, mi señor y mi rey! Estoy pronto a daros cuenta de todo.

El Coro. Y ¿nosotras?

Forkyas. Bien lo sabéis; tenéis la muerte a la vista, y en la suya presentís la vuestra. Es vuestro perdón imposible. (Pausa.)

Elena. Sé que eres un demonio y temo por tanto que conviertas el bien en mal. Voy a seguirte al alcázar: sean para todos impenetrables los misterios que puede la reina guardar en su pecho. Anciana, emprende tu marcha.

El Coro. De buen grado emprendemos nuestro camino, teniendo la muerte detrás y viendo adelante el alto alcázar de inexpugnables muros que nos protegerá como la ciudad de Ilión.

(Aparecen densas nubes que velan el fondo y que empiezan a invadir la escena.)

¡Es esto posible! Mirad, hermanas, en torno vuestro. ¿No estaba el día despejado y sereno?

Agrúpanse nubes, salidas de las sagradas ondas del Eurotas. Ya se oculta a mi vista la hermosa orilla cubierta de cañas flotantes; no descubro ya los libres, altivos y graciosos cisnes que en amorosos grupos se deslizaban muellemente por la superficie del río. Oigo aún a lo lejos su lúgubre canto que anuncia la muerte. Ojalá no indique también la nuestra, en lugar de la salvación prometida, puesto que somos las blancas hermanas de los cisnes y tenemos como sus hijas el cuello nevado y flexible. ¡Grande, muy grande es nuestra desgracia! Las tinieblas cubren ya el espacio y apenas nosotras podemos distinguírnos.

¿Qué ocurre? Partamos con ligera planta. ¿Ves algo aquí abajo? ¿Si será Hermes que nos precede? ¿Ves brillar su cetro de oro, que nos manda entrar en el seno de Hades, morda sombría, donde se encuentran fantasmas incorpóreos siempre llena y siempre vacía? De repente se oscurece más el cielo, tropezando la mirada con muros impenetrables. ¿Es esto un patio o algún foso profundo? De todos modos es un objeto de terror. ¡Ah, hermanas, nunca habíamos sido tan cautivas como ahora lo somos!

(Patio interior del castillo, rodeado de edificios fantásticos, propios del gusto de la Edad Media.)

El Corifeo. Débiles y locas mujeres, juguete del capricho de la suerte y de la desgracia, que no habéis soportado; sólo el placer y el dolor pueden haceros reír y llorar en el mismo tono.

Silencio: aguardad con sumisión a que la augusta soberana decida lo que ha de hacer.

Elena. ¿Dónde estás, pitonisa? Cualquiera que sea tu nombre sal pronto del seno de este triste alcázar. ¿Has ido a anunciar mi llegada al misterioso señor de estos sitios para que me acogiese con más benevolencia? Si es así, te lo agradezco, suplicándote me conduzcas a su presencia lo más pronto posible; lloro mis faltas pasadas, y no deseo más que el reposo.

El Corifeo. Reina, en vano buscas el repugnante fantasma que ha desaparecido; quizá se ha quedado en la nube que nos ha conducido aquí, ignoro cómo; o quizá en el laberinto de este maravilloso castillo, va en busca de su dueño para decirle que te preste el homenaje. ¡Ved cuántos criados se agitan allí arriba en las galerías, balcones y portadas! Todo me anuncia una acogida hospitalaria y digna.

El Coro. Mi alma se dilata. ¡Ah! ¡Ved con cuánta gracia hace todos sus movimientos aquella joven comitiva! ¿Quién habrá dispuesto a estas horas aquel noble pueblo de adolescentes? No sé lo que admirar más en él, si su aire elegante y distinguido o sus cabellos ensortijados en derredor de su hermosa frente, o bien sus mejillas sonrosadas y frescas como el melocotón. Ya avanzan los gallardos jóvenes. ¿Qué es lo que conducen?

Las gradas para el trono, las alfombras, el cojín, las cortinas y todo el aparato de la regia tienda que se despliega formando vistosas guirnaldas sobre nuestra reina; Elena ocupa el cojín que le está destinando. Subid en el mayor orden, y ocupe cada cual dignamente el puesto que le corresponda. ¡Bendita sea semejante acogida!

(Todo lo que el coro canta va cumpliéndose por grados. Después de haber

descendido los niños y los escuderos, aparece Fausto en lo alto de la escalera ricamente vestido en traje de corte de la Edad Media y empieza a descender con majestad.)

El Corifeo. Si los dioses no han dado a ese hombre la forma, el aire sublime y

el apuesto continente, debe salir airoso en cuanto emprenda, sea en las guerras de los hombres, sea en las lides amorosas con las mujeres. Es preferible a muchos otros que había considerado hasta ahora como los más apuestos. Con un paso lento y solemne que enfunde el respeto, veo adelantarse al príncipe. ¡Oh reina, vuélvete hacia él!

Fausto, (adelantándose, llevando a su lado a un hombre maniatado.) En vez de salutación gloriosa, y de felicitarte por tu feliz llegada, te presento maniatado a este súbdito indigno que, faltando a su deber, me ha privado de cumplir con el mío. Póstrate ante esa reina augusta y confíesale tu falta. Aquí está, noble princesa, el hombre de vista de lince, encargado de vigilar desde la más alta torre todo el espacio y la extensión de la tierra, a fin de ver todo cuanto desde las próximas colinas se dirija al valle que protege nuestro fuerte.

Nos anuncia un rebaño como un numeroso ejército para que protejamos nosotros al primero o caigamos sobre el segundo como el rayo. Pero hoy, ¡descuido fatal!, vienes tú y no te anuncia, y no se hace a tan ilustre huésped la correspondiente acogida. Ha expuesto temerariamente su vida, y habría pagado ya con la muerte su culpa, a no estarte a ti reservado el derecho de castigar y de perdonar.

Elena. Cualquiera que sea la dignidad que me concedas, la de juez o la de soberana, voy a cumplir con el primer deber del juez, que consiste en oír al acusado. Habla.

El vigía de la Torre, Linceo. Déjame arrodillar, déjame contemplar, déjame morir, déjame vivir, ya que pertenezco a esa mujer descendiente de los dioses. Aguardando estaba la

mañana y acechando en oriente el curso de la aurora, cuando, ¡oh maravilla!, he visto de repente levantarse el sol en el mediodía. Tengo la mirada del lince, pero tuve que restregarme los ojos como quien sale de un sueño. La plataforma, la torre, el castillo, todo había desaparecido para mí, y sólo veía los flotantes vapores de cuyo seno salió al disiparse esa diosa. ¡Desgraciado! Con la vista y el pecho inclinados hacia ella contemplaba a la belleza que me deslumbró por completo. Olvidé los deberes de vigía y la bocina.

Castígame, si es que la belleza no triunfa de la ira.

Elena. No debo castigar el mal que yo he causado. ¡Fatal destino el mío, que me obliga a turbar el corazón del hombre que, con sólo verme, hasta de sí propio se olvida y de todo prescinde! Los semidioses, los héroes, los dioses y los mismos demonios no han parado hasta envolverme con sus raptos, sus seducciones y sus combates, en las más densas tinieblas. Sencilla, turbo al mundo, pero aún le causa mayor turbación mi doblez. Deja libre a ese esclavo, y que se aleje para siempre. ¡No pese ninguna pena sobre el hombre que se dejó deslumbrar por los dioses!

Fausto. ¡Oh, reina! Veo con asombro reunidos al vencedor y al vencido; veo al arco que arrojó la flecha y que hirió al hombre: el dardo me alcanza y le oigo silbar en torno mío en derredor del castillo. Nada soy desde que sublevas mis vasallos y que son para ti impotentes mis muros; hasta temo que obedezca mi ejército a la mujer triunfante e invencible. Postrado a tus pies, libre y fiel, te reconozco por soberana.

Linceo, (con un cofrecillo, seguido de algunos hombres cargados de ricos presentes.) Reina, ya estoy de vuelta. Venimos del Este, después de haber sometido los países del Oeste; era aquello un gran cortejo de pueblos, que no se conocían entre sí ni tan sólo de nombre. Con sólo arrojarnos sobre la presa quedábamos dueños en todas partes. El punto en que yo imperaba hoy, era mañana desbastado por otro. Rápida y terrible a la vez era la acometida: uno se apoderaba de la mujer más bella, se hacía otro con el toro más ligero y más bravo, y se hacían dueños los demás de los caballos. Mi mayor empeño era descubrir los objetos más preciosos y raros, siendo para mí insignificante todo cuanto los demás lograsen adquirir; iba en pos de los tesoros y, merced a mis penetrantes miradas, lograba ver el fondo de los bolsillos y que fuesen para mí las arcas transparentes. En breve reuní montones de oro, y sobre todo muchas piedras preciosas; pero entre ellas sólo la esmeralda es digna de verdear en tu pecho. Aunque la gota cristalina del fondo de los mares tiemble en tu oreja, quedarán eclipsados los rubíes por el esplendor de tu rostro. Te ofrezco los más grandes tesoros, y pongo a tus pies el futuro de mil sangrientos combates. Por numerosos que sean los cofrecitos que aquí ves, tengo aún muchos más. Apenas has pisado las gradas del trono, se inclinan

humildes la inteligencia, la riqueza y la fuerza ante la única hermosura. Tenía todos estos tesoros bajo llave y ahora los cedo porque te pertenecen: les creía preciosos y raros, y ahora comprendo su futilidad. Cuanto poseía acaba de disiparse como el humo: todo ello no es más que césped mustio y segado.

Fausto. Llévate esas joyas audazmente adquiridas. Posee ella todo cuanto puede encerrar este castillo en su seno y dárselo, en parte, es superfluo; amontona simétricamente todos los tesoros; forma un conjunto sublime de esplendor inaudito: haz que las bóvedas de este alcázar brillen como las de un cielo puro; forman un paraíso de vida inanimada y, por último, despliega ante ella alfombra sembrada de flores para que la tierra ofrezca a sus pies una blanda superficie y pueda fijar sus miradas en vivos resplandores que sólo a los dioses no deslumbren.

Linceo. Lo que manda el señor puede el esclavo hacerlo pronto. Esa beldad altiva es lo que dispone de nuestros bienes y de nuestra sangre; todo el ejército está vencido, todos los

aceros embotados, hasta el mismo sol es pálido y frío ante la hermosura de este rostro.

(Vase.)

Elena, (a Fausto.) Quisiera hablarte, pero acércate, sube al trono y siéntate a mi lado; el puesto espera y me promete un dueño.

Fausto. Mujer sublime, permite me postre a tus plantas y dignate aceptar mi homenaje; déjame besar la mano que me eleva hasta ti. Comparte con migo el mando de tu reino infinito, y haz que sea un solo hombre tu admirador, tu esclavo y tu guardián celoso.

Elena. No veo más que prodigios. El asombro me domina y se multiplican las preguntas; pero ante todo contéstame a esta: ¿Por qué la voz de aquel hombre me ha parecido a la vez tan extraña y dulce? En aquella armonía de sonidos, apenas acababa una palabra de herir mi oído, cuando otra venía ya a halagarle.

Fausto. Si tanto te place nuestro idioma mucho más va a seducirte su canto

destinado a causar en ti arrobamiento profundo.

Elena. Dime, ¿qué debo hacer para hablar una lengua tan bella?

Fausto. Lo lograrás fácilmente, porque todo el secreto está en el corazón.

Elena. ¿Quién compartirá nuestro tesoro?

Fausto. El espíritu no mirará adelante ni atrás; sólo el presente...

Elena. Es nuestra dicha.

Fausto. ¿Quién asegurará nuestros tesoros, nuestras conquistas y todo lo que poseemos?

Elena. Mi mano.

El Coro. Las mujeres acostumbradas al amor de los hombres, aceptan sin elección al acordar un derecho igual, así el pastor de rubios cabellos como al fauno de moreno rostro.

Ved cómo se acercan más apoyado el uno el otro, hombro con hombro, rodilla con rodilla y enlazados de manos, meciéndose en el grato resplandor del trono. Deja la majestad entrever al pueblo sus secretos goces.

Elena. Me parece estar a la vez tan cerca y tan lejos, que sin cesar repito: ¡estoy allí y aquí!

Fausto. Respiro apenas, mi lengua balbucea y yo vacilo; esto es un sueño.

Elena. Me parece haber vivido y revivir ahora refundida en ti, mi fiel desconocido.

Fausto. No intentes sondear nuestro destino: vivir; aunque sea por un solo instante, es el deber y la misión más alta.

Forkyas, (entrando con vehemencia.) No es tiempo ya de deletrear en el alfabeto de amor, ni de continuar arrullándoos dulcemente. ¿No oís que la

tempestad se acerca y que empiezan a resonar clarines? Marcha Menelao contra vosotros al frente de un ejercito numeroso y, si desde ahora no os disponéis a resistir al asalto, vuestra ruina es segura. Caro vas a pagar el coro de mujeres, porque al caer en manos de los vencedores se le mutilará como a Deifobo. Una vez ahorcada también esa loca raza, se levantará el hacha en el altar para su reina.

Fausto. Temerario es el modo con que se nos interrumpe. Afea una triste noticia al más bello mensajero, y tú, odiosa, te complaces en ser mensajera de tristes mensajes; pero no lograrás salir esta vez con la tuya, por más que lances tu voz hueca a los cuatro vientos. No hay aquí peligro alguno y aunque lo hubiera sólo me parecería una amenaza impotente.

(Señales, explosiones en las torres; clarines y atabales; música guerrera; desfila un ejercito imponente.) Vas a ver reunida la falange indivisible de los héroes; sólo merece el favor de las mujeres el que sabe protegerlas valerosamente. (A los jefes que salen de entre filas y se acercan.) Vosotros, que con vuestras cotas y brillantes armas no reposasteis hasta pulverizar los imperios, me parece que tiembla la tierra antes y después de vuestro paso. A nuestra llegada a Pilos, el viejo Néstor sucumbe, y rasga con su espada nuestro invencible ejército

cuantos tratados de alianza habían hecho los monarcas. Vamos a arrojar a Menelao de estos muros y perseguirle hasta el mar, para que ejerza de nuevo su vida de pirata. La reina de Esparta me ordena que os salude con el nombre de duques: sea ella la soberana del valle y la montaña. Germano, ve a fortificar y a defender las bahías de Corinto; godo, te confío la defensa de la Acaya y de sus cien abismos. El ejercito de los francos se dirija hacia Elis; Mesina corresponda al sajón, el normando limpie los mares y funde el puerto de Argolis.

Cada cual tendrá su reino y podrá llevar sus armas doquiera. Todos seréis súbditos de Esparta, por ser esta la antigua ciudad de la reina, que os verá con placer gozar de un país en el que nada ha de faltáros. Venid confiados a buscar a sus pies la investidura, el derecho y la luz.

(Fausto desciende y los jefes forman círculo para recibir sus órdenes y sus instrucciones.)

El Coro. Cantamos a nuestro príncipe, entre todos el más amado, él, que con sus alianzas logró imponer respeto a los poderosos y obligarles a cumplir fielmente sus órdenes. Todos ellos le están reconocidos y comparten su gloria. ¿Quién oraría a arrebatar a ese poderoso dueño el bien que adora y que nosotros somos los primeros en respetar? Y, ¿cómo no respetarla cuando se encerró con ella entre inexpugnables muros y se procuró en el exterior un poderoso ejército?

Fausto. Grandes y magníficos son los bienes que acabamos de otorgarles, pues va a tocar a cada uno un país extenso y rico. Partan, mientras nos quedamos en el centro de nuestros estados. Hay entre ellos noble emulación por protegerte, oh península bañada por las olas y unida por leve cordillera de colinas con las últimas ramificaciones graníticas de Europa.

Que aquel país, rey entre todos, sea afortunado siempre en cada raza y pertenezca desde ahora a la reina que vio nacer, cuando salió luminosa del huevo de Leda, deslumbrando a su noble madre y sus hermanos. (Se sienta al lado de Elena.) Ya que nos ha reunido la fortuna, olvidemos lo pasado. ¿No sientes en ti algo, hija de la divinidad, que te dice pertenecer al mundo primitivo? Es imposible que seas cautiva en esos muros; aún hay una feliz morada, una Arcadia lozana próxima a Esparta. Atraída hacia aquel país venturoso, te refugiaste en él para esperar próspero destino. Los tronos se transforman en bosques floridos: ¡sea como en Arcadia, libre nuestra dicha!

(Cambia la escena. Grutas cubiertas de follaje. Se extienden las plantas trepadoras hasta las puntas de las rocas ocultando a Fausto y a Elena.

El coro se tiende en la hierba.)

Forkyas. No sé cuánto tiempo hace que duermen las jóvenes; véome obligada a

despertarlas. Grande será el asombro de esa joven raza, así como también lo será el vuestro, barbudos que estáis sentados allí abajo, esperando la explicación del prodigio; sacudid vuestras tenazas, desperezaos y escuchadme.

El Coro. Habla, cuéntanos el prodigio que acaba de obrarse.

Forkyas. Escuchadme. En estas grutas y follajes se ha ofrecido abrigo, como a una pareja tierna e idílica, a nuestro jefe y nuestra reina.

El Coro. Cómo, ¿aquí?

Forkyas. Separados del mundo, me llamaron para el desempeño de apacibles funciones.

Honrada con su confianza, estaba siempre a su lado, pero, cual conviene a un confidente,

me ocupaba en distintas cosas, buscando raíces, musgos, cortezas, para conocer la propiedad de cada cosa, y ellos entre tanto se quedaban solos.

El Coro. Cualquiera al oírte diría que son estas grutas espaciosas como el mundo, y que hay en ellas bosques, prados, arroyos y lagos.

Forkyas. Hay en ellas salas, patios profundidades insondables que he llegado a descubrir, por haber oído una estrepitosa carcajada en los profundos espacios. Vi a un niño que saltó del seno de la mujer para dirigirse al hombre, y desde el padre a la madre, empezando los halagos, las caricias de un loco amor, los alegres gritos y las tiernas expansiones. Un genio desnudo y sin alas saltó sobre la peña granítica, pero, rechazándole el suelo hacia el aire, llegó al segundo o tercer salto, a tocar el techo de la gruta. Gritó su madre con solicitud:

“Puedes saltar a tu antojo, pero guárdate de volar libremente, porque te está vedado.” Su cariñoso padre le aconsejó también en estos términos: “En las tierras está la fuerza que va a empujarte hacia la región del aire; toca únicamente el suelo con la punta del pie y, como Anteo, hijo de la tierra,

sentirás en ti un nuevo ardor.” Sigue entre tanto ejercitándose en la misma peña, hasta que al fin se dirige al borde de otra, sin pararse en ninguna parte, cual globo que impulsa el viento, y acaba por desaparecer de repente en la boca de un espantoso precipicio. Todos le creemos perdido: su madre se lamenta, su padre la consuela. Mirad, ahora, ¡qué espectáculo! ¿Habría allí tesoros ocultos? Ved cómo ostenta rico traje sembrado de flores y flotan en torno de su seno hermosas cintas; con la lira de oro en la mano, marcha alegre hacia el escarpado borde cual pequeño y verdadero Febo. A nosotros nos produce asombro y, como arrobados sus padres, se arrojan uno en brazo de otros. ¿Es una corona de oro o la llama de un genio sobrenatural lo que brilla en su frente deslumbradora? Nadie puede decirlo. Niño vese ya en él que ha de ser un día perfecto modelo de belleza, como lo indica el ser hoy eco de eternas melodías; pronto vais a oírle y admirarle.

El Coro. Hija de Creta, das a esto nombre de prodigio, sin duda porque no habrás oído nunca la relación del poeta, e ignoras las tradiciones de Jonia y de Helias, las ricas tradiciones de nuestros mayores. Cuando ves no es más que una pálida sombra de los dichosos tiempos de nuestros abuelos. Desde su advenimiento al mundo, demuestra ya con su soltura que no ha de haber ladrón que no le tribute un culto. Roba con astucia el tridente de Neptuno, a Marte la espada, a Febo el arco y la flecha, a Vulcano las tenazas, y hasta robará a Júpiter el rayo, a no espantarle el fuego; lucha con el Amor y le derriba, y a Ciprea en cambio de sus caricias le roba su cinto.

(Sale de la gruta un canto melodioso y dulce: el coro presta atento oído y parece estar profundamente conmovido.)

Forkyas. Oíd los dulces acordes y olvidad las fábulas, así como también la raza de vuestros dioses, que ya no existe. Nadie quiere comprenderos, por aspirar todos al tesoro de más precio: todo lo destinado a obrar en los corazones debe salir del corazón. (Se retira hacia las rocas.)

Elena, Fausto, Euforion, (en la actitud descrita por Forkyas.)

Euforion. Apenas oís mis infantiles cantos, y os inunda la dicha. Veis mis saltos cadenciosos, y vuestro corazón paternal se estremece.

Elena. Es el amor el más puro goce de la tierra, el amor acerca y une una noble pareja; pero sólo puede procurar goces divinos cuando forman una trinidad dichosa.

Fausto. Nada nos falta ya: yo soy tuyo y tú me perteneces. Estamos eternamente unidos.

El Coro. Bajo la grata apariencia de ese niño, se enlazan las delicias de pasados siglos en feliz consorcio. ¡Ah! ¡Cuán tierna es para mí esta unión!

Euforion. Dejad que salte, permitidme brincar, que siento en mí deseo de llegar a lo alto, a la región del aire.

Fausto. Modera tu ardor y evita toda loca imprudencia. ¡Haz de modo, hijo querido, que tu caída no nos haga rodar hasta el fondo del abismo!

Euforion. No quiero pertenecer más a la tierra; dejad libres mis manos, mis pies, mis bucles, mis vestidos.

Elena. ¡Ah! ¡Piensa que nos perteneces, piensa en nuestra angustia! ¡No pierdas el bien conquistado por ti, por mí y por él!

El Coro. Temo que en breve se termine esta unión.

Elena y Fausto. Calma, modera esos arranques sobrenaturales y alegra con tus puros goces estos otros.

Euforion. Sólo por vosotros me reprimo. (Se desliza entre el coro y le obliga a bailar.) He aquí el modo con que me anuncio, alegre raza. Venga ahora la melodía, el movimiento, y se cumplirá mi deseo.

Elena. Bien, muy bien; conduce a las bellas a la danza armoniosa.

Fausto. ¡Cuándo acabará todo esto! Nunca han podido los juego complacerme.

Euforion y el Coro, (se cruzan cantando y bailando.) Cuando haces balancear con gracia la pareja en tus brazos; cuando dejas flotar tu cabellera; cuando tu

pie ligero se desliza, y aquí y allá los miembros se enlazan, logras, amable niño, entonces tu objeto, y todos nuestros corazones vuelan en pos del tuyo.

Euforion. Vosotras sois ágiles cervatillas. Yo soy el cazador, vosotras las gacelas.

El Coro. ¿Quieres cogernos? No hagas esfuerzos; porque todas deseamos abrazarte, imagen bella de nuestros ensueños.

Euforion. Ha de ser al través de los bosques y las peñas. El bien de fácil logro me repugna y sólo me halaga el conquistado a viva fuerza.

Elena y Fausto. ¡Oh delirio! No hay esperanza de que se modere.

El Coro, (los jóvenes entrando rápidamente.) ¡Cuán pronto ha logrado su temerario empeño! ¡Con qué desdén arrastra aquí a la más esquiua de nuestras compañeras!

Euforion, (llevando una joven en brazos.) La conduzco para obligarla a complacerme; veamos si logra la rebelde triunfar de mis esfuerzos.

La joven. Déjame: ya ves que tengo también resolución y esfuerzo; mi voluntad, igual a la tuya, no se vence fácilmente. ¿Acaso me creías tu esclava? Ya que tanto confías en la fuerza de tu brazo, estréchame otra vez y verás cómo te convierto en un mar de llamas. (Se enciende y empieza a arrojar llamas en el espacio.)

Euforion, (procurando evitar las últimas llamas.) La mole de piedra y las malezas que me cercan parecen ahogarme, y, sin embargo, soy joven y esforzado. El viento ruge y el mar brama allí abajo, y quisiera acercarme a uno y a otro. (Continúa encaramándose por la peña.)

Elena, Fausto y el Coro. ¿Si querrás parecerte a los gramos? La idea de tu caída nos hiela de espanto.

Euforion. Continuaré subiendo, puesto que ha de ser más extenso y variado el país que descubro. Ahora ya sé donde estoy. En el interior de la isla, en el

centro del país de Pelops, que participa de la tierra y del mar.

El Coro. ¿Estás en el bosque, en el monte, y no puedes aún gozar de su calma? Ven e iremos en busca de los pámpanos verdes que adornan los collados; ven y no nos faltarán higos y doradas manzanas. ¡Ah! Sé amable, ya que tan apacible es el país en que vives.

Euforion. Vosotros soñáis en el día de la paz, no me opongo a ello. ¡Sueñe quien soñar pueda! Guerra es mi consigna, y el himno de la victoria será siempre mi canto.

El Coro. Todo el que la paz echa de menos la guerra renuncia a la esperanza.

Euforion. Tubo este suelo muchos nobles hijos que volaron de peligro en peligro y que no titubearon en derramar su sangre por ceñir la brillante aureola de la inmortalidad. ¡Ayudo a los que combaten!

El Coro. Ved cómo se ostenta en lo alto armado de punta en blanco y próximo a alcanzar la victoria.

Euforion. Fuera de ondas y muros, basta a cada cual su conciencia; es el pecho del hombre un muro inexpugnable. Queréis ser invencibles, lanzaos sin temor a la pelea, y veréis que es cada mujer una amazona y cada niño un héroe.

El Coro. Aunque oculta ya en el cielo, ¡oh santa poesía!, no dejes de brillar cual estrella de fuego ni abandones desde el Empíreo tu eterna morada, a los que podrían vivir sin ti en el bajo suelo.

Euforion. Ya no veis a un niño, sino al adolescente con su brillante armadura, marchemos allá abajo, donde va a abrirse el campo de la gloria.

Fausto y Elena. ¡Apenas llamado a la vida, has visto el resplandor del día sereno; presa del vértigo que te domina, tiendes ya a lanzarte en la mansión del dolor! ¿Nada somos para ti?

Euforion. ¿No oís el mar cómo ruge, y cómo el eco del valle repite la voz del

trueno? Ante las numerosas legiones que combaten por mar y tierra, preciso es volar a la pelea, al dolor, al martirio, y preciso es que sea la muerte nuestra consigna.

Elena, Fausto y el Coro. ¡Qué horror! ¿Es la muerte tu ley?

Euforion. ¿Debo permanecer indiferente? No: preciso es que comparta el peligro y las fatigas.

Los anteriores. ¡Orgullo y peligro! ¡Suerte fatal!

Euforion. Dos alas se despliegan, permitid que tienda mi vuelo hacia el punto a que el deber me llama. (Se lanza a los aires, sosteniéndole por un momento su flotante vestido; su cabeza resplandece y queda en pos de él un rastro de fuego.)

El Coro. ¡Ícaro! ¡Ícaro!

(Cae un hermoso joven a los pies de Elena y de Fausto. Recuerda su rostro las facciones de un ser querido, pero el cuerpo se disipa, la aureola sube como un cometa hacia las altas regiones, sin que quede de él en la tierra más que la túnica, el manto y la lira.) Euforion, (voz salida de los abismos.) ¡Madre mía, madre mía no me dejes solo con los reinos sombríos!

El Coro, (canto fúnebre.) ¡Ah! No te dejaremos solo, cualesquiera que sean los sitios que habites, no habrá corazón que quiera separarse de ti; aun cuando no tuviésemos fuerzas para gemir, cantaríamos tu envidiable destino, ya que así en los felices como en los tristes días fueron tu canto y tu corazón siempre grandes. ¡Ah! Ni tu ilustre sangre, ni la fuerza superior de que estaba dotado, ni todas las demás cualidades que tan acreedor te hacían a la dicha, bastaron a preservarte al rigor de tu suerte. Tu generosidad sin límites te hizo caer en el lazo fatal, después de haberte hecho romper los vínculos más sagrados, y cuando al fin la reflexión logró moderar tu ardor, la fortuna te volvió la espalda. ¿A quién sonrío por mucho

tiempo? Modulad vuestros cantos; levantad vuestras cabezas abatidas, que volverá nuestra noble tierra a producir nuevos héroes.

(Pausa general, cesa la música.)

Elena, (a Fausto.) Lo que me pasa justifica claramente aquello de: “La dicha y la belleza no pueden estar por mucho tiempo unidas.” El lazo de la vida como el del amor queda roto; les doy un triste adiós, y voy por última vez a arrojarme en tus brazos.

(Abraza a Fausto, desaparece el elemento terreno, y sólo quedan el vestido y el velo en los brazos de Fausto.)

Forkyas, (a Fausto.) Conserva todo esto; no te desprendas del vestido, aunque los demonios estén tirando de él para llevárselo al mundo subterráneo. Ya no se trata de haber perdido la diosa, sino de conservar ese vestido divino: aprovéchate del favor sublime, inestimable, que ha de elevarte a la región superior sobre las cosas vulgares.

(El vestido de Elena se evapora, envuelve a Fausto y le eleva a la región etérea. Forkyas recoge del suelo la túnica de Euforion, su manto y su lira, se adelanta hacia el proscenio y dice levantando aquellos despojos.)

¡Al menos he podido quedarme con esto! Con esto me basta para consagrar al poeta y excitar la envidia entre la corporación y el arte: si no puedo otorgar el talento, puedo al menos presentar su traje o su apariencia. (Se sienta al proscenio al pie de una columna.) Panthalis. Compañeras, libres nos vemos de los encantamientos, libres de los fantásticos lazos de la vieja bribona de Tesalia, así como de aquel confuso y disonante chirrido que turbaba a la vez el oído y el corazón. Descendamos al Hades, en pos de la reina, sigamos como fieles sus huellas, la hallaremos al pie del trono de impenetrable.

El Coro. En todas partes están bien las reinas, y hasta en el seno de Hades conservan su alto rango, mientras que nosotras, compañeras de los altos álamos y de los sauces infecundos, pasamos el tiempo quejándonos en los campos, siendo nuestro grito pesado y fantástico como el de os murciélagos.

El Corifeo. Todo el que no ha sabido adquirirse un nombre ni aspirar una acción noble y digna, pertenece a los elementos; por esto yo deseo estar con mi reina: no es sólo el mérito, si no también la felicidad, lo que preserva al

hombre. (Vase.)

Todas. Nuestros ojos han vuelto a abrirse a la luz del día, si bien sentimos y sabemos que no somos ya personas sino seres. No volveremos empero al Hades, porque la naturaleza, en su eterna fuerza vital, tiene plenos derechos sobre nosotras.

Una parte del Coro. Nada tan grato como el rico manto de la creación cubierto de verdor y de flores, cuando puede uno contemplarle al rumor del arroyo, al crujir del follaje estremecido por el viento de la tarde, y sin perder ni una sola de todas las cadenciosas notas que forman la armonía universal. Nuestra dicha aumentará cuando al caer del árbol el sazonado fruto, acudan al tropel los hombres y ganados para disputársele, no sin tributarnos antes un culto igual al de los dioses primitivos.

Otra parte del Coro. En nuestro límpido espejo se reflejan montes, árboles, sin que ninguno de cuantos objetos haya en la extensión de nuestro curso deje de darnos al pasar un triste

adiós. Si la voz potente de Pan, terror de la naturaleza, se levanta, sólo nosotros sabremos contestar; si él murmura, murmuraremos; si ruge, rugen también nuestras ondas.

Tercera parte. Si es nuestro curso agitado a causa de las pendientes de esas fértiles colinas, en cambio, a grandes trechos correremos apacibles, regando los verdes prados, los senderos, la llanura, el valle y hasta el pequeño jardín de la casita oculta entre el follaje.

¿Veis aquella copa de ciprés que se levanta en el fondo del paisaje? También se refleja en el espejo de nuestra corriente.

Cuarta parte del Coro. Seguid libres vuestro curso, en tanto vamos nosotros serpenteando por el collado, donde madura la uva sobre el sarmiento que su peso inclina, por contemplar al viñador que infatigable pugna a pesar de su éxito dudoso. Luego empiezan a crecer los racimos y a agitarse los pámpanos, sin que reine en todo el campo animación, hasta que puedan llenarse las costas y hacerlas crujir al peso de su contenido. Empieza entonces

cada cual a dirigirse a la cuba para derramar con sus pies el líquido precioso, que ha de acabar por calentarles a todos la cabeza; no tardan en tumbarse todos los sentidos, por no haber pecho que no haga las veces de tinaja para dar digna acogida al nuevo huésped.

(Cae el telón. Forkyas se levanta gigantesco en el proscenio, arroja la máscara y el velo, y se presenta bajo la forma de Mefistófeles para consumir la pieza y comentarla a su manera.)

ACTO IV

Alta montaña

Cimas de enormes y agudos peñascos; pasa una nube

y se extiende por el llano.

Fausto, (al desprenderse de la nube.) Fija la vista en los profundos abismos que se abren a mis pies, recorro el borde de estos picachos, dejando allí el carro de nubes que al través de la tierra y del mar me ha conducido a la morada de la luz, se aleja lentamente sin disiparse, para que mi vista asombrada le siga hacia Oriente, como globo que cruza el espacio. A medida que se adelanta, se disuelve, y parece cambiar de forma. Tendida está allí majestuosamente, en sus cojines inundados de sol, una figura colosal parecida a una divinidad. Sí, Juno será, Leda o Elena, porque es de mujer el bello y sublime rostro que se presenta a mi vista encantada. ¡Ah! Ya todo se disipa y la masa informe se para en Oriente, haciéndome el efecto de la vieja nevera en que viese reflejada la imagen de otros tiempos.

Sin embargo, véome envuelto en vapor tibio y grato que serena mi frente y mi pecho, y que toma forma a medida que se levanta en el aire. Semblante encantador, primer ser querido de mi juventud, por tanto tiempo llorado, ¿aún no eres más que una ilusión? Siento de nuevo en mí los tesoros de la primera edad, ocultos en lo fondo de mi corazón. Amor de la primera aurora, que vienes con vuelo rápido a hacer revivir en mí la primera mirada que me penetró el alma, apenas comprendida y recordada siempre, borra todo otro esplendor ante su brillantez deslumbradora.

Una bota de siete leguas llega a la tierra. No tarda otra en seguirla.

Mefistófeles echa pie a tierra. Las botas se alejan rápidamente.

Mefistófeles. ¡He ahí lo que yo llamo correr! Pero ¿qué es lo que te ocurre? ¿Por qué descienes al centro de estos horrores? Sé muy bien cual es esta mansión pues no puedo ignorarlo por ser el fondo del invierno.

Fausto. Nunca te quedas corto al tratarse de leyendas fantásticas y ya estás dispuesto a espetarme otra.

Mefistófeles, (en tono serio.) Cuando Dios, por motivos que yo me sé, nos arrojó de las altas regiones a los abismos, donde se consumía la llama eterna, nos hallamos apretados unos contra otros en posición muy molesta; empezaron a toser y estornudar los diablos, al aspirar el azufre y los ácidos, gas misterioso que no basta a contener los infiernos, pues al poco tiempo estalló la unida corteza de la tierra con espantoso estruendo. Ahora hemos dispuesto la cosa de distinto modo; lo que era antes un abismo es ahora una alta cumbre, merced a la doctrina de encumbrar lo bajo y de rebajar lo alto; por eso entonces pasamos de la esclavitud sofocante del abismo a la dominación del aire libre, misterio evidente tan bien guardado, que no será revelado a los pueblos hasta muy tarde. (Ephis, MI, 12.) Fausto. Este grupo de montañas es noblemente silencioso. Cuando la naturaleza se fundó a sí propia, redondeó el globo terráqueo, quiso complacerse en levantar los picachos, abrir los abismos y apoyar la peña sobre la peña, el monte sobre el monte, disponiendo luego las colinas, cuyas pendientes suavizó en el valle.

Mefistófeles. Esto que os parece tan claro como la luz del día no es más que una ilusión: sólo el que estuvo allí presente puede saber que anduvo la cosa de muy distinta manera; estaba allí cuando en el seno del abismo incandescente hervía aún la lava en fusión, cuando el martillo de Moloch lanzó a lo lejos los restos graníticos; espaciadas se ven aún por el suelo varias de aquellas moles enormes. ¿Cómo explica esa erupción? Nada ha podido el filósofo comprender. Ya que está allí la peña, bueno será dejarla; demasiado nos ha hecho perder el tiempo: el pueblo inocente y sencillo cree, y sólo a Satán se debe la experiencia que atesora. Por esto el peregrino apoyado en el

bordón de la fe visita la Piedra y el Puente del diablo.

Fausto. Es en verdad curioso ver a los diablos hablar acerca de lo creado.

Mefistófeles. Poco me importa sea la naturaleza tal cual quiera ser; sólo se trata de una cuestión de honra y que estaba el diablo presente cuando fue formada. Nadie duda que somos capaces de ejecutar grandes cosas: ahí están el tumulto, la fuerza brutal y la extravagancia para demostrarlo. ¿Nada te admira en nuestro reino? Tus miradas, al recorrer lo infinito, han abarcado “los imperios del mundo y tus pompas”. (Mateo, IV.)

Fausto. Sólo una cosa grande ha logrado fascinarme: adivínala.

Mefistófeles. No me será difícil. He aquí la capital que para mí escogería: una ciudad en cuyo centro hubiese un verdadero laberinto de estrechos callejones, sin más plaza que la del mercado por no carecer de coles, nabos, cebollas y carnes, aunque las moscas acudiesen a ella para procurarse el sustento, para encontrar allí siempre hediondez y actividad. Además, quisiera vastas plazas y anchas calles, para darse cierta apariencia grandiosa, y finalmente, quisiera arrabales que se perdiesen de vista en un ilimitado espacio. Allí me complacería en el eterno rodar de los coches, en el vaivén tumultuoso, en el movimiento continuo de aquel hormiguero, y presentaría a caballo o en coche, en un punto céntrico, honrado por millares de seres.

Fausto. Nada de esto me complacería. Muchos gozan al ver al pueblo multiplicarse, formarse e instruirse, y cuanto mejor son las condiciones de su existencia, mayor es su rebeldía.

Mefistófeles. Además, me construiría un magnífico palacio en sitio agradable, entre bosques, llanuras, prados y campos, dispuestos en forma de jardines, donde hubiese toda clase de árboles, flores y cascadas, cuyas aguas al precipitarse formasen mil vistosos juegos; haría construir para las mujeres casitas elegantes y cómodas, a fin de pasar con ellas horas infinitas en soledad encantadora. Digo mujeres, porque sólo en plural me gustan las beldades.

Fausto. ¡Eres un nuevo Sardanápalo!

Mefistófeles. ¿Puede adivinarse el fin al que aspiras? Debe ser un fin sublime. Cuando en tu viaje llegaste cerca de la luna, ¿es posible que no te impulsase hacia a ella tu deseo?

Fausto. Inmenso es el espacio que ofrece este globo para las grandes acciones; me siento capaz de acometer nobles empresas, merced a la actividad que me anima.

Mefistófeles. ¿Ambicionas la gloria? Bien se conoce el roce con las heroínas.

Fausto. Quiero dominarlo y poseerlo todo. La acción es el gran medio; la gloria en sí no es nada.

Mefistófeles. Y no faltaran poetas que anuncien tu fama a la posteridad, enlazando la demencia con la demencia.

Fausto. Todo esto es desconocido. ¿Qué es lo que tú puedes saber respecto de los deseos del hombre? ¿Cómo puede tu naturaleza, llena de amargura, saber lo que conviene al humano ser?

Mefistófeles. Confíame todos tus caprichos.

Fausto. Tenía fija la vista en el mar que rugía y se encrespaba cada vez con más fuerza, hasta que al fin se calmaba y extendía tranquilo sus olas para invadir la llanura o la playa.

Aquello me irritaba, como irrita la arrogancia al espíritu justo que respeta los derechos de todos, y me exaltaba la sangre, causándome un malestar continuo. Primero tomé aquello por un accidente cualquiera; pero la ola se paraba, luego volvía a marchar, y se alejaba después con orgullo del punto invadido, repitiéndose siempre aquel juego a la hora acostumbrada.

Mefistófeles. No es esto nuevo para mí, pues hace más de cien mil años que sé todo cuanto me dices.

Fausto, (prosiguiendo con exaltación.) Se acerca y se hincha y crece e invade y se extiende por la inculta arena, y, estéril, lleva la esterilidad a todas partes.

Sólo imperan allí las encrespadas olas, que al fin se retiran sin hacer fecundizado cosa alguna. Esa fuerza sin objeto de los indomables elementos excita mi desesperación y obliga a mi espíritu a tender sus alas sin consultar más que su deseo de luchar y vencer. Y ¿es esto posible? Por más tempestuoso que el mar sea, tiene que ceder ante cualquiera eminencia, y por más que se agite orgulloso ni hay altura que no le muestre su altiva frente, ni profundidad o abismo que no le atraiga irresistiblemente. Por eso no ha desistido de mis planes: sería para mí un goce supremo arrojar de su orilla al mar altivo, contenerle en los límites de la húmeda playa y hacerle retroceder todo cuanto pudiese. Ése es mi deseo; atrévete a secundarlo.

(Banda y música guerrera a lo lejos.)

Mefistófeles. ¡Que no consista más que en esto! ¿Oyes el lejano tambor?

Fausto. La guerra, que tanto repugna al hombre prudente.

Mefistófeles. En guerra o en paz, debemos sacar partido de las circunstancias; no desprecies, Fausto, la ocasión que se presenta.

Fausto. ¿De qué se trata?

Mefistófeles. El emperador vacila entre los más grandes obstáculos; cuando nosotros les divertimos procurándole falsas riquezas, dominaba el mundo, y, como era joven al subir al trono, pensó era digno de envidia gobernar y entregarse a todos los placeres.

Fausto. ¡Error profundo! El hombre destinado a gobernar sólo en el mando ha de buscar la dicha profunda. Obrando así, será siempre el primero y el más digno. El goce embrutece.

Mefistófeles. Él hizo lo contrario, se entregó a los placeres y cayó su reino en la anarquía; grandes y pequeños empezaron cruda guerra; se apoderó el hermano de los bienes del hermano, el feudo se alzó contra el feudo, la ciudad contra la ciudad, penetrando el fuego de la discordia entre el obispo y su clero. Nada se respetó, ni aun la santidad del templo; llegando ser para vivir circunstancia indispensable la propia defensa. Y nadie tenía el derecho

de clamar contra tal estado de cosas, porque podía cada uno procurarse el crédito necesario y pasar hasta el más pobre por un personaje de alta importancia; los de más recto juicio conocieron al fin que se había hecho casi general la demencia, y los hombres de valor se alzaron proclamando: Soberano será el que nos dé la paz; ya que el emperador no puede ni quiere, elijamos un nuevo emperador, saquemos al imperio de su postración y, mientras el nuevo monarca procure a cada cual la seguridad necesaria, unamos la paz y la justicia.

Fausto. He aquí lo que desea el sacerdote.

Mefistófeles. Sacerdotes eran los que deseaban salvar sus tesoros, por ser los más interesados. Empezó la revuelta que fue santificada, y nuestro emperador se retiró a estos sitios para dar en ellos su última batalla.

Fausto. Le compadezco. ¡Era tan generoso!

Mefistófeles. Ven; el que vive debe siempre esperar. ¡Si lográsemos sacarlo de este valle!

Salvado una vez, salvado mil. ¿Quién sabe cómo irán las cosas? Sonríale la fortuna y no le faltarán súbditos.

(Suben a la cumbre del monte y contemplan la posición de las tropas, llegando hasta ellos los sonidos de las bandas y de las músicas militares.)

Mefistófeles. Ventajosa es la posición que ocupa; pasémonos a él y suya será la victoria.

Fausto. ¿Qué podremos prometernos?

Mefistófeles. Por medio de la estrategia se ganan las batallas. Conservemos al emperador su trono y sólo tendrás que hincar la rodilla para obtener en feudo un país externo y rico.

Fausto. Procúrame ahora el placer de verte ganar una batalla.

Mefistófeles. Eres tú el que debes ganarla; a ti te toca ser general en jefe.

Fausto. Dirigir lo que no entiendo será una honra digna y merecida.

Mefistófeles. Con sólo el bastón de mando del jefe te respondo de éste. Por tanto tiempo sufrí la guerra, que acabé por formar un consejo compuesto de las fuerzas elementales del hombre y de los montes.

Fausto. ¿Quiénes son aquellos hombres armados? ¿Acaso has sublevado al pueblo de la montaña?

Mefistófeles. No; pero, como maese Peter Squenz, he sacado de entre la multitud la quinta esencia.

(Los tres valientes se adelantan. Sam. II, XXIII, 8.)

Mefistófeles. Mira mis tres aliados; no te arrepentirás de haber visto en ellos distinta edad, trajes y armaduras diferentes.

Raufebold, (joven de elegante armadura y en trajes de vistosos colores.) Si alguno hay que se atreva a mirarme, le hundiré mi puño en el rostro, y al cobarde que intente huir le agarraré por los cabellos.

Habedald, (de aspecto marcial y traje rico.) Las vanas querellas son necedades en que se pierde el tiempo. Procura adquirir sin pararte en los medios hasta después de haberlo logrado.

Haltefest, (hombre de edad, sólidamente armado y sin adorno alguno.) Bueno es en verdad adquirir, pero aún es mucho mejor conservar. Sigue los consejos del viejo si no quieres verte explotado.

(Descienden juntos al valle.)

Al otro lado de la montaña.

Rumor de bandas y de músicas militares. La tienda del Emperador.

El emperador y el General en jefe Trabans.

El General en jefe. Acertado me parece el plan de concentrar todo el ejército en el valle; a él vamos a deber la victoria.

El Emperador. Lo veremos; sin embargo, esta especie de fuga me aflige en gran manera.

El General en jefe. Contempla nuestra ala derecha; sólo un guerrero puede haber creado la oposición que ocupa; sus alturas, aunque algo ásperas, no son accesibles y, por tanto, ventajosas para los nuestros y peligrosas para el enemigo; no creo venga a exponerse la caballería en este plano ondulado en que estamos emboscados.

El Emperador. Dispuesto estoy a recompensar a los que se distinguen en esta jornada.

El General en jefe. ¿No ves en la llanura la cohorte dispuesta a entrar en batalla? Brillan sus pies a los rayos del sol entre los vapores de la montaña; muchos son los miles de hombres que arden en deseos de probar su heroísmo; no habrá fuerza enemiga que no se desbande a su irresistible empuje.

El Emperador. Por primera vez contemplo este grande espectáculo; vale este ejército lo que cualquiera otro de doble fuerza.

El General en jefe. En nuestra ala izquierda, esforzados héroes guardan la sólida peña; aquel pico granítico en que brillan tantas armas, defiende el paso del estrecho desfiladero.

Imponentes serán los esfuerzos que haga el enemigo por apoderarse de aquella posición que ha de ocasionar su derrota.

El Emperador. Ya se acercan allí esos falsos aliados que me daban los nombres de tío, primo y de hermano, y que, abusando del favor del que gozaban, no pararon hasta quitar al cetro su fuerza y al trono su respeto; devastaron el imperio, uniéndose luego para alzarse contra mí. La multitud vacila, pero acaba al fin por ceder ante el torrente impetuoso que la empuja.

El General en jefe. Uno de nuestros soldados, encargado de reconocer el

terreno, viene precipitadamente hacia nosotros. ¡Ojalá le haya sido la suerte propicia!

Primer Mensajero. Hemos logrado insinuarnos a fuerza de valor y astucia, sin obtener gran resultado; gran número ofrece prestarte homenaje y obedecerte como el cuerpo más fiel de tus tropas; pero nosotros sólo vemos un pretexto por lograr la inacción, la discordia intestina y la ruina de tu reino.

El Emperador. El egoísta nunca obra a impulsos del reconocimiento, de la simpatía, del deber ni del honor y sí tan sólo en interés propio.

El General en jefe. Ahí llega el segundo mensajero; desciende a paso lento, rendido de fatiga y temblando.

Segundo Mensajero. He visto un gran tumulto, pero aparece un nuevo emperador, y la multitud se lanza al llano, siguiendo cual manada de carneros la funesta bandera que se despliega al viento.

El Emperador. Veo avanzar a un rival y por vez primera siento que soy el emperador. El casco y la armadura despiertan en mí grandes designios; ahora comprendo lo que echaba de menos en medio del esplendor de la corte: el peligro. Todos me aconsejabais los juegos caballerescos, y no pensaba más que en torneos; otro sería la gloria de mis altos hechos, a no haberme distraído de la guerra. Desde el momento en que he mirado el imperio del fuego, he sentido en mi pecho el sello de la independencia, y se ha apoderado de mí el elemento con todos sus honores. He soñado en victoria y fama. Hora es ya de que comprenda ya lo que he descuidado.

(Parten los heraldos para provocar al antiemperador. Fausto, cubierto de una armadura y con la visera echada. Los Tres Valientes en el traje antes citado.)

Fausto. Nos adelantamos sin temor de que nadie nos reprenda; el montañés medita para descifrar los caracteres de la naturaleza y del granito; los espíritus viven más que nunca en la montaña. Allí silenciosos obran en el laberinto de los abismos, y entre el gas de los ricos vapores metálicos, analizándolo y combinándolo todo, tendiendo a hacer nuevos

descubrimientos. Con la mano maestra de los poderes sobrenaturales, disponen de las formas transparentes, contemplando luego en el cristal los acontecimientos del mundo superior.

El Emperador. Te oigo y quiero creerte; pero dime, buen hombre, ¿a qué viene ahora todo eso?

Fausto. El nigromántico de Nurcia, el Sabio, es tu fiel súbdito. Amenazábale un día inminente peligro, ya chisporroteaban los tizones, la llama aguzaba sus lenguas, el azufre y la pez embadurnaban la pira en torno suyo; ni el hombre ni el diablo podían salvarlo, y, sin embargo, tu poder rompió el ardiente círculo. Desde que ocurrió esto en Roma, se olvidó de sí propio por no pensar más que en ti, y así es que ha seguido con amor y ansiedad todos tus pasos. Por ti consulta las estrellas y los abismos; por salvarte nos ha confiado la misión de acudir a tu auxilio lo más pronto posible con todas las fuerzas imponentes de la montaña.

Obra así la naturaleza en toda su libertad exuberante y da la estupidez a sus obras el nombre de brujería.

El Emperador. Si con placer saludamos al que alegre acude a compartir nuestro gozo en los días de fiesta, y nos complace tanto ver a la multitud apiñarse en el vasto espacio de nuestros salones, ¿qué no sentiremos por el hombre de corazón, que desinteresado nos presta su apoyo en los momentos de prueba y cuando está en fiel balanza de nuestro destino? No empuñéis en esta hora solemne vuestro acero sediento de gloria; respetad el momento en que miles de hombres avanzan por defenderme y combatirme. Tiene el

hombre grandes deberes que cumplir por sí mismo. El que aspire al trono y a la corona, sea digno de honra tan señalada; arrojemos por nuestro propio brazo al imperio de los nuestros al fantasma que se ha alzado contra nos, proclamándose emperador, jefe de nuestro estados, general del ejército y soberano de nuestros grandes vasallos.

Fausto. Por gloriosa que sea esta empresa, haces mal en exponer de este modo tu vida. A toda costa debe conservarse el que inflama nuestro valor. ¿Qué sería del ejército sin jefe? Si el jefe duerme, todos se aletargan, si cae

herido, cunde el desaliento en las filas, y todos se animan al verle sano y salvo. Entonces no hay quién deje de cumplir con su deber, ni broquel que no se levante para proteger el cráneo, ni espada que desvíe o rechace el golpe que luego inteligente asesta. Hasta el pie cumple oprimiendo la nuca del enemigo derribado.

El Emperador. Tanto le odio que quisiera hacer un escabel de su cabeza.

Los Heraldos, (regresan.) No hay en el campo enemigo dignidad. Han acogido con risa nuestra proposición noble y enérgica. “¡Vuestro emperador ya no existe; se ha desvanecido como un eco allí abajo en el estrecho valle!”

Fausto. Su contestación ha sido conforme al deseo de los que, fieles, están a tu lado; ya que el enemigo se acerca y los tuyos aguardan con impaciencia, dispón el ataque, porque el momento es propicio.

El Emperador. Te cedo el mando. (Al General en jefe.) Príncipe, cumple con tu deber.

El General en jefe. Adelántense, pues, el ala derecha, a fin de que la izquierda del enemigo, que quiere apoderarse de la altura, tenga que ceder ante la fidelidad de nuestros esforzados jóvenes.

Fausto. Manda que ese joven héroe entre en tus filas y que sea incorporado en tus batallones, para que sirva en ellos de ejemplo su generoso impulso. (Indicando hacia su derecha.)

Raufebold, (se adelanta.) El que me mire cara a cara no volverá la espalda sin tener rotas las mandíbulas y la cabeza, y si tus hombres hacen trabajar como yo la maza y la espada, el enemigo quedará vencido y ahogado en los charcos de su sangre. (Se va.)

El General en jefe. El centro del ejército siga el movimiento y oponga al enemigo todas sus fuerzas; el valor indomable de nuestros soldados hace allí abajo inútil todas sus maniobras.

Fausto, (señalando al hombre del centro.) Que aquel reciba también tus

órdenes.

Habebald, (se adelanta.) Al valor de las legiones debe unirse la sed del botín. Sea la rica tienda del antiemperador el blanco de nuestros ataques; no permanecerá por mucho tiempo en su trono; dejad que me ponga al frente de las tropas.

Eilebeute, (vivandera.) Por más que no esté casada con él, será para mí el veterano preferido. La mujer es terrible cuando coge, y sin piedad cuando roba. Marchemos a la victoria pues todo nos es permitido. (Parten.)

El General en jefe. Su ala derecha se arroja vigorosamente sobre nuestra izquierda, pero como están resueltos nuestros soldados a luchar cuerpo a cuerpo, no logrará el enemigo apoderarse del estrecho paso del desfiladero.

Fausto, (indicando hacia su izquierda.) General, te ruego no olvides esta máxima: Bueno es que aumenten los refuerzos de los fuertes.

Haltefest, (se adelanta.) El ala izquierda no os inspire ningún cuidado, porque donde yo estoy la posesión no se pierde; ni aun el rayo puede destruir lo que yo poseo. (Vase.) Mefistófeles, (descendiendo de la montaña.) En cada garganta se agrupan hombres armados llenando los senderos; aguardan la señal del combate formando un muro con sus cascos, armaduras, espadas y broqueles. (En voz baja a los iniciados.) No me preguntéis de dónde esto procede; sabed que he aprovechado el tiempo, y que están todas las salas de armas vacías en nuestros alrededores. Allí estaban de pie o a caballo aquellos caballeros, reyes y emperadores, que son ahora conchas vacías, en la que habrá ido a envolverse más de un espectro para resucitar la Edad Media. (En voz alta.) Oíd cómo se irritan y se entrechocan

con un rumor metálico, ved cómo flotan en los estandartes jirones de banderas que ansiaban salir al aire libre. He ahí un antiguo pueblo dispuesto a tomar parte en las batallas de nuestros tiempos.

(Resuena la bélica trompa en las cumbres; gran confusión

en el ejército enemigo.)

Fausto. El cielo acaba de encapotarse; se ve brillar en él un resplandor que es señal de grandes presagios. La peña, el bosque, la atmósfera y el cielo, todos están envueltos en un caos.

Mefistófeles. El ala derecha se mantiene firme; veo en la pelea, sobrepujando a todos, a Hans Raufebold, el gigante que está vivamente ocupado en su empresa.

El Emperador. Sólo vi al principio levantarse un brazo y ahora veo que hay más de una docena batallando. Esto no es natural.

Fausto. ¿Has oído hablar de las nubes que ciernen sobre las costas de Sicilia? Allí verás raras formas errando por el claro cielo, llevadas hacia los espacios intermedios y reflejadas en vapores singulares; allí ciudades que van y vienen en jardines que suben y bajan, según la forma en que se destaca en el aire.

El Emperador. Con todo, es esto sospechoso. Veo brotar rayos de los picos y envueltas en un mar de llamas las brillantes armas, y todo esto me parece fantasmagórico.

Fausto. Perdona, señor; no son más que vestigios de naturalezas ideales que han desaparecido, un recuerdo de los Dioscuros, por quienes juraban todos los navegantes.

Reúnen aquí sus últimas fuerzas.

El Emperador. Pero ¿a quién debemos que la Naturaleza nos colme así de prodigios?

Mefistófeles. ¿A quién sino a aquel maestro sublime que lleva tu destino? Las amenazas de tus enemigos le han conmovido hasta en lo más profundo, y su reconocimiento quiere verte salvado, aunque haya de costarle la vida.

El Emperador. Me conducían en gran pompa, porque era entonces algo; quise probar si sería bueno devolver el aire libre a la barba cana, y lo hice sin pensarlo mucho tiempo. Por este medio consagré una fiesta al clero sin que lograrse atraérmele. Puede que ahora recoja el fruto de aquella buena acción.

Fausto. Todo beneficio reporta ventajas. Creo que va a enviarnos un agüero que podremos comprender.

El Emperador. Un águila se cierra en el cielo, y un grifo la persigue encarnizadamente.

Fausto. El enigma no puede ser más propicio: el grifo es un animal fabuloso, ¿como se atreverá a medir sus fuerzas con el águila real y verdadera?

El Emperador. Se observan describiendo ambos círculos. Pero ya se acometen para desgarrarse el pecho y la garganta.

Fausto. Mira cómo el grifo, vencido y escarmentado, va a ocultar su derrota en el bosque que corona la cumbre, desapareciendo en él con su cola de león entre las piernas.

El Emperador. Cúmplase el enigma que acepto con asombro.

Mefistófeles, (volviéndose hacia la derecha.) El enemigo cede a nuestros golpes, y sin orden se repliega sobre su derecha, llevando así la confusión al ala izquierda. Nuestro centro se dirige hacia la derecha, y cae con la velocidad del rayo sobre el flanco más débil, y cual onda agitada por la tempestad se arremeten con furia los dos ejércitos, empeñándose por doquier un doble combate. No puede ofrecerse espectáculo más grandioso. Hemos ganado la batalla.

El Emperador, (vuelto hacia la izquierda y dirigiéndose a Fausto.) Abrigo temores acerca de nuestra posición, que no deja de ser peligrosa; el enemigo ocupa los picos inferiores, y acaban de ser abandonados los más altos; va el enemigo avanzando en masa habiéndose apoderado quizá ya del desfiladero y coronando el mejor éxito su sacrílega intentona. De nada han servido vuestros artificios.

(Pausa.)

Mefistófeles. Ya vienen mis dos cuervos; veamos qué noticias traen: mucho me temo que vayan mal las cosas.

El Emperador. ¿Qué nos querrán esas odiosas aves, que escapadas de la ardiente batalla dirigen hacia nosotros sus negras velas?

Mefistófeles, (a los dos cuervos.) Venid junto a mi oído. El que vosotros protegéis no puede estar perdido, porque es sensato vuestro consejo. La posición de vuestros héroes en aquella escarpada roca me parece de triste agüero; pues si son tomadas las alturas y logra el enemigo forzar el paso será nuestra situación muy apurada.

El Emperador. Siempre he temido ser vuestra víctima y que me envolveríais en vuestros lazos; tiemblo desde que me cercan.

Mefistófeles. Ánimo, pues, ya que nuestra situación no es aún desesperada: paciencia y astucia para vencer estos últimos obstáculos; es siempre al fin cuando más se complican los sucesos. Ya que tengo aquí a mis mensajeros, confiéreme el mando.

El General en jefe, (se presenta durante este altercado.) Te has unido con esos. Nunca produce la fantasmagoría un bien duradero; ya que ellos han propuesto el plan de ataque, que continúen dirigiéndole; aquí depongo mi bastón de mando.

El Emperador. Consérvale para cuando la suerte nos sea más propicia. Me horroriza ese repugnante cofrade, sobre todo al ver su familiaridad con los cuervos. (A Mefistófeles.) No puedo confiarte el mando, porque no me pareces bastante a propósito para

desempeñarle. Sin embargo, dispón y procura salvarnos. (Entra en su tienda con el general.) Mefistófeles. Que su bastón le proteja más de lo que nos habría protegido a nosotros, porque había en él algo de la cruz.

Fausto. ¿Qué haremos?

Mefistófeles. Todo está ya dispuesto; negros primos míos, que se nos sirva prontamente: id al gran lago de la montaña, y después de saludar de mi parte a las Ondinas, pedidlas la apariencia de sus olas. Hábiles en toda clase de artificios femeniles, sabrán separar la apariencia de la realidad, hasta el punto

de que se confunda una y otra.

Fausto. Los mensajeros deben haber hecho la corte a las ninfas de las aguas. Allí abajo empieza ya a manar un manantial abundante y puro. Adiós, victoria de nuestros contrarios.

Mefistófeles. He aquí una singular acogida; son derrotados al dar el asalto los más intrépidos.

Fausto. Ya el arroyo se junta al arroyo. Hay además aquel torrente en que flota el arco iris, que mugidor y blanco de espuma va por grados arrojándose al valle. La corriente impetuosa se lanza sobre ellos para sepultarlos.

Mefistófeles. Reina la función en todas partes. (Los curvos han vuelto.) Si queréis dar un gran golpe, dirigíos hacia la ardiente fragua en que el pueblo pigmeo trabaja el metal y la piedra hasta arrancarle numerosas chispas. Pedid allí un fuego que brille, resplandezca y chispee, un fuego que apenas pueda uno concebirle. (Parten los cuervos y sucede lo que ha sido prescrito.) Envolver al enemigo en las más densas tinieblas y deslumbrarle luego con

un súbito resplandor, será verdaderamente admirable: debe buscarse además un rumor que le espante.

Fausto. Las huecas armaduras salidas del sepulcro parecen revivir al aire libre: puesto que hay en la altura un chirrido, un estruendo y una música inarmónica.

Mefistófeles. Nada es capaz de contenerles; sus caballerescas legiones hacen resonar el espacio. Ya el tumulto retumba a lo lejos y, como en todas las grandes fiestas del verano, es el odio de los partidos el que causa más cúmulo de horrores. La confusión aumenta en un modo agudo, penetrante y terrible, sembrando el espanto en el valle.

(Tumulto militar en la orquesta, que toca himnos guerreros.)

La tienda del antiemperador. Trono ricamente adornado.

El Emperador y cuanto príncipes se adelantan.

El Emperador. La victoria es nuestra; los últimos dispersos del enemigo acaban de desaparecer en la llanura. Aún se levanta aquí el trono que acaba de ser abandonado, con los inmensos tesoros. Aquí mismo, colmados de honores, aguardaremos como emperador a los enviados de los pueblos, pues de todas partes se reciben noticias favorables. ¡Descienda la paz sobre el imperio que reconoce nuestra soberanía! Si ha habido en ello algo de hechicería, bien caro lo ha pagado nuestra persona; ruda ha sido la prueba que han sufrido nuestros guerreros, hasta que han empezado a llover piedras y sangre sobre el enemigo, y a salir del seno de las cavernas voces poderosas extrañas que han dilatado nuestro pecho y comprimido el de nuestros contrarios. Cayó el vencido para su eterno baldón; en su gloria el vencedor entonó un himno a la divinidad propicia, que a coro repiten millares de súbditos. Entre tanto, como alabanza suprema, dirijo al cielo y a mi conciencia una mirada piadosa, lo que sólo hacía antes muy raramente. Por más que un joven príncipe en su dicha pierda inútilmente el tiempo, día vendrá en que la experiencia le enseñe la importancia de todos sus momentos.

(Entra el arzobispo.)

El Emperador. Cuando una bóveda está bien construida, nada puede con ella la acción del tiempo. Aquí ves a los cuatro príncipes, con los que acabamos de proceder a la constitución de nuestra casa imperial; ahora que todo lo que el imperio contiene en su seno se apoya con fuerza y poder en el número cinco, quiero que brillen los cuatro príncipes sobre todos los demás, y aumento desde ahora la extensión de sus dominios con el patrimonio de todos los que no nos han sido fieles. Así, pues, a vosotros, que habéis sido leales, voy a adjudicarlos un hermoso país, uniendo a ello el derecho de extenderle a lo lejos, sea por herencia, adquisición o cambio. Luego que ejerzáis los derechos señoriales que os pertenecen, podréis pronunciar sentencias, y será inapelable el fallo que dé vuestro tribunal sublime.

Además, os concedemos los impuestos, el censo, los derechos de homenaje y de escolta, los peajes y los monopolios de minas, salinas y moneda; porque deseando probaros nuestro reconocimiento, os hemos dado nuestro primer

rango.

El Arzobispo. ¡Suban hasta ti las gracias que te doy a nombre de todos! Tú nos haces poderosos y afirmas al mismo tiempo tu poder.

El Emperador. Vivo por mi imperio y me siento animado del deseo de vivir por él.

¡También yo al fin tendré que separarme de mis fieles! Y Ahora para entonces os elijo para que me nombréis un sucesor, que luego de coronado llevaréis al ara santa, con el fin de que nuestras sangrientas discordias sucedan en su reinado días de bonanza.

El Canciller Mayor. Los príncipes de la tierra se inclinan delante de ti con la humildad en el rostro y el orgullo en el fondo del pecho. Mientras hierva la sangre en nuestras venas, seremos siempre el cuerpo que tu voluntad moverá.

El Emperador. Estáis en plena y libre posesión de todos los bienes que de nos habéis recibido, con la condición de que deben ser indivisible, que de cualquier modo que logréis aumentarlos, han de pasar a nuestro hijo primogénito.

El Canciller Mayor. Desde ahora voy a confiar al pergamino ese importante estatuto, que labrará la dicha del imperio y la nuestra. Las copias selladas deberán ser expedidas por la Cancillería, autorizadas con tu sagrada firma. (Los príncipes temporales se alejan.) El Príncipe de la Iglesia, (se queda y habla con énfasis.) El canciller se aleja y el obispo se queda, pues su corazón paternal tiembla por ti.

El Emperador. Dime, ¿cuáles son las angustias que te asedian en este afortunado día?

El Arzobispo. ¡Con dolor te veo unido con Satán! Hete aquí seguro en tu trono, pero ¡ah! lo debes a tu falta para con Dios y nuestro Santo Pontífice. Si el Papa estuviera enterado, te impondría un castigo terrible, y no tardarían los rayos de su justicia en aniquilar tu imperio, obra del pecado; no ha olvidado aún que el día de tu coronación salvaste al hechicero, ni que el primer rayo de

gracia que brotó de tu diadema fue para él, en perjuicio de la cristiandad. Pero arrepiéntete y da al santuario una parte de aquella fortuna ilegítima. El país monstruoso en que flota tu tienda, donde acudió en tu auxilio el maligno espíritu, por haber prestado oídos al príncipe de la mentira, cédelo para que se haga en él alguna obra piadosa.

Añade además el monte y el espeso bosque que se pierden de vista a lo lejos, las alturas que se cubren de pastos eternos, los lagos límpidos que abundan en peces, los numerosos arroyos que rápidos serpentean arrojándose al valle que deberás también ceder con sus prados, llanuras y barrancos; de esta suerte manifestarás tu arrepentimiento y alcanzarás el perdón de tus faltas.

El Emperador. Tato me espanta la enormidad de mi falta, que quiero que tú mismo indiques lo que he de hacer para repararla.

El Arzobispo. En primer lugar debe ceder a la iglesia el terreno en que se consumó el pecado; paréceme ver ya levantar en él fuertes paredes; que el sol de la mañana ilumina el coro; que el edificio en construcción va ensanchándose en forma de cruz, y que la nave se prolonga y se eleva con gran placer de todos los fieles, que llenos de fervor se agrupan a la puerta principal. El primer tañido de la campana resuena ya al través del monte y el valle, mientras que su sonido hace retemblar aún el alto campanario, que se pierde en las nubes, y a su acento acude el pecador para recobrar la calma y la dicha. ¡Ojalá podamos ver en breve el día solemne de la inauguración!

El Emperador. ¡Que esa santa obra demuestre el deseo que nos anima de alabar al Señor y expiar nuestros pecados! Siento ya elevarse mi espíritu.

El Arzobispo. Como canciller, yo me encargo de dar las órdenes y de disponer las formalidades.

El Emperador. Puede extender un documento por el cual pueda la iglesia incorporarse aquellos dominios, y yo le afirmaré con el mayor gusto.

El Arzobispo, (retrocediendo después de haberse despedido.) ¿Se entiende que consagras para siempre a la nueva construcción todas las rentas del país, diezmos y censos? De otra

manera sería imposible sostener dignamente semejante fundación, para anticipar la erección del monumento en un terreno tan inculto, preciso será que nos auxiliéis con un poco de oro de tu rico botín. Tampoco debo ocultarte que necesitaremos maderas, cal, pizarra y otros materiales que han de venir de muy lejos. El pueblo se encargará del transporte, al recordarle nosotros que la iglesia bendice al que trabaja en su favor. (Vase.) El Emperador. ¡Cuán enorme es el pecado por mí cometido! Ese maldito hechicero es la causa de todos mis apuros.

El Arzobispo, (se presenta otra vez haciendo una profunda reverencia.) Perdona; señor, el hombre de mala fama ha recibido en feudo el litoral del reino; pero puedes estar seguro que se le condenará al destierro, si no cedes a la iglesia los diezmos, el censo, los derechos y las rentas de aquel dominio.

El Emperador. Aquel país está aún sumergido en el fondo del mar.

El Arzobispo. Para el que tiene el derecho llega siempre su día. Sólo os exigimos vuestra palabra.

El Emperador, (a solas.) A este paso, pronto tendré que ceder todo el imperio.

ACTO V

País descubierto.

Un Viajero. Veo allí abajo los tilos sombríos en toda la fuerza de su vejez; ¡quién me hubiera dicho que había de volver a hallarles después de tan largo viaje! He aquí la cabaña que me recogió al arrojarme las aguas a este sitio. ¡Cuánto daría por poder bendecir a mis huéspedes compasivos! Pero era ya entonces aquella buena pareja, sobrada entrada en años.

¿Llamaré a su puerta? ¡Vosotros que cifráis la dicha en hacer bien, apóstoles de la hospitalidad, os saludo!

Baucis, (madre muy anciana.) Silencio, querido extranjero; deja descansar a mi esposo: un prolongado sueño puede procurarle la actividad de que tanto necesita.

El Viajero. Dime, madre, ¿estás aún aquí para recibir las gracias, junto con tu esposo?

¿Eres tú aquella Baucis, cuyos cuidados devolvieron la vida a mis cárdenos labios? (Se adelanta al esposo.) ¡Salud, oh Filemón, que con fuerte brazo arrancaste mi tesoro del fondo de las aguas. Dejad que contemple el mar infinito; dejad que me arrodille y ore, porque me ahogo!

Filemón, (a Baucis.) Ve a disponer la mesa en el punto más florido de nuestro jardín. (Se sienta junto al viajero.) El mar terrible que os trató antes con tanto rigor, le veis hoy convertido en un verdadero paraíso. Los esforzados criados de los prudentes señores abrieron fosos, levantaron diques y rechazaron al mar por quedarse con las tierras en que aquél imperaba; en vez de agua, ves ahora verdes praderas, jardines, bosques y un pueblo.

Se ven aún a lo lejos deslizarse algunas velas, que van en busca de puerto donde pasar la noche.

En el pequeño jardín

Una mesa para tres.

Baucis, (al extranjero.) Estás callado sin probar nada.

Filemón. Es porque desea saber algo del pródigo que tanto admira.

Baucis. Sí, fue verdaderamente un pródigo, porque el modo con que todo esto se hizo nada bueno me indica.

Filemón. ¿Acaso el emperador cometió un crimen al otorgarle la orilla? Vino un heraldo a proclamarlo, y pronto se levantaron en nuestra cuna varias tiendas y cabañas. También se levantó un palacio entre el follaje.

Baucis. De día trabajan los obreros con espantoso estruendo: doquiera que brillaban de noche las chispas, estaba al día siguiente levantado un dique. La sangre humana era derramada en sacrificio y turbaban el silencio de la noche gritos de mortal angustia, e iba la ola incandescente rodando hacia el mar, por

hallarse terminado ya un canal al romper el día. Es un impío, y nuestra cabaña y nuestro bosque excitan su codicia, pero por más déspota que sea, debemos acatarle.

Filemón. Nos has ofrecido fértiles tierras en el nuevo país.

Baucis. No creas en tierras que han cubierto las aguas; conserva tu casa en la altura.

Filemón. Dirijámonos a la capilla para contemplar los últimos rayos del sol, y vamos a tocar la campana, a arrodillarnos, a orar y a entregarnos en cuerpo y alma al Dios antiguo.

Un palacio. Gran parque, canal inmenso

Fausto, eternamente decrepito, paseándose pensativo.

Linceo, (guardia de la torre.) (Por medio de su bocina.) El sol declina y entran los últimos buques atrevidamente en el puerto. Pronto va a llegar al canal una gran canoa cuyas vistosas banderas flotan alegremente; el contraemaestre se glorifica en ti, a quien sonrío la fortuna por muchos años. (La campana resuena.)

Fausto, (irritado.) ¡Maldito sonido, que me hierde en lo más hondo de mi corazón como tiro disparado entre unos matorrales! ¡Se extiende ante mí un reino sin límites, y tengo siempre a mi lado un enemigo, que recuerda con el sonido de su campaña la ilegitimidad de mis inmensos bienes! Ni el bosque de tilos, ni la casita que junto a ellos se levanta, ni la capilla cubierta de musgo me pertenecen; si me dirijo alguna vez hacia aquella parte, me suceden cosas que me espantan; sólo hay allí llanto para mis ojos y espinas para mis pies.

El guardia de la torre, (como antes.) El viento de la tarde empuja hacia nosotros a la brillante canoa.

(Magnífica canoa, con cargamento rico y variado de varios

productos de países lejanos.)

Mefistófeles y los tres valientes compañeros.

Coro. Saltemos pronto a esta tierra amiga, y saludemos con efusión al dueño y señor.

Mefistófeles. Nos hemos portado heroicamente. Sólo teníamos al partir dos buques, y ahora contamos veinte en el puerto. En nuestro cargamento pueden verse las grandes cosas que hemos hecho; la libertad del mar emancipa el espíritu; allí puede verse lo de que es capaz la energía. Puede allí un puñado de hombres resueltos hacer fortuna, se apresura un buque y

cuando uno tiene tres, no para hasta atrapar el cuarto, y con tal que tenga la fuerza, no le falta nunca el derecho. Sería no tener ningún conocimiento en la navegación el suponer que la guerra, el comercio y la piratería no son inseparables.

Los Tres Valientes. ¡Ni gracias, ni un saluda, como si llevásemos un montón de escombros!

Parece estar de un humor insoportable.

Mefistófeles. Empezad por poned sobre el puente lo más precioso; de seguro no se mostrará avaro, antes bien dispondrá fiestas en honor de la flota.

(Se dispone el cargamento.)

Mefistófeles, (a Fausto.) Contemplas tu dicha con rostro sombrío y triste; a tu saber se debe el que esté el mar reconciliado con la orilla, y que reciba de buen grado al buque para impulsarle a un activo y largo viaje. Confiesa que desde este tu palacio puedes abarcar el mundo, que fue construido aquí el primer buque y que donde sólo había antes un foso hoy el remo levanta las olas. Tu pensamiento elevado y la actividad de los tuyos han sabido conquistar el mar y la tierra.

Fausto. Condenado sea el que me postra y me abate. A ti no debo ocultártelo:

me siento herido el corazón, y no puedo soportarlo; cada vez que pienso en ello me siento humillado.

Sería preciso alejar a los ancianos de allí abajo; quisiera que estuviera mi morada entre aquellos tilos, árboles que me hacen odiosa la posesión del mundo por no ser míos.

Quisiera cortar las ramas de allí, contemplar lo que he hecho, abarcar de una mirada la obra maestra del espíritu humano y animar los inmensos espacios conquistados para establecer en ellos infinitas moradas. Sentir en la riqueza la necesidad de lo que más falta hace es el mayor de los tormentos. El sonido de la campana y el perfume que exhalan los tilos me envuelven como si estuviese en la iglesia y el sepulcro.

Mefistófeles. Sé cuál es el fastidio que envenena tu existencia. No hay oído noble y delicado al que no repugne el sonido de las campanas; siempre es aquel bin-bon eterno el que tiene su parte en todos los acontecimientos del hombre, desde su bautismo hasta su entierro.

Fausto. La resistencia y la obstinación hacen insoportable la posesión más bella.

Mefistófeles. ¿Por qué molestarte? ¿Acaso no quieres colonizar?

Fausto. Ve, pues, y procura despedirlos: ya sabes cuál es el pequeño Edén que he elegido para aquellos dos ancianos.

Mefistófeles. Se les sacará de allí y antes de que lo noten estarán ya instalados. La hermosura de su nueva habitación les hará olvidar pronto la violencia sufrida.

(Da un silbido. Los tres se adelantan.)

Mefistófeles. Id a ponerlos a disposición del jefe, que mañana habrá fiesta naval.

Los tres. El viejo dueño nos ha recibido mal y nos debe una fiesta señalada.

Noche oscura

Liceo, (guarda de la torre, cantando de centinela.) Nací para ver y observar y estoy siempre en esta torre, y es para mí el mundo bello, puesto que miro a lo lejos y contemplo de cerca la luna, las estrellas, los bosques en toda su eterna hermosura. Ojos afortunados, todo

cuanto habéis visto es digno y noble. No tan sólo por mi recreo estoy colocado a tanta altura; grandes son los peligros con que me amenaza el seno de las tinieblas. Sobre mi cabeza serpentean los rayos por entre la oscuridad de los tilos, y aumenta el incendio atizado por el viento, arde la húmeda cabaña que se alzaba cubierta de musgo. ¡Pobres ancianos que tanto procuraban evitar el incendio! ¿Quién hubiera creído que llegasen a ser presa de las llamas? Son tan rápidos los progresos del voraz elemento, que hasta el musgo no es más que una brasa purpúrea. ¡Puedan al menos los dos ancianos librarse de aquel infierno! Se oye el chisporroteo de las secas ramas que arden y desaparecen. La capilla se derrumba bajo el peso de los ardientes tizones; las llamas serpentean en las cimas de los más altos árboles, y los huecos troncos, abrazados hasta su raíz, tienen un color purpurino.

Fausto, (en su balcón.) El plantío de tilos ha desaparecido sin quedar de él más que un montón de troncos carbonizados; pero pronto tendremos allí un hermoso Edén, desde el que la vista podrá complacerse en lo infinito y también podré descubrir desde allí la nueva habitación en que los dos ancianos, merced a mi creencia magnánima, verán transcurrir tranquilos sus últimos días.

Mefistófeles, (y los tres en voz baja.) Perdonad si no ha ido todo como deseabais. Hemos dado fuertes golpes, sin que nadie nos abriese, por lo que nos hemos visto obligados a derribar la puerta. Una vez dentro, hemos dado voces y proferido amenazas sin que tampoco nadie nos conteste, y entonces, sin perder tiempo, te hemos desembarazado de aquellos importunos huéspedes. En breve, los dos ancianos han sucumbido al terror de que estaban poseídos; pero un extranjero que se encontraba allí ha querido resistir y le hemos tendido muerto. Se ha declarado el incendio durante la lucha, y ahora la llama lo invade todo, formando una pira dispuesta para los tres.

Fausto. ¿Estaríais sordos al recibir mis órdenes? Yo quería un cambio y no un expoliación.

Rechazo y maldigo ese acto injusto y brutal del que vosotros sois responsables.

Coro. La Palabra, la antigua Palabra, dice: obedece de buen grado a la fuerza y, si quieres sostener el asalto, expón tu casa, tu hogar y tu persona. (Vase.)

Fausto, (en el balcón.) Las estrellas ocultan sus rayos, a causa del fuego que arde a menor altura y atizado por un airecillo que hace llegar hasta aquí el vapor y el humo. ¡Orden dada en un instante y ejecutada demasiado pronto! ¿Qué espectro es el que viene flotando hacia mí?

Media noche

Se adelantan cuatro mujeres en traje parauzco.

La primera. Tengo el nombre de Angustia.

La segunda. A mí me llaman la Deuda.

La tercera. Mi nombre es Aflicción.

La cuarta. Yo me llamo Necesidad.

Terceto. La puerta está cerrada y no entraremos; allí vive un rico y nos es imposible introducirnos.

La Angustia. Yo me convierto en fantasma.

La Deuda. Dejo yo de existir allí.

La Necesidad. Allí la vista se aparta de mí.

El Cuidado. No os atrevéis a entrar, hermanas mías; pero la Aflicción sabe deslizarse por el ojo de la llave. (La Aflicción desaparece.)

La Angustia. Mis tristes hermanas, alejaos de aquí.

La Deuda. Yo me uno a ti para no separarme nunca de tu lado.

La Necesidad. Pues yo también te acompaño para seguir tus huellas.

Terceto. Las nubes desaparecen, las estrellas se ocultan tras ellas y llegan de lejos, de muy lejos; llega también la Muerte, nuestra hermana.

Fausto. He visto venir cuatro y sólo vuelven tres; en vano intento penetrar el sentido de sus palabras: pronunciaban las de Remordimiento y Aflicción. También he oído una rima sombría... la Muerte; palabra pronunciada con voz hueca y ahogada, como voz de espectro.

¡Oh, magia, cuánto daría por olvidar tus fórmulas! ¡Oh, Naturaleza, que sólo sea un hombre ante ti, que no sea más que un hombre! Si fuera algo más, sería el vivir cosa digna. ¡Un hombre! Lo era antes de cruzar las tinieblas; lo era antes de blasfemar del mundo y de mí.

Está ahora la atmósfera tan impregnada de nigromancia, que no queda ningún medio para librarse de ella. Si viene a sonreírnos un día radiante y sereno, no tarda en seguirle la noche para extraviarnos en triste laberinto de sueños. Si alegres penetramos en un florido prado, hay siempre en él un ave, cuyo triste canto nos anuncia la desgracia, haciéndonos caer en los lazos de la superstición, que obliga a pertenecer entre sus garras. La puerta rechina y nadie entra. (Con terror.) ¿Hay aquí alguien?

La Aflicción. La pregunta me obliga a contestar afirmativamente.

Fausto. Habla. ¿Quién eres?

La Aflicción. Aquí estoy.

Fausto. Vete.

La Aflicción. Estoy en mi puesto.

Fausto, (con exaltación.) Entonces sé circunspecta y no hables una palabra de

magia.

La Aflicción. Aun cuando no quieran oírme, se anunciarme a los corazones, merced a las varias formas que tengo para cumplir mi triste deber; soy siempre compañera molesta que todos encuentran sin que nadie me busque, viéndome a la vez halagada y maldecida. ¿Has conocido la Aflicción?

Fausto. Me he limitado a cruzar el mundo, satisfaciendo en lo posible todos mis deseos y prescindiendo de todos los que no podían contentarme sin ir en pro de los que no me era dado alcanzar. Deseé, obtuve y volví a desear, constantemente arrastrado por el torbellino de mi vida, antes tan activa y poderosa, como prudente ahora. Sé todo cuanto puedo saber acerca de horizonte terrestre; sólo ignoro lo que hay más allá. ¡Ay del insensato que en sus sueños cree superar a los demás en el conocimiento de los cielos! ¿Qué necesidad tiene el hombre de recorrer los espacios eternos? Aquí abajo puede comprender todo cuanto descubre y seguir su jornada sin turbar nunca al espectro en su curso, pues si va más lejos, encontrará angustias y dicha, pero no la satisfacción a que aspira.

La Angustia. El mundo deja de existir para el que yo dejo de poseer, siendo cada vez más densas las tinieblas que le cercan; para él no sale ni se pone el sol. No sabe como gozar de sus tesoros; dicha y desgracia, todo le incomoda; hasta en la saciedad siente el horror del hambre.

Fausto. No esperes cogeme de este modo; no tengo tiempo para escuchar necedades; vete, porque con tu cantinela bastarías a turbar la razón del más sensato.

La Angustia. ¿Si deberá proseguir o regresar? La solución le falta, y he aquí que anda a tientas en la mitad de su carrera; a cada paso es mayor su extravío; es para sí y para los demás carga pesada; no ha muerto y carece de vida, por lo que es igualmente capaz de

desesperarse o de estar resignado. Se le ve presa a la vez de una agitación terrible y de una indolencia insoportable, y de sueño fatídico que le hace temer el despertar y que le tiene clavado en el mismo sitio, haciéndole sufrir los horrores de un infierno.

Fausto. Espectros malditos, que os complacéis en torturar de mil modos a la especie humana, sé muy bien que no es fácil pueda uno librarse de vosotros, por ser el lazo indisoluble, pero o esperes tú. Angustia cruel, que, por grande que se tu poder llegue yo a reconocerte nunca. (La Angustia le sopla al rostro.)

La Angustia. Pues bien, experimentale en esta hora en que huyo de ti maldiciéndote: ya que los hombres son ciegos toda su vida, sólo tú al fin de ella.

Fausto, (ciego.) Es la noche cada vez más profunda, pero hay en mi interior una claridad pura que me guía. Mi pensamiento quedará cumplido, porque la palabra del jefe es de algún peso. Vamos todos a la pala, al azadón, al mazo, y no descuidar la obra para nuestro plan se ejecute, seguros de que no quedarán el orden y la actividad sin recompensa; cúmplase la obra más colosal del mundo, ya que basta un solo genio para dirigir mil brazos.

El gran patio del palacio

Antorchas.

Mefistófeles, (como inspector, delante.) Venid, oh Lemuros, esqueletos de miembros flotantes compuestos de tendones, nervios y huesos.

Los Lemuros, (a coro.) Acudimos para ayudarte en tu obra.

Mefistófeles. Haga cada cual lo que pueda; arrancad el césped que halla en torno vuestro y, como lo hicimos por vuestros padres, formad un cuadrilongo. Todo al fin acaba tristemente.

Los Lemuros, (cavando alegremente la tierra.) Vivir y amar, éste es el mayor de los goces que le es dado al hombre experimentar en la vida. Doquiera florezcan las rozas, hallamos siempre gratos recuerdos de nuestra pasada juventud, que nos hace saltar de gozo. Desde que apelamos al báculo de la vejez, tropezó nuestro pie con la tumba.

Fausto, (saliendo del palacio, deslizándose a tientas por entre las columnas de la puerta principal.) ¡Cuánto me anima el sonido de las palas y de los azadones! No sólo me indica una multitud que trabaja para mí, si no que, unida la tierra, señala las aguas sus límites y encierra el mar en estrechos confines.

Mefistófeles, (a parte.) Con tus diques y tus muelles trabajas para nosotros y dispones para Neptuno, el demonio de las aguas, un gran festín; estáis perdido, porque los elementos se han conjurado contra vosotros y todo sigue el camino de la destrucción.

Fausto. ¡Inspector!

Mefistófeles. Estoy a vuestras órdenes.

Fausto. Procura reunir el mayor número de operarios, alientales por medio de la recompensa y del castigo; paga, atrae y obliga. Quiero que se me dé un parte diario del estado de las obras en el foso.

Mefistófeles, (a media voz.) Hacer cierto lo que se me ha dicho, no debe tratarse del foso, sino de la fosa.

Fausto. Hay una laguna al pie del monte que infesta el país conquistado y desecar aquel estanque pestilencial sería la conquista suprema. Abro espacio para que vengan a habitarlos millares de seres en la libre actividad de la existencia; habrá en ellos verdes y fecundas campiñas; el hombre y sus rebaños se instalarán en las colinas y, feliz en el nuevo suelo,

aumentará su población activa y laboriosa. Es el interior un paraíso; por más que las olas en el interior se encrespen, puede aplacar su furor agrupándose la multitud por todas partes para cerrarle el paso. Me siento con fuerzas para consagrarme a esta idea, que es el complemento de la sabiduría: sólo es digno de la libertad y de la vida aquel que sabe cada día conquistarse una y otra; por esto aquí en medio de los peligros que le cercan, pasan el niño, el hombre, el anciano, audazmente sus años. ¿Por qué no ha de ver una actividad semejante en un sueño libre y en el seno de un pueblo libre? Entonces diría al segundo, que rápido transcurre: detente, ¡eres tan hermoso! La huella de mi vida no

puede quedar envuelta en la nada. Basta el presentimiento de aquella felicidad sublime para hacerme gozar mi hora inefable.

(Cae Fausto sin sentido, los Lemuros le tienden en el suelo.)

Mefistófeles. No hay dicha ni voluptuosidad que puedan saciarle; persigue palpables formas, y hasta se empeña el desgraciado en prolongar su postrer momento triste y vacío.

El que tanto me resistió sucumbe a la acción del tiempo; ved como yace el anciano en la arena, ved como el reloj se para.

El Coro. Se para o, mejor, se ha parado de repente a media noche.

Mefistófeles. Está parado; todo se acabó.

El Coro. Todo se acabó.

Mefistófeles. ¡Acabó! ¡Estúpida palabra! ¿Por qué acabó? ¿No equivale esto a decir que quedó reducido a la nada? ¿Qué significa la eterna creación si todo lo creado ha de desaparecer para siempre? El mundo, al dejar de existir, será como si no hubiese existido nunca, y, sin embargo, le vemos agitarse incesante como si realmente fuese algo. En verdad, prefiero mi eterno vacío.

(Canto funerario.)

Lemuro, (solo.) ¿Por qué tanto agitas el azadón, el martillo y la pala para procurarme habitación tan mal sana?

Los Lemuros, (a coro.) Es sobrado hermosa para el huésped vestido de lino.

Lemuro, (solo.) ¡Qué atmósfera tan triste y sombría! ¿Dónde están los muebles de esta vivienda?

Los Lemuros, (a coro.) Todo era prestado; el plazo acaba y los acreedores son numerosos.

Mefistófeles. El cuerpo yace inerte, y por si el espíritu pretendiese levantar el

vuelo, presentemos la célula escrita con sangre. ¡Ah! Son tantos los recursos que hay en esta hora suprema para arrebatarse las almas al diablo! Todo va mal y todo degenera cada día; el derecho basado en la costumbre es un antiguo derecho que cayó en desuso. Antes se exhalaba el alma con el último suspiro; yo lo acechaba y, como el gato al ratón, la cogía entre mis garras; hoy, por el contrario, se obstina en no salir de su triste corteza, de la repugnante morada que le ofrece un cadáver, hasta que los elementos, en su odio implacable, la arrojan de ella vergonzosamente. ¡Cuántos días y horas me quedan de tormento! Pero, ¿cómo, cuándo y dónde? He ahí lo que no puedo saber. (Gestos de conjuración fantástica, parecidos a los de un tambor mayor.) Ahora, alerta. Señores del cuerno recto y del cuerno retorcido, verdaderos diablos de la antigua raza, presentadme aquí las bocas del infierno; ya que tiene el infierno más de una boca, y sabe tragarse a cada

cuál según corresponde su dignidad. Y aún así acabarán las generaciones futuras por perder sus creencias antes de día supremo.

(Ábrese a mano izquierda la espantosa boca del infierno.)

Sus mandíbulas se abren; brota a torrente de su bóveda la ardiente lava, y entre los vapores del fondo descubro la fragua eterna de la ciudad de fuego. El crujido de la rojiza llama hace crujir los dientes de los condenados que se lanzan a nado hasta la orilla de aquel mar de fuego, implorando socorro; pero la hiena colosal se agita y se ven sumidos de nuevo en sus ardientes cimas.

(A los diablos obesos de cuerno encorvado y recto.)

Vosotros, pícaros panzudos de mejillas de fuego, que ardéis cubiertos de azufre, pesados monstruos de entumecida nuca, ved si luce aquí una partícula fosfórica, que será el alma, la Psiquea alada, y desplumadla para que se convierta desde luego en vil gusano. Después que yo haya impreso mi sello en su frente, os la llevaréis a los torbellinos de fuego. Enormes odres, recordad, como debéis, las regiones inferiores; puesto que aún no podemos saber si habita en ellas, os advierto que puede instalarse en el vientre y que es fácil que por este medio logre hacer ineficaces vuestras investigaciones.

(A los diablos de cuerno encorvado y largo.)

Vosotros, petardistas, tambores mayores gigantescos, recorred el espacio, sin dar tregua a vuestros brazos y garras hasta cogerlas al vuelo; debe estar muy mal en su antigua corteza, y como genio, tenderá siempre a elevarse a las regiones superiores.

La Celestial Cohorte. ¡Santas falanges y rubios mensajeros, hermanos de los ángeles, llevad la vida a los afligidos que están orando; dirigíos con raudo vuelo a vivificar la fría arcilla e infundir la gracia a todos los corazones: dejando en ellos, como dejáis en el espacio, un rastro de fuego.

Mefistófeles. Oigo un rumor discordante de gratos sonidos, que desciende de lo alto, junto con un rayo de luz detestable, debido a esa raza hermafrodita que tanto embelesa a todos los devotos.

Coro de Ángeles, (sembrando rosas.) Encarnadas rosas de verdes botones, flotad a merced del viento e ir a inflamar las almas en santos deseos.

Mefistófeles, (a los diablos.) ¿Por qué así os estremecéis? ¿Tal es la costumbre del infierno? No abandonéis vuestro puesto y dejadles que avancen. ¿Si pensarán enervar con sus flores el ardor de los diablos? Calma, y veréis cuan pronto se marchitan y desaparecen a vuestro sólo aliento; soplad con fuerza, fuelles de la ardiente fragua, y veréis como palidece hasta la misma celestial cohorte. Ya las rosas van flotando hacia nosotros, envueltas en negras llamas; cerrad en masa y investidles. ¡Ah! Su valor cede y su fuerzas se dispersan.

He aquí los diablos siguiendo las pistas a una llama desconocida.

Los Ángeles. ¡Flores luminosas, mensajeras del ardor divino, inflamadlo todo en un amor santo y puro, haced que inunde las almas la clara luz del éter!

Mefistófeles. ¡Maldición, baldón eterno para semejantes brutos! He aquí a la infernal legión que cae de espaldas a las ardientes cimas; id y gozaos en el baño de fuego que tenéis bien

merecido. De mí nunca se dirá que abandoné mi puesto. (Revolcándose en

medio de una lluvia de rosas.) Atrás, fuego fatuo; por más que brilles con toda tu fuerza, te tengo en mi poder liga vistosa y frívola. ¡Ah! Me aprieta la nuca; es todo esto una mezcla de pez y de azufre.

Los Ángeles, (a coro.) Hermanos, diríjase cada cual a su esfera; pero guardaos muy bien de hacer cosa alguna que turbe el alma cristiana, ni mucho menos causar tedio; porque de otro modo nos obligaréis a todos nosotros, ángeles y apóstoles, a velar continuamente por ellos.

Sólo el amor puede guiar al santo imperio de los cielos.

Mefistófeles. Mi cabeza es fuego y me hierva la sangre en las venas. Es éste un elemento hecho para domar los diablos, más penetrante que las mismas llamas del infierno. He aquí porque gemís tan tristemente, amantes desairados, que buscáis aún con tanto afán la mirada del objeto amado. ¿Si me sucederá a mí también lo propio? ¿Quién es el que hacía allí puede atraer mis miradas? ¿Acaso no estoy en guerra con toda esa cohorte? Siempre me ha herido su vista odiosa y, sin embargo, ahora gozo al contemplar a esos tiernos niños; hay un poder que me impide maldecirles; caso empero de que lleguen a hechizarme, ¿quién será después el loco? ¡Les odio mortalmente y, no obstante, me dejo deslumbrar por su belleza!

Decidme, hermosos niños, ¿soy vosotros también de la raza de Lucifer? ¡Reunís tantas gracias! De buen grado os daría un tierno abrazo, y hasta casi me inclino a creer que venís a este objeto; es tal la dicha de que gozo entre vosotros, que me parece haberos visto mil veces; tengo en amores el instinto del gato. Cuanto más os contemplo, más os encuentro hermosos; acercaos. ¡Ah! Por piedad, dirigidme una mirada.

(Los ángeles se extienden por el espacio.)

Los Ángeles. ¿Por qué así huyes ante nuestro cortejo? Ya que nos acercamos, no te apartes, a menos que una fuerza superior te obligue a ello.

Mefistófeles, (retrocediendo hasta el proscenio.) Nos tratáis de espíritus condenados cuando, por el contrario, sois vosotros los verdaderos mágicos, puesto que hechizáis al hombre y a la mujer. ¡Maldita aventura que me has

dado a conocer el elemento del amor!

Todo mi cuerpo está abrazado, sin que apenas sienta el ardor que consume mi nuca. Dejaos de revolotear de una a otra parte, inclinaos algo más hacia mí y que vuestros suaves miembros sean un poco más profanos. ¡Cuánto daría por una de vuestras sonrisas, que sería para mí un éxtasis eterno! Oigo ya el tierno acento del amante que gime en dichoso sueño y que muere en el balbuciente labio, ahogado por la dulce prisión de otro labio. Tú, mozo arrogante y gallardo, eres el que más me cautivas, a pesar de tu exterior devoto; dignate mirarme con tiernos ojos. Podíais ocultar mucho menos vuestras formas sin faltar al decoro, pues esa larga túnica en que estáis envueltos me parece ultra moral. Ahora se vuelven vistos así, me parecen aún más seductores.

Coro de Ángeles. Vivo destello del puro amor, vuelve tus alas hacia la morada de la luz eterna. Aunque en la tierra te propongas seguir la recta senda, siempre encontrarás un corazón perverso, siempre un tentador que te exponga a perder el gran coro.

Mefistófeles, (volviendo en sí.) No sé lo que me pasa: como Job, estoy lleno de úlceras, y me causo horror a mi mismo; pero, como él, triunfo también de mis males. No quiero contar ya más que con migo mismo y con mi raza. El interior del diablo está aún intacto, porque aquella loca chispa de amor sólo ha llegado hasta la piel; ya se ha extinguido en mí aquel ardor condenado y, como cumple a mi deber, os maldigo a todos.

Coro de Ángeles. No hay ser que no divinice el éxtasis santo. Celestial falange, sube hacia Dios entonando cantos de alabanza y haz que envuelva tu ardiente prez un santo delirio ya que sólo el cielo azul respira libremente el alma.

(Emprende su vuelo, llevándose la parte inmortal de Fausto.)

Mefistófeles, (mirando en torno suyo.) Pero, ¡cómo! ¿A dónde se han ido? Astutos niños,

¡me habéis engañado! Ved como vuelan al cielo con su presa: he aquí lo que

tanto le engolosinaba enderredor de esta fosa. Me ha sido arrebatado un gran tesoro único; el alma sublime que se me había entregado. ¿A quién quejarme ahora? ¿Quién me devolverá el bien perdido? Te han engañado en la vejez, pero debes confesar que lo tienes merecido; he obrado como un necio, y perdido vergonzosamente el fruto de mis afanes. ¿Es posible que un deseo vulgar, que un amor absurdo, haya podido coger de este modo al diablo albardado de pez, y que con tanta experiencia haya podido caer en semejante necedad un cofrade de mi especie? Puede en verdad decirse que es esto acabar por una insigne locura.

Barrancos, bosques, peñascos y soledad

Santos anacoretas dispersados por las cumbres

de los montes y habitando en las grietas del granito.

El Coro y el Eco. Flota a merced del viento el árbol que crece sobre el granito en cuyo seno oculta sus raíces, por más que sus copas suben arrogantes al cenit. La onda se agita buscando a la onda, la caverna se entreabre en toda su extensión, y silencioso vaga el león tranquilo y solitario, honrando el sagrado misterio, el misterio del amor que reina en estos sitios.

Pater Extáticus, (resonando de arriba abajo.) Ardor de la divina llama, lazos de amor y de fuego, dolor vehemente del alma que suspira por su Dios, apoderaos de mí, por más que en un instante me quedé anonadado. Agudas flechas y lanzas, traspasadme; encinas seculares, desplomaos sobre mí; terribles rayos, pulverizadme, a fin de que desaparezca en mí el elemento perecedero y funesto, y no quede de mí ser más que la centella ardiente y pura que deriva del amor eterno.

Pater Profundus. Como pesa la rosa eterna sobre el profundo abismo, como la onda se confunde con la onda en la inundación terrible, como la robusta encina se lanza a las nubes por su fuerza orgánica, así el amor poderoso y simpático lo forma y lo sostiene todo. Oigo un rumor extraño, inmenso, como si los bosques y las moles de granito ondulasen en los cielos como otros tantos océanos, y, en medio del general estruendo, se adelantan las tumultuosas ondas con amor hacia el valle que están destinadas a fecundizar .

La cascada que se precipita al través de las penas, y el trueno divino que surca el espacio, librándole de los densos vapores que nos ocultaban antes el día, ¿acaso no son también otros tantos mensajeros de amor? ¡Ellos son los que anuncian a todos esa fuerza profunda, que, incesante en su obra, envuelve al mundo, y que deseo inunde mi seno, en el que triste, inquieto y helado mi espíritu, gime encerrado en el estrecho círculo de los sentidos, sujetados por las cadenas de la tierra! ¡Calma, Señor, mi alma, y haz que tu resplandor ilumine mi corazón!

Pater Seráphicus. El purpúreo vapor que envuelve a los abetos de la colina es a mi ver el joven coro de los Espíritus, el coro de los hijos bienaventurados de la luz, que deben entonar a su Creador un himno de eterna alabanza.

Coro de los niños bienaventurados. ¿A dónde vamos? ¡Padre, buen Padre, dinos quiénes somos, puesto que hemos llegado al colmo de la dicha, y que es para nosotros todos tan dulce el vivir!

Pater Seráphicus. Sois los hijos de la luz, nacidos a media noche, que os separasteis de vuestras madres para reuniros con los ángeles. Si sentís la proximidad de un ser lleno de amor, acercaos; nada temáis, dichos niños, muertos antes de la edad, sin recorrer ninguno de los ásperos senderos de la tierra. Descended a mí, pequeñuelos; disponed libremente de todos mis sentidos, para contemplar este paisaje. (Benigno les acoge a todos.) He aquí árboles y montes, he aquí altos picachos cubiertos de nieve, y el torrente impetuoso que muge, abreviando con sus saltos el áspero sendero.

Los niños bienaventurados, (desde el fondo de su cerebro.) Es en su conjunto bello, pero la tristeza y el horror de este sitio nos dan miedo y nos hacen temblar de frío. ¡Padre, buen Padre, permítenos levantar otra vez nuestro vuelo hacia el espacio!

Pater Seráphicus. Salid a las más altas moradas, a los últimos círculos de la luz, cruzando por el éter según vuestro deseo, sin parar hasta el azur a que os atraiga la emanación de Dios, que es el plan del alma. Flotad en el éter inflamado por la santa revelación, y os veréis de pronto sumidos en un éxtasis eterno.

Coro de los niños bienaventurados, (arremolinándose en torno de las más altas cumbres.) Juntad las manos y formad un círculo para entonar eternamente cantos divinos, ya que conocéis al rey de los ángeles, y que van dirigidas a él vuestras alabanzas. Día vendrá en que podréis contemplarle arrobados.

Los Ángeles, (que se llevan la parte inmortal de Fausto, flotando en una atmósfera superior.) ¡Salud y gloria al huésped del mundo de los Espíritus que acaba de resucitar!

Bien merece premio el que ha sabido luchar constantemente, por más que alguna vez se haya visto expuesto a sucumbir por faltarle el ánimo. Basta que implore el perdón de los cielos, para que la falange de los bienaventurados emprenda su vuelo hacia las ardientes nubes, y celebre con el gozo en el corazón y los ojos su feliz llegada.

Los Ángeles novicios. Las frescas rosas que esparcieron vuestras manos, blancos difuntos que canonizó el amor, contribuyeron a que nosotros los ángeles pudiésemos salvar al través de las llamas esta alma, tesoro de las almas, que llevamos al Santo de los Santos. Ellas fueron también las que lograron vencer los ejércitos de los ángeles rebeldes al cielo, y las que, en vez del fuego eterno y de los horribles tormentos de los condenados, han hecho sentir los tormentos del amor hasta a los mismos demonios. A pesar de su supuesta indiferencia, ni aun Satán ha podido librarse de su influjo, como lo indica su última queja, que hace resonar aún los abismos. Ha sido nuestro triunfo completo.

Los Ángeles consumados. Conservamos un resto de mortal corteza que apenas podemos llevar al través del azur. Cuando el poder omnímodo del Creador atrae hacia sí a los mundos y a los elementos, ningún ángel de los firmamentos puede triunfar ni disolver la doble naturaleza; porque sólo al amor puro y eterno es dado dispensarlo todo.

Los Ángeles novicios. Entre los vapores que envuelven las cumbres de granito, vemos y oímos una cohorte de espíritus que se agitan en su derredor. Pero ya se disuelve la niebla, y notamos bien distintamente la legión de

bienaventurados que se dirige al éter, libres de los cilicios terrestres, y bañándose deliciosamente en el rocío y las delicias de los mundos superiores. Dejémoslos, hermanos nuestros, continuar su ascensión, y que atraviesen al menos las primeras esferas que les separan de su región. (Confían la parte inmortal de Fausto a los niños bienaventurados, quienes se encargan de la iniciación.)

Los niños bienaventurados. Con placer recibimos esta crisálida entregada a su gloriosa obra, ya que es una prueba inestimable que vuestro amor nos manda. Sacadla de entre los copos que la envuelven, puesto que ya la inundan los rayos de la celeste aurora.

Doctor Marianus, (en la celda más alta y más pura.) Desde aquí se extiende la vista y flota el espíritu entre el mundo y el Eterno. Veo a unas mujeres atravesar las flamíferas nubes y dirigirse al cielo; hay una de ellas que deslumbra bajo su corona de astros en flor. Es la Abogada divina, es la excelsa Reina de todo lo creado. (En el arrobamiento.) Soberana inmaculada del universo, permíteme leer tus divinos misterios bajo la estrellada cúpula y a la luz esplendente de los cielos. Atiende, Madre de Dios, benigna a mi súplica. Conságrame la ternura que conmueve todos los corazones, y que en alas de la oración y del éxtasis los atrae hacia ti. Bien sabes que somos invencibles mientras tu reinas en nuestro seno; a tu voz, poder inefable, se aplaca nuestra cólera como las olas en su lecho de arena. Virgen pura y santa, en la expresión más bella. Madre adorada y soberana escogida entre las bienaventuradas, ¿quién como tú ha llegado en las esferas luminosas al nivel de mi Dios?

Vense en torno suyo, cual rosados vapores, tiernos coros de rubios penitentes que, postrados a sus pies, imploran el perdón que no tardarán en pronunciar sus labios de ambrosía. ¡Reina de pureza, Virgen impecable y santa! ¡Deja acercar sin temor a esas tiernas pecadoras, víctimas de su debilidad excesiva, que a ti acuden con amor y con fe ardiente! La fuerza de su instinto no bastó a reprimir sus ardientes deseos, ni pudieron sus manos romper los lazos de la voluptuosidad. Casi no hay pie que no deslice en un terreno resbaladizo, ni corazón que no se inflame al tibio aliento del ser a quien ama.

Coro de Penitentes. ¡Virgen pura, rosa sin igual, lirio glorioso, atiende desde el Empíreo a nuestros ardientes votos!

Magna Peccatrix (San Lucas, VII, 36.) Por el amor que, como un bálsamo santo, cubrió con sus puras lágrimas los pies divinos de Jesucristo, a pesar de las locas injurias de aquel maldito fariseo; por la urna abundante y profunda que exhaló los perfumes del ámbar; por la blanda cabellera que enjugó sus miembros sagrados.

Mulier Samaritana. Por la cisterna, junto a la cual iba antes el viejo Abraham a apacentar sus rebaños; por la dichosa copa cuya agua mojó los labios de tu hijo; por el manantial vivo y fecundo que brotó de allí para regar el mundo con sus siempre puras y limpias aguas.

María Aegyptiaca, (Acta Sanctorum.) Por la piedra sangrienta y fría en que se depositó el santo mártir; por el brazo que, para castigar, me rechazó del santuario; por el arrepentimiento profundo y terrible, que duró cuarenta años sin desmentirse un día; por el adiós que di al mundo cuando le abandoné.

Las tres, (a coro.) Tú, que nunca negaste a los pecadores la entrada a los cielos, y que aumentas los tesoros del arrepentimiento noble y generoso, ¡oh santa abogada nuestra, concede tu perdón infinito a esa alma humilde y tierna que por una vez olvidó sus deberes!

Una Penitenta, (antes llamada Margarita o Gretchen, humillándose.) Dígnate, ¡oh gloriosa Bienaventurada, mirarme propicia en este hermoso día, ya que, libre de todo amargo dolor, está de regreso aquel a quien amé en la tierra!

Los niños bienaventurados, (acercándose en leves torbellinos.) Ya que a todos en virtud nos sobrepuja, sabrá como digno y fiel hermano recompensar nuestro celo. El que tanto aprendió, va a instruir a los que tan pronto fueron arrebatados a los coros del terrestre imperio.

La Pecadora, (llamada antes Margarita.) Cree la feliz novicia soñar en medio del celeste coro; apenas entra al paraíso, y ya se parece a los arcángeles, puesto que, como ellos, se lleva a la mansión del Éter. ¡Cuán pronto se desprende de su mortal corteza! ¡Cómo se presenta en su juventud primera,

envuelta en su túnica de purpúrea luz! ¡Ah! ¡Permíteme, Madre celeste, que le instruya en el puro amor, ya que le deslumbraban los rayos del nuevo día!

Mater gloriosa. Sigue subiendo hacia la esfera divina, para que ella también pueda continuar su vuelo.

Doctor Marianus, (orando con la frente en el polvo.) Seguid las miradas de la que ha de salvaros, para que pueda vuestro corazón recibir y soportar los ardores de la beatitud, y lleguen vuestros sentidos a la perfección necesaria. Virgen, Madre, Señora y protectora nuestra, haz que nos sea tu esplendor propicio.

Chorus Misticus. Lo Temporal y lo Perecedero no son más que un símbolo, que una mera fábula. Sólo lo Incomprensible, lo Inenarrable, lo Infinito, lo Femenino Eterno, nos levanta al cielo.

Fin de la segunda parte.

TERCERA PARTE DE FAUSTO.

Paralipómenos

El Gabinete de estudio de Fausto.

Mefistófeles. Con tal que brilles exteriormente, todo te irá a las mil maravillas; el joven que no tenga sus dosis de vanidad, vale más que se ahorque. He aquí, a mi ver, cómo debe uno presentarse a la gentes; lujosamente ataviado, si quiere arrastrar todos los corazones; si río; todos reirán conmigo. Seguid mi ejemplo, y en breve podréis convenceros de que es gran medio para probar fortuna; porque las mujeres casi siempre perdonan que se les falte al respeto, con tal que se empleen ciertas fórmulas. Fuera varitas encantadas y mandrágoras, ya que siempre he sido el buen humor la mejor magia; y si en ellos estamos de acuerdo, no sé quién pueda tomarlo a mal.

Conferencia.

La mitad del coro: la otra mitad. Masa de estudiantes expresando el estado de cosas. Prisa, tumulto, flujo y reflujo de espectadores.

Wagner, opositor, hace una reverencia; voces aisladas. El rector al bedel; mandan los bedeles guardar silencio.

Se adelanta el estudiante viajero; critica la asamblea. Voces de los estudiantes, parciales y a coro. El coro se burla del contrincante y le obliga a desistir.

Fausto. Toma la palabra y le ataca por su jactancia y le insta a que discuta.

Mefistófeles lo hace, pero luego se engolfa en el panegírico de la vagancia y de la experiencia que de ella resulta.

Coro parcial.

Fausto. Triste es la descripción del vago.

Coro parcial.

Mefistófeles. Conocimientos que faltan a los sabios de la escuela.

Fausto. Reta a su adversario a que haga objeciones sobre la experiencia, encargándose él de contestar a todas.

Mefistófeles. Los montes de hielo; el fuego de Bolonia; fatal Morgana; el animal, el hombre.

Fausto, (contesta con viveza.) ¿Dónde está el espejo creador?

Mefistófeles, (hace una reverencia.) La respuesta para otra ocasión.

(Fausto suspende la sesión y despide a sus oyentes.)

Coro. Mayoría y minoría de espectadores.

Wagner. En su solicitud, ocúpale incesantemente una idea. Bien podrían los

espíritus revelar lo que el hombre sólo cree decirse a sí mismo.

Auditorio.

Conferencia.

Estudiantes, (desde el interior.) Dejados salir, pues aún no hemos comido. El que habla se olvida de comer y beber, pero el que debe escuchar acaba por extenuarse.

Estudiantes, (desde el exterior.) Dejados entrar, pues ya hemos hecho trabajar las mandíbulas, la comunidad nos ha saciado y queremos digerir aquí: además, nos falta vino, y aquí está el espíritu.

El Estudiante viajero. ¡Siempre la misma zambra para salir y entrar! ¿Por qué así os apiñáis en el umbral? Despejad los de fuera para que salgan los de dentro, y luego vosotros ocuparéis la sala cuando esté vacía.

Estudiantes. Ése es de la especie vagabunda; grita como un energúmeno, pero en el fondo tiene razón.

Mefistófeles. Que el que está hablando acerca de la duda, levante la voz para que yo le oiga. Cuando se quiere dudar, no se enseña: cuando se quiere enseñar, debe concederse algo. De una vez por todas aprovéchate de este aforismo, el más cierto de todos: No hay secreto para ti en el todo, pero lo hay muy grande en la parte.

Calle

Mefistófeles. No es en verdad muy fácil dirigir al joven dueño, pero, cual montero experto, debe uno conservar su caza. De mí sé decir que ya nada me conmueve; doy rienda suelta a su capricho, con tal que pueda yo hacer de las mías. Grito mucho y le dejo hacer; si realiza alguna extravagancia, logro con mi prudencia sacarle de apuros; pero mientras se repara el mal, da uno pábulo a nuevas locuras.

Noche de Walpurgis

Montes de Hartz.

Fausto. A medida que uno avanza hacia el Norte, encuentra más hollín y más hechiceras.

Mefistófeles. ¡Venga una música, aunque no sea más que una gaita! Somos como muchos compadres, a quienes sobra el apetito y les falta el paladar. ¡Hola, querido artista de Hameln, mi antiguo amigo, excelente cazador de ratones! ¿Cómo estáis?

El cazador de ratones de Hameln. Muy bien y siempre dispuesto a servirlos; aquí tenéis un hombre que posee todo cuanto quiere, huésped de doce vírgenes filantrópicas, y...

Monte del Hartz. Región superior.

Después del intermedio; soledad, vacío. Rayos y truenos en la cumbre. Un volcán arrojando por su cráter una peña enorme, humo horrible. Hay en sus alrededores un pueblo inmenso; obstáculo; medio de abrirse paso al través de la multitud. Peligro, gritos, cantos.

Están en el círculo más próximo. Apenas hay quien resista al calor que allí hace. Quién es el que está más próximo al círculo. Discursos de Satán. Presentación; investiduras. Media noche. Desaparición de la fantasmagoría. Vulcano. Rumor y tumultos inauditos. La tempestad estalla.

En el palacio del Brochen

Satán en su trono. Pueblo inmenso en derredor.

Fausto y Mefistófeles en el círculo más próximo.

Satán, (desde lo alto de su trono.) Póngase los cabrones a mano derecha y a la izquierda las cabras, por más que no puedan éstas prescindir de aquéllos.

Coro. Honrad al Señor con unción profunda, ya que tan dulcemente instruye al mundo todo; escuchad atentos su voz, si queréis iniciaros en todos los

misterios de la Naturaleza y de la vida y ser eternamente dichosos.

Satán, (vuelto hacia la derecha.) Dos cosas grandes, espléndidas, infinitas, os están por igual repartidas; doble y preciosa riqueza, es el oro sonoro y el oro que brilla... La una le procura y la otra le roba. ¡Dichoso es el que puede poseer las dos!

Una voz. ¿Qué es lo que dice nuestro augusto amo? Estoy lejos y no he podido comprender bien su magnífico discurso; como no han llegado hasta mí sus palabras, estoy en la misma ignorancia acerca de la vida y los misterios de la Naturaleza.

Satán, (vuelto hacia la izquierda.) Dos son las cosas que hay para vosotros grandes y espléndidas; dos cosas que no tienen precio: el oro que brilla y... sabed, pues, todos saciar de oro a vuestras mujeres...

Coro. Postrados estamos y ocultamos el rostro a los pies del ídolo sublime. ¡Dichoso el que puede estar cerca y oír sus palabras!

Una voz. Por mi mal, yo estoy lejos, y por más que preste oídos se me escapan sus maravillas. ¿Quién podrá repetirme lo que ha dicho, y aclarar mis dudas acerca de la vida eterna y los misterios de esa Naturaleza tan fecunda y variada?

Mefistófeles, (a una joven.) ¿Por qué así lloras, mi dulce tesoro? De nada sirve aquí el llanto. ¿No ves que te empujan, te estrujan, te aplastan?

La joven. ¡Por piedad! Hablaba el amo tan maravillosamente acerca de oro y de... ¡Era aquello tan tierno y dulce!... Pero sólo los grandes pueden comprenderlo todo.

Mefistófeles. Hija mía, no llores de este modo. Si quieres saber lo que el diablo entiende por...

Satán, (vuelto de cara.) Estáis aquí, hijas mías, en el centro del mundo. Salud a vosotras que, montadas en escobas, venís de tan lejos a formar el círculo. Merced a la hermosura de que de día estáis dotadas, podréis, hijas mías,

llenar debidamente vuestra misión.

Audiencias particulares

El Maestro de ceremonias...

X..., y si conforme lo he pedido, puedo reinar sin traba alguna, aunque demócrata de pura raza, en mi reconocimiento basaré tus garras, ¡odioso tirano!

El Maestro de ceremonias. ¡Las garras! Por una vez puede hacerse, pero aún es preciso decidirse a más.

X. ¿Qué es, pues, lo que exige el ritual?

El Maestro de ceremonias. ¿Os obligáis, amigo mío, a besar?...

X. No creáis que vuestra proposición vaya a desconcertarme.

.....

¿Qué más puedo hacer?

Satán. Vasallo, ya te he puesto a prueba; desde ahora te conferimos ilimitados derechos sobre un millón de almas; al que ha sabido de tal modo adular al diablo, no han de faltarle nunca palabras que halaguen.

Otra parte del Brochen. Región inferior.

Fantasmagoría Práctica.

Multitud. Súbense a un árbol, planes del pueblo.

Suelo ardiente. Espectro desnudo con las manos detrás.

Do quiera que llegue a correr la sangre humana, auxilia su tibio aliento a la magia, por alcanzar sus cofrades por medio de aquélla una nueva vida que les impulsa a grandes empresas. Todo lo que huele a sangre atrae a nuestra raza y

somos siempre partidarios del que la derrama; haced que el fuego y la sangre circuyan este sitio: porque donde hay fuego debe correr la sangre. Mira la joven con lánguidos ojos, mientras que el ebrio continúa con ardor su obra, lo que indica que no faltará sangre, porque nada hay que como el amor y el vino inflame tanto los ánimos; así que, no tardará en brillar el puñal y marchará lo demás por sí solo. Pronto llegarán por doquiera los males a su colmo y el torrente arrastrará al torrente devastándolo todo. ¡Fausto, aprende!

(Ruedan las cabezas por el suelo; corre la sangre hasta el punto de apagar el fuego. Noche espantosa: retumbos prolongados.)

Fausto, Mefistófeles. Dirijámonos al sur por librarnos del hollín de las hechiceras; en cambio no te faltarán allí escorpiones. ¡Dulce céfiro, no nos prives de tu grato aliento, ya que nunca nos abandonaste en las sendas de la juventud!

Gran vía

Hay una cruz junto al camino; a mano derecha un antiguo palacio en la cumbre de una colina y se descubre a lo lejos una pobre cabaña.

Fausto. Muy listo vas, Mefistófeles. ¿Qué hay de nuevo? ¿Por qué inclinas la vista ante la cruz?

Mefistófeles. Sé muy bien que es una preocupación, y en verdad te confieso que esto me aburre; pero nadie debe sondear mi conciencia, sobre todo cuando me avergüenzo de mi raza. Cuando dijeron diablo, pensaron haber dicho algo digno.

En la corte del emperador. Teatro

El actor que hace de rey parece estar rendido.

Mefistófeles. Bravo, viejo Fortimbras, viejo mochuelo: al verte tan poco dispuesto a desempeñar tu papel, te compadezco en gran manera. Vamos, ánimo; dos palabras no más, ya que no volveremos tan fácilmente a oír hablar a un rey.

El Canciller. Pues aquí tenemos la dicha de oír con frecuencia las sabias palabras de su majestad el emperador.

Mefistófeles. Es muy diferente: su excelencia, con sólo aparentar que protesta...; al paso que lo que decimos nosotros los hechiceros carece de importancia.

Fausto. Silencio, pues empieza a volver en sí.

El Actor. Antiguo cisne, bendito seas por tu canto supremo y por todo lo bueno que dijiste, ya que el mal que debiste hacer no es gran cosa.

El Mariscal. No habléis tan alto, porque el emperador duerme. Me parece que su majestad no debe estar muy bien.

Mefistófeles. A su majestad le toca disponer que cesemos, puesto que los espíritus nada más tienen que decir.

Fausto. ¿Por qué así mueves los ojos a una y otra parte?

Mefistófeles. Por ver dónde se habrán metido aquellos hombres monos que aún están charlando. Es como decía poco ha un...

El Obispo. Son ideas paganas, ideas como los que he notado en Marco Aurelio. Son virtudes paganas.

Mefistófeles. Vicios fastuosos, de lo que deduzco que es justo que todos los presos sean condenados.

El Emperador. Esto me parece bastante duro, obispo. ¿Sois vos de la misma opinión?

El Obispo. Sin ánimo de eludir la sentencia de nuestra iglesia infalible, me parece que...

Mefistófeles. ¡Perdonar! ¡Virtudes paganas! Pues yo de buen grado las hubiera castigado; pero ya que es así, perdonemos. Tú, que quedas ya absuelto, vuelve a gozar de tus derechos. (Desaparecen sin hedor.)

El Mariscal. ¿Sentís mal olor?

El Obispo. Yo, no.

Mefistófeles. Señores, esta clase de espíritus no huele mal.

En la corte del emperador.

Mefistófeles. Un médico de la corte debe servir para todo: empezamos por las estrellas y acabamos por los ojos de perdiz. Sólo existe, por nuestra desgracia, esa elegante raza cortesana; si por casualidad hay algún pobre diablo que llegue a tener razón, podéis estar seguro que no lo sabrá el soberano.

Noche clásica de Walpurgis.

Fausto. Aguza los rayos de tus ojos, ya que tu vista es débil en estas llanuras, puesto que no se trata aquí de diablos y sí tan sólo de dioses.

Mefistófeles. El ojo reclama sus derechos. ¿Qué sentido tienen todos esos paganos desnudos? Después de tanto amar, no me disgusta el ver algo en toda su desnudez. Si la prudencia pudiese conciliarse con la juventud, si pueden existir repúblicas sin virtud alguna, ¡cuán pronto vería el mundo cumplidos sus altos destinos! Baldón para el que, como tú, se consume después de tanta fama; sólo un charlatán puede estar sujeto a semejantes necesidades.

¿Consiste el uso de tus facultades en hacerte altivo ante los hombres? Luego de extinguida la voz de la fama, yacen el héroe y el palurdo envueltos en el mismo olvido; cierra los ojos el primer monarca de la tierra, y va el último de los perros a parar también en su agujero. ¿No tuvo Semíramis la balanza de la paz y la guerra, y rigió los destinos de la mitad del mundo, siendo tan grande en sus últimos momentos como lo fue el primer día de su dominación? Pues, apenas sucumbió a los rudos golpes de la muerte, cubrieron su cadáver millares de insectos. La verdadera inteligencia consiste en saberse procurar una modesta corona, que es siempre la más duradera; al paso que de aquí a un siglo no habrá un hombre que admire tu gloria. Y cuando os exaltáis, cuando decís que me porto tan mal con vosotros es porque el que os dice hoy una

verdad amarga, os la dice por miles de años. Ve a probar fortuna y no vuelvas hasta haberte arrastrado por el fango de la adulación y la bajeza. Como por lo regular el hombre sólo llega a comprender lo que le halaga, habla a los devotos de las recompensas de la virtud; habla a Ixión de las nubes; a los reyes, de la majestad de las personas, y a los pueblos de igualdad y libertad.

Fausto. Tampoco esta vez me asustas con tu rostro feroz y tu rabia por destruirlo todo.

Tiene la humanidad fino el oído; una palabra pura inspira grandes acciones; conoce el hombre muy bien lo que le falta, y acepta o sigue con placer los consejos serios. Así, pues, me separo de ti, y no tardaré en volver triunfante.

Mefistófeles. ¡Sí, merced a tus bellas cualidades! Me complazco al ver a un loco atormentarse por otros locos. Ninguno hay que no se crea ser eternamente cuerdo; mucho más pronto notan la falta de dinero. Por lo regular es siempre insípida la cosa que más os preocupa y os gusta; nuestro pan cotidiano, por ejemplo, no es lo que hay de más delicado, así como tampoco puede haber nada de más insípido y vulgar que la muerte.

Frente al palacio.

Mefistófeles. Siempre os quejáis más y más de la vida que tan pronto pasa y, sin embargo, al verse las cosas a la luz del gran día, se ve que su duración al fin os basta. Descansa en tu puesto, mientras consagran ellos su cama de respeto, y antes de que el alma se exhale y vaya en busca de otro cuerpo, yo anunciaré a las altas regiones que he ganado mi apuesta.

Voy a gozar ahora en la gran fiesta que el Señor ha dispuesto a su modo. No, no se trata de diferir ni de quedarse. El Gran Vicario truena desde lo alto, y no puede ignorar que él y los suyos saben cazarme, como sé yo cazar a los ratones.

FIN